

Revista *Affectio* Societatis

Vol. 14, N.º 27
julio-diciembre de 2017

Departamento de Psicoanálisis | Universidad de Antioquia



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803



Revista **Affectio**
Vol. 14, N.º 27
julio-diciembre de 2017

Societatis

Departamento de Psicoanálisis | Universidad de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1803

© Revista *Affectio Societatis*
© Departamento de Psicoanálisis de la
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
de la Universidad de Antioquia
ISSN: 0123-8884
Vol. 14 No. 27, julio-diciembre de 2017

Rector:

Mauricio Alviar Ramírez
Decano Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Hernando Muñoz Sánchez

Jefe Departamento de Psicoanálisis
Ángela María Jaramillo Burgos

Director Revista
Mario Elkin Ramírez Ortiz

Asistente editorial
Angie Tatiana Ossa Vargas

Comité editorial:

Sonia Alberti, Universidad de Estado de Río de Janeiro (Brasil)
Sylvia De Castro Korgi, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá (Colombia)
Carmen Elisa Escobar, Universidad del Norte, Barranquilla (Colombia)
Marcelo Ricardo Pereira, Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil
Julio Eduardo Hoyos, Universidad de Antioquia, Medellín (Colombia)
Pablo Muñoz, Universidad de Buenos Aires, (Argentina)
Andréa Máris Campos Guerra, Universidad Federal de Minas Gerais (Brasil)

Corrección de textos
José Ignacio Escobar

Traducciones
Jaime Velásquez

Diseño y diagramación
Imprenta Universidad de Antioquia

Imagen de la carátula:
Condenados del Juicio Final (1502). Luca Signorelli. Museo Catedral de Orvieto. Umbría. Italia

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia

Departamento de Psicoanálisis, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia
Teléfono: (574) 219 57 70
Correo electrónico:
departamentopsicoanalisis@udea.edu.co
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co

La Revista *Affectio Societatis* es una publicación del Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia. Se encuentra actualmente indexada en el Índice Bibliográfico Nacional PUBLINDEX en la categoría C. También hace parte de las bases LATINDEX, Biblat, DOAJ, DIALNET, EBSCO-HOST, PROQUEST, LILACS y Redib.

La revista puede consultarse en el Portal de revistas de la Universidad de Antioquia en la siguiente página web:
<http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/index>

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Esta revista tiene fines didácticos y culturales. Las ilustraciones de los textos se hicieron conforme al artículo 32 de la Ley 23 de 1982.

CONTENIDO

Vol. 14, N° 27 julio-diciembre de 2017

ISSN 0123-8884

Comité Científico..... 7

Artículos de investigación

Reflexiones sobre la mortalidad adolescente en Brasil:
10 hipótesis sobre el trabajo al lado del adolescente
en conflicto con la ley.

*Rafael Antonio Pedroza Noguera y Andréa Máris
Campos Guerra*..... 13

Les paradoxes de la ségrégation: conséquences pour
la pratique en institution

Gabriela Pazmiño Márquez..... 32

Secretario del alienado y maniobra de la transferencia
en el tratamiento de la psicosis

Elodia Elisabeth Granados y Marta Lidia Funes..... 45

A paixão dos cientistas e seu impossível

Isabela Cardoza, Nelly Brito y Heloisa Caldas..... 70

Del exceso y la configuración de un cuerpo desbordado
por su peso

*María de los Milagros Morales Vázquez y Ricardo
García Valdez*..... 88

El grafo del deseo como fundamento teórico e instrumento
de análisis en la construcción de un caso clínico

Laurencia Jaime Ramírez y Víctor Javier Novoa Cota..... 106

Artículos cortos

Una propuesta sobre la construcción de caso acerca de un objeto de estudio no clínico

Silvia Larisa Méndez Martínez y María del Carmen Rojas Hernández..... 133

Artículos de reflexión

Da indissociabilidade entre clínica e política em psicanálise

Paulo Antonio de Campos Beer y Wilson de Albuquerque Cavalcanti Francos 157

Entre el mito y el enigma: una aproximación al goce en *Los pecados de Inés de Hinojosa*

Carlos Germán Celis Estupiñán 180

Considerações sobre identificações e afetividades na política

Sérgio Eduardo Lima Prudente 206

Ética y clínica: entre el deseo y el bien-decir

Fabián Becerra Fuquen 227

Tiempo, incorporeidad e irrealidad en *Mi alma en China*, de Anna Kavan

David Jiménez Arenas 238

Clásicos del psicoanálisis

Acerca de la génesis del aparato de influir en el curso de la esquizofrenia (1919)

Victor Tausk 255

Reseña

Cuerpo, subjetividad y tecnociencia: Un abordaje psicoanalítico (Ximena Castro Sardi)

Héctor Gallo 299

Guía para autores 305

COMITÉ CIENTÍFICO

David Laznik: Médico. Psicoanalista. Profesor Titular Regular cátedra “Psicoanálisis Freud” en la Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

Claudia Marina: Velásquez Muñoz: Psicóloga, Universidad San Buenaventura. Licenciada en Didáctica y Dificultades del Aprendizaje Escolar, CEIPA. Magister en Psicoanálisis, cultura y vínculo social, Universidad de Antioquia.

Cleyton Andrade: Psicólogo y psicoanalista. Especialista, en Psicología Clínica y Psicología Hospitalaria. Magister en Psicología, Universidad Federal de Minas Gerais. Doctorado en Psicología, Universidad Federal de Minas Gerais. Profesor del Instituto de Psicología, Universidad Federal de Alagoas. Hace parte del laboratorio de Investigación en Psicoanálisis, Universidad Federal de Alagoas

Maria da Glória Sadala: Psicóloga, Universidad Santa Úrsula. Especialización en Psicoterapia infantil juvenil, Universidad Federal do Rio de Janeiro. Magister en Psicología, Universidad Federal do Rio de Janeiro. Doctorado en Comunicación y cultura, Universidad Federal do Rio de Janeiro. Actualmente es Coordinadora y Profesora del Curso de Doctorado en Psicoanálisis, Salud y Sociedad de la Universidad Veiga de Almeida.

Julieta De Battista: Psicóloga y psicoanalista, Universidad Nacional de La Plata. Doctora en Psicopatología, Universidad de Tolouse. Profesora adjunta a cargo de la Cátedra de Psicopatología I, Universidad Nacional de La Plata y docente de la Maestría en psicoanálisis de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano y del Foro Analítico del Río de La Plata.

Mario Orozco Guzmán: Licenciatura y magister en Psicología Clínica, Universidad Autónoma de Querétaro. Doctorado en Psicología, Universidad de Valencia. Profesor e investigador, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMH).

Olga Medina Tamayo: Licenciada de psicoanálisis, Universidad de Paris VIII. Master II de Psicología clínica y patológica, Universidad Descartes Paris V. Master II en psicología: recursos humanos y nuevas tecnologías de la comunicación, Universidad Paris VIII. Candidata a Doctora, Universidad de Villetaneuse Paris XIII y Universidad de Antioquia. Clínica investigadora en CPOA: Centro de Orientación y Acogida Psiquiátrico de Sainte Anne, París, Francia

Fábio Bispo: Psicólogo, Universidad Federal de Minas Gerais. Especialista en Psicopedagogía clínica e institucional, Universidad do Estado de Minas Gerais. Magister en Psicología, Universidad Federal de Minas Gerais. Doctorado en Psicología, Universidad Federal de Minas Gerais.

Diego Fernando Bolaños: Psicólogo, Universidad del Valle. Magister en Educación, Universidad del Valle- Doctorado en Psicología, Universidad Nacional De Mar Del Plata. Doctorado en Educación, Universidad Federal de Minas Gerais.

Ximena Castro: Psicóloga, Universidad de los Andes. Magister en estudios psicoanalíticos, New School University. Magister en Psicoanálisis, Universidad Paris VIII, Paris.

Alexander Cruz Aponasenko: Psicólogo, Universidad Autónoma De Bucaramanga. Especialización en Violencia Intrafamiliar: Niñez, Universidad Autónoma De Bucaramanga. Magister en Psicoanálisis, Universidad de Buenos Aires. Supervisor Clínico Externo Centro de Salud Mental No. 3 “Dr. Arturo Ameghino”.

Guido Horacio Coll Moya: Licenciado en Psicología. Universidad Nacional de Córdoba. Doctorando en Psicología. Universidad Nacional de Córdoba. Profesor en Cátedra de Psicoanálisis, Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba.

Alfredo Eildesztein: Licenciado en Psicología, Universidad de Buenos Aires. Doctor en Psicología, Universidad de Buenos Aires.

Mercedes Minicelli: Licenciada en Psicología, Psicoanalista, Universidad Nacional de Mar del Plata. Doctora en Psicología, Universidad Nacional de Rosario (Argentina). Posdoctorado en Psicología, Universidad Nacional de Rosario. Psicoanalista Profesora Adjunta Regular Parcial a/c Formación de residentes de pregrado en el área Psicología Jurídica, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Lucinéia Silveira Toledo: Psicóloga, Pontificia Universidad Católica de Minas Gerais. Especialista en Teoría Psicoanalítica, Universidad Federal de Minas Gerais. Especialista en Psicopedagogía, Universidad Veiga de Almeida (Brasil). Magister Ciencias de la Educación Superior, Universidad de Matanzas Camilo Cienfuegos (Cuba). Doctorado en Programa de Posgrado en Psicología y Psicoanálisis, Universidad Federal de Minas Gerais.

ARTÍCULOS DE INVESTIGACIÓN



REFLEXIONES SOBRE LA MORTALIDAD ADOLESCENTE EN BRASIL: 10 HIPÓTESIS SOBRE EL TRABAJO AL LADO DEL ADOLESCENTE EN CONFLICTO CON LA LEY

Rafael Antonio Pedroza Noguera¹

Universidad Federal De Minas Gerais, Brasil

pedroza.rafael87@gmail.com

ORCID: 0000-0001-9537-3691

Andréa Máris Campos Guerra²

Universidad Federal De Minas Gerais, Brasil

andreamcguerra@gmail.com

ORCID: 0000-0001-5327-0694

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a01

Resumen

De una lectura desde el psicoanálisis sobre la adolescencia y los conflictos que esta fase trae consigo para el joven que la experimenta; Y apoyándonos en el trabajo de investigación al lado de varios jóvenes infractores de la ciudad de Belo Horizonte en Brasil,

éstas hipótesis se presentan como claves de lectura con las cuales se espera aportar al trabajo y estudio de la adolescencia en su forma de inscripción social en conflicto con la ley. Concluimos reafirmando la importancia de resguardar las singularidades del

1 Psicólogo Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia. Candidato a los estudios de Maestría en Psicología de la Universidade Federal De Minas Gerais, Brasil. pedroza.rafael87@gmail.com.

2 Psicoanalista. Psicóloga. Bacharel en Derecho. Maestría en Psicología Social (UFMG). Doctorado en Teoría Psicoanalítica (UFRJ/Rennes II). Profesora del Departamento de Psicología y del Programa de Posgrado en Psicología da UFMG, Miembro do GT Dispositivos Clínicos en Salud Mental de la ANPEPP. Autora de diversos libros y artículos. Profesora Asistente, Universidade Federal De Minas Gerais. andreamcguerra@gmail.com.

adolescente para continuar abriendo nuevos campos de trabajo y lectura frente a esta forma de lazo social.

Palabras clave: Psicoanálisis, Adolescencia, Conflicto con la ley, Lazo Social, Hipótesis, Reflexiones.

REFLECTIONS ON ADOLESCENT MORTALITY IN BRAZIL: 10 HYPOTHESES ON THE WORK WITH THE ADOLESCENT IN CONFLICT WITH LAW

Abstract

From a psychoanalytic reading of adolescence and the conflicts it entails for the teenager, and from the research work with young offenders in the city of Belo Horizonte (Brazil), these hypotheses are presented as a key for the reading, and with which we hope to contribute to the work and study of adolescence in its form of social inscription in conflict

with law. As a conclusion, we reaffirm the importance of protecting the adolescent's singularities in order to keep opening new fields of work and reading regarding this form of social bond.

Keywords: psychoanalysis, adolescence, conflict with law, social bond, hypothesis, reflections.

RÉFLEXIONS SUR LA MORTALITÉ CHEZ LES ADOLESCENTS AU BRÉSIL : 10 HYPOTHÈSES SUR LE TRAVAIL AUPRÈS D'ADOLESCENTS EN CONFLIT AVEC LA LOI

Résumé

Cet article propose une série d'hypothèses en tant que pistes de lecture pour contribuer au travail et l'étude de l'adolescence lorsque celle-ci est en conflit avec la loi. Ces hypothèses sont basées sur une approche psychanalytique de l'adolescence et

les conflits qu'elle entraîne pour les jeunes, et sur le travail de recherche auprès de plusieurs jeunes délinquants de la ville de Belo Horizonte au Brésil. L'importance de la sauvegarde des singularités de l'adolescent, afin de continuer d'ouvrir

de nouveaux domaines de travail et d'approche face à cette forme de lien social, apparaît comme l'une des conclusions de cet article.

Mots-clés : psychanalyse, adolescence, conflit avec la loi, lien social, hypothèses, réflexions.

Recibido: 27/07/16 • Aprobado: 21/12/16

Introducción

Pensando en lo que acontece durante el día a día en las calles de América Latina, podría pensarse que el panorama de la ciudad, de la obra gigante donde la humanidad deposita la esperanza del desarrollo pleno de los deseos para su realización personal y social, el lugar para la obtención de la felicidad, se ha tornado gris en varios aspectos.

En estos días de abundancia y opulencia, de producción masificada, donde el ciudadano tiene más poder adquisitivo, vemos, por el otro lado del desarrollo, la producción de una gran cantidad de indigencia, consumo de diferentes sustancias (legales e ilegales) que alivian al sujeto de los embates del mundo. Mayor producción de violencia y la mejora técnica de la crueldad en sus manifestaciones, que posibilitan la administración del horror y el miedo, creando desconfianza en las relaciones sociales, haciendo del otro semejante un peligro para la vida.

Parece una suerte de desprecio del humano y la vida en comunidad, que se plantea desde varios discursos, por efecto de un progreso desmesurado del cálculo en exceso presente en la técnica, y de las dictaduras financieras que se imponen ante cualquier forma de sensibilidad (Ospina, 1994). Entonces, ¿no llama la atención pensar por qué existe hoy en día, con tantos recursos disponibles, una cantidad mayor de personas que no consiguen inscribirse en las dinámicas sociales y productivas dictadas por las lógicas capitalistas?

¿Podemos reflexionar en torno a si existe algún tipo de estructura en los niveles sociales, en los cuales *sujeto*, *sociedad* y *ley jurídica* no marchen juntos y pierdan la interdependencia que los caracteriza?

Parece, sin embargo, que aun existiendo un discurso para la mayor producción de dinero y de la obtención de los bienes que este otorga, no existe una forma de abarcar a todos los ciudadanos para vincularse a esa búsqueda del desarrollo de las capacidades adquisitivas y oportunidades, en términos económico, educativo y de salud. No pueden vincularse a las formas de lazo social que proponen los beneficios de un sujeto de derecho. En el adolescente, esta situación

es aún más difícil. Y aterrizando el presente trabajo a la población de interés en estas reflexiones, los adolescentes en conflictos con la ley, pensamos cómo aparecen factores sociales que posibilitan su vinculación al crimen, al recibir elementos del mundo social que facilitan la construcción de respuestas, aun siendo imaginarias, sobre su identidad y, fundamentalmente, sobre su existencia y su lugar en el mundo.

En este sentido, proponemos aquí exponer algunas hipótesis extraídas especialmente de investigaciones e intervenciones psicoanalíticas con adolescentes en conflicto con la ley. Desde aquí, y buscando constituir claves de lectura que permitan problematizar su condición, pretendemos aportar elementos para estas lecturas, aportando más y mejores instrumentos a quienes se dedican al trabajo con esta población. Para este fin, comenzaremos con una definición breve sobre la adolescencia en Brasil, pasando a una lectura psicoanalítica sobre esta fase, finalizando con la presentación de las hipótesis sobre el adolescente autor de la infracción social y sus modos de vida. Para concluir que, resguardadas las singularidades de cada uno de ellos, podemos consolidar nuevos vértices de lectura para el abordaje de dicha problemática.

El tesoro de la adolescencia o ¿qué es un adolescente?

Desde el siglo XVIII, y pasando por el XIX, partiendo de Rousseau y su *Emilio o de la educación*, el libro sobre la juventud del joven Emilio; pasando por la obra de Stanley Hall de 1904, y la psicología y otras ciencias, vemos que colocan el lugar y el tiempo de la adolescencia como una fase de crisis. Años agitados y turbulentos para quien los experimenta (Guerra, Martins & Otoni, 2014). El siglo XX demarcó características y funciones cruciales, que podrían llamarse propias de los tiempos de la adolescencia, como por mencionar algunos: los tiempos de permanencia en la escuela o el servicio militar, las cuales daban referencias básicas para actuar en su vida el sujeto adolescente.

Pero hemos visto, a lo largo de la historia, que la presencia de los jóvenes en el mundo representa un movimiento de cambio en los ór-

denes sociales. El adolescente representa las lagunas simbólicas que traen lo nuevo al mundo (Guerra, Martins & Otoni, 2014), elementos que juegan un papel importante en las presentes reflexiones.

En la revista *Adolescência e Saúde*, del núcleo de estudios de la salud del adolescente de la Universidad Estadual de Rio de Janeiro, y apoyándose en las definiciones y clasificaciones de la OMS, se define como adolescencia lo siguiente:

Adolescencia es el periodo de transición entre la infancia y la vida adulta, caracterizado por los impulsos del desarrollo físico, mental, emocional, sexual y social y por los esfuerzos del individuo para alcanzar los objetivos relacionados a las expectativas culturales de la sociedad en la que vive (Eisenstein, 2005, p. 6) (la traducción es libre).

Según esta definición, la adolescencia comienza con los cambios corporales propios de la pubertad, para concluir con la consolidación de la personalidad y el crecimiento definitivo del cuerpo. La persona es capaz de integrarse al grupo social al que pertenece, y a la obtención progresiva de la propia independencia económica (Eisenstein, 2005).

Por otro lado, y apoyándose en los límites cronológicos establecidos por la OMS, escriben desde Rio que, entre los 10 y los 19 años, se habla de adolescentes; por la ONU, entre 15 y 24 años se habla de juventud. Se argumenta que esas clasificaciones fueron creadas con fines principalmente políticos, encajando la edad cronológica a categorías de normalización principalmente estadísticas, dejando por fuera la cantidad de fenómenos que aparecen durante estos años. Siendo así la edad cronológica un criterio clínico, social y antropológico, insuficiente al no tener la posibilidad de abarcar la diversidad de manifestaciones de estos años, las cuales serían fundamentales en la creación de saber en torno a las vivencias de esta fase, tan difícil para muchos adolescentes en América Latina.

“En las normas y políticas de salud del ministerio de salud de Brasil, los límites de los rangos de edad de interés son las edades de

10 a 24 años de edad” (Eisenstein, 2005, p. 6). En Brasil, específicamente, y según el *Estatuto del Niño y del Adolescente*, es considerado adolescente la persona entre las edades de 12 a 18 años. Con derecho al voto desde los 16 años, dejando el concepto de menor de edad para personas de menos de 18 años.

Por otro lado, y para acrecentar los campos de la lectura sobre la adolescencia, se dará paso a una lectura desde el psicoanálisis sobre lo que, desde esta práctica, se concibe como adolescente. Ya Freud, en su texto *Tres ensayos de teoría sexual*, de 1905, había escrito sobre la pubertad haciendo énfasis en los cambios orgánicos y el aumento hormonal del cuerpo. Sin embargo, es en este mismo texto en el cual Freud presenta la insuficiencia de la explicación físico-biológica, pues la aparición de la libido no sucede a través de los órganos sexuales solamente, argumentando que el lugar donde se da esta aparición es el cuerpo, para, desde aquí, dar lugar a una teoría sexual original, en la cual se organiza un cuerpo ya sexualmente activado, erogenizado, desde fases anteriores de la vida (Guerra, Costa & Limp, 2014).

No es el cuerpo definido en términos hormonales lo que hace fuerza en lo real que surge durante la pubertad. Tiene que ver con una modificación real de la imagen, que adviene como acontecimiento por causa de la modificación imaginaria del cuerpo, por medio de los efectos del remanente de la dialéctica con una alteridad especular, dando así un contorno perceptivo al cuerpo, antes de este ser apropiado por medio de las identificaciones. Operación que nos recuerda lo que Lacan denomina, gracias a esa operación dialéctica entre otro imaginario y la imagen atomizada del propio cuerpo, como *Estadio del Espejo*. Con ese esquema de articulación imaginaria, Lacan también propone una “eterna inestabilidad de la imagen, independiente de la fase de la vida del sujeto” (Guerra, Costa & Limp, 2014, p. 172).

Stevens (citado por Guerra, Costa & Limp, 2014) presenta cómo el púber tiene que lidiar con una irrupción real del cuerpo. Dicha irrupción es manifestada en el desarrollo físico y orgánico del propio cuerpo. Es por causa de eso que emerge, y por la carencia de un saber pre-establecido sobre la sexualidad el sujeto adolescente crea síntomas como posibilidad de creación de respuestas frente a ese no

saber de cara a lo sexual. El sujeto, en relación con una alteridad, se encuentra desplegado especularmente y articulado simbólicamente para hacer frente a lo real (Guerra, Costa & Limp, 2014), sin olvidar que esa respuesta, ese síntoma, también tiene parte del registro de goce del sujeto y que escapa a su comprensión.

Complementando las presentes reflexiones hasta aquí, en el prefacio de *El despertar de la primavera* (1973) de Wedekind, Lacan escribe sobre la adolescencia, y cómo ese periodo se trata de elecciones “no sin conflictos”, ante lo avasallador de lo pulsional y sus medios, pues es, según Freud, desde donde se argumenta que la sexualidad siempre está ahí, desde el inicio de la vida, y es la consciencia moral la que es adicionada más tarde. Lacan argumenta que la sexualidad hace un agujero en lo real, como fue descubierto por Freud, y se revela traumática, como anticipa Wedekind, y nadie consigue salir ileso, ni siquiera aquel que no se preocupa con este asunto (Guerra, Costa & Limp, 2014).

Como ya fue mencionado implícitamente, puede deducirse que la adolescencia y la pubertad son cosas diferentes y tendrían que ser pensadas de esa forma. Siendo la latencia el periodo de espera de las pulsiones, de construcción de fantasías, de respuestas con las cuales el niño busca darse un lugar e inscribirse en los espacios del lazo social con sus propios recursos subjetivos, notando que esa espera, en los días actuales, junto a los ritmos de vida acelerados del siglo XXI, permite pensar un achatamiento o acortamiento del periodo de latencia, borrando los recursos y referencias simbólicas de las que el sujeto se sirve para enfrentar lo traumático de lo real sexual, siendo esta situación más intensa para el adolescente.

La adolescencia es entonces otra cosa, más allá del desarrollo orgánico. Caligaris (2000) expone la adolescencia como una invención social, que no tiene una definición clara en cuanto a las formas de actuar del joven, y parece ser que por causa de esa indefinición se instaura un periodo de moratoria forzada durante esta fase, dejando al adolescente sin un lugar y sin una posibilidad de hacerse a uno, para su inscripción en la vida social y adulta. Continúa Caligaris argumentando que en la cultura brasilera –y en varias culturas latinas–,

por no existir rituales de pasaje de la infancia a la adultez, la adolescencia funciona como fase intermedia en la cual el sujeto intenta insertarse en la vida social, ocurriendo que aun cuando este es sexualmente activo y puede realizar tareas económicamente productivas, las arquitecturas sociales, la ley jurídica y la carencia de calificaciones laborales, para el joven no hay un lugar de participación y pocas son las opciones que se crean.

En esa lógica, la sociedad actual no reconoce y, por ende, no lo inscribe en las dinámicas sociales, generando así esa experiencia de no-lugar, años de espera para ser. Sin embargo, a pesar de los años de espera y la falta de opciones para accionar, el adolescente recibe la presión de ser algo o alguien con su vida, de cumplir con un ideal al cual claramente no tiene como responder. En estas paradojas, los intervalos para construirse y localizarse en un lugar del lazo social oscilarán, y parece que cada vez más van a forzar sus elecciones sobre la posición sexual, el destino social y laboral, encontrándose sin referencias simbólicas claras para tramitar sus malestares.

Por otro lado, parece que el adolescente en conflicto con la ley tiene que experimentar una reducción mayor de estos intervalos estructurales, necesarios para su constitución como sujeto en el lazo social.

Ahora, una de las posibles causas presentes en esas transmisiones carentes de referentes simbólicos claros, puede encontrarse en el vacío encontrado en el lugar del adulto por parte del adolescente. Kehl (2004), en el texto *A juventude como sintoma da cultura (La juventud como síntoma de la cultura)*, presenta cómo la imagen de la eterna juventud fue transformada como ideal e ícono para los adultos. Intentando vivir siempre como jóvenes, los adultos no se importan en borrar las marcas del paso del tiempo sobre ellos, deshaciendo el halo que da forma al continuo entre presente y el futuro. Según Kehl (2004), hay una vacante en el lugar del adulto que nadie quiere ocupar. Removiendo los valores y los recursos para enfrentar la realidad social, y cargando con todas las preguntas que giran en torno al despertar de lo sexual en lo real del cuerpo adolescente, lo que perciben y reciben es un "deber" continuar siendo jóvenes, trivializando las perspectivas de un proyecto de vida futuro. Además de todas las preguntas, de-

mandas sociales y ansiedades que hemos descrito como propias de la adolescencia, el adulto quiere vivir, permanecer joven para siempre. Entonces, ¿cómo van a diferenciarse los jóvenes de sus progenitores y conseguir formularse alguna cosa en el campo de lo nuevo?

Recapitulando algunas cosas ya mencionadas, durante el periodo de latencia, previo a la pubertad, el joven genera tentativas de soluciones con los recursos subjetivos que posee de fases anteriores, para vincularse a la cultura y tener un lugar de reconocimiento simbólico por parte del Otro y de los otros. Dichos recursos subjetivos tienen una función vinculada a la formulación de elecciones futuras (Freud, 1905/2003). También fue mencionada que la experiencia de irrupción de lo sexual acontece como una experiencia de trauma al no tener un saber previo para hacerle frente a esta irrupción. Los significantes se modifican de acuerdo con la aparición de los caracteres sexuales secundarios, que irán tomando un lugar en la elaboración de la posición sexual, dando algunas vías para saber qué hacer con el Otro sexo. Las respuestas pueden ser inventadas, y tienen que existir la posibilidad y los recursos para que el adolescente pueda construir estas respuestas (Guerra, Martins & Otoni, 2014).

Es por causa de todo lo anterior que Steven (citado por Guerra, Martins & Otoni, 2014) propone estos años de la vida como un síntoma de la pubertad, por causa de la variedad de respuestas posibles y las salidas que el sujeto se construye en torno a su propia identidad y la del Otro en los diferentes lugares de los lazos en lo social. Siguiendo con Stevens, al abrir y brindar posibilidades al joven para construir sus salidas en el paso hacia la vida adulta, las respuestas a esto, que parece imposible, pueden implicarlo en una nueva posición en relación: (1) al saber, (2) a las identificaciones, (3) a las fantasías, (4) a las regulaciones o la función paterna, (5) a la demanda de amor.

El adolescente en conflicto con la ley

En el trabajo con adolescentes en conflicto con la ley, cumpliendo lo que en Brasil se conoce como medidas socioeducativas, así como en la pre-

vención de la mortalidad juvenil, pudimos elaborar un sistema complejo, orientado por el psicoanálisis, que aquí presentamos en forma de hipótesis sobre el tema de adolescencia e infracción social (Guerra, Canuto & Martins, 2015), de forma que se problematice la presencia del psicoanálisis en este territorio como forma de ampliarnos el espectro de acción con los jóvenes en el campo de las políticas públicas.

Hipótesis 1

Guerra	//	guerrinha (guerrita)
Desaparición del padre (Político)		Abandono del padre (Edípico)

La desaparición del (significante función) padre en el plano político está para la guerra, así como el abandono del padre (edípico) está para la guerrinha (guerrita). ¿Esto qué quiere decir? En la actualidad, en ausencia de los referentes universales de ordenamiento del mundo en el plano político y simbólico, responde a una lógica de exterminio de la población superflua del capitalismo. Dentro de este gran conjunto de vidas, marcado por la exclusión y por la segregación, una parte del grupo de jóvenes hombres, negros y pobres, en Brasil, compone la “guerrinha”, como sistema de vida anclado en una rivalidad imaginaria y en la identificación servil a la lógica del crimen, especialmente en el micro-tráfico de drogas ilícitas (Guerra, Moreira & Costa, 2012), como respuesta a sus condiciones históricas y afectivas.

Responden, así, en oposición a las determinaciones que condicionan sus existencias. Paradójicamente, donde se organizan para dejar de ser superfluos, sobrantes, se tornan eliminables. Se instala entre ellos una lógica en la cual el exterminio es la piedra angular, respondiendo ese estado de guerra a la desaparición del orden regulador en el campo político con la caída de los ideales contemporáneos. Y a esa desaparición política del padre corresponde el abandono simbólico del padre en el plano edípico, culminando en la identificación imaginaria al saber del Otro del narcotráfico con su tiranía no dialectizable, vivida en la rivalidad imaginaria.

Hipótesis 2

También se verifica una inversión del valor social atribuido a la regulación y a la manutención de la vida. En este sentido, los jóvenes marcan su presencia en la escena de la ciudad basada en el trípode “Revuelta-Venganza-Muerte”, en una relación afirmada en la traición, las sospechas y la incredulidad a la ley jurídica y al Otro Social. Con eso cumplen una especie de destino social, marcado por lo que ellos acuñan como las tres C’s: *Cadeia* (cárcel), *Caixão* (cajón) o la *Cadeira de Rodas* (silla de ruedas). Hacer vacilar ese sistema de creencias puede favorecer la producción de nuevas salidas, diferentes de aquellas que se dan por la servidumbre al crimen (Guerra, Canuto & Martins, 2015).

Hipótesis 3

Los homicidios reiterados entre los jóvenes, que componen el cuadro epidémico, en el cual el 43% de los asesinatos de Brasil se da con la población joven, negra y pobre, parece señalar un intento de inscripción simbólica y política en la polis, que fracasa al irrealizar el traspaso de un estado de aparte, excluido, hacia un estado de protección jurídica y de cobertura política (Guerra & Martins, 2013). Muchos jóvenes testimonian que precisan cometer una infracción para tener acceso a sus derechos básicos. Esa situación, reveladora de la injusticia y de la violencia política, reitera la discusión de Hannah Arendt cuando recordaba que si un hombre necesita tornarse un criminal para recuperar su dignidad, ya estamos fuera de la cobertura del campo de los derechos. No nos parece diferente del adolescente autor de una infracción que, al recibir ese apodo, se torna proscrito en la escena de la ciudad y, al mismo tiempo, inscrito en el circuito de la protección del estado.

Hipótesis 4

Para esos jóvenes, al menos para una buena parte de ellos, parece haber también una supresión del compás de espera, de la producción de fantasías y de la toma de decisiones en la solución de responsabilidad que sería construida por el púber en la travesía de adolescente hacia la vida

adulta. En la ausencia de un tiempo de elaboración y de la toma subjetiva de decisiones, el adolescente no parece implicarse en sus elecciones de vida no responsabilizándose por sus actos. La posición de los jóvenes en el crimen aparenta, así, engendrar un semblante de vida adulta en la cual los púberes pasan a operar como si fueran adultos, apoyados en el saber del Otro del crimen con el cual se identifican, sin, entretanto, responsabilizarse de sus actos, como efecto de la identificación con ese discurso (Guerra, Pinheiro, Lima & Soares, 2012).

Hipótesis 5

La presencia de esos jóvenes en el lazo social funciona por la intermitencia e inconstancia, en la cual su creatividad se torna un fuerte recurso subjetivo de sobrevivencia, frente al uso des-potencializado de los recursos oficiales y públicos que llegan hasta donde ellos. Frente a la pobreza y a la falta de atención social en la que están inmersos, inventan formas de convivencia no pacíficas, con alta restricción de circulación por el espacio geográfico e intensa desconfianza hacia los pares (Guerra, Moreira & Costa, 2012). De desordenados pasan a ser temidos, fundando así una nueva condición de reconocimiento. Esa postura les dificulta el acceso a las medidas socioeducativas a muchos jóvenes que crean una relación de indiferencia con los dispositivos públicos de asistencia social y de justicia, exigiendo un trabajo de implicación, no de los jóvenes solamente, también de la sociedad, demarcando nuevos términos para la acción clínica y política (Guerra, Martins & Otoni, 2014).

Hipótesis 6

Conseguimos así llegar a tres premisas para explicar el fenómeno de la mortalidad juvenil, a partir de la noción de conductas de riesgo, tomando como perspectiva de análisis su dimensión subjetiva, a saber: la de que el joven busca afirmar el valor de la vida verdadera con sus conductas de riesgo; la de que el joven se dispone a cubrir políticamente su presencia en la ciudad, encontrando, mientras tanto, un sistema que legitima su exterminio; y, por último, la de que el joven busca su verdad subjetiva con sus infracciones sociales. Esa causalidad subjetiva se aloja al lado de los sistemas de captura oriundos de las determinaciones micro-estructurales económicas y súper-estructurales discursivas, cola-

borando para la reflexión sobre el genocidio brasilero de su población joven. En la primera situación, la ausencia de rituales de pasaje, los adolescentes realizan una especie de ritual personal que bordea el límite de la vida, en la búsqueda de afirmar el gusto de vivir. En el segundo caso, el joven busca inscribirse políticamente en la escena de la ciudad, encontrando saber-hacer en el crimen como orientación y, por otro lado, la justicia como límite. Y en la tercera situación, responden a los hiatos trans-generacionales, haciendo de su sistema de vida un síntoma social. Así, en la experiencia del cuerpo son atravesados por la búsqueda de su propia verdad, que se revelaría en un modo de saber vivir.

Hipótesis 7

Comprendiendo el lazo social como discurso, que incluye el lenguaje y la intensidad de la experiencia que a este se le escapa, verificamos que los mismos elementos discursivos como familia, comunidad, amigos, crimen y religión, que favorecen a situaciones para crear lazos, también pueden generar en el joven la no-creación de dichos lazos, exigiendo una reconfiguración de su participación en la escena pública a los moldes de la tradición ya conocida o de la invención de nuevos modos de vivir. Así, la dinámica lazo-desenlace se evidencia como una estrategia de vida, anclada en una relación de sospecha con el Otro.

Esa llave de lectura lógica permite que vislumbremos diferentes rumbos subjetivos en la trayectoria del crimen, en especial en el tráfico de drogas ilícitas. Elementos como la comunidad o la tradición pueden fidelizar al sujeto al lazo, a través del sentimiento de pertenencia, o favorecer a la invención de nuevos lazos por la vía de la inserción en las pandillas. No siempre la invención será construida dentro de un sistema legitimado socialmente. También la familia puede, tanto favorecer el desenlace con la figura del padre como recomponer el lazo por la tradición a través del nacimiento de un nuevo hijo. Se trata, entonces, de conectores que puedan inscribir trayectos de vida en diferentes direcciones. Concluimos que la dinámica lazo-desenlace compone estructuralmente la forma de posicionamiento de los jóvenes, marcada por la intermitencia y no por la continuidad, y apoyada en los elementos-llaves del discurso que caracterizan su escenario socio-simbólico.

Hipótesis 8

Llegamos también al entendimiento de que las reglas, leyes y discurso que normativizan la vida de los aglomerados en la ciudad de Belo Horizonte, crean un nuevo orden, aislado de la normatividad que rige la sociedad civil. Estructuralmente hablando, no se trata de exclusión, de paralelismos, de subconjunto o de especularidad a la estructura de la relación entre la ley verdadera y la ley “de quien vive”, como nos enseñó un joven (Guerra & Martins, 2013). Nos parece que antes de tratarse de una respuesta imponderable a la realidad del sistema, inventada con las propias herramientas estructurales del sistema económico del lenguaje, es al mismo tiempo en el que prescinde de su universal predicador. Como puede notarse, parece que estamos lejos de una falencia de recursos simbólicos; parece, más bien, una multiplicación de sus formas, y no referidas a un ordenador común.

Ese campo de normatización se configura en una especie de simbólico de territorialidad, regionalizado, como si conviviésemos en islas regimentadas para tratar lo real, produciendo semblantes variados en cada escenario normativo. Ampliamos esa perspectiva para sugerirla como una forma de lectura del *modus vivendi* contemporáneo. Creemos que esa es una de las novedades de nuestro tiempo, cuyo testimonio los jóvenes nos lo ofrecen de manera poco caricaturesca bajo miradas advertidas.

Hipótesis 9

También creemos que el lazo con el crimen nace en el período de la latencia, al inicio de la pubertad, cuando el niño encara la falencia de su saber y de su modo de operar en y con el mundo, habiendo una oferta de saber-hacer del crimen como orientación para la consolidación de una nueva forma de funcionamiento en el lazo social. La presencia concreta y simbólica del *modus vivendi* del crimen en las comunidades urbanas de baja renta per cápita (aglomerados, favelas, *banlieues*), hace frente a la ausencia de referencias de las tradiciones en la transmisión de los modos de vida, produciendo el enlace pulsional con el objeto del crimen en la resolución del pasaje por la adolescencia. Esa adherencia transitoria a la transgresión demarca un atravesamiento

estructural enfrentado por todo sujeto, hablando en el pasaje hacia la vida adulta, pudiendo ser temporal o resolutive, culminando (o no) en la decisión por un estilo de vida criminal (Guerra, 2015).

Hipótesis 10

Finalmente, suponemos que la realidad subjetiva no puede ser pensada, desconectada de la realidad política y económica. Así, la intervención sobre una de esas dimensiones interfiere en la otra de modo no equivalente, pero operativo, generando efectos de mudanzas o cambios en los planes de vida, pudiendo el sujeto comprometerse a las políticas públicas y a las de la cultura, en una nueva respuesta. Utilizamos la banda de Moebius, que subvierte el espacio euclidiano, para mostrar esa continuidad que no significa una equivalencia. El modo como incidimos en cada lado, como intervenimos con el sujeto y sus colectivos, sea por la vía subjetiva o por la vía política, afectará necesariamente la otra dimensión.

Es de un corte, una pérdida, de donde se extrae un antiguo modo de vida, para que pueda nacer un nuevo estilo de vivir. Este exige, al menos, 3 tiempos: el de la localización de modo sintomático de lo singular a presentarse; la invitación al desplazamiento de esa posición de goce; el del re-enlace al Otro, bajo nuevos términos. Así concluimos que es necesario hacer una lectura del joven en conflicto con la ley que sobrepase el saber del cuerpo, la condición política, el destino de la historia, y, antes de que se toque el límite de cada uno de esos planos, en el horizonte en que la vida se escribe en la ciudad y se repite en el intento de reinventar otra.

Conclusiones

Frente a lo que fue expuesto, se puede aseverar que, a partir del aporte psicoanalítico, podemos apostar por la escucha de la singularidad propia de un sujeto, aliada al reconocimiento de los efectos simbólicos y políticos de la escritura de su palabra en la escena de la ciudad, como lo que presentifica su cuerpo y su capacidad de negociación en la polis. Como consecuencia lógica, podríamos pensar en la subjetividad, envuelta en lógicas inconscientes, al lado de lógicas sociales, eco-

nómicas, históricas, entre otras, en la expectativa de que el adolescente pueda ir más allá de las referencias originales que lo constituyeron.

Se espera que el adolescente pueda confirmar una nueva interpretación a la herencia simbólica, advenida de la relación con el padre, que orienta su forma originaria de satisfacción y goce. Y también, ir más allá de esa dimensión simbólica, que pueda tratar lo que resta del padre, lo real del padre, no inscrito en la metáfora paterna (Guerra, Costa & Limp, 2014, p. 173) (la traducción es libre).

Es en este punto donde creemos en la necesidad de abrir, más allá del padre, la condición para la asunción y la responsabilidad por nuevas formas de vida para el adolescente desligadas del crimen.

Uno de los mayores desafíos que existen en el trabajo con adolescentes envueltos en el crimen, tiene que ver con las responsabilidades compartidas entre la lógica del funcionamiento de un sistema que excluye a un sujeto de los márgenes sociales de lo abarcado por la ley social-jurídica, y que por constitución de un estado de derecho el sujeto podría ser cubierto y, en otra vía, lo que tiene que ver con el mundo de ese adolescente. En términos de Guerra, Costa y Limp (2014) en el texto “Risco e Sinthome: a psicanálise no sistema socioeducativo”, “cuando la dimensión pública (política) y la vida íntima (aquí inconsciente) confluyen para la composición de una posición en el lazo social por la vía del crimen” (p. 174) (la traducción es libre).

Por causa de lo anterior, es tomado lo que Lacan le recuerda al psicoanalista, relacionado con que la realidad es una relación subjetiva construida, la cual tiende a ser alienada actualmente, partiendo de lo particular a lo general, y formula las vías de paso para que las acciones violentas se tornen posibles. En este sentido, podemos argumentar que la infracción tiene una función de carácter subjetivo, y pensando en el comprometimiento del adolescente en una composición de vida, la construcción del sentido subjetivo de los actos infraccionales se torna fundamental en este trabajo.

Para esto, es imperante otorgar la palabra al adolescente, reconocer la posibilidad de construcción de sentido de los actos y de la cons-

trucción por una toma de posición en el lazo social. Cualquier intento de trabajo con el adolescente en conflicto con la ley no avanza sin el asentimiento subjetivo por parte del adolescente. “El recogimiento de esos efectos, a través de las redes de trabajo, junto al sistema socio-educativo, apunta a la necesidad de direccionarlos y acompañarlos a lo largo del proceso” (Guerra, Costa & Limp, 2014, p. 176).

Como puede verse, se trata de material complejo, del cual esperamos haber extraído aportes para la reflexión teórica, la construcción técnico-instrumental e indicaciones para el manejo político del trabajo con los adolescentes, esperando así disponer del potencial transformador de su realidad.

Bibliografía

- Caligaris, C. (2000). *A Adolescência*. São Paulo: Publifolha.
- Eisenstein, E. (2005). Adolescência: Definições, conceitos e critérios. *Adolescência e Saúde. Revista do Núcleo de Estudos da Saúde do Adolescente da Universidade Estadual de Rio de Janeiro*, 2(2), 6-7.
- Freud, S. (1905/2003). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas*, Vol. VII (2ª ed.) (pp. 109 - 222). Buenos Aires: Amorrortu.
- Guerra, A., Moreira, J. & Costa, D. (2012). Pós-modernidade e mercado informal de drogas ilegais: o jovem na criminalidade. *Revista Mal-Estar e Subjetividade*, VII(1-2), 389-418.
- Guerra, A., Pinheiro, M., Lima, N. & Soares, C. (2012). Violência urbana, criminalidade e tráfico de drogas: Uma discussão psicanalítica acerca da adolescência. *Psicologia em Revista*, 18(2), 247-263.
- Guerra, A., & Martins, A. S. (2013). Psicanálise e política: contribuições metodológicas. *Revista Borromeo*, (4), 90-111.
- Guerra, A., Costa, M. & Limp, T. (2014). Risco e Sinthome: a psicanálise no sistema socioeducativo. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 30(2), 171-177.
- Guerra, A., Martins, A. S., & Otoni, M. (2014). Adolescência e infração: conjugando fatores políticos e subjetivos no compartilhamento de responsabilidades. *Revista Brasileira de Ciências Criminais*, (109), 109-130.
- Guerra, A. (2015). Por uma ampliação da discussão da redução da maioridade penal. *Psicologia em Revista*, 21, 628-637.
- Guerra, A., Canuto, L.G.G. & Martins, A. S. (2015). A guerra do tráfico como sistema de vida para adolescentes autores de ato infracional. *Cultures-Kairos- Revue d'anthropologie des pratiques corporelles e des arts vivants*, 05, 12.

- Kehl, M. (2004). A juventude como sintoma da cultura. En R. Novaes & R. Vannuchi (Orgs.), *Juventude e sociedade: trabalho, educação, cultura e participação* (pp. 89 - 114). São Paulo: Perseu Abramo.
- Ospina, W. (1994) *Es tarde para el hombre*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

**Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /
Para citar este artigo (APA):**

Pedroza, Rafael Antonio – Campos, Andréa Máris (2017). Reflexiones sobre la mortalidad adolescente en Brasil: 10 hipótesis sobre el trabajo al lado del adolescente en conflicto con la ley. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 13-31. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

LES PARADOXES DE LA SÉGRÉGATION: CONSÉQUENCES POUR LA PRATIQUE EN INSTITUTION

Gabriela Pazmiño Márquez¹
Universidad Paris VII, Francia
gpazminom@gmail.com
ORCID: 0000-0001-7352-7952

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a02

Résumé

« À travers l'étude de la notion de ségrégation, nous aborderons la question de la pratique psychanalytique en institution pour enfants psychotiques et autistes. Les élaborations de Sigmund Freud et Jacques Lacan à ce propos, révèlent la consistance paradoxale du phénomène ségréatif et permettent d'élaborer une réponse. Il

s'avère que la position du psychanalyste au sein d'une institution non ségrégative, suppose le consentement aux liens inégaux imposés par le langage. » .

Palabras clave: Ségrégation, Psychose infantile, Institution, Lien social, Clinique du sujet

LAS PARADOJAS DE LA SEGREGACIÓN: CONSECUENCIAS PARA LA PRÁCTICA EN INSTITUCIÓN

Resumen

A través del estudio de la noción de segregación, abordaremos la cuestión de la práctica psicoanalítica en

institución para niños psicóticos y autistas. Las elaboraciones de Sigmund Freud y Jacques Lacan al res-

1 Psicóloga clínica. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Magister en Psicoanálisis. Universidad Paris VIII Vincennes-Saint-Denis. Doctorado en Psicoanálisis y Psicopatología. Universidad Paris VII Denis Diderot. Psicóloga clínica en el Centro Médico-Psico-Pedagógico (CMPP) de Sucy-en-Brie, Francia.

pecto revelan la consistencia paradójica del fenómeno segregativo y permiten elaborar una respuesta. Se muestra que la posición del psicoanalista en el seno de una institución no segregativa supone el consenti-

miento de los lazos inequitativos impuestos por el lenguaje.

Palabras clave: segregación, psicosis infantil, institución, lazo social, clínica del sujeto.

PARADOXES OF SEGREGATION: CONSEQUENCES FOR THE PRACTICE IN AN INSTITUTION

Abstract

From the study of the notion of segregation, we will approach the question of the psychoanalytic practice in an institution for psychotic and autistic children. Sigmund Freud and Jacques Lacan's elaborations in that regard reveal the paradoxal consistency of the segregating phenomenon and enable to elaborate a response. We show that

the psychoanalyst's position in the heart of a non-segregating institution implies the consent of non-equitable bonds imposed by language.

Keywords: segregation, infantile psychosis, institution, social bond, clinic of the subject.

Recibido: 30/08/16 • Aprobado: 19/12/16

Introduction

La ségrégation n'est pas un phénomène nouveau, et le terme est employé couramment dans son rapport avec les plus diverses formes de fracture sociale. De ce fait, il a tendance à se confondre avec d'autres notions qui, plus précisément, s'en déclinent.

Dans son "Allocution sur les psychoses de l'enfant" de 1967, Lacan aborde la question de la ségrégation par la référence à l'enfant, la psychose et l'institution. En effet, l'institution entretient des liens étroits avec le phénomène ségréatif, car elle suppose autant une forme d'accompagnement qu'une modalité particulière de séparation. L'enfant, en tant qu' "objet du fantasme de l'Autre" (Lacan, 1969/2001b, p. 373), vient interroger le rapport à la liberté et la tendance à la ségrégation au sein de l'institution.

L'institution de psychanalyse appliquée élabore une réponse à partir de l'éthique qui est la sienne. Il en résulte que la position du psychanalyste au sein de l'institution ne va pas sans l'introduction d'un paradoxe, dont le concept de ségrégation est lui-même porteur: un collectif non ségréatif est celui qui fait valoir le principe de "tous inégaux", propre à la régulation des liens que le langage impose (Miller, 2005). Nous examinerons les conséquences de cette affirmation pour la clinique du sujet.

Plan de l'article

Au regard d'un certain nombre de travaux existants sur le sujet, nous proposerons d'abord un bref état de la question, permettant quelques éclaircissements. Deuxièmement, nous aborderons l'articulation entre le "collectif" et la "clinique du sujet" au sein de l'institution. Nous étudierons ensuite une modalité spécifique de pratique institutionnelle pour enfants psychotiques et autistes apparue en France à la fin des années 1970, afin d'extraire les conséquences pour la pratique contemporaine. Nous concluons sur une proposition portant sur le calcul de la position du psychanalyste au sein d'une institution qui ne serait pas ségrégative.

1. État de la question

Nous proposons d'aborder certaines références spécifiques à ce sujet dans l'enseignement de Sigmund Freud et de Jacques Lacan, afin de cerner les diverses articulations entre ségrégation et clinique contemporaine en institution.

1.1. Ségrégation, communautarisme et concentrationisme

La ségrégation sera définie par Freud comme un symptôme, situant ainsi les racines inconscientes du phénomène. Dans "Psychologie des masses et analyse du moi", Freud expose qu'une forme de lien entre les individus s'établit par une identification inconsciente commune faisant surgir des sentiments communautaires. Pourtant, un tel processus suppose l'exclusion et le rejet de ceux qui ne partagent pas la même identification (Freud, 1921/1991).

Dans "Malaise dans la civilisation", Freud avance que la communauté constituée de cette manière est une forme de groupement constituant une fraternité positive, "commandée par l'amour du prochain" (Freud, 1929/1976, pp. 61-63). Dans son Séminaire sur "L'Éthique de la psychanalyse", Lacan (1960/1986) met en relief un premier paradoxe intéressant notre sujet: "le commandement de l'amour du prochain fait surgir la méchanceté foncière qui habite l'autre, mais qui, dès lors, habite aussi en moi-même" (p. 219).

Le phénomène de ségrégation met ainsi en évidence une jouissance méconnue, qui noue des liens avec la haine de l'autre, mais dont le ressort ultime est la haine de soi. Cependant, cette jouissance mauvaise est irréprésentable, et ne peut qu'être perçue comme une altérité radicale, toujours attribuée à l'autre (Aflalo, 2014).

Or, le principe communautaire contemporain relève d'un autre régime que celui des formations d'ordre symbolique, telles qu'elles se présentent dans les foules artificielles isolées par Freud (1921/1991) comme l'Armée ou l'Église. Les dites formations symptomatiques se soutiennent d'un idéal, d'une idée abstraite ou d'une figure de l'Autre

qui fonctionne comme une “contrainte externe” (Freud, 1921/1991, p. 32), assurant la cohésion du groupe.

Dans notre époque, la communauté se construit sur le mode d’un rejet des idéaux. La dislocation du lien social concomitante est supplée par l’instauration du principe communautaire (Guéguen, 1998). Ici, l’identification communautaire s’appuie non pas sur un symptôme, mais sur un trait positif; porteur de jouissance. À ce propos, Lacadée (2003) commente la manière dans laquelle certains adolescents façonnent des issues ségrégatives face aux impasses langagières: “Ils se regroupent en bandes ou en clans et construisent des codes où le vocabulaire s’appauvrit tant qu’ils finissent par parler une langue peu dialectisable, une langue trop chargée de jouissance” (p. 319).

Les nouvelles formes de concentrationisme résidentielle se situent également sous cette perspective, cristallisant d’une manière différente l’organisation sociale contemporaine; transformée comme elle l’est par l’économie du marché. Il s’agit d’une modalité contemporaine de repli communautaire qui vise l’exclusion de toute forme d’altérité au nom de la sécurité et de la satisfaction dans son versant le plus luxueux, dont le principe est celui des *Gated communities* américains (Aflalo, 2014).

1.2. Ségrégation et racisme

Dans le Séminaire “D’un discours qui ne serait pas du semblant”, Lacan précise que le racisme ne se supporte nullement d’une idéologie. En fait, l’idéologie de la race dont le nazisme semblait se soutenir est la chose la moins intéressée à l’occasion, dira Lacan. “Il n’y a besoin d’aucune idéologie pour qu’un racisme se constitue, il y suffit d’un plus-de-jouir qui se reconnaisse comme tel” (Lacan, 1971/2007, p. 30).

Dans “Télévision”, Lacan revient sur la logique en jeu dans le racisme. C’est toujours l’Autre qui situe la jouissance égarée du sujet, “en tant que nous en sommes séparés” (Lacan, 1973/2001d, p. 534); c’est-à-dire, dans la mesure où nous situons l’Autre comme étranger à nous mêmes.

À ce niveau, la jouissance auparavant “égarée” du sujet se situe désormais du plus-de-jouir. Celui-ci s’habille d’une “humanitarerie

de commande”, précise Lacan, afin de mieux poursuivre l’imposition des violences envers un autre que l’on tient pour un “sous-développé” (Lacan, 1973/2001d, p. 534).

Tel est le paradoxe que le raciste incarne, au paroxysme de l’ignorance de sa propre jouissance et de la part de haine que celle-ci comporte toujours. La forme la plus achevée de la ségrégation se vérifie ainsi dans le phénomène raciste, qui se nourrit de la haine du mode de jouissance de l’Autre.

1.3. Ségrégation et camp de concentration

Le camp de concentration (à distinguer du camp d’extermination) est une forme de ségrégation dont l’origine remonte aux guerres coloniales anglaises du début du XXème siècle (Loir, 1902/1919). Pratiquée à grande échelle durant la seconde guerre mondiale, le phénomène de concentration ne disparaît pas, mais fait l’objet de remaniements dans la période de l’après-guerre, assurant durablement le sentiment de division sociale.

En 1967, le camp de concentration s’annonce pour Lacan comme le modèle des processus de ségrégation de plus en plus durs, effet de “regroupements sociaux par la science”. Sidon (2012) démontre comment, à partir de ce texte, Lacan opère une subversion du concept de ségrégation. En effet, Lacan situe en 1970 la ségrégation comme “un effet de discours” parmi d’autres, et par une allusion extrêmement succincte, il précise que c’est plutôt “le refus de la ségrégation” qui est au principe du camp de concentration (Lacan, 1970/2001c).

Tel est donc le paradoxe que Lacan démontre: plus on vise à supprimer la ségrégation par la homogénéisation d’un groupe, plus on favorise la formation du camp de concentration.

Il est à noter que dans les deux textes mentionnés, Lacan isole la référence au camp de concentration pour souligner la structure ségrégative des sociétés et des institutions de psychanalyse. Ce sont des identifications imaginaires qui supportent la “coexistence” des uns et des autres (Lacan, 1967/2001), et leur configuration politique

n'est que "forme métabolique" du discours de l'Université (Lacan, 1970/2001c).

Un tel constat ne sera pas sans conséquences pour la constitution d'une École de psychanalyse telle que définit par Lacan: un ensemble non ségréatif qui va au-delà des semblants, et donc, des discours, qui ne résout pas le paradoxe, mais, au contraire, le met en évidence (Miller, 2005).

2. Ségrégation et clinique du sujet

L. Naveau propose de lire la question de la ségrégation à partir de son articulation au fantasme. L'auteur avance que le sentiment de solitude et l'expérience d'exclusion d'un sujet peut être une forme d'énoncer le conflit inconscient en termes de ségrégation (Naveau, 1995).

Dans ce cas de figure, la ségrégation suppose un redoublement dans le réel de la position d'un sujet dans le fantasme. Cette lecture du problème permet une articulation très précise avec la clinique du sujet et, de ce fait, elle est pertinente lorsque corrélée à la singularité du cas.

À ce niveau, nous identifions au moins deux contradictions. D'une part, l'argumentation du problème de la ségrégation à partir de la logique du fantasme semblerait être antinomique d'une analyse à partir de la logique du lien social. Or, l'abord du lien social depuis Freud suppose l'analyse des processus sociaux individuels, par l'étude de la causalité psychique en jeu dans ces derniers.

D'autre part, la pratique en institution relève du "collectif", ce qui semblerait également antinomique de l'élaboration d'une clinique du sujet. L'abord du collectif, dont l'équipe thérapeutique fait partie, provoquerait l'effacement des cas cliniques. Cet abord conduit également vers une "activisme" institutionnelle qui traduit l'identification de l'équipe à la population qu'elle est censée accueillir (Miller, 1976/2010).

Le collectif finit ainsi par partager une même ségrégation. L'on assiste ici à la naissance de microsociétés. L'institution se voue dès lors à la réforme sociale, et ce, au détriment de l'élaboration clinique des psychoses.

C'est ainsi que l'hypothèse d'une forme de ségrégation qui se construit, ou qui se redouble, par son assise dans le fantasme du sujet, nous permettrait d'éclairer la pratique en institution. Nous trouverons certaines précisions que Lacan fait sur ce point dans la leçon du 10 mai 1967 du Séminaire "La logique du fantasme", où il aborde certaines modalités d'exclusion comme étant opérées par le sujet lui-même.

Dans l' "Allocution sur les psychoses chez l'enfant" Lacan (1967/2001a) affirme que l'aliénation du sujet se vérifie au niveau du fantasme: "Là se juge la forme qui assujettit comme névrose, perversion ou psychose" (p. 366), précise-t-il, pour ajouter que toute la valeur de la psychanalyse est, justement, d'opérer sur le fantasme. À notre sens, Lacan introduit de cette manière un lien indissociable entre ségrégation, fantasme et clinique du sujet.

Or, qu'en est-il dans la psychose, où la question du fantasme ne va pas de soi ? Certainement, approcher la question à partir d'une telle perspective mérite une analyse plus approfondie, que nous ne pourrions pas développer ici. Nous nous limiterons à rappeler que la clinique des psychoses relève d'une diversité de formes de stabilisation. À ce propos, Sauvagnat (2009) affirme: "Il est peu niable qu'un certain nombre de psychoses infantiles se stabilisent par l'appauvrissement des contacts avec l'extérieur" (p. 268). Autrement dit, il y aurait des stabilisations de la psychose qui peuvent prendre la forme de la ségrégation.

Cette perspective invite alors le clinicien à une extrême prudence quant à la volonté d'extraire le sujet de son exclusion, car la sortie de l'impasse de la ségrégation nécessite du consentement du sujet pour s'extraire d'une certaine position de jouissance. La réinvention des liens sociaux par l'entrée dans le circuit des discours en serait une conséquence directe.

3. Une issue: Le pari de la disparité

En 1933, Freud (1933/2002) affirme que l'espérance de faire disparaître l'agression humaine par l'établissement d'une garantie d'égalité entre les membres d'une communauté participe d'une illusion.

Néanmoins, tout ce qui établit des liens entre les hommes ne peut que s'opposer à la pulsion de destruction, affirme-t-il, tout en avertissant que la communauté ainsi formée contient dès le départ des éléments de force inégale: "La division des hommes en éléments dirigeants et dépendants fait partie intégrante de leur inégalité congénitale et inéluctable" (Freud, 1933/2002, p. 213).

Lorsque Lacan formule le concept de discours, il y suppose également une "disparité principielle" (Soler, 2013, pp. 18-19). Il en fait la condition de la régulation des relations que le langage impose. Le lien social ainsi formé est donc foncièrement asymétrique, "dominial" (Miller, 2005a, p. 8), mais non ségrégatif.

L'accent mis par Lacan sur la disparité du lien social comporte alors la reconnaissance du principe de "pas tous pareils, tous inégaux". Au défaut, reste la ségrégation, dont le principe est, paradoxalement, le refus de la disparité et la promotion de l'égalité pour tous. En d'autres termes, c'est lorsque le lien social fait défaut, ce qui se distingue dans les différentes pathologies dites "de l'acte" (Zafiropoulos, 2015, p. 127), que la ségrégation s'avère être le seul mode de traitement de la cohabitation par la division réelle de l'espace.

À partir des formalisations de Freud et de Lacan à cet égard, la seule issue possible à la ségrégation serait le consentement de chacun à l'ordonnement des liens que le langage impose.

4. La ségrégation et l'institution de psychanalyse appliquée

L' "Allocution sur les psychoses chez l'enfant" de Lacan est le discours de clôture aux "Journées d'études sur la psychose chez l'enfant"

organisées par Maud Mannoni en 1967. Mannoni avait rassemblé à l'occasion des antipsychiatres anglais, des tenants de la Psychothérapie institutionnelle et des psychanalystes lacaniens, dont la plupart intervenaient dans l'équipe de Jenny Aubry.

Toutes orientations confondues, un certain nombre d'interventions ont été consacrés à la revendication d'un combat à mener contre la ségrégation dudit "malade mentale". En effet, dans un contexte de réforme sociale, plusieurs initiatives de recherche institutionnelle étaient en train de se développer, parmi lesquelles l'on citera la clinique de Jean Oury dans le Loir-et-Cher et l'École expérimentale de Bonneuil-sur-Marne.

Maud Mannoni fondera l'École expérimentale de Bonneuil en 1969, en tant que lieu d'antipsychiatrie pour enfants arriérés et psychotiques. Dans un esprit de militance contre la ségrégation de ces enfants, Mannoni va promouvoir une institution où se récréent "des formes archaïques de la société", où l'arriéré et le fou avaient leur place dans le village: "Sont ici en question, écrit l'auteur, la famille moderne et les formes spécifiques d'insécurité liées à la contraction de l'institution familiale dans notre société détribalisée" (Mannoni, 1970, p. 177).

Par sa formulation de la question, Mannoni opère une remise en question de l'idéal de la famille; subversion dont elle fait le moteur de sa pratique. Elle instaure un activisme visant l'adaptation de la société à la folie. L'idéal de réforme sociale sera au cœur de cette initiative militante, où l'on promeut l'expression "sans contrainte" de la folie.

Lacan ne sera pas sans sanctionner cette dérive, introduisant dès 1967 une critique de l'abord de la folie par l'idéologie de la liberté. Sous cette versant, indique-t-il, il ne s'ouvre que le renforcement de la ségrégation de l'enfant psychotique. D'autre part, l'orientation que Mannoni donnera à son institution s'effectuera ainsi au détriment de l'élaboration d'une clinique des psychoses chez l'enfant.

Notons qu'à partir des initiatives comme celle de Maud Mannoni, certaines reformes concernant l'intégration d'enfants débiles et psychotiques dans des établissements réguliers ont vu le jour en

France. À partir des années 1970, on assiste donc à l'intégration progressive de ces enfants au sein des écoles, le but étant de lutter contre les effets de ségrégation auxquels ils étaient voués dès leur entrée en institution spécialisée.

C. Vanier constate le paradoxe que la situation des enfants psychotiques et autistes connaît en France à l'heure actuelle. Les thérapeutes, les éducateurs et les parents perçoivent les limites qu'atteignent les écoles et autres établissements "normaux" pour accueillir ces enfants "qui se trouvent désormais ségrégués à l'intérieur de la normalité" (Vanier & Vanier, 2016), conclut l'auteur.

Comment faut-il comprendre cette conséquence apparemment contradictoire ?

5. Conclusion

À la lumière des élaborations que nous avons abordées à propos de la ségrégation, nous pourrions interpréter ce constat comme une forme de retour du paradoxe: plus on se vouera à éliminer la ségrégation en méconnaissant sa consistance paradoxale, plus on verra revenir avec force les effets d'une nouvelle dégradation de liens.

Nous pouvons ainsi distinguer comment la volonté d'éliminer les paradoxes que la ségrégation comporte conduit à des nombreuses impasses. L'identification avec le psychotique en est une, la quête de libération de son prochain à titre de son bien en est une autre. Mais aussi l'est l'application des idéaux ou même la charité, qui sont autant des formes de méconnaissance de la haine de l'autre.

Il se déduit alors qu'une institution *digne* est celle qui s'approche de la jouissance, pour la réfréner (Lacan, 1967/2001a). À partir de cette indication, le psychanalyste au sein de l'institution est celui qui invente et renouvelle sans cesse les possibilités d'accueillir et d'inclure le paradoxe dans son accompagnement de l'enfant. C'est à cette condition qu'une place est faite à ce qui a de plus singulier pour chaque sujet.

Bibliographie

- Aflalo, A. (2014). Ségrégation et concentration. *Le Diable probablement*, (11), 128-137.
- Freud, S. (1921/1991). Psychologie des masses et analyse du moi. Dans *Ouvres complètes* (1-84). Paris: PUF.
- _____. (1929/1976). *Malaise dans la civilisation*. Paris : PUF.
- _____. (1933/2002). Pourquoi la guerre ? Dans *Résultats, idées, problèmes*, Vol. II (203-215). Paris: PUF.
- Guéguen, P.-G. (1998). Le principe communautaire, source de ségrégation. *Letterina*, (19), 5-14.
- Lacan, J. (1960/1986). *Le Séminaire, "L'Étique de la psychanalyse", livre VII*. Paris: Le Seuil.
- _____. (1967/2001). Proposition du 9 octobre 1967 sur psychanalyste de l'École. Dans *Autres écrits* (pp. 243-259). Paris: Le Seuil.
- _____. (1967/2001a). Allocution sur les psychoses chez l'enfant. Dans *Autres écrits* (351-371). Paris: Le Seuil.
- _____. (1969/2001b). Note sur l'enfant. Dans *Autres écrits* (373-374). Paris : Le Seuil.
- _____. (1970/2001c). Préface à une thèse. Dans *Autres écrits*. (393-402). Paris : Le Seuil.
- _____. (1971/2007). *Le Séminaire, "D'un discours qui ne serait pas du semblant", Livre XVIII*. Paris: Le Seuil.
- _____. (1973/2001d). Télévision. Dans *Autres écrits* (509-545). Paris: Le Seuil.
- Lacadée, P. (2003). *Le malentendu de l'enfant*. Lausanne: Éditions Payot.
- Loir, M. (1902/1919). Souvenirs de la guerre Sud-Africaine de 1902. *Recueil des publications de la Société havraise d'études diverses*. Rétabli: <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k55448877/f17>
- Mannoni, M. (1970). *Le psychiatre, son "fou" et la psychanalyse*. Paris: Le Seuil.
- Miller, J.-A. (1976/2010). Enseñanza de la presentación de enfermos. En *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica* (417-430). Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- _____. (2005). *El banquete de los analistas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- _____. (2005a). Psychanalyse et société. *Quarto*, (85), 6-11.
- Naveau, L. (1995). Institution et ségrégation: Le malheur de Sophie et la folie familiale. *La Lettre mensuelle*, (143), 17-21.
- Sauvagnat, F. (2009). Fausses débilites, pseudo-imbécilités et inhibition. En *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica* (265-275). Madrid: Editorial Síntesis.

- Sidon, P. (2012). *Le discours universel comme refus de la ségrégation*. Rétabli: <http://www.lacanquotidien.fr/blog/wp-content/uploads/2012/01/Observatoire-Sidon.pdf>
- Soler, C. (2013). *Ce qui reste de l'enfance*. Paris: Éditions du Champ lacanien, Collège clinique de Paris, Année 2012-2013.
- Vanier, A. & Vanier, A. (2016). *Maud Mannoni*. Séminaire du Cercle International d'Anthropologie Psychanalytique (CIAP), Paris.
- Zafiropoulos, M. (2015). La ségrégation et la manie de la terreur. *La Clinique lacanienne*, (27), 127-140.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artigo (APA):

Pazmiño - Márquez, Gabriela. (2017). Les paradoxes de la ségrégation: conséquences pour la pratique en institution. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 32-44. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

SECRETARIO DEL ALIENADO Y MANIOBRA DE LA TRANSFERENCIA EN EL TRATAMIENTO DE LA PSICOSIS

Elodia Elisabeth Granados¹

Universidad del Aconcagua, Argentina

eeligranados@gmail.com

ORCID: 0000-0003-4443-7135

Marta Lidia Funes²

Universidad del Aconcagua, Argentina

martalfunes@yahoo.com.ar

ORCID: 0000-0002-2467-9463

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a03

La presente investigación pone de relieve los problemas que la transferencia presenta en el tratamiento de la psicosis. Lacan, a partir de la condición estructural de la psicosis, propuso una estrategia en la posición del analista: “secretario del alienado” e introdujo una concepción acerca de la “maniobra de la transferencia” en el tratamiento de la psicosis. Nos preguntamos: ¿Cuál es la concepción de maniobra de la transferencia para el

caso de la psicosis?, y ¿Cuál es la articulación lógica entre maniobra de la transferencia y secretario del alienado? El caso en la investigación en psicoanálisis permitió precisar que: la posición del analista determina la maniobra de la transferencia y posibilita un tratamiento.

Palabras clave: psicosis, secretario del alienado, maniobra de transferencia, tratamiento

1 Licenciada en Psicología, Magister en Psicoanálisis, docente, investigadora. Instituto de Investigaciones, Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua.

2 Licenciada en Psicología, Magister en Psicoanálisis, docente. Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua.

SECRETARY TO THE ALIENATED AND TRANSFERENCE MANEUVER IN THE TREATMENT OF PSYCHOSIS

Abstract

This research highlights the problems that transference presents in the treatment of psychosis. Lacan, from the structural condition of psychosis, proposed a strategy in the analyst's position –“secretary to the alienated” – and introduced a new conception on the “transference maneuver” in the treatment of psychosis. We wonder: what is the conception of transference maneuver in psychosis? And, what

is the logical articulation between transference maneuver and secretary to the alienated? The psychoanalytic research allowed for specifying that the analyst's position determines the transference maneuver and makes a treatment possible.

Keywords: psychosis, secretary to the alienated, transference maneuver, treatment.

SECRÉTAIRE DE L'ALIÉNÉ ET MANŒUVRE DU TRANSFERT DANS LE TRAITEMENT DE LA PSYCHOSE

Résumé

Cette recherche met en évidence les problèmes du transfert dans le traitement de la psychose. Lacan, basé sur la condition structurelle de la psychose, a proposé une stratégie relative à la position de l'analyste (“Secrétaire de l'aliéné”) et a introduit une conception sur “la manœuvre du transfert” dans le traitement de la psychose. Quelle est la conception de la manœuvre du transfert pour le cas de la psychose ?

Quelle est l'articulation logique entre la manœuvre du transfert et le secrétaire de l'aliéné ? Le cas dans la recherche en psychanalyse a permis de préciser que la position de l'analyste détermine la manœuvre du transfert et rend un traitement possible.

Mots-clés : psychose, secrétaire de l'aliéné, manœuvre du transfert, traitement.

Recibido: 11/11/16 • Aprobado: 29/12/16

En el presente artículo exploramos las condiciones de posibilidad para un tratamiento psicoanalítico de la psicosis. Abordamos las complejidades técnicas que presenta la transferencia en la psicosis. Procedimos a partir de los textos de Freud (1895 a 1937) y de Lacan (1950 a 1964) con el fin de dilucidar la posición del analista y maniobra de la transferencia en un caso de psicosis.

Establecer precisiones conceptuales acerca de la transferencia en la clínica de la psicosis implica despejar y esclarecer algunas referencias teóricas. En “Sobre dinámica de la transferencia”, Freud (1912/1973) argumenta: “Cuando la capacidad de transferir se ha vuelto en lo esencial negativa, como es el caso de los paranoicos, cesa también la posibilidad de influir y curar” (p. 1653), demarcando un límite en el tratamiento psicoanalítico de las psicosis, a partir de las vicisitudes que puede presentar la transferencia.

Es Lacan quien, a partir de estudiar y establecer las condiciones estructurales de las psicosis, establece algunas coordenadas para un tratamiento posible. Indica un lugar para el analista: “Aparentemente nos contentaremos con hacer de secretarios del alienado” (Lacan, 1955-56/2010, p. 295) e introduce “... la concepción que ha de formarse de la maniobra, en este tratamiento, de la transferencia” (Lacan, 1957-58/2001, p. 564).

De modo que “maniobra de la transferencia” y “secretario del alienado” se constituyeron en los ejes que orientaron nuestra investigación.

Freud (1912/1973), desde sus primeros trabajos y hasta pasados los años 20, sostuvo que cuando la transferencia sentimental falta o cuando se torna totalmente negativa, no es posible el tratamiento psicoanalítico. Entonces sin transferencia sentimental no hay tratamiento para la psicosis y, además, con una transferencia negativa desaparece toda posible intervención.

Por su parte, Lacan (1955-56/2010), respecto al tratamiento psicoanalítico de la psicosis, advierte: “...debemos atribuir a cierto modo de manejar la relación analítica,...el desencadenamiento bastante rá-

vido de un delirio...” (p. 28). Indicando, de ese modo, que un análisis puede precipitar el desencadenamiento de una psicosis.

Puede argumentarse entonces que se presentan dos maneras de abordar la problemática generada en la transferencia en la psicosis: acentuar lo que viene del lado del paciente o destacar el manejo técnico y, en ese sentido, abordar la posición del analista. Nos preguntamos: ¿cuál es la lógica de la posición del analista propuesta por Lacan? ¿Qué indica maniobra de la transferencia para el caso de la psicosis? ¿La maniobra de la transferencia da cuenta de lo posible en un tratamiento psicoanalítico de la psicosis? ¿Cuál es la articulación entre la maniobra de la transferencia y secretario del alienado?

Para la construcción del marco teórico procedimos a partir de la lectura exhaustiva y rigurosa de textos, sirviéndonos de la metodología de análisis de textos que Lacan (1953-54/1995) transmitió desde el comienzo de sus seminarios de enseñanza: el comentario disciplinado de textos. Se fueron extrayendo citas ilustrativas del tema de investigación y, siguiendo la lógica del cuestionamiento del autor, se buscó responder a los interrogantes generados.

A partir de las respuestas que pudimos ir aproximando desde la teoría psicoanalítica, procedimos metodológicamente a una articulación teórico-clínica.

El diseño de investigación elegido fue el estudio de caso clínico. Consideramos los aportes de Azaretto *et al.* (2014) sobre el caso en la investigación en psicoanálisis. En la investigación en psicoanálisis, un texto o un material clínico pueden aportar a la lectura de varios casos. El material clínico elegido fue “La señora BV” (Imbriano, 2003), donde las cuestiones que nos interrogaban estaban puntualmente tratadas por la analista, contando, por lo tanto, con recortes clínicos contruidos en el curso de un tratamiento y ordenados a partir de momentos cruciales del mismo. Esto es, la autora construyó, fabricó un caso, y nosotros procedimos a partir de la lectura del material por ella aportado. De modo que el eje que guió la lectura y los recortes que se hicieron del caso lo constituyeron aquellos elementos que permitieron extraer algunas respuestas a las preguntas sobre la articula-

ción entre maniobra de la transferencia y la posición del analista en el tratamiento en la psicosis. Puntualmente, el caso fue ordenado en función de las intervenciones analíticas y sus efectos, pudiendo así ilustrar la lógica de la maniobra de la transferencia en ese tratamiento, a partir de extraer una estructura, lo que permitió dar respuestas a los interrogantes de nuestra investigación.

1. Transferencia en la experiencia analítica

En el recorrido realizado sobre el concepto de transferencia en la psicosis, en la obra freudiana (1895 a 1937) y en el periodo de la enseñanza lacaniana (1950 a 1964), precisamos el concepto de transferencia desde los antecedentes en Freud (1895/1973) a los aportes de Lacan (1964/1984). Localizamos que lo que hace nudo, centro en el concepto de transferencia, es el deseo y, a partir de Lacan, articulamos la incidencia de la pulsión en el corazón de la experiencia analítica.

Los antecedentes sobre la transferencia rastreados en la obra de Freud (1895/1973, 1900/1973, 1912/1973) y esclarecidos por Lacan (1953-54/1995), señalan que la transferencia refiere al proceder de la vida anímica, a un funcionamiento de los procesos oníricos donde la transferencia se produce de una representación a otra (Freud, 1900/1973), de un significante a otro (Lacan, 1953-54/1995), a los fines de la realización del deseo. En tanto que una referencia anterior delimita, “transferencia por falsa conexión” (Freud, 1895/1973), describiendo a la transferencia en la relación analítica y poniendo de relieve la movilización del deseo en el curso del tratamiento. En esas dos indicaciones freudianas pudimos extraer que la transferencia siempre remite a procesos a partir de los cuales se moviliza el deseo, ya sea en los sueños o en el curso de una cura analítica.

En elaboraciones posteriores, Freud articula los términos repetición y resistencia a los desarrollos sobre transferencia, y es Lacan quien procede efectuando una rigurosa diferenciación conceptual entre los conceptos transferencia y repetición, transferencia y resistencia.

Freud (1914/1973a), en “Recuerdo, repetición y elaboración”, indica que, mientras el sujeto esté en tratamiento, no se libera de la compulsión a repetir y que esa es su manera de recordar. Hacia la última etapa de los desarrollos freudianos, encontramos que, en el capítulo III del texto “Más allá del principio del placer”, Freud (1920/1973) continúa sosteniendo que el sujeto repite como suceso actual, en lugar de recordar, un fragmento del pasado, tratándose de una reproducción que entraña siempre un contenido sexual infantil y que en transferencia se va a presentar en relación al médico. Al respecto, Lacan (1960-61/2013), en el seminario de la transferencia, destaca que el término diferencial es “reproducción”, y si la misma es reproducción en acto, en la transferencia hay algo creador: “En la transferencia, el sujeto fabrica, construye algo” (p. 203), siendo un fenómeno que se hace, que se construye para ser escuchado, dirigido a ese gran Otro. Indica además que lo constitutivo de la transferencia es que se manifiesta en relación a alguien a quien se le habla y, señalando sus diferenciaciones con la repetición, procede a disuadir sobre posibles confusiones.

Acerca de las articulaciones entre transferencia y resistencia, encontramos que, en el texto sobre la dinámica de la transferencia, Freud (1912/1973) señala que la transferencia se presenta, en el curso del tratamiento, como el arma más poderosa de la resistencia, y Lacan (1951/1988), en “Intervención sobre la transferencia”, a partir del caso Dora, va a señalar los momentos de estancamiento en la dialéctica analítica, dando al término transferencia el sentido preciso de obstáculo en la cura.

Se trata de reediciones, sucesos psíquicos anteriores que se presentan, ya no como pasado sino como relación actual con la persona del médico (Freud, 1905/1973) y que se actúan en los momentos donde se detiene la dialéctica analítica. La transferencia se constituye en un obstáculo por un error del analista, donde sus prejuicios, o pasiones, le impiden advertir indicios transferenciales y, en consecuencia, se provoca el estancamiento de una cura. Podemos decir, entonces, parafraseando a Lacan (1953/1988), que la resistencia es del analista, que se trata del efecto, del empuje del analista sobre el inconsciente del sujeto, ubicando a la resistencia más enlazada a un erróneo manejo de la técnica analítica que a la transferencia.

2. Transferencia negativa en la psicosis y la posición del analista

Revisamos el concepto de transferencia negativa dado que, para el caso de la psicosis, Freud (1925/1973) especifica la imposibilidad de un tratamiento:

En los casos en que esta tendencia a la transferencia sentimental falta o ha llegado a ser totalmente negativa, como en la demencia precoz y en la paranoia, desaparece también la posibilidad de ejercer una influencia psíquica sobre el enfermo (p. 2781).

Se trata de un concepto que, si bien fue introducido por Freud (1912/1973) y desarrollado ampliamente por autores post freudianos, fue Lacan quien, aportando la dimensión epistémica del mismo, posibilitó su esclarecimiento conceptual. Al respecto, decía: “Diremos, con más exactitud, que la transferencia positiva es cuando a quien está en juego, el analista en este caso, se lo mira con buenos ojos –y es negativa cuando le tienen ojeriza” (Lacan, 1964/1984, p. 130). Acentuando lo que es del orden de la pulsión escópica, se aleja de especulaciones fenoménicas, abordándola desde sus fundamentos estructurales.

Sobre la transferencia, en el último periodo de la elaboración teórica, Freud (1925/1973) argumenta que la transferencia integra, tanto técnica como teóricamente, la mayor importancia para el psicoanálisis, que en todo tratamiento psicoanalítico se establece una intensa relación entre el paciente y la persona del médico, y que la misma puede variar desde un intenso enamoramiento al odio más extremo.

Hasta el final de sus desarrollos, Freud continúa argumentando sobre la transferencia negativa. Así, Freud (1938/1973) destaca que la transferencia es ambivalente, que comprende tanto actitudes positivas (afectuosas) como negativas (hostiles) hacia el analista, quien, en general, es colocado en lugar de un personaje parental. Destacó los cuidados que en el manejo de la transferencia ha de tener el analista, evitando que tanto el enamoramiento como la hostilidad alcancen grados extremos.

Y si respecto a la psicosis Freud (1925/1973) indicó que, cuando llega a ser totalmente negativa, desaparece la posibilidad de intervención analítica, nos preguntamos: ¿qué factores intervienen para que la transferencia se torne negativa y cese así la posibilidad de abordaje psicoanalítico? En los antecedentes teóricos sobre transferencia negativa se destacan aspectos que refieren tanto a la técnica analítica como a la dinámica psíquica en la instalación de la misma.

Procedimos rastreando las dificultades técnicas que Lacan (1953/1988) fue poniendo de relieve y que lo llevaron a señalar, en la posición del analista, un punto central en la continuidad o no de los tratamientos: "...cuando los prejuicios del analistalo han extrañado en su intervención" (p. 293), o como lo enunciaba algunos años más tarde: "...ese deslizamiento del análisis a lo imaginario, que se convirtió, más que en una trampa, en una plaga, en cuanto se instauró como doctrina" (Lacan, 1956-57/1994, p. 110), dando cuenta de un manejo erróneo de la técnica analítica. La transferencia negativa aparece asociada a la interrupción de un tratamiento cuando el analista interviene erróneamente, lo cuestionado es la posición del analista en tanto este desfallece en su función.

Lacan (1948/1988), respecto a la transferencia negativa en la psicosis, comienza explicando que la misma constituye una transferencia imaginaria, donde el paciente transfiere sobre la persona del analista "una de las imagos más o menos arcaicas" (p. 100), donde el más azaroso pretexto puede reactualizarla. Destaca que, frente a ella, lo que nuestra técnica debe evitar es que la intención agresiva del paciente encuentre el apoyo en una idea actual de nuestra persona, o sea, lo que hemos de evitar es responder desde "los modos característicos de la instancia del yo en el diálogo" (Lacan, 1948/1988, p. 101). Formula una crítica al manejo técnico implementado por los post freudianos, donde la técnica, indica él, se deslizó hacia lo imaginario. Lo cuestionado fue la práctica analítica imperante en esos momentos (1950). Y, centrándose en la relación analítica, argumenta sobre el lugar y la función del analista.

Señalando que se privilegiaba el plano dual y se desconocía la autonomía del orden simbólico, advirtió: "Autenticar así todo lo que

es del orden imaginario en el sujeto es, hablando estrictamente, hacer del análisis la antecámara de la locura” (Lacan, 1955-56/2010, p. 27).

En el *Seminario 3. Las psicosis*, encontramos que Lacan (1955-56/2010), a partir de las lecturas de las memorias del presidente Schreber, prosigue con el análisis de la situación analítica e introduciendo una expresión usada en ese momento para criticar la impotencia de los médicos especializados en enfermedades mentales, señala: “Aparentemente nos contentaremos con hacer de secretarios del alienado” (p. 295).

Lacan (1955-56/2010) propone acoger esa expresión para ubicar la posición del analista en el tratamiento de la psicosis, indicando además tomar sus relatos al pie de la letra, algo que en esos momentos se evitaba.

Tenemos entonces que Lacan (1955-56/2010) delimita una posición precisa para el analista en el tratamiento de la psicosis: “secretario del alienado”. ¿Cuál es el fundamento de la misma? Puede inferirse que un secretario cumple funciones específicas: redactar correspondencias, extender actas, ordenar y custodiar documentos; en fin, puede extenderse una larga lista según las tareas que le sean solicitadas por quien lo emplea para ese objeto. También podemos decir que ejerce las funciones que otro le encomienda, con el objeto de contribuir al logro o la consecución de un trabajo. Trabajo propiciado por ese otro, que es quien guía y determina las acciones a realizar.

Lacan (1955-56/2010), en el desarrollo de su seminario, al señalar que debemos “tomar el relato al pie de la letra” (p. 295), propone a la audiencia reflexionar sobre qué es la lectura. Observación central, dado que propone acoger el testimonio del paciente, ya que, por insensato que este parezca, es singular y valioso, y fundamentalmente indica: hay que saber escuchar el delirio, dado que presenta una relación muy específica del sujeto con el conjunto del lenguaje, “Metodológicamente, tenemos el derecho de aceptar entonces el testimonio del alienado sobre su posición respecto al lenguaje, y tenemos que tomarlo en cuenta en el análisis del conjunto de las relaciones del sujeto con el lenguaje” (Lacan, 1955-56/2010, p. 298). Señalamos así que

el psicoanálisis legitima el delirio del psicótico y reconoce en él el discurso del inconsciente.

Además, Lacan (1955-56/2010) argumenta que la posición del alienado respecto al lenguaje es la de mártir del inconsciente, la de un testigo abierto, incapacitado para restaurar auténticamente el sentido y lo está por condiciones de estructura. Hay la forclusión del significante del Nombre-del-Padre que, al no ser admitido en el Otro, en el inconsciente, no permite la operación de la Metáfora Paterna y, en consecuencia, no puede restaurar el sentido. Ante la ausencia del significante del Nombre-del-Padre queda desanudado el orden simbólico, no hay el punto de capitón y la función del Otro no puede sostenerse. Es por ello que Lacan (1955-56/2010) indica secretarios del alienado quien oficiará los haceres que, según el caso por caso, favorezcan la estabilización del sujeto (Lacan, 1957-58/2001).

3. Transferencia y maniobra de la transferencia en el tratamiento de la psicosis

Lacan (1964/1984) produce un importante aporte a la noción de transferencia al darle el estatuto de un concepto fundamental en la teoría psicoanalítica. Concepto, nos dirá, determinado por la función que tiene en la praxis analítica. Es en la experiencia analítica donde la transferencia encuentra los fundamentos estructurales, y donde el inconsciente, originalmente concebido como efecto del significante y estructurado como un lenguaje, es retomado en su pulsación temporal (Lacan, 1964/1984). Un inconsciente que se abre y se cierra, y donde la transferencia es el medio por el cual el inconsciente se vuelve a cerrar: “Lejos de ser el momento de la transmisión de poderes al inconsciente, la transferencia al contrario es su cierre” (Lacan, 1964/1984, p. 136), hecho que aporta sus consecuencias a la técnica y praxis analítica. La cadena significativa lanzada por el sujeto inicia su punto de retorno, de retroacción, allí donde el analista, en calidad de oyente, interviene. El analista, en la situación analítica, queda ubicado como aquel que se supone sabe el sentido, la significación de lo que el sujeto dice.

Es por la estructura de la situación analítica que el analista es colocado en el lugar de Sujeto Supuesto Saber, y es en torno a esta función que Lacan (1964/1984) sostendrá el concepto de transferencia: “En cuanto hay, en algún lugar, el sujeto que se supone saber –que hoy abrevie en la parte alta del pizarrón con S.s.S– hay transferencia” (p. 240).

Ahora bien, ¿cómo pensar la transferencia en la psicosis si por su condición estructural, forclusión del significante del Nombre-del-Padre y no operación de la metáfora paterna, en el lugar de la significación fálica encontramos un vacío de significación?

El falo como significante da la razón del deseo (Lacan, 1957-58/1999) y el psicótico, al no contar con la sanción simbólica, a nivel del deseo se encuentra imposibilitado de reconocer la razón del deseo del Otro o, más precisamente, la razón de su deseo en tanto sujeto dividido:

...Como psicótico, trato de instituir en el Otro aquel deseo que no me ha sido dado porque soy psicótico, porque no se ha producido en ninguna parte aquella metáfora esencial que da al deseo del Otro su significante primordial, el significante falo (p. 492).

La conceptualización de la transferencia a partir del Sujeto Supuesto Saber (Lacan, 1964/1984), presenta sus particularidades en el caso de la psicosis, dado que el psicótico no le supone un saber al analista, él sabe y se mueve con certezas, condiciones que advierten sobre las dificultades para sostener el lazo analítico con un psicótico. Las condiciones estructurales de la psicosis señalan los riesgos de una inadecuada posición del analista en el tratamiento de la psicosis. No obstante, Lacan (1957-58/2001), en la misma época en que enunciaba las condiciones estructurales, específicamente sobre el final del escrito “De una cuestión preliminar a un tratamiento posible de la psicosis”, advierte sobre la concepción que ha de formarse acerca de la maniobra de la transferencia en la psicosis.

Ahora bien, ¿qué es una maniobra? Maniobra, “De mano y obra” (Real Academia Española, 2015), remite a la operación material que se ejecuta con las manos y que, además, se realiza con el objeto de

cambiar el rumbo de un vehículo, por ejemplo frente a un obstáculo o impedimento que se presenta. Haciendo una analogía, decimos que en el caso de la psicosis se trata de la maniobra que ha de efectuarse dado el accidente que se presenta en el registro simbólico, esto es, frente a las condiciones estructurales que se presentan en la psicosis.

Articulando lo desarrollado sobre transferencia negativa, destacamos el riesgo que constituye el deslizamiento de la relación analítica hacia el plano imaginario. La transferencia negativa es una transferencia imaginaria (Lacan, 1948/1988). Si esta se instala, se estanca la labor analítica en la medida en que se desencadenarán fenómenos persecutorios o erotómanos que impedirán continuar el trabajo del psicótico.

Siguiendo la lectura de la cita, nos preguntamos: ¿cómo comienza el párrafo que contiene el enunciado acerca de la maniobra de la transferencia? “Dejaremos aquí por ahora esta cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis, que introduce,...” (Lacan, 1957-58/2001, p. 564). Encontramos allí un dejar aquí, “por ahora” y, además, indica que “introduce”. Advertimos, de ese modo, que es lo alcanzado hasta ese momento, dando cuenta de que aún se presenta un camino por recorrer.

Lacan produjo desarrollos conceptuales que, en lo concerniente a la transferencia, trajeron avances y nuevos aportes al concepto: *Seminario 8. La transferencia* (Lacan, 1960-61/2013) y el *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Lacan, 1964/1984).

El recorrido teórico efectuado con el objetivo de establecer precisiones conceptuales sobre transferencia en la psicosis, en la obra freudiana (1895 a 1937) y en el periodo de la enseñanza lacaniana, comprendida de 1950 a 1964, nos permitió demarcar el alcance del concepto de transferencia y aportar apreciaciones pertinentes que, en esta instancia, podemos valorar mejor: “La transferencia es un fenómeno que incluye juntos al sujeto y al psicoanalista” (Lacan, 1964/1984, p. 239).

La transferencia así abordada, desde la relación del sujeto con el significante, conlleva a una suposición de saber que implica siempre a un sujeto y a un psicoanalista. La “maniobra de la transferencia”,

entonces, es de la transferencia, es un efecto producto de esa situación analítica.

Nos preguntábamos: ¿una maniobra analítica es una maniobra de la transferencia? En ese mismo seminario, donde introduce la pulsión en la exploración de la transferencia, encontramos que refiere a “maniobra analítica” en los términos de “...La acción efectiva de la maniobra analítica” (Lacan, 1964/1984, p. 151). El contexto donde presenta este enunciado es presentando al inconsciente como pulsación temporal, sirviéndose para ello del esquema de la nasa, inconsciente que se abre y se cierra. Interesa destacar que, al referir a “maniobra analítica”, toma una analogía, la de los números de lotería que salen del bolillero, indicando que lo importante es lo que sale, no lo que entra. En ese sentido va a decir que los enunciados de la asociación libre van a salir en el intervalo en que el objeto no tapa el orificio (Lacan, 1964/1984), siendo allí donde se dirige la acción efectiva de la maniobra analítica. Pudiendo constatar así que las articulaciones que efectuamos respecto a maniobra y transferencia negativa, encuentran su lógica aquí en la medida en que se centran en los momentos de cierre del inconsciente.

De manera que maniobra analítica refiere a la acción efectiva que posibilita la experiencia analítica, dado que interviene impidiendo que el objeto obture el intervalo, el orificio, en tanto que maniobra de la transferencia especifica algo que se produce en el orden de la transferencia, incluyendo tanto al sujeto como al analista, siendo un efecto de la situación analítica.

Recordemos que, en 1960, cuando Lacan (1960-61/2013) indica diferenciar repetición de reproducción, dijo que en la transferencia el sujeto fabrica, construye algo y que, en lo concerniente al inconsciente, hay fenómenos psíquicos que se producen y construyen para ser escuchados por el Otro, destacando, de ese modo, que la transferencia se manifiesta en relación a alguien a quien se le habla.

En un tratamiento, un psicótico habla y se puede encontrar con un analista que, desde el campo del Otro, se dispone a receptor su testimonio y a escuchar al inconsciente que habla en el sujeto; la transfe-

rencia, por lo tanto, también se pondrá en juego allí. Para la neurosis, Lacan (1964/1984) señaló “...operación de la transferencia” (p. 278) al referir a la operación que ha de realizarse con el objeto de conducir una cura hasta el final. En el caso de la psicosis, la “maniobra de la transferencia” puede pensarse como la operación que, a partir de una “maniobra analítica efectiva”, evita, desvía el intento del psicótico de completar al Otro, posibilitando el trabajo del psicótico, preservando un vacío, una hiancia, donde el sujeto pueda hacer, inventar una solución frente a la carencia presente en el registro simbólico.

4. Tratamiento psicoanalítico en la psicosis

Elegimos, para articular el desarrollo teórico con la clínica, un caso: “la Señora Bv”. Se trata de una presentación clínica de Imbriano (2003), que da cuenta del tratamiento efectuado en una paciente que logra una estabilización en una psicosis esquizofrénica. El tratamiento se efectuó durante 19 años y se llevó a cabo en cuatro periodos, mediado por tres interrupciones. Se destaca, en la escritura de cada uno de los momentos del tratamiento, la función específica del analista.

El primer momento del tratamiento analítico refiere a los 4 primeros años, donde la analista destaca que “La variación de la posición subjetiva varía desde un mutismo inicial, hasta la producción de un orden delirante, para culminar creando un estilo de negociación con la voz alucinatoria” (Imbriano, 2003, p. 154). Al inicio de la consulta, la paciente llevaba 6 meses de mutismo y la analista concurre durante los tres primeros meses a la habitación domiciliaria, instancia donde la analista ofrece su presencia. Efectúa, además, una serie de intervenciones: silencio, mirada y palabra límite; por ejemplo, interrumpir una acción hostil, dar indicaciones respecto a la higiene, sacar botellas de whisky. En el momento en que la paciente se dirigió a la analista, en una especie de juego que consistía en sacar y poner la mirada, la analista solicitó verla en el consultorio.

Los primeros tres meses del tratamiento en el consultorio la paciente repetía las escenas de poner y sacar la mirada y quedarse pe-

gada cuerpo a cuerpo. Posteriormente, frente a la sospecha de una posible sordera, una intervención del analista logró la mediación de un audífono. A partir de allí, en el trabajo analítico se obtuvo una primera articulación significativa: “soy la señora bebé” (Imbriano, 2003, p. 156), comenzando la producción de un orden delirante, donde se articulan distintas significaciones sobre el nombre que escribe BV. Posteriormente será la producción de frases repetitivas, emitidas en forma metonímica, las que darán cuenta del trabajo de enmiendo que culmina en la metáfora delirante: “soy la señora BV”.

El segundo momento del tratamiento fue a los 6 meses de la interrupción del primero, y se inicia a pedido de la paciente. En este tiempo de tratamiento, la paciente se va a vivir sola, reclama sus derechos hereditarios, logra pasar el examen ante un juicio de insania que había iniciado su familia, trabaja en un hospital de niños y expone sus esculturas en una galería de arte. Luego de 4 años en este segundo tiempo de tratamiento, la paciente decide suspenderlo.

El tercer tiempo del tratamiento, 18 meses después de finalizado el segundo momento, se produce luego de un desencadenamiento y pasaje al acto: la paciente cruza una calle sin mirar y es atropellada. En la internación solicita la presencia del analista, produciendo una fórmula, “Amelia donde está soy la señora BV”, enunciado que, una vez dada de alta, deja reiteradas veces en el contestador telefónico de la analista. A partir de esta producción y de las maniobras operadas por la analista ante los intentos de la paciente de localizar la voz en el contestador de la analista, logra acceder a una estabilización: “El trabajo de erotomanía de transferencia ha sido la ocasión para la producción de una suplencia de la forclusión del Nombre-del-Padre” (Imbriano, 2003, p. 167), donde la analista queda ubicada “...como garante de su saber sobre el Goce del Otro y su posición de goce correlativa” (Imbriano, 2003, p. 167).

El cuarto momento del análisis se produce en ocasión de volver la paciente de un viaje por Europa, donde expuso sus esculturas y donde comienza a manifestar trastornos en la motricidad. La intervención de la analista indicó una consulta neurológica que concluye en una intervención quirúrgica. La internación fue ocasión de una des-

estabilización con manifestaciones agresivas hacia el personal médico, pero, además, se aprecia la emergencia de la repetición del enunciado: “Amelia donde está soy la señora BV”. La analista, en esta ocasión, ocupa el lugar de testigo “...que hace de límite a la invasión masiva de goce del Otro” (Imbriano, 2003, p. 170). Lo que la paciente produce en este momento es un testamento, donde solicita la presencia testigo del analista. De este cuarto tiempo, la analista destaca que la paciente logra elaborar y fijar una forma de goce aceptable para ella: “...legislar sobre el goce del Otro armándose un destino a través de un testamento y una invención artística: ‘Analítica’” (Imbriano, 2003, p. 172).

Procederemos ahora a introducir la construcción del caso clínico efectuada en la presente investigación, dando cuenta de la pertinencia del recurso metodológico elegido para la investigación en psicoanálisis. La lectura de los relatos clínicos permitió organizar el material en función de los interrogantes formulados en la investigación.

Analizamos e interpretamos el caso a partir de tres momentos del tratamiento, ilustrativos de la posición del analista y la maniobra de la transferencia. Consideramos un primer momento del tratamiento ilustrativo de las maniobras que hicieron un lugar al analista cuando el caso ejemplificaba la no presencia de transferencia. Este momento inicial dio cuenta de la “maniobra analítica” con el fin de instaurar la experiencia analítica. Un segundo momento, donde apreciamos la operatividad de la “posición del analista” y las funciones ejercidas desde la posición de secretario del alienado, con el fin de posibilitar un tratamiento. Mientras que el tercer momento, donde reunimos el tercer y el cuarto tiempo del análisis, de acuerdo a lo presentado por Amelia Imbriano, nos permitió esclarecer clínicamente “maniobra de la transferencia”.

4.1 Maniobra del analista

Destacamos, en el primer momento del tratamiento, la maniobra efectuada por la analista con el objeto de instaurar una experiencia de análisis. Podemos extraer aquí algunos elementos que nos permitan precisar nociones en este primer momento del tratamiento, tales

como posición del analista y maniobra de la analítica. Destacamos que la posición que Lacan (1955-56/2010) propone, en el caso del tratamiento de la psicosis, es la de “secretario del alienado”.

Ilustramos, en el recorte que efectuamos del primer momento del tratamiento, algunas de las acciones del analista que dan cuenta de la asunción de esa posición y la especificidad que tuvo en ese tratamiento, una vez que se inició la experiencia analítica en el contexto del consultorio, dado que se presentó un tiempo primero, en donde el obstáculo presente fue el estado de mutismo de la paciente.

En ese primer momento se destaca que el analista interviene y realiza “maniobras”. El lugar que la misma ocupó, dice, fue el de “implicancia forzosa”. En este sentido podemos hablar más precisamente que se trató de una serie de “maniobras analíticas” que posibilitaron, instauraron el comienzo de una experiencia analítica.

No podemos aventurarnos a decir que ello fue una maniobra transferencial, ya que no encontramos indicios de la presencia de transferencia en los primeros tiempos de ese tratamiento. ¿Cuál es el problema que, en el orden del tratamiento y la transferencia, encontramos en este recorte del caso? Recordando los decires freudianos, podemos argumentar que el mutismo del paciente imponía una “... carencia de la facultad de transferencia...” (Imbriano, 2003, p. 155), pero encontramos allí un analista que interviene “maniobrando” frente al mutismo, frente a la indiferencia del paciente psicótico, y lo hace con el objeto de hacer que esta ceda a su posición y acceda “al influjo médico”. En el primer momento, el caso es demostrativo de que es posible algún influjo analítico y, en este momento del caso presentado, se puede argumentar que se efectuaron “maniobras analíticas” que buscaron producir algo del orden de una transferencia.

4.2 Secretario del alienado

Consideramos que el segundo momento del tratamiento fue ilustrativo del funcionamiento de la transferencia en el caso de la psicosis, en donde se destaca que la posición del analista posibilita el trabajo que hace el psicótico.

La analista da cuenta de su estrategia, no queda enredada en la relación especular sino que escucha el testimonio del paciente, escucha lo que el paciente viene a decirle. Sostiene el registro simbólico, el lugar del Otro con mayúscula, dando lugar a la palabra y al saber del sujeto.

En otras palabras, se aprecia en el caso que las indicaciones dadas por Lacan (1955-56/2010) acerca del lugar del analista en el tratamiento de la psicosis, “secretarios del alienado”, fueron cuidadosamente seguidas, receptando el testimonio del paciente y tomando sus relatos al pie de la letra.

Es un tiempo donde la paciente reclama sus derechos sucesorios, se va a vivir sola, decisiones que elabora en el transcurso de sus sesiones, dando cuenta de la operatividad del analista en tanto da lugar al trabajo que el psicótico efectúa.

También se aprecia aquí que la analista, cumpliendo la función de secretario, sostiene algunas entrevistas con una empleada doméstica contratada por la paciente. En esta instancia responde a la solicitud del paciente, quien le solicita intervenga para dar algunas indicaciones que favorezcan la relación. Así, cual un secretario, ejerce las funciones que le fueron encomendadas, con el objeto de contribuir al logro o a la consecución de un trabajo, que en este caso fue posibilitar la convivencia con una empleada doméstica. Trabajo propiciado por la paciente, quien guió y determinó las acciones a realizar: “Me solicita que yo mantenga algunas entrevistas con la última empleada que ha contratado, para que le diga cómo tratarla” (Imbriano, 2003, p. 163).

Contamos, en esta parte del tratamiento, con breves recortes que son ilustrativos del trabajo del psicótico, del hacer del paciente; por ejemplo, frente al juicio de insania que sus familiares iniciaron, dice: “creen que tengo la cabeza vacía pero yo sé cómo hacer para que no se noten los agujeros” (Imbriano, 2003, p. 163).

Es importante destacar que la analista oficia de testigo, algo que también se puede vislumbrar en estos recortes, en el trabajo que va haciendo la paciente y que además ha operado para que la paciente no

quede inmóvil frente al lugar de mártir del inconsciente. La paciente, frente a la voz alucinatoria, dice: “me habla tranquila (...) no grita ni me insulta (...) es suave y de tono grave (...) me acompaña siempre sin molestar” (Imbriano, 2003, p. 62), dando cuenta de un trabajo analítico que ha posibilitado, y ello apuntalado por una analista testigo, una negociación con la voz alucinatoria, esto es, un saber hacer con ello y, si bien no le es posible restaurar el sentido de aquello de lo que da fe, sí puede acotar el carácter mortificante de la voz.

Finalmente, lo que ilustra esta parte del tratamiento es que la posición del analista se circunscribió a “secretario del alienado” (Lacan, 1955-56/2010, p. 295), tal como lo indicó Lacan, donde fue tomando el relato al pie de la letra, escuchando e interrogando al paciente, solicitando explicaciones que aportaron inteligibilidad a su testimonio, con el objeto de trazar un borde, asir los significantes que apacigüen. Allí reside el hacer fundamental que, bajo la forma de testigo, escuchó y alojó lo que la paciente vino a decir.

4.3 Maniobra de la transferencia

La transferencia, como efecto de la situación analítica, pone de manifiesto la existencia del inconsciente y el trabajo allí realizado, lo que lleva a plantear que “la maniobra de la transferencia” da cuenta del trabajo analítico efectuado entre un analista y un sujeto.

El tercer tiempo de la construcción del caso efectuada en la presente investigación, fue la ocasión de apreciar la especificidad que presenta la psicosis, a partir de su condición estructural en la relación con un otro. Mediante la particularidad que presenta el lazo que un psicótico sostiene con un otro, pudimos apreciar que erotomanía y persecución se constituyen en dos movimientos, siempre presentes que, pronunciados en mayor o en menor grado, pueden desencadenar los fenómenos descritos como transferencia negativa.

El caso ofrece, así, la ocasión de analizar la justeza del cálculo analítico en esos momentos donde la transferencia podría haberse

tornado negativa y que, no obstante, el analista pudo muy bien sortear: erotomanía, cuando el sujeto dejaba reiterados mensajes en el contestador telefónico de la analista, o cuando emergen fenómenos del orden de la persecución, ante la inminente intervención quirúrgica.

Consideramos que esas situaciones del análisis permitieron focalizarnos en el concepto de “maniobra de la transferencia” (Lacan, 1957-58/2001, p. 564), en la medida en que ilustraron que la transferencia en esos momentos que, como lo señala el analista, se hace difícil de soportar, permitió dar un paso más en la suplencia que el trabajo del psicótico buscó realizar. Momentos en donde la paciente pronuncia un mismo enunciado y que, como lo señala la analista, viene a complementar lo que constituye la primera metáfora delirante. Así, desde el “soy la señora Bv”, el sujeto logra formular “Amelia donde está, Soy la Sra. Bv”, fórmula que da cuenta de la posibilidad de un lazo analítico, de un lazo transferencial que, en este caso, posibilitó al sujeto hacer una suplencia con la que pudo hacer, sirviéndose de la presencia del analista. Sabemos que desde allí se posibilitó un hacer, que desde el inicio del tratamiento se fue configurando en jugar “a sacar y poner la mirada” frente al mutismo. Luego, en hablar y hacerse un lugar que, entre otras cosas, la llevó a reclamar sus derechos sucesorios ante la exclusión que la familia ofició al momento de su nacimiento, para finalmente escribir un testamento, asegurando así su lugar a partir del cumplimiento de su voluntad.

Se destaca entonces que desde “la presencia del analista” bajo la modalidad del “testigo”, se ejercieron maniobras en los momentos donde los fenómenos transferenciales propios de la psicosis, la erotomanía y la persecución, se hacían presentes. El analista allí, a partir del silencio o de alojar el testimonio, posibilitó el trabajo que el psicótico vino a hacer.

La maniobra de la transferencia da cuenta del lazo tejido entre un sujeto y un analista, permitiendo instituir y asegurar un lugar para un sujeto que, en su nacimiento, fue signado con la incapacidad y la exclusión. Recordemos que el diagnóstico que había tenido la paciente, antes de iniciar el tratamiento psicoanalítico, era de oligofrenia

desde su nacimiento y que, además, ella nace en el séptimo parto de la madre, tratándose de mellizas, donde el padre dispone que ella sea criada aparte, dado que "...era una niña oligofrénica pues su melliza al nacer, le pateó la cabeza" (Imbriano, 2003, p. 151). Le dicen a la madre de la niña que ella ha muerto, y crece en un altillo al cuidado de una criada.

Consideraciones finales

Partiendo de un caso donde la analista despliega, en los distintos tiempos de un tratamiento, la función del analista, en la presente investigación hicimos foco en el esclarecimiento de la conceptualización "maniobra de la transferencia" (Lacan, 1957-58/2001), enunciado sobre el que no se encontraron, en el periodo de teorización investigado (1950-1964), esclarecimientos explícitos.

Construir un caso implica aislar una estructura, y si el eje en la presente investigación lo constituyó la transferencia en el tratamiento de la psicosis, el caso investigado señaló su especificidad: ausencia de transferencia y transferencia negativa. Desde allí, la lógica de la construcción del caso permitió esclarecer: "maniobra analítica" y "maniobra de la transferencia".

"Maniobra analítica" que, ante la ausencia de transferencia, instauró la experiencia analítica y posibilitó el establecimiento de una articulación significativa. La presencia del analista fue la oferta ofrecida al sujeto, punto clave que logra conmover el estado de mutismo inicial.

"Maniobra de la transferencia" en la psicosis, específicamente cuando emergen fenómenos del orden de la erotomanía o la persecución, que es la particularidad en la que se presenta la transferencia en esa estructura.

En el caso investigado, la maniobra de la transferencia, localizada en momentos donde emergen fenómenos erotómanos o persecu-

torios, y en donde se produce la repetición del enunciado “Amelia donde está, soy la señora BV”, da cuenta de la producción, del trabajo del inconsciente en post de fabricar, construir, producir una solución ante el accidente presentado en el registro simbólico. Así, frente a la maniobra del psicótico de instituir en el Otro un deseo (Lacan, 1957-58/1999), el analista, en su estrategia, ubicado como “testigo silencioso” en momentos en los que la erotomanía se hizo presente o “presencia testigo” cuando se precipitaban fenómenos persecutorios, logró preservar el vacío, la hiancia, necesaria para que el sujeto pueda hacer, inventar una solución frente al agujero en el registro simbólico.

Por lo tanto, la maniobra de la transferencia se produce en el seno de un tratamiento psicoanalítico de la psicosis, implica la presencia de un lazo transferencial y se constituye en la operación que, a partir de una maniobra analítica efectiva, posibilita el trabajo del psicótico.

Se destaca que la conceptualización de maniobra de la transferencia es concebida por la analista que aportó el caso como el efecto de la posición del analista que posibilita la transferencia en términos de goce, esto es, el pasaje de sujeto del goce a sujeto acotado por el significante (Imbriano, 2003).

Por nuestra parte, y dado el recorrido teórico efectuado, decimos que “Secretario del alienado” delimita una posición estratégica que, a partir de lo enunciado por Lacan (1955-56/2010), le otorga al analista la posibilidad de un lugar en el tratamiento de la psicosis. En tanto maniobra de la transferencia, se produce en el seno de un tratamiento psicoanalítico de la psicosis, implica la presencia de un lazo transferencial y se la localiza ante la emergencia de fenómenos del orden de la erotomanía o la persecución. Es un efecto de la estructura de la situación analítica, donde una maniobra analítica efectiva permite, a partir de sostener la hiancia, el intervalo, el trabajo del psicótico, en el orden de una invención que haga de suplencia del Nombre-del-Padre y establezca al sujeto.

Y si, respecto a la transferencia negativa en la psicosis, Freud indico la imposibilidad de un tratamiento en los casos en que esta

se tornaba especialmente intensa, con Lacan y sus argumentaciones acerca del lugar del analista pudimos advertir, en la transferencia negativa, la ocasión de la maniobra de la transferencia. Claro está que habrá que poner en consideración la posición subjetiva de psicótico, pero también dependerá de la posición del analista en el curso del tratamiento y, más específicamente, en los momentos en que los fenómenos erotómanos se hacen presentes.

Luego de lo enunciado por Lacan acerca del lugar analista en el tratamiento de la psicosis, “secretario del alienado”, la bibliografía contemporánea produjo aportes y valiosas especificaciones (Soller, 1991; Brodsky, 2000; Imbriano, 2003; Fantin, Galante & Fridman, 2009). No obstante, sobre “maniobra de la transferencia” los desarrollos no han sido tan abundantes. Es por ello que la presente articulación clínica brindó la oportunidad de precisar ambas conceptualizaciones, así como especificar su articulación lógica: la posición del analista, específicamente la de testigo, determinó la maniobra de la transferencia y posibilitó el tratamiento.

Se destaca que es el sujeto psicótico el que impone al analista esa posición de testimonio, a partir de la cual ambos garantizan un nuevo orden del universo (Laurent, 1991), siendo allí donde localizamos la maniobra de la transferencia en el caso presentado.

Bibliografía

- Azaretto, C., Ros, C., Barreiro Aguirre, C., Wood, L., Murillo, M., Estévez, A. & Messina, D. (2014). El movimiento de la formalización. En *Investigar en Psicoanálisis* (pp. 39-71). Buenos Aires: JCE Ediciones.
- Brodsky, G. (2000). *La transferencia en la neurosis y la psicosis*. La Paz: Plural Editores.
- Fantin, J.C., Galante, D. & Fridman, P. (2009). *Escuchar la psicosis. De la locura animista a la psicosis ordinaria*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Freud, S. (1895/1973). Estudios sobre la histeria. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo I (pp. 39-168). Madrid: Biblioteca Nueva.

- _____. (1900/1973). La interpretación de los sueños. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo I (pp. 343-720). Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1905/1973). Análisis fragmentario de una histeria. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo I (pp. 933-1002). Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1912/1973). La dinámica de la transferencia. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo II (pp. 1648-1653). Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1914/1973a). Recuerdo, repetición y elaboración. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo II (pp. 1683-1688). Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1920/1973). Más allá del principio del placer. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo III (pp. 2507-2441). Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1925/1973). Autobiografía. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo III (pp. 2761-2800). Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. (1938/1973). Compendio del psicoanálisis. En L. López Ballesteros y de Torres (Trad.), *Obras completas*, Tomo III (pp. 3379-3410). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Imbriano, A. (2003). *Las enseñanzas de las psicosis. ¿Qué puede esperar un paciente psicótico de un psicoanalista?* Buenos Aires: Editorial Letra Viva.
- Lacan, J. (1948/1988). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 94-116). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- _____. (1951/1988). Intervención sobre la transferencia. En *Escritos 1* (pp. 204-215). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- _____. (1953/1988). Función y campo de la palabra y el lenguaje. En *Escritos 1* (pp. 227-310). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- _____. (1953-54/1995). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1955-56/2010). *Seminario 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1956-57/1994). *La relación de objeto. Seminario 4*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1957-58/1999). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1957-58/2001). De una cuestión posible preliminar a todo tratamiento de la psicosis. En *Escritos 2* (pp. 513 - 564). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- _____. (1960-61/2013). *Seminario 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1964/1984). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

- Laurent, E. (1991). *Estabilizaciones en la psicosis*. Buenos Aires: Manantial.
- Real Academia Española (2015). *Maniobra*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=OECM7cU&o=h>
- Soler, C. (1991). *Estudios sobre la psicosis*. Buenos Aires: Manantial.

Granados, Elodia Elisabeth– Funes, Marta Lidia (2017).
Secretario del alienado y maniobra de la transferencia en el tratamiento de la psicosis.
Revista *Affectio Societatis*, 14(27), 45-69. Medellín, Colombia:
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de
<http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

A PAIXÃO DOS CIENTISTAS E SEU IMPOSSÍVEL

*Isabela Cardoza*¹

Universidad del Estado de Rio de Janeiro, Brasil

isacardoza@yahoo.com.br

ORCID: 0000-0001-8669-2092

*Nelly Brito*²

Universidad del Estado de Rio de Janeiro, Brasil

nellybrito3@hotmail.com

ORCID: 0000-0001-9887-0482

*Heloisa Caldas*³

Universidad del Estado de Rio de Janeiro, Brasil

helocaldasr@gmail.com

ORCID: 0000-0001-6264-1223

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a04

Resumo

Partindo do grupo de pesquisa “Violência, Corpo e Linguagem”, vinculado à Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ/BR), o trabalho aborda o lugar do cientista na con-

temporaneidade, entre excessos e limites diante do real. Trabalhamos o lugar do sujeito em sua divisão face a diferentes formações discursivas. Em seguida, as posições de gover-

1 Mestre em Psicologia Social pela Pontifícia Universidade Católica de São Paulo. Doutora pelo Programa de Pós-graduação em Psicanálise: Clínica e Pesquisa, da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ / Rio de Janeiro-RJ).

2 Mestre em Teoria Psicanalítica pela Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ / Rio de Janeiro-RJ). Doutoranda do Programa de Pós-graduação em Psicanálise: Clínica e Pesquisa, da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ / Rio de Janeiro-RJ).

3 Mestre em Linguística pela Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ / Rio de Janeiro-RJ). Doutora em Psicologia pela Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ / Rio de Janeiro-RJ). Docente do Programa de Pós-graduação em Psicanálise: Clínica e Pesquisa, da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ / Rio de Janeiro-RJ).

nar, educar e analisar são abordadas na radicalidade de seu impossível na cultura. Com base nesta análise, observamos como o mal-estar dos tempos atuais, ligado ao binário ciência x capitalismo, pode ter no cientista

(*savant*) um dos mais claros exemplos de sua paixão.

Palavras chave: Ciência, capitalismo, Real, Impossível.

LA PASIÓN DE LOS CIENTÍFICOS Y SU IMPOSIBLE

Resumen

A partir del grupo de investigación “Violencia, cuerpo y lenguaje”, vinculado a la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ/BR), el trabajo aborda el lugar del científico en la contemporaneidad, entre excesos y límites ante lo real. Trabajamos el lugar del sujeto en su división frente a diferentes formaciones discursivas. Enseguida, las posiciones de gobernar, educar y analizar son abordadas

en la radicalidad de su imposible en la cultura. Con base en este análisis, observamos cómo el malestar de los tiempos actuales, junto con la dupla ciencia x capitalismo, puede tener en el científico (*savant*) uno de los más claros ejemplos de su pasión.

Palabras clave: ciencia, capitalismo, real, imposible.

SCIENTISTS' PASSION AND THEIR IMPOSSIBILITY

Abstract

From the research group “Violence, Body, and Language”, linked to the Rio de Janeiro State University (UERJ/BR), this paper tackles the scientist’s role in contemporaneity, among excesses and limits faced with the real. We treat the subject’s place in his/her split facing different discursive formations. Then, the positions of governing, educating, and analyzing are approached in the ra-

dicalism of their impossibility in the culture. Owing to this analysis, we notice how the current discontent, along with the pairing science x capitalism, may have in the scientist (*savant*) one of the clearest examples of his/her passion.

Keywords: science, capitalism, real, impossibility.

LA PASSION DES SCIENTIFIQUES ET LEUR IMPOSSIBLE

Résumé

Cet article, conçu dans le cadre du groupe de recherche “Violence, corps et langage”, rattaché à l’Université de l’Etat de Rio de Janeiro (UERJ/BR), aborde la place du scientifique dans la contemporanéité, entre excès et limites face au réel. Nous examinons la place du sujet dans sa division face aux diverses formations discursives. Nous étudions ensuite l’impossibilité radicale dans la culture de l’acte de

gouverner, d’éduquer et d’analyser. Sur la base de cette analyse, l’on constate comment le mal-être des temps actuels, ainsi que le duo science-capitalisme, peut avoir dans la figure du scientifique (*savant*) l’un des exemples le plus clair de sa passion.

Mots-clés : science, capitalisme, réel, impossible.

Recibido: 11/05/16 • Aprobado: 16/01/17

Introdução

O presente trabalho se propõe a analisar a posição do cientista nos dias atuais, em que ciência e capitalismo parecem se ligar de modo consistente, com vistas a alimentar a lógica de mercado. Tal lógica é pautada na oferta de produtos a serem consumidos, gerando satisfação tanto ao consumidor, que teria alguma necessidade suplantada, quanto ao dono do capital, o qual garante para si uma parcela de lucro. Nessa operação também há o trabalhador, que vende sua mão-de-obra em troca do salário, tornando-se mais um consumidor em potencial.

Diferente da ciência, que tem finalidade investigativa, o cientificismo deixa em segundo plano o processo de trabalho em pesquisa, enfatizado o imediatismo dos resultados. Desse modo, parece ter como uma de suas expressões a exigência de que o cientista solucione enigmas eleitos pela humanidade – e conseqüentemente, apague a angústia por eles gerada. A demanda, no entanto, não cessa aí. As soluções encontradas pelo cientista devem ser disponibilizadas no mercado a quem puder adquiri-las. Assim, a organização social imiscuída ao modo de produção capitalista consolida-se cada vez mais fortemente a partir do vínculo com objetos de consumo que, na lógica de mercado, são divulgados como capazes de erradicar todo e qualquer tipo de mal-estar.

A partir da elaboração freudiana sobre um ponto inevitável de fracasso tangente às ações de governar, educar e analisar (Freud, 1927/2006), Lacan (1974/2005) inclui o cientista como profissional a lidar com o impossível que lhe é demandado, isto é: desvendar os enigmas eleitos pela cultura como fomentadores de seu mal-estar. Eis a paixão que, com base nos desdobramentos psicanalíticos relativos à cultura e ao modo de produção capitalista, é analisada neste trabalho como ligada aos cientistas e ao impossível que lhes é demandado.

Nesse contexto, para transmitir problematizações levantadas com base na psicanálise, observamos o lugar do cientista na atualidade entre excessos e limites diante do real. Trabalhamos o lugar do sujeito em sua divisão face a diferentes formações discursivas. Em seguida, as posições de governar, educar e analisar são abordadas na radicalidade de seu impossível na cultura. Com base nesta análise, apontamos como

o mal-estar dos tempos atuais, ligado ao binário ciência x capitalismo, pode ter no cientista um dos mais claros exemplos de sua paixão.

Os discursos e suas impossibilidades

O *Seminário, livro 17: o avesso da psicanálise*, Lacan (1969-70/1992) precisa o discurso como “o próprio laço social”. Assim, propõe quatro operadores de laço. São eles os discursos: do mestre, da histórica, do analista e do universitário.

Lacan propôs os discursos como formas de fazer laço: efeito da teoria dos significantes. Os discursos articulam-se como operadores no social. Um tratamento do real pela via dos semblantes, anúncio de que o discurso não se resume ao campo da linguagem e do significante, mas é tributário ao campo do gozo.

Os discursos operam o campo do gozo no laço social, instauram a possibilidade de civilizar o gozo no interior mesmo de sua impossibilidade intrínseca. Os laços propostos por Lacan, apresentam-se, portanto, como tentativas de apreensão desse impossível, na medida em que cada discurso fala de uma determinada escrita, de um determinado enlaçamento que propõe a tática da trama na linguagem.

Os quatro discursos são grafados com matemas, isto é, formalizações estabelecidas no ensino lacaniano na tentativa de transmitir a psicanálise em seu teor de experiência. Assim, recorre-se a estruturas mínimas na busca de não recair no dogmatismo religioso ou no campo do saber universitário. Segundo Lacan (1969-70/1992), os discursos são “pequenos quadrípedes giratórios” (p. 15), cada um deles dispõe de quatro posições, a saber: agente, outro, produção e verdade. De acordo com a formulação abaixo:

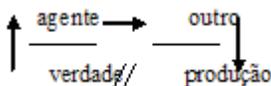


Figura 1. Estrutura geral dos discursos lacanianos e seus lugares / funções

O agente formaliza um dito enunciando uma ação para ser realizada pelo outro. É o dominante de cada discurso. O agente é impelido por uma verdade através da qual provoca o outro a trabalhar, disparando a produção discursiva.

O outro é a quem o discurso é dirigido. É o efeito que necessita de um agente para se constituir. Lacan determinou o outro como lugar do trabalho, e, se há trabalho, algo se perde. Há uma perda de gozo. Diante dessa perda, a operação agente → outro demarca a instauração do laço como um jogo em que a primeira peça demanda a existência da peça seguinte, o que, nessa lógica de lugares, conduz a uma produção.

O agente dirige-se ao outro e esse disparador produz um efeito em direção à produção. Esta é o resultado do dito do agente relativo ao trabalho do outro, é o que resulta da operação entre agente e outro. A verdade é o sustentáculo do discurso, porém sempre na condição de semidito, semidizer, sendo inviável a articulação plena entre produção de gozo e verdade.

Além desses lugares ou formalizações, os discursos possuem termos, ou “letrinhas”, como propõe Lacan: S_1 , S_2 , a e $\$$. Tais letras giram por entre os lugares do discurso: agente, outro, produção e verdade.

Há vários termos. Se forneci aqui estas letrinhas, não foi por acaso. É que não quero meter coisas aí que tenham aparência de significar. Não as quero significar, de modo algum, e sim autorizá-las. Autorizá-las já é um pouco mais do que escrevê-las (Lacan, 1969-70/1992, p. 11).

Segundo Caldas (2008), “em *O Seminário 17: o avesso da psicanálise* verificamos o esforço de Lacan para postular a lógica entre a cadeia significante, expressa por $S_1 - S_2$, o sujeito dividido ($\$$) e o objeto a ” (p. 87).

S_1 , na álgebra lacaniana, é o significante mestre: “é, para andar rápido, o significante, a função de significante sobre a qual se apoia a essência do senhor” (Lacan, 1969-70/1992, p. 18). É a referência de articulação da cadeia.

É o traço, o significante do gozo, o traço que representa o sujeito sempre para outro significante e surge no campo do Outro. Isso

quer dizer que não há sujeito que gere a si mesmo, apesar do ideal de autonomia do neurótico (Wainsztein, 2001, p. 17).

S_2 é a bateria de significantes, o saber, cadeia para o deslizamento significante: “ S_2 é aquele que deve ser visto como um interveniente. Ele intervém numa bateria de significante que não temos direito algum, jamais, de considerar dispersa, de considerar que já não integra a rede do que chama de saber” (Wainsztein, 2001, p. 11).

Da perda implicada no trajeto das letras lacanianas, surge segundo Lacan (1969-70/1992, p.46) o objeto *a*, mais-de-gozar. É o inapreensível, o que escapa. Marca do objeto perdido, o *a* no *Seminário, livro 17* traz a noção de *plus* de gozo, um excesso do qual o sujeito resiste em abrir mão. Já $\$$ é o sujeito dividido, barrado pela linguagem; cindido entre o saber e o gozo.

Em cada um dos quatro discursos estabelecidos por Lacan algo da ordem do inarticulável acerca do gozo se destaca como aquilo que sustenta a própria estrutura discursiva. Assim, nos discursos, o gozo sem limites (mais-de-gozar) encontra-se enlaçado aos contornos tecidos pela materialidade significante.

Ao ressaltarmos uma satisfação que apesar de limitada é possível, estamos tratando do gozo fálico: modalidade de gozo à qual se tem acesso por meio da materialidade de uma palavra, objeto, imagem, etc. Em outros termos, pode-se dizer que ele está ligado ao que em geral é tomado como “a felicidade” ou sua busca. Ressalta Lacan (1969-70/1992): “Não há felicidade a não ser a do falo” (p. 76).

Amalgamando o mais-de-gozar, inarticulável de todo, à satisfação limitada relativa ao falo e suas insígnias, o discurso surge como promotor do laço social. Portanto, ao mesmo tempo que concede aos falantes a possibilidade de articular algo do gozo, o discurso aponta uma parcela intangível acerca dele.

Lacan (1969-70/1992) inicia sua elaboração com o discurso do mestre, fundador da cultura. Tal discurso serve de baliza à relação dialética entre senhor e escravo, descrita por Hegel em *Fenomenolo-*

gia do Espírito. Esse texto hegeliano serviu de inspiração para Lacan trazer à tona a posição do escravo frente ao senhor, fundamento que apresenta um modo de uso da linguagem como logro social.

Nesse discurso a verdade de que ao mestre falta o saber –saber-fazer que o vassalo empreende em seu trabalho–, aponta a divisão do senhor e sua dependência em relação ao escravo. “Um verdadeiro senhor (...) não deseja saber de absolutamente nada –ele deseja que as coisas andem (...)” (Lacan, 1969-70/1992, p. 21). No discurso do mestre, então, poderíamos apontar a divisão do senhor como impossível de ser tamponada. Ela é apenas passível de contorno pelo laço com o vassalo. Assim, o saber que confere ao agente deste discurso o status de mestre não passa de uma miragem tributária aos efeitos do trabalho daquele que se apresenta como escravo.

No discurso da histórica a dominante é a provocação que irrompe no laço com aquele a quem se toma como mestre. A interrogação põe o sujeito em evidência, fazendo com que o Outro, como lugar do saber e da razão, seja impelido ao questionamento das certezas que veicula. A impotência do saber produzido pelo mestre, incapaz de responder às questões do sujeito no discurso histórico, revela o impossível de tudo dominar. A verdade, neste discurso, é a própria falta enquanto causa do desejo.

A disposição do sujeito irremediavelmente faltante e questionador no lugar de agente do discurso faz surgir uma posição propícia a quem se disponha a ocupar o lugar de analisante. Esse discurso, portanto, parte do sujeito enquanto barrado (\$); de sua divisão como efeito do deslizamento dos significantes.

Lacan (1969-70/1992) afirma a relação importante desse discurso com o (não) saber: “ali onde penso não me reconheço, não sou –é o inconsciente–, ali onde sou, é mais do que evidente que me perco” (p. 96). Com base nesse atravessamento entre o discurso que parte do sujeito em uma posição histórica e a noção de inconsciente, podemos dizer que a inauguração da psicanálise está profundamente enlaçada ao discurso da histórica. Não é por acaso que Lacan desdobra a partir deste discurso aquilo que formaliza como o discurso do analista.

Segundo a análise lacaniana, Freud afastou-se do lugar de mestria e de produção de um saber que buscasse responder à demanda do sujeito em posição histórica –apelo infinito e sempre insatisfeito ao mestre– destinando-lhe um lugar desejante. Tal fato marca a abertura de uma nova possibilidade de lidar com o sujeito, levando em consideração o inconsciente e aquilo que ele denota como impossível de articular por meio da razão, a saber: o gozo.

Assim, no discurso do analista, não se busca alcançar “a felicidade”. As suturas fálicas são colocadas em relevo como significativas para o sujeito, contudo, em uma análise não se busca corrigir ou erradicar as brechas sustentadas pelo sintoma. Ao contrário, parte-se do semblante de a –resto faltoso que causa o desejo– e considera-se o impossível de articular acerca do gozo em seu lugar intangível, mas real.

Tal registro não é da ordem do semblante, logo, não cabe ao simbólico ou ao imaginário. O real comparece justamente como aquilo que não pode ser escrito na cadeia significante, mas nem por isso escapa ao discurso. Está imiscuído nele a partir do enlace entre os significantes-mestres que marcam a história do falante. São estes S_1 que serão produzidos como efeito do trabalho analítico (Lacan, 1969-70/1992).

Aí está o esforço de operar com os significantes levando em consideração o real como aquilo que sustenta a existência do falante e o laço com seus semelhantes. Quando essa noção é colocada como chave para o campo da fala e da linguagem, estrutura-se um discurso que parte exatamente do vazio de sentido, apontando para produções singulares acerca do saber para cada sujeito. Eis o discurso do analista.

Completamente avesso ao discurso do mestre, que põe o objeto a como produção gozosa –mais de gozar forjado, o discurso do analista revela esse objeto como causa de desejo, convocando o sujeito a tentar dizer sobre os significantes que tecem a trama de seu gozo (Lacan, 1969-70/1992, p.46). A depuração do significante mestre, o S_1 no discurso do analista, é completamente singular, não podendo ser encarnada por ninguém. O analista, é um lugar. Lugar esse que não se confunde em absoluto com o da mestria.

No discurso do universitário, por sua vez, encontra-se o S_2 como agente, insígnia de dominação, propondo-se sem falhas. O saber no discurso do universitário é falicizado, tentando uma sutura frente à impossibilidade de tudo conhecer. O S_2 visa ao domínio do mais-de-gozar via “astutato”, termo utilizado por Lacan (1969-70/1992) para se referir à figura do estudante na posição de trabalhador, trabalhador de saber.

O discurso do universitário produz o silêncio sobre a verdade como enigma, pois, nele a verdade está nos mestres. Como efeito, observa-se a passagem de saber-fazer do escravo, no discurso do mestre, para o saber teórico dos mestres, o conhecimento. É este o discurso que dá suporte ao advento das ciências no lugar de mestria, ordenação, e que assevera as leis segundo pesquisas tecnológicas e tecnocientíficas. Em outras palavras, o discurso do universitário é o próprio imperativo categórico kantiano no lugar exato do tudo saber, conhecer e dominar (Lacan, 1969-70/1992).

Freud (1927/2006) aponta as impossibilidades agregadas ao fazer do psicanalista. Alia *governar*, *educar* e *analisar* como posições insustentáveis na cultura, uma vez que se debruçam, respectivamente sobre pontos-limite no campo da dominação, do saber e do manejar o sintoma. Isso porque, Freud assevera, não é possível tudo dominar, conhecer ou analisar sem que falhas irrompam nesses processos.

Assim, instituem-se, de saída, pontos intangíveis com os quais qualquer sujeito inserido na cultura terá de lidar: eis o preço a ser pago para gozar da vida civilizada. Tais impossíveis são retomados por Lacan através dos quatro discursos, na medida em que conjugam o limite de aliar o campo do sujeito e o campo do Outro no laço social (Coutinho Jorge, 2002).

Ressaltamos que é o objeto *a* que carrega, em cada um dos discursos, o estatuto dessa impossibilidade. (Lacan, 1969-70/1992, p.46) O impossível de tudo governar, no discurso do mestre; de tornar tudo passível de ser educado, no discurso do universitário; de tudo analisar, no discurso do analista; e de fazer-se desejar por todos, acrescentado à proposta freudiana por Lacan (1969-70/1992) acerca do discurso da histórica.

No que diz respeito ao governar, Lacan (1969-70/1992) é pontual: é impossível que o mestre ponha o outro a trabalhar em todos os instantes. Do mesmo modo, é impossível ao universitário o acesso por completo ao conhecimento. Assim como o umbigo do sonho, a garganta de Irma e o enigma sobre os quereres de uma mulher são demonstrações freudianas do que resta de intangível em uma análise.

O ponto de enigma vigora, marcando a impossibilidade de educar, analisar e governar o real, o qual resta sempre intacto, sem possibilidade de representação, no mesmo lugar. Nas palavras de Lacan (1975[1974]/2011): “O discurso do mestre, por exemplo, seu fim é que as coisas caminhem no passo de todos. Bom isso não é a mesma coisa que o real, pois, este é o que não caminha (...)” (p. 16). O real é afinal, o que emperra mesmo, não anda, empaca no meio do caminho.

Binário capitalismo x ciência: um discurso do capitalista?

Em *A sociedade de consumo*, Baudrillard (2007) assevera que os homens já não se cercam de outros homens, mas de objetos: carros, TVs, computadores. Produzem-se sujeitos insaciáveis na demanda de consumo, como máquina de repetir.

O que se repete é o consumo, na série ilimitada dos objetos. De objeto em objeto, é o que legisla a máquina capitalista: o gozo em consumir é pura repetição muda.

A repetição, nos diz Lacan, é o gozo; é o que se dirige contra a vida, no rompimento do ciclo e da engrenagem, tendendo ao inanimado, à tensão zero, como diria Freud. “A repetição se funda em um retorno do gozo” (Lacan, 1969-70/1992, p. 44).

Em Milão, Lacan (1972/1978) fala de algo loucamente astucioso, capaz de consumir e se consumir, o discurso do capitalista. Com uma estrutura sem hiato, compõe apenas flechas contínuas, sem ruptura.

O discurso do capitalista não se sustentaria se fosse tomado como análogo aos outros quatro, pois estes escoram-se em uma descontinui-

dade sob uma perda de gozo no laço, uma falha composta pelas impossibilidades de governar, educar, analisar e fazer-se desejar. Ímpar, ele é de uma estrutura compacta, formado por um circuito montado como um artefato fechado, ensimesmado, sem a possibilidade da descontinuidade que enseja o laço social e estrutura os outros quatro discursos.

Como sua própria estrutura articula, é uma montagem armada e amarrada em uma formalização maciça. São quatro vetores completos e diferentes em sua direção em relação aos outros. Como é possível observar abaixo:

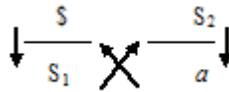


Figura 2. Discurso do capitalista

Circuito este que se movimenta a velocidades estonteantes, remetendo, em nossa leitura, a Bauman (2001): comporta a liquidez da sociedade atual, tempos em que o capital viaja leve e apressado, sem bagagem de mão.

Analisamos o discurso do capitalista o remontando às ideias de Lipovetsky (2004), com eu prefixo *hiper* adjetivando os *tempos hiper-modernos*; além da noção de *tempo-hoje*, na abrupta ruptura com os séculos XVII e XVIII, quando o advento da velocidade aparece como ferramenta fundamental rumo à produção dos novos objetos do capitalismo. O fato nos deixa sem saber ao certo se esta produção tem como objetivo um novo objeto –mais moderno, mais completo, mais *high-tech*: *hiper-* ou se, nessa mesma tentativa, o resultado não passa de um mercado do obsoleto.

O efeito rebote, isto é, a profusão constante de quinquilharias ultrapassadas diante do que velozmente surge de melhor, remonta ao matema laciano do discurso do capitalista, no qual observamos a formalização que se repete. O sujeito (\$) se relaciona com a mercadoria-objeto (a), comandado pelo mestre, capital (S₁) que tem a produção de saber da ciência (S₂) a seu favor (Lacan, 1972/1978).

Os objetos do capitalismo são produzidos para fazer surgir, no lugar do desejo, um objeto da ordem de uma demanda forjada, não pelo sujeito, mas pelo brilho do objeto imposto pelo mercado. Como na fala de uma paciente, que diz: no momento exato que tirei a blusa, diante do seu olhar que já não sabia mais se era de elogio ou horror, ele me perguntou: e esse peito? É seu? E eu disse: sim, é meu, eu comprei, parcelado, mas é meu! E ostentava orgulhosa a bela prótese.

O objeto torna-se, assim, da ordem do palpável e não do enigmático, para que o sujeito creia ser este mesmo objeto aquele que viria fechar o circuito da pulsão. Eis o produto forjado pela ciência e vendido pelo capitalista: o objeto feito sob medida para o que você precisa! Como escreve Voltolini (2007):

(...) no lugar da lógica desejante, na qual cada objeto não seria percebido senão sobre um fundo da ausência (simbólico) em relação ao qual seu brilho (fálico) se sustentaria, viria outra lógica, na qual o objeto é proposto como real e adequado a sua demanda; demanda que já não guardaria mais uma relação dialética com o desejo, sempre particular, mas que nasceria das qualidades contidas no objeto mesmo (p. 202).

Se Freud (1930/2006) estabeleceu o mal-estar como efeito constitutivo tributário à cultura, o discurso do capitalista propõe burla-lo com a restituição do gozo perdido a partir da produção científica. Na repetição do consumo, os indivíduos da sociedade do bem-estar gozam da produção incessante de um pretensão mais-de-gozar tangível. O *a*, neste discurso, visa tomar a demanda pelo desejo, em objetos cheios de nada, se lembrarmos Lacan (1969-70/1992): no eco de tudo o que remete a uma demanda apelativa, sedutora e vertiginosa.

Os objetos-latusas perseguem a difícil tarefa de fazer sutura e aplacar a angústia, como propomos, porém, declinam diante da produção de outro objeto mais atual, melhor, com mais tecnologia acoplada... E isto serve ao sistema que se retroalimenta de demandas sem fim. É a própria lógica do capital que curto-circuita o laço discursivo.

Aliás, o fato de comprometer a tentativa de laço social, privilegiando o vínculo com os objetos-latusas, faz com que o discurso do

capitalista seja muitas vezes colocado em questão, posta sua diferença frente aos discursos do mestre, da histórica, do universitário e do analista. Estes quatro discursos se sustentam na impossibilidade de articular completamente gozo e verdade (Freud, 1930/2006). Já o funcionamento do pretense discurso do capitalista visa contornar o impossível até que se torne algo realizável, compartilhável e, sobretudo, passível de ser consumido.

Como dito, é apelando ao trabalho do cientista que o mestre moderno promete ao consumidor o fim de todo e qualquer mal-estar. Entra em cena, portanto, a imperiosa condição do discurso a serviço da produção da demanda. Chega-se mesmo ao ponto da necessidade. Mal havia sido lançado o iPhone 5, clamava-se pela promessa do número 6, necessariamente por vir para aperfeiçoar as lacunas que, como sombra inarredável, já sobram inúteis aos benefícios da nova quinta bugiganga.

Ora, para que um novo objeto seja produzido e consumido no circuito vertiginoso de gozo, a falta deve comparecer. E ela já nasce cativa à sutura do excesso que a de vir, quase messiânico, para redimi-la. “No discurso capitalista o desejo é rebaixado à categoria da necessidade, fazendo-nos crer que como se trata de necessidade há sempre um objeto que lhe corresponde” (Voltolini, 2007, p. 202).

O discurso do capitalista fabrica um objeto animado na promessa de que o próximo objeto suture melhor, acople-se melhor. Propõe-se, então, que “o discurso do capitalista mundializou o objeto técnico” (Alemán, 2003, p. 29). Pois, o objeto da ciência opera, nos dias atuais, a serviço do capitalismo e define a lógica mesma do capital. Lógica totalitária, apresentando ao sujeito a única solução possível: o lugar de consumidor. Engendra-se, assim, uma segregação petrificante que consome o sujeito, apresentada sob o engodo do privilégio de consumir.

Via de regra, o objeto tomou lugar de produzir demandas ao sujeito. A subjetividade contemporânea possui, em pleno século XXI, a marca de uma urgência prenhe: o canto da sereia dos objetos do capitalismo. Um assalto pelas mãos sedutoras do binário capitalismo x ciência, que em sua cópula dão à luz ao *cientificismo* (Derrida & Roudinesco, 2004).

O cientificismo excede o limite da ciência, produzindo o fora da referência simbólica. Desdobra um gozo delirante, cujo sujeito é subtraído. Se “a ciência se define como um saber que sabe de seus limites, poderíamos dizer, um saber que, em princípio, leva em conta a castração –ela não pode tudo” (Alberti, 2006, p. 84).

O que seria o excesso da ciência? É um cientificismo cuja resolutive foi o apagamento do sujeito da enunciação, restando a imersão aos enunciados produzidos pelo saber técnico-científico. Como efeito do ideal cientificista, “a ciência se encarrega então, de esquecer ‘o dizer’ para reter apenas o ‘dito’” (Lebrun, 2004, p. 60).

A posição do cientista – *savant*: sua paixão e seu impossível

Diante do real ingovernável ou do que Lacan (1975[1974]/2011) propõe quando diz “o real não é o mundo. Não há nenhuma esperança de alcançá-lo por meio da representação” (p. 16), avançamos no exame de outra posição: a do cientista – *savant*. Ela foi apontada em uma das peças orais lacanianas, *O triunfo da religião*, de 1974.

Sobre tal posição, Lacan (1974/2005) propõe “o próprio do real é não ser imaginado” (p. 75), marcando que, além de irrepresentável, o real não é universal, e portanto, não se pode aborda-lo através de um empuxo ao sentido, pois “é justamente aquele que nos falta por inteiro” (Lacan, 1974/2005, p. 77). Quem pretende que ele o seja é a ciência quando tomada nos arroubos excessivos do cientificismo a serviço do capital.

Aí entra a ideia de nominação do real. Este registro trabalhado por alguns como da ordem do intangível, para outros não se resume em si mesmo. O cientista tomado pelo ideal cientificista o observa como limite a ser ultrapassado ou desconhecido a ser mapeado com significantes específicos que o tornem passível de dissecação.

Frente às profissões impossíveis de Freud, Lacan coloca justamente essa, a do cientista –*savant*– como angustiante. Assevera que esta posição, ao lado dos que governam, analisam e educam, toca a

angústia. Mas, Freud não ousou diante da ciência, não propôs que fazer ciência fosse da ordem do impossível, insustentável.

No *O Seminário, livro 10: a Angústia*, Lacan (1962-63/1997) define o real como um irreduzível frente ao significante. Exatamente o avesso do que propõe a cientificismo, o qual, como vimos, desconhece um real que não se reduza, não se traduza em leis universais. A ciência aliada ao capitalismo só conhece o real que se reduz ao significante, empreendendo toda sorte de operações para que, ao final, não sobrem restos. Ela opera por uma hiper observação, investigação e nomeação, como se o gozo não deixasse restos no corpo e houvesse a possibilidade da relação sexual. “Eles fariam a suplência à ausência da relação sexual” (Lacan, 1975[1974]/2011, p. 20).

E até um dos exercícios do que chamamos de ficção-científica, que, devo dizer, nunca leio, mas muitas vezes nas análises, contam-me o que há dentro. É inimaginável! –o eugênio, a eutanásia, enfim, todo tipo de eu-pilhérias (*d'euplaisereries*) diversas. Isto só se torna engraçado quando os próprios cientistas são pegos, não pela ficção-científica, evidentemente, mas por uma angústia (Lacan, 1975[1974]/2011, p. 20).

A ciência capitalista tenta aplacar a angústia. Em seu empuxo à dominação, foraclui a possibilidade do sujeito advir, de modo a suplantando sua divisão com a inteireza das eu-pilhérias. Contudo, o real, ingovernável, sobre o efeito da impossibilidade da posição ocupada pelos cientistas.

O sujeito comparece em sua divisão em todos os discursos, como visto anteriormente. Ele coexiste na mesma estrutura que abrange o objeto *a* como excesso de gozo a transbordar, sem barreiras, sem nome (Lacan, 1969-70/1992, p.46). Assim, num curto-circuito, como efeito da própria operação de tentar foracluir o sujeito, a angústia retorna o não-sentido excomungado dos laboratórios, sustentando que a posição do cientista não é fácil e que além disso, tem restos.

Diante do tudo nomear, o contingente *pathos* retorna, feito angústia ou não. Enquanto isso, segue o sujeito, com sua devida cota de im-

possibilidade, na sina de ser sustentado por um corpo. Será possível que ele sobreviva apenas obedecendo a fórmula: menos *pathos*, mais tecnologia? Não sabemos dizer. O que observamos na contemporaneidade, contudo, é a teimosa permanência, ainda que indesejada, do mal-estar que se atualiza de modo peculiar na própria paixão dos cientistas e seu impossível.

Bibliografía

- Alberti, S. (2006). A estrutura e as redes da psicanálise. Em S. Alberti y A. C. Figueiredo (Orgs.), *Psicanálise e Saúde Mental: uma aposta* (pp. 81-100). Rio de Janeiro: Companhia de Freud.
- Alemán, J. (2003). *Derivas del discurso capitalista: notas sobre psicoanálisis y política*. Buenos Aires: Miguel Gómez Ediciones.
- Baudrillard, J. (2007). *A sociedade de consumo*. Lisboa: Edições 70.
- Bauman, Z. (2001). *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- Caldas, H. (2008). Discurso da histérica. Em *Scilicet: os objetos a na experiência psicanalítica* (pp. 87-90). Rio de Janeiro: Contra Capa.
- Coutinho Jorge, M. A. (2002). Discurso e liame social: apontamentos sobre a teoria lacaniana dos quatro discursos. Em D. Rinaldi y M. A. Coutinho Jorge (Orgs.), *Saber, Verdade e Gozo: leituras de O Seminário, 17 de Jaques Lacan*. Rio de Janeiro: Rios Ambiciosos.
- Derrida, J. & Roudinesco, E. (2004). *De que amanhã... Diálogo*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- Freud, S. (1927/2006). O Futuro de uma ilusão. Em *Obras psicológicas completas de Sigmund Freud: edição standard brasileira*, Vol. 21 (pp. 15-71). Rio de Janeiro: Imago.
- _____. (1930/2006). Mal-estar na civilização. Em *Obras psicológicas completas de Sigmund Freud: edição standard brasileira*, Vol. 21 (pp. 74-148). Rio de Janeiro: Imago.
- Lacan, J. (1962-63/1997). *O Seminário, livro 10: a Angústia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- _____. (1969-70/1992). *O Seminário, livro 17: o avesso da psicanálise*. Rio de Janeiro, Brasil: Jorge Zahar Ed.
- _____. (1972/1978). Discours de Jaques Lacan à L'Université de Milan le 12 mai 1972. Em *Lacan in Itália 1953-1978* (pp. 38-55). Milão: La Salamandra.
- _____. (1974/2005) *O triunfo da religião. Precedido de discurso aos católicos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.

- _____. (1975[1974]/2011). A terceira. *Opção lacaniana*, (62), 11-35.
- Lebrun, J-P. (2004). *Um mundo sem limite: ensaio para uma clínica psicanalítica do social*. Rio de Janeiro: Companhia de Freud.
- Lipovetsky, G. (2004). *Os tempos hipermodernos*. São Paulo: Barcarolla.
- Voltolini, R. (2007). *O discurso do capitalista, a psicanálise e a educação*. Em N. V. A. Leite, S. Aires y V. Veras (Orgs.), *Linguagem e gozo* (pp. 197-212). Campinas: Mercado de Letras.
- Wainsztein, S. (2001). O discurso do mestre. Em I. Vegh *et al.*, *Os discursos e a cura* (pp. 15-34). Rio de Janeiro: Companhia de Freud.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artigo (APA):

Cardoza, Isabeza – Brito, Nelly- Caldas, Heloisa (2017). A paixão dos cientistas e seu impossível. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 70-87. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

DEL EXCESO Y LA CONFIGURACIÓN DE UN CUERPO DESBORDADO POR SU PESO

María de los Milagros Morales Vázquez¹

Universidad Veracruzana, México

miljoaqsa@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2276-0900

Ricardo García Valdez²

Universidad Veracruzana, México

gavr6004@prodigy.net.mx

ORCID: 0000-0001-8955-4453

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a05

Resumen

Nos encontramos en una época en la que es común el incremento de cuerpos desbordados por su peso, en muchos casos ocasionado por la hiperingesta de alimentos, esto es, sostenido bajo la insignia del exceso; padecimiento que puede presentarse como un modo de respuesta ante algo de lo propio, de carácter doloroso, a falta de recursos simbólicos que permitan otras formas de responder, menos estragantes, a esa sensación de malestar vincula-

da con la pérdida; condición en la que se torna fundamental la función simbólica que el Otro hace operar a través del vínculo con el alimento, en tanto precedente en el que se gestan los recursos psíquicos para simbolizar el malestar. El presente texto se elabora como parte de los avances de un proyecto de investigación doctoral.

Palabras clave: exceso, cuerpo, alimentación, Otro.

1 Maestría en Psicología en el área de Psicoanálisis: teoría y clínica. Doctorante en Psicología, Universidad Veracruzana.

2 Doctor en Ciencias Sociales en Psicología Social de Grupos e Instituciones. Director del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana.

ON EXCESS AND THE CONFIGURATION OF A BODY EXCEEDED BY ITS WEIGHT

Abstract

We are in an era in which it is common the increase of bodies exceeded by its weight, in many cases caused by the hyper-intake of food, that is, held under the mark of excess. This suffering that can be presented as a way of responding to something of the own, of a painful nature, in the absence of symbolic resources that allow other ways of responding, less destructive, to that feeling of

discontent related to the loss. This is a condition in which the symbolic function that the Other operates through the link with food becomes essential, as a precedent in which the psychic resources are generated to symbolize the discontent. This paper is elaborated as part of the advances of a doctoral research project.

Keywords: excess, body, food, Other.

À PROPOS DE L'EXCÈS ET DE LA CONFIGURATION D'UN CORPS DÉBORDÉ PAR SON POIDS

Résumé

Nous sommes à une époque où l'augmentation de corps débordés par leur poids est courante. L'hyper-ingestion d'aliments, suivant la logique de l'excès, est souvent à l'origine de ce phénomène qui peut se présenter comme une réponse à un malaise propre, manque de ressources symboliques permettant d'affronter cette sensation d'inconfort associée à la perte. La fonction symbolique

que l'Autre opère sur le rapport à la nourriture est fondamentale dans cette condition, en tant que précédent où les ressources psychiques sont conçues pour symboliser le malaise. Ce texte est élaboré dans le cadre de l'état d'avancement d'un projet de recherche doctorale.

Mots-clés : excès, corps, nourriture, Autre.

Recibido: 06/12/16 • Aprobado: 23/01/17

Época de cuerpos desbordados

Nos encontramos en una época en la que el exceso de peso –entendido como un cuerpo desbordado por su propio peso, sea bajo la forma de sobrepeso u obesidad– se presenta como un padecimiento complicado que, en muchos casos, enarbola la marca sobre la que se estructura el exceso. Distintivo en el que suele sostenerse cuando no se deriva de algún problema de salud, y que el sujeto puede llevar a costas aunque le cause malestar, e incluso en detrimento de la vida misma. Esta condición muestra su costado paradójico y estragante, sobre todo cuando se asocia a modos de funcionamiento en los que prevalece una ingesta en demasía.

Frente al incremento estrepitoso del exceso de peso, prevalece la idea de concebirlo como un problema de salud, premisa instituida por el discurso médico que solo contempla una dimensión de este difícil padecimiento: la asociada a las dificultades fisiopatológicas que ocasiona. Lo cierto es que su carácter complejo no se ciñe a tal condición, e incluso puede ir más allá de la misma, lo cual se muestra de diversas maneras, entre ellas, el desinterés que muchos sujetos muestran para atenderse a causa de su peso, o bien en la dificultad que presentan para seguir el tratamiento prescrito por la medicina o por la nutrición, en razón de lo cual el fracaso en su atención persiste, como señalan Guerra, Pousa, Charro y Becoña (2009), Brosens (2009) y Fernández (2005).

Esta complicada situación, como enuncia Cosenza (2014), devela un *impasse* epistemológico en la concepción de las causas del exceso de peso, en tanto no hay consenso sobre las mismas, pues, a pesar de que se privilegie la visión medicalizada que insiste en concebirlo como un problema de salud, sus intervenciones no han permitido avanzar en la atención de los elementos entretejidos en este padecimiento. Este hecho se complica aún más cuando se advierte que, para muchos pacientes, el peso no constituye un problema de salud y, por tanto, no consideran necesario atenderlo, ni siquiera bajo los lineamientos prescritos por la práctica médica o nutricional. De esta manera, se hace evidente que en este padecimiento algo de lo íntimo escapa de ser acogido bajo el paradigma médico.

Cosenza (2013) señala la futilidad de todo intento que, proveniente de la demanda del Otro,³ pretenda imponer la pérdida de peso bajo el imperativo "...¡tienes que adelgazar!" (p. 59), en tanto exigencia a la que difícilmente se ciñe el sujeto, menos aún si no considera problemático su estado, o al menos no bajo la premisa instituida por el discurso médico o nutricional. Esta demanda incluso puede contravenir las implicaciones psíquicas que el exceso de peso puede tener para un sujeto en específico, sobre todo cuando se torna sintomático y, por tanto, preserva cierto equilibrio en sus modos de funcionamiento.

Esta condición devela que, por más intentos que se hagan por ceñir al sujeto bajo el paradigma médico, orientado, como señala Lacan (1970/1992), a representar al sujeto en su totalidad, este evidencia que sus modos de funcionamiento no son reglados por la voluntad ni por la razón, que en este padecimiento algo de lo íntimo insiste –sea bajo la forma de la dificultad para seguir el tratamiento, o bien a través de las inconsistencias o el desinterés ante el mismo–, que escapa de ser acogido bajo la orientación totalizante del discurso de la medicina.

En razón de lo anterior, se interroga el exceso de peso partiendo del sello en el que se estructura el exceso. ¿Cómo pensarlo?, ¿cómo pensar el vínculo entre el exceso y la configuración de un cuerpo desbordado por su peso? Preguntas que ordenan el recorrido a seguir

3 En la obra de Lacan se presentan dos acepciones del Otro: una, puede decirse, alude a ese Otro como función que se encuentra inscrita en el registro simbólico, equiparado con el lenguaje y con la ley, encargado de regular el deseo desde ese registro; la otra acepción corresponde a esa otra escena a la que Freud hizo mención para aludir al inconsciente como estructura. En ese sentido, Lacan dirá que ese Otro corresponde al lugar en el que se inscriben los significantes, a esa alteridad radical en la que está constituida la propia palabra y que regula de manera fundamental el propio deseo y sus desfiladeros; ese Otro tiene el carácter de singularidad inasimilable. Ahora bien, el Otro, como función, puede ser encarnado inicialmente por la madre, en tanto, como señala Evans (1997), "...es ella quien recibe el llanto y los gritos primitivos de la criatura, y retroactivamente los sanciona como un mensaje particular" (p. 143), ocupándose así de poner en palabras y de sancionar, esto es, de transmitir algo de lo simbólico que dote de estructura y de sentido aquello que proviene inicialmente del infante mediante el grito y el llanto, esto es, de simbolizar su malestar.

en este trabajo, cuyas elaboraciones se proponen, “distantes de una postura hegemónica”, como una vía para ampliar las posibilidades de concebir y problematizar este padecimiento.

Del exceso como una respuesta frente al malestar

Si bien el exceso posee distintas acepciones, como lo señala el Diccionario de la Real Academia Española (2017), en su sentido irreductible alude a lo desmesurado, a aquello que se presenta fuera de cierto orden o estructura preestablecida. Por su parte, Dumoulié (2016) señala el exceso como “...el signo del encuentro con una realidad que desborda el significante y las capacidades del concepto...” (p. 274).

Así, el exceso conlleva cierto grado de trastocamiento de lo instituido simbólicamente, lógica cuyos efectos se tornan devastadores para quien los pone en acto; de ello se tiene noticia desde tiempos históricos.

Una referencia al carácter estragante del exceso se encuentra en Aristóteles (1994), quien, en su *Ética a Nicómaco*, se refirió a ello a propósito de los que se encuentran dominados por las pasiones. Así lo señaló: “...los accesos de ira, los deseos sexuales y algunas pasiones semejantes producen manifiestamente trastornos hasta en el cuerpo, y en algunos incluso accesos de locura...” (p. 106).

En esta declaración, Aristóteles reconoce en los accesos pasionales el exceso, estado en el que discierne su carácter devastador, de poder tal que puede trastocar el cuerpo y la razón, pudiendo alterar el curso de la vida. Así mismo, advierte que se trata de una condición complicada, difícil de comprender cuando no se encuentra movilizadora a causa de alguna enfermedad o de disposición genética. Así lo cita: “...sí nos parece extraño que alguien no sea capaz de resistir lo que resisten la mayoría de los hombres, y se deje vencer por ello, no siendo porque de nacimiento tenga tal naturaleza o por causa de enfermedad...” (Aristóteles, 1994, p. 112).

Extrañado por los alcances del exceso cuando no deviene a causa de alguna disposición fisiológica, Aristóteles (1994) considera que se

trata de un recurso del que el sujeto dispone para procurarse un estado placentero, sobre todo ante un estado exacerbado de malestar. Así lo enuncia:

Tendremos que decir por qué razón los placeres corporales se nos muestran como los más apetecibles. Pues bien, en primer lugar porque expulsan el dolor, y, debido al exceso de dolor, los hombres persiguen el placer excesivo, y, en general, los placeres corporales como un remedio a aquél..., el placer expulsa al dolor, ya sea al placer contrario o cualquiera, con tal que sea intenso... (Aristóteles, 1994, p. 120).

Para Aristóteles, los accesos pasionales intensos toman la forma del exceso, lo ubica puesto a operar a nivel del cuerpo como un recurso que sobreviene para mitigar el propio dolor. De esta manera, el exceso puede pensarse próximo a un mecanismo psíquico complejo, en tanto conlleva en sí mismo un grado de solución ante algo doloroso y, en esa medida, de satisfacción, aunque paradójicamente conlleve también lo mortífero para el sujeto. Este hecho remite a vincularlo a lo pulsional, tanto porque opera a nivel del cuerpo y, en ese sentido, comporta satisfacción, como por su costado estragante.

En ese orden de ideas, el exceso de peso, sostenido bajo la marca del exceso, en la forma de hiperingesta, constituiría entonces un modo de respuesta subjetiva frente a algo propio, de carácter doloroso, no consabido. Se torna así un intento de elaboración que puede mantenerse incluso hasta su dimensión estragante, sobre todo en aquellos casos en los que el peso continúa incrementándose y la salud se ve comprometida. Condición que lleva a interrogar aquello que incide de manera tal que el exceso de peso puede constituir un intento de respuesta frente a lo doloroso de carácter íntimo, exponiendo la vida.

Del exceso a la pulsión, su carácter mortífero

Como se dijo antes, la naturaleza del exceso remite a vincularlo con lo pulsional, aquello que Freud (1915/1975) propuso como mecanismo fundamental del funcionamiento psíquico, de índole tal que exige al organismo las tareas más complejas a fin de lograr la satisfacción:

...la pulsión nos aparece como un estado fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (p. 117).

De esta manera, y a pesar de la problemática que el mismo Freud reconoce respecto de la elaboración teórica de la pulsión, queda asentado que la concibe como un elemento psíquico cuya intrincación entre lo anímico y lo biológico es ineludible, como un mecanismo de naturaleza tal que puede trastocar bien lo anímico, bien lo corporal, en vías de la satisfacción.

Ahora bien, Freud (1919/1975) reconoció en la pulsión una disposición acuciante a la que consideró "... propiedad universal de las pulsiones y aún, su esencia misma" (p. 117), tendencia en la que lo repetitivo persiste, a la que más tarde denominó compulsión de repetición. Sobre ella señaló:

En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica... (Freud, 1919/1975, p. 238).

De este modo, Freud (1920-22/1975) advierte en el carácter repetitivo de la pulsión su naturaleza estragante, localizada más allá del principio de placer, en tanto opera en detrimento de la vida misma. Esta condición lo lleva a instituir la pulsión de muerte como ese costado mortífero pulsional que, si bien se moviliza en vías de la satisfacción, esta, en su sentido irreductible, comporta la propia muerte, operación bajo la que se conduce el movimiento pulsional, en el que el principio de placer queda subyugado por el principio de Nirvana, que pugna por "...reducir a la nada las sumas de excitación que le afluyen, o al menos, mantenerlas en el mínimo grado posible" (Freud, 1924/1976, p. 165).

Así, queda instituido el costado mortífero de la pulsión como tendencia predominante en el psiquismo que opera en contraposición

con la pulsión de vida, inclinada a establecer lazos con la vida. Freud (1924/1976) enuncia el imperio de la pulsión de muerte, la supone antecesora a la pulsión de vida y señala que precisa de hacerse un lugar ante la pulsión de muerte, de restarle fuerza, a fin de que ambas puedan coexistir. Así lo cita:

...en el ser vivo la libido se enfrenta a la pulsión de muerte, o destrucción, que impera dentro de él, querría desagregarlo y llevar a cada uno de los organismos elementales a la condición de la estabilidad inorgánica. La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desvía enviándola en buena parte –y con ayuda de la musculatura–, a los objetos del mundo exterior (...) Pero otro sector no obedece a ese traslado hacia afuera, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosamente con ayuda de la coexcitación sexual... (Freud, 1924/1976, p. 169).

De esta manera, si bien Freud (1938/1975) reconoce la intrincación entre ambas pulsiones, enuncia la supremacía de su carácter mortífero al señalar que, si bien una parte de esta está dirigida hacia el mundo exterior, otra parte permanece en el interior de lo propio, como residuo que puede tener efectos devastadores si la libido no tiene el poder de neutralizarla. Ante esta operación, vale preguntarse por aquello necesario para que ocurra tal movimiento libidinal, capaz de neutralizar a la pulsión de muerte.

Bajo la lógica de lo pulsional insistente, el exceso se presenta entramado a ello en tanto comporta lo repetitivo, en este caso, mediante la insistencia en comer en demasía, aunque devenga destructivo.

Al respecto, citamos el caso de A, una niña con exceso de peso. Su madre solicitó atención nutricional para ella por indicación médica debido a su peso. A presentaba dificultad para respirar, sobre todo por las noches, *...tenía períodos en los que parecía que se ahogaba...*, comentó la madre.

La salud de A se vio comprometida a causa de su peso. A pesar de ello, A insistía en continuar comiendo como lo había hecho, en exceso, tendencia en la que la aproximación a lo mortífero ocurrió por

una vía cada vez más directa, con menos rodeos intermediados por lo libidinal que pudieran fungir como barrera. Esta condición evidencia la sutil cesión de la pulsión de vida ante la de muerte, que fue ganando terreno sobre lo libidinal.

En casos como este, en los que el exceso de peso se presenta de manera tal que compromete la vida, nos interrogamos sobre aquello que, aunado a lo pulsional mortífero, posibilita la configuración de un cuerpo desbordado a consecuencia de una ingesta abundante. Casos en los que el vínculo con la comida se devela problemático, sobre todo cuando de niños se trata, en quienes, a diferencia de los adultos con exceso de peso, para que la sobreingesta tenga lugar, se precisa también del consentimiento y complicidad de quien se ocupa de brindar cuidado y atención.

La alimentación y sus contornos subjetivos

Si bien la alimentación comienza por la necesidad, tempranamente se tornará secundaria en el vínculo que se establece con el alimento, encuentro que solo puede tener lugar por la intercesión de quien se ocupa de ofrecerlo, hecho envuelto en una serie de finas manifestaciones de carácter subjetivo que lo tornan fundamental en la configuración psíquica.

Freud (1950[1895]/1975) se encargó de precisar la importancia de la alimentación y sus efectos en el psiquismo. Se trata de un encuentro temprano en el que, al comienzo, el organismo humano, por su condición de desvalimiento, es incapaz de poner coto al malestar experimentado en el propio cuerpo a causa de la necesidad, sensación pujante que, para ser mitigada, precisa del amparo ajeno.

Como establece Freud (1950[1895]/1975), ese auxilio llegará de manera originaria a través del prójimo, encarnado fundamentalmente por la madre, quien tiene la capacidad de aliviar la tensión acuciante sentida por la necesidad, proveyendo al infante de alimento. En este acto, el objeto para aliviar la desazón devendrá objeto libidinal de alcance tal que, dada la cancelación del malestar experimentado a conse-

cuencia del hambre, podrá generar la vivencia de satisfacción, esto es, la sensación placentera que causa el alivio de lo acuciante interno.

Este momento, de profundos alcances psíquicos, no solo mitiga el malestar sino, además, traza los cimientos del deseo y posibilita a su vez que se geste una huella mnémica vinculada a la satisfacción que causa la cancelación de desasosiego. De esta manera, en adelante, cada vez que se experimente la sensación de displacer "...se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera" (Freud, 1900/1975, p. 557).

De esta forma, ese encuentro inicial entre el pequeño ser y quien inicialmente asume la función del prójimo, que es generalmente la madre, constituye un momento fundante en el devenir subjetivo, en el que se gestan los recursos psíquicos de los que dispondrá ese pequeño ser para aliviar el malestar primordial y, a la postre, cualquier sensación de desazón en sus múltiples expresiones, proceso complejo que ocurre no sin contingencias.

La alimentación y sus vicisitudes, incidencias en la configuración del cuerpo

Como se señaló antes, la alimentación encarna una operación que se fragua en la intersubjetividad. En ese encuentro, como señala Amigo (2005), quien asume la función simbólica del Otro se ocupa de dinamizar un entramado pulsional en el que confluyen tanto pulsión de vida como pulsión de muerte; la de vida mediatizada por la pulsión oral a través de la leche, por la pulsión invocante mediante la palabra y por la pulsión escópica intercedida por la mirada. Avivación pulsional hendida por el deseo de ese Otro en su función simbólica, destinada a procurar la vida.

Mas, en ese encuentro inicial con el alimento, también se pone en juego algo de lo pulsional mortífero, movilizado a través del goce

que, de manera inherente, también se presenta cuando la madre ofrece una parte de su cuerpo para alimentar: el pecho.

Este goce se experimenta como parte de la satisfacción sentida en la alimentación. Puede tener distintos derroteros en función de las condiciones psíquicas en las que se encuentre quien asume la función del Otro, en tanto puede privilegiar la posibilidad de simbolizar algo de ese goce mediante palabras que acompañen el acto de alimentar, así como a través de cortes que regulen dicho encuentro.

Mas también puede tornarse goce estragante y tomar la forma de goce mudo, "goce como tal", como lo llama Miller (2011), "...goce reducido al acontecimiento de cuerpo...", (p. 10), en este caso, mediante la insistencia en comer en exceso, sin interrupción, sin posibilidades de simbolización. Expresión flagrante de la pulsión de muerte, de la cual Amigo (2005) señala:

...un modo en que se deja ver Tánatos en la pulsión, es por ejemplo aquella situación clínica donde se ve actuar una pulsión sola, no mezclada con las otras. Cuando la comida es sólo comida, entonces es tanática; si una madre diera de comer sólo leche -con el bebé colgado de la teta- estaría vectorializando un goce mortal, no escandido por el significante ni bañado por la mirada. La pulsión erótica se diferencia de la tanática en el punto en que la pulsión erótica está intrincada con otras pulsiones; mientras que un plano de Tánatos pulsional es una pulsión aislada (p. 131).

Siendo así, el encuentro con el Otro se torna humanizador cuando se sostiene en la palabra, cuando esta se privilegia como mecanismo de puntuación del goce, de lo mortífero, inherente en la condición humana.

A través de la palabra, de acuerdo con Amigo (2005), la madre vehiculiza la prohibición mediante cortes que marcan horarios, ritmos y tiempos para alimentar, obturando para, desde lo que a ella corresponde, que la alimentación se torne goce incesante. Con este movimiento se promueve la inscripción al registro simbólico del infante, vasto universo en el que este devendrá como ser de palabra a consecuencia de la intercesión de los recursos que ese Otro pueda

ofrecer para que ello ocurra; lo cual, a su vez, posibilita que lo libidinal gane terreno frente a lo pulsional mortífero.

Como se advierte, la alimentación constituye entonces un acto mediatizado por las condiciones psíquicas de quien asume inicialmente la función del Otro, en el que confluyen tanto su deseo como sus inconsistencias y dificultades. Hecho con el que se encuentra el pequeño ser en ciernes en esta experiencia fundante, que traza los antecedentes de los que puede disponer para hacer frente al propio malestar.

Profundizando en esa experiencia fundante, Lacan (1956-57/2010) señala que el encuentro originario entre el niño y la madre constituye la primera relación amorosa en la que la madre procura objetos para satisfacer la necesidad, uno de ellos es el pecho. Su ofrecimiento se torna un Don de amor.

Aunque cuando la madre toma distancia por las razones que sean, su ausencia es vivida por el infante como una frustración de amor que causa malestar psíquico, desazón que el infante suele compensar invocando al objeto que lo mitiga, que originariamente estaba destinado a colmar la necesidad, de manera que hará un llamado:

... Si el niño llama, si se aferra al pecho y éste se convierte en lo más significativo de todo, es porque la madre le falta. Mientras tiene el pecho en la boca y se satisface con él, por una parte el niño no puede ser separado de la madre, y por otra parte esto le deja alimentado, descansado y satisfecho. La satisfacción de la necesidad es aquí la compensación de la frustración de amor... (Lacan, 1956-57/2010, p. 177).

Así, Lacan señala el lugar que puede ocupar el objeto que originariamente estaba destinado a colmar la necesidad. El alimento, mediante una fina operación, puede devenir objeto para mitigar ya no la necesidad, sino el malestar psíquico que causa la frustración de amor, hecho que ocurrirá, dice Lacan, si la madre falta. Esta falta alude, más que a la ausencia real de la madre, a las dificultades que ella presenta para simbolizar su ausencia y el malestar que ello conlleva.

De manera que la falta de la madre tiene al menos dos vertientes: por un lado, comprende la falla que ella muestra para simbolizar su ausencia, para apalabrarla y mitigar la angustia mortificante vivida por el infante; mientras que su segunda falta ocurre cuando, ante la desazón psíquica, ella aproxima el objeto destinado a satisfacer la necesidad, acercamiento que hace a fin de aliviar el malestar presente en el infante, ya sea que ella ofrezca el alimento, o bien que consienta darlo ante su demanda, no movilizada por el hambre como tal.

De esta forma, la madre, mediante su función simbólica, se ocupa de establecer los precedentes de los que el infante podrá disponer para aliviar su propio malestar. En este movimiento se fragua también la configuración del cuerpo, dado que constituye una construcción que se gesta en función de ese encuentro, de lo que ahí se vehicula, se apalabra, se señala, se toca, se mira, se censura. Sobre ello, Díaz (2003) precisa:

...hacerse un cuerpo, tener un cuerpo y una imagen sólo es posible por la intervención del Otro, del otro semejante que le otorga esa imagen en espejo, representante del gran Otro que, como orden simbólico y como significante, sostiene la unidad de algo ante todo fragmentado (p. 98).

El encuentro inicial entre el infante y quien ocupa el lugar del Otro constituye un encuentro complejo, que puede tomar distintos derroteros e incluso tornarse devastador debido a las condiciones subjetivas de quien asume dicha función.

De esta manera, una muestra palmaria de los efectos estragantes que pueden devenir, a consecuencia de las vicisitudes del encuentro inicial con ese Otro, lo constituyen los padecimientos en los que la alimentación se torna problemática y el cuerpo se encuentra comprometido. Estos comprenden tanto los llamados trastornos de la alimentación, como aquellos casos en los que el exceso de peso tuvo lugar a partir de una ingesta copiosa y recurrente, expresiones del cuerpo en las que "... el ser hablante, con el instinto trastocado, llega a encontrarse lejos de la regulación con que el ritmo del instinto de autoconservación preserva habitualmente la vida en los demás seres vivos..." (Nieves, 2013, p. 5).

A propósito de lo anterior, citamos nuevamente lo que la madre de A comentó sobre su manera de comer: *...veía que empezaba a comer mucho a toda hora, como desesperada, con ansiedad. No sé qué le pasó, empezó a comer así después de que nació su hermanita, desde entonces empezó a subir de peso también. Yo la veía que comía mucho y a veces la regañaba, pero ella no hacía caso, se enojaba y al rato ya estaba igual, comiendo de nuevo. Me daba cuenta de que faltaba comida en el refrigerador, yo sabía que había sido ella pero pensaba que se le iba a quitar, por eso a veces ya no le decía nada, por eso ya no le tomábamos tanta atención...*

Como se aprecia, el exceso de peso en A comenzó luego del nacimiento de su hermana menor, acontecimiento del que se la dejó constantemente al margen. La madre comentó: *...cuando ella quería acercarse a su hermana yo le decía que no lo hiciera, porque era pequeña y la iba a despertar. Cuando me veía sentada en el sillón, dándole de comer a su hermanita, me pedía que la cargara también, como a su hermanita, yo le decía que mejor se acomodara en la colchoneta que estaba en el piso, que ahí estaría más cómoda porque en el sillón no cabía...*

El nacimiento de la hermana menor de A marcó un cambio importante en su historia, ella lo evidencia haciendo la ingesta en demasía, que parece operar como recurso psíquico para hacer frente al malestar que le supone este nuevo acontecimiento: pérdida de amor de ese Otro, del lugar que ocupaba ante ese Otro. Desazón ante la cual el hiperconsumo de comida sobrevino como recurso para mitigar lo angustiante de esa pérdida. Comer en exceso supuso una fina atadura entre el alimento y ese Otro dador de amor que es estructurante.

La insistencia en comer de manera desmedida puede pensarse en A como aquello que Recalcati (2003) formula para pensar una de las formas de la obesidad. Señala que esta puede devenir como una defensa ante la depresión, que implica la pérdida del objeto como una respuesta del sujeto ante la dificultad para simbolizar el daño que le implica, de manera que “...el acto mismo de comer –que la compulsión oral lleva al extremo– es en el fondo, de por sí, una tendencia contraria a la pérdida del objeto introducida por la acción del Otro” (Recalcati, 2003, p. 291). Pérdida de objeto introducida por ese Otro a quien, en su función simbólica, históricamente le corresponde po-

sibilitar la simbolización de dicha pérdida, instituyendo el recurso de la palabra como elemento fundamental que, en alguna medida, dote de mayores posibilidades para apalabrar la angustia que ello conlleva. Precedente que permitirá a ese ser en ciernes tener mayores elementos para contar con recursos simbólicos que le permitan atenuar su malestar psíquico y construirse modos de respuesta más próximos a la vida.

Aunado a lo anterior, en la historia de A se advierte que operó un Otro que, en su función simbólica, consintió en que A se sostuviera en el exceso, permitió ese modo de respuesta en su devenir subjetivo, la ingesta exacerbada la mantuvo instalada en ese lugar. Si bien la madre regañaba o censuraba, no hacía más para hacer operar el corte en acto, de manera que la prohibición resultara efectiva. Contrario a ello, permitía que A comiera con toda libertad, a sabiendas de ello. La dejó al margen de los efectos de la ley, instalada en una suerte de circuito de goce incesante.

Conclusiones

Si bien el exceso de peso se presenta como un padecimiento común en muchos sujetos, es fundamental considerar las diversas implicaciones en las que se estructura, así como contemplar que, aunque pueda tratarse de una misma condición, en cada sujeto tendrá implicaciones psíquicas distintas, que precisan ser discernidas en vías de ampliar las posibilidades de atenderlo.

Habrán casos en los que el exceso de peso se geste a consecuencia de una ingesta desmedida, en los que constituya un modo de respuesta frente a algo de carácter doloroso o angustiante. Esta condición puede sostenerse, de manera perenne, estableciendo modos de funcionamiento que permitan al sujeto sobrellevar esa situación. Mas habrá otros casos, o momentos del padecimiento, en los que el exceso de peso se torne fallido, acercando al sujeto a su propia muerte.

En el caso de niños con exceso de peso a consecuencia de una ingesta excesiva, se advierte, además de las complicaciones que le ocu-

rren al pequeño, la prevalencia de notorias inconsistencias de parte de quien sostiene la función simbólica del Otro, así como de cierta dosis de complicidad, que evidencian dificultades tanto para posibilitar la simbolización del malestar, como para hacer operar la prohibición.

Esta condición lleva a considerar que ese Otro que privilegia la permisividad y presenta dificultad para auxiliar en la simbolización del malestar, ofrece un lugar a ocupar por ese ser en ciernes signado por el rechazo, dejándolo al margen de los efectos de lo simbólico que mitiga el malestar, permitiendo incluso que, sin mediación restrictiva, se haga cargo de cuánto comer, cómo comer y qué comer.

El rechazo se vuelve un lugar que asume ese ser en ciernes, desde el cual hace lazo, y en el cual puede fundar su existencia ante ese Otro, perpetuando así, con mucho malestar incluso, la condición de rechazo en que ha sido instalado, a falta de otras posibilidades para construirse un lazo distinto con la vida menos estragante.

Bibliografía

- Amigo, S. (2005). ¿Qué significa comer? En *Clínica de los fracasos del fantasma* (pp.125-145). Rosario: Homo Sapiens.
- Aristóteles. (1994). Libro VII. En M. Araujo y J. Marías (Trads.). En *Ética a Nicómaco*. (pp.102-121). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Brosens, C. (2009). Barreras en la adherencia al tratamiento de la obesidad. *Evidencia - Actualización en la Práctica. Ambulatoria*, 12(3), 116-117. Recuperado de: <http://www.foroaps.org/files/bgfbre.pdf>.
- Cosenza, D. (2013). Sin banquete. En *La comida y el inconsciente. Psicoanálisis y trastornos alimentarios* (pp. 35-68). Buenos Aires: Tres Haches.
- _____. (2014). Introducción a la clínica psicoanalítica de la anorexia, bulimia y obesidad. En A. Arenas (Ed.), *Logos 8* (pp. 9-91). Buenos Aires: Grama.
- Díaz, L. (2003). El cuerpo: ese objeto marcado por el exceso del Otro. *Desde el jardín de Freud*, (3), 98-105. Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/14389/1/3-8273-PB.pdf>.
- Diccionario de la Real Academia Española (2017). *Exceso*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=HCB2Mdi>.

- Dumoulié, C. (2016). La filosofía del exceso. *Praxis Filosófica*, (42), 263-274. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=209045909012>.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, M. (2005). Experiencias de tratamiento integral de la obesidad infantil en pediatría de atención primaria. *Revista Pediatría de Atención Primaria*, 7 (S1), 35-47. Recuperado de: https://www.aepap.org/sites/default/files/tratamiento_obesidad.pdf.
- Freud, S. (1900/1975). Sobre la psicología de los procesos oníricos. En J. Strachey (Ed.), J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. I (pp. 504-612). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1915/1975). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XIV (pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1919/1975). Lo ominoso. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XVII (pp. 215- 251). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1920-22/1975). Más allá del principio del placer. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XVIII (pp. 1- 62). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1924/1976). El problema económico del masoquismo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XIX (pp. 161-176). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1938/1975). Esquema del psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XXIII (pp. 133-209). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1950[1895]/1975). Proyecto de psicología. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. I (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu.
- Guerra, M., Pousa, L., Charro, A. & Becoña, E. (2009). Evaluación de la actitud y las dificultades que los médicos de Atención Primaria tienen ante el diagnóstico y el tratamiento del sobrepeso y la obesidad. *SEMERGEN - Medicina de familia*, 35(1), 15-19. doi: 10.1016/S1138-3593(09)70177-7.
- Lacan, J. (1956-57/2010). La identificación con el falo. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto 1956-1957* (pp. 167-180). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1970/1992). El amo castrado. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17: el reverso del psicoanálisis (1969/1970)*. (pp. 91-106). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2011). ¿Qué es lo real? *Freudiana*, (61), 7-15.

- Nieves, S. (2013). Prólogo. En *La comida y el inconsciente. Psicoanálisis y trastornos alimentarios* (pp. 5-6). Buenos Aires: Tres Haches.
- Recalcati, M. (2003). El demasiado lleno de la obesidad. En *Clinica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis* (pp. 274-299). Madrid: Síntesis.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Morales Vázquez, María de los Milagros – Valdez García, Ricardo (2017). Del exceso y la configuración de un cuerpo desbordado por su peso. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 88-105. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

EL GRAFO DEL DESEO COMO FUNDAMENTO TEÓRICO E INSTRUMENTO DE ANÁLISIS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN CASO CLÍNICO

Laurencia Jaime Ramírez¹

Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México

laurenciajr@hotmail.com

ORCID: 0000-0002-8343-727X

Víctor Javier Novoa Cota²

Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México

vnovoac@hotmail.com

ORCID: 0000-0002-9236-0032

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a06

Resumen

Este trabajo presenta el uso del grafo del deseo en la construcción de caso clínico como estrategia metodológica en el proyecto de investigación: *Agresividad en la sociedad contemporánea: una perspectiva de la clínica psicoanalítica*. Propuesto para obtener el grado de Doctor en Psicología en el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana. A través de la presentación de un caso clíni-

co, se muestran los esbozos del grafo del deseo, presentados por Lacan en el *Seminario V. Las formaciones del inconsciente (1957-1958)*, para explicar mediante la conformación de cadenas significantes, los tres tiempos del Edipo y su efecto en la transmisión de la Ley.

Palabras clave: Grafo del deseo, tiempos del Edipo, cadena significativa

- 1 Maestría en Estudios Psicoanalíticos. Doctorante por el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana, México. Profesora Asignatura en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México. Universidad Veracruzana, México. laurenciajr@hotmail.com.
- 2 Doctor en Fundamentos y Desarrollos Psicoanalíticos. Profesor investigador de tiempo completo nivel VI en el Instituto de Investigación y Posgrado de la Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Línea de investigación: La clínica psicoanalítica y el posicionamiento ético ante el dolor. vnovoac@hotmail.com.

THE GRAPH OF DESIRE AS A THEORETICAL BASIS AND INSTRUMENT OF ANALYSIS IN THE CONSTRUCTION OF A CLINICAL CASE

Abstract

This paper presents the use of the graph of desire in the construction of a clinical case as a methodological strategy in the research project "Aggressiveness in contemporary society: a perspective of the psychoanalytic clinic", Proposed to obtain a PhD in Psychology from the Institute of Psychological Research of the Universidad Veracruzana. From the presentation of a clinical case, the outli-

nes of the graph of desire are shown, those presented by Lacan in *Seminar V, The Formations of the Unconscious (1957-1958)*, to explain, from the conformation of the chains of signifiers, the three times of the Oedipus and their effect in the transmission of the Law.

Keywords: graph of desire, times of the Oedipus, chain of signifiers

LE GRAPHE DU DÉSIR COMME BASE THÉORIQUE ET OUTIL D'ANALYSE DANS LA CONSTRUCTION D'UN CAS CLINIQUE

Résumé

Cet article présente l'utilisation du graphe du désir dans la construction de cas clinique en tant que stratégie méthodologique dans le projet de recherche : *Agressivité dans la société contemporaine : une perspective de la clinique psychanalytique*. Il s'agit d'un projet de thèse de doctorat en psychologie à l'Institut de Recherches Psychologiques de l'Université Veracruzana. Les traits fondamentaux du graphe du désir, présentés par

Lacan dans le *Séminaire V. Les formations de l'inconscient (1957-1958)*, sont abordés par le biais d'un cas clinique, dans le but d'expliquer, grâce à la conformation de chaînes signifiantes, les trois temps du complexe d'Œdipe et leur effet sur la transmission de la Loi.

Mots-clés : Graphe du désir, temps du complexe d'Œdipe, chaîne signifiante

Recibido: 15/12/16 • Aprobado: 18/01/17

Presentación

En este trabajo se da cuenta del uso del grafo del deseo, elemento fundamental de la topología lacaniana, como recurso teórico para develar la posición subjetiva del sujeto ante el deseo, la ley, la angustia y los síntomas. Fue utilizado para llevar a cabo la construcción de caso clínico, estrategia metodológica implementada en el proyecto de investigación *Agresividad en la sociedad contemporánea: una perspectiva de la clínica psicoanalítica*, propuesto para obtener el grado de Doctor en Psicología por el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana, México.

Acerca del grafo del deseo, Eidelsztein (1995) opina: “(...) es una herramienta ideal para oponer significante y letra –para articular y diferenciar–, lingüística de psicoanálisis. La lingüística queda del lado del significante y el psicoanálisis del lado de la letra” (p. 17), el significante se escucha mientras que la letra se lee. Por lo tanto, un analista lee.

En el marco de su topología, Lacan presentó, antes que el grafo, el esquema L, “*Lambda*”, en el que ubica la relación imaginaria en el eje α (*yo*) y α' (*otro*). Mientras que con una línea que une A (*Autre*) y S, se representaría el eje simbólico. El esquema en sí está formado por cuatro elementos fundamentales.

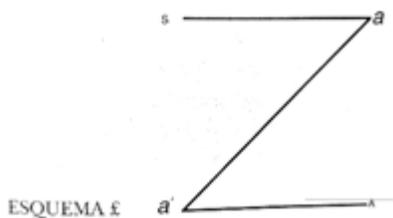


Figura 1. Esquema L.

Fuente: (Lacan, 1958/2013, p. 525).

Posteriormente presentó el esquema Z y el esquema Rho. En este último se introduce la noción de lo real, ahí aparece un vector para designar la imagen del Otro, que en el grafo del deseo aparecerá como

el fantasma. Los primeros esbozos del grafo del deseo aparecen en *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (1957-1958). Se consolida su construcción en 1958, en *El Seminario. Libro 6: el deseo y su interpretación* (1958-1959). En 1960 aparece la versión completa en "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", como parte de los *Escritos*.

Descripción del grafo

El grafo del deseo es un modelo topológico que está organizado en vectores que representan cadenas significantes. Las líneas horizontales representan cadenas con función diacrónica que cierran su significación hasta el último término; antes, señala un efecto retroactivo.

La línea en herradura tiene como punto de partida la necesidad en su versión más primitiva, representada como una delta. En ese inicio se señala la intencionalidad. El grafo se compone de intersecciones de líneas y dobles intersecciones, que indican la naturaleza de la retroacción. Aparecen principalmente dos cadenas significantes horizontales: la inferior, que va del significante del Otro, $s(A)$, a Voz, representado por el Otro (A), es la del nivel del enunciado; la superior, que parte del significante de la falta en el Otro $S(A)$ y va hacia la pulsión ($\$D$), es la cadena significativa del inconsciente, el nivel de la enunciación.

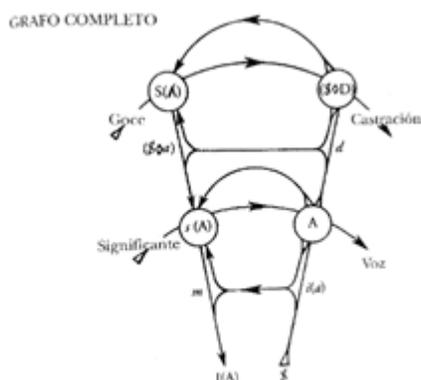


Figura 2. El grafo del deseo.

Fuente: (Lacan, 1960/2013, p. 777).

A continuación se describirá el grafo por niveles, para posteriormente presentar un caso clínico y su abordaje teórico. Según la propuesta lacaniana, el grafo consta de dos niveles, identificados como pisos. Al nivel inferior se le identifica como primer piso. En el primer piso se genera la cadena significativa, expresada a través del lenguaje. Presenta puntos de encuentro del código determinado. Un primer punto de encuentro está señalado en el cruce de la línea generada desde lo primitivo, lo pulsional, imbricado en la necesidad del sujeto, $\$$, representado por una delta Δ , de donde parte la línea, en forma de herradura, de adelante hacia atrás, atravesando los vectores del primero y segundo piso.

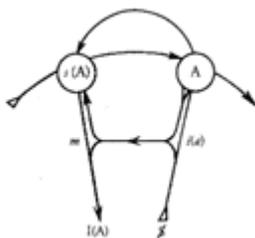


Figura 3. Primer piso del grafo.

Fuente: (Lacan, 1960/2013, p. 769).

En ese primer punto de encuentro, señalado como (A) *Autre*, se corre el juego del significante, por eso es conocido como el *tesoro de los significantes*. Da lugar a una *máquina de hablar* y aparece en la versión completa del grafo como *Voz*. A través de ella "El niño se dirige a un sujeto al cual sabe hablante, alguien a quien ha visto hablando, que lo ha colmado de relatos desde su comienzo de su despertar a la luz del día" (Lacan, 1958-59/2015, p. 21).

A , *Autre*, está posicionado en el lugar opuesto al significante del Otro, $s(A)$. Este último representa la puntuación en la que la significación se constituye como producto terminado. En el vector anterior, aparece $i(a)$, la imagen especular, a saber, el Yo, construido a imagen del Otro, el vector se dirige hacia m (*moi*), y está articulado doblemente, indica el proceso imaginario, señala que el Yo se constituye por el camino de la subjetivación del significante, originariamente fundan-

te, desencadena todo el trayecto a recorrer, desde $\$$ hacia el Ideal del Yo, $I(A)$.

El punto que aparece en el gráfico como $s(A)$ señala el lugar en el cual se produce el mensaje, que está destinado a cobrar sentido *a posteriori*, subordinado al código que determine el significante. El mensaje siempre se anticipa al código, lo que busca es reasegurarse. Una vez que el sujeto recibió la primera signatura, se ordena el proceso intencional.

Con la advertencia de que el grafo no representa etapas, el primer piso remite, según Lacan, al nivel *infans* del discurso, una aprehensión inocente de la forma lingüística. A todas luces inconsciente, de tal manera que el sujeto hasta cree saber lo que dice. A lo que aspira su palabra es a deslizarse en saber.

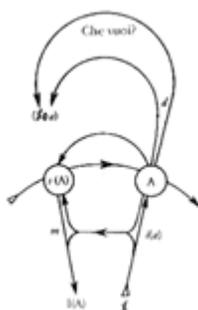


Figura 4. Che vuoi?

Fuente: (Lacan, 1960/2013, p. 776).

El mensaje emitido es susceptible de ser decodificado, pero está cifrado por el código que determina la sujeción del Otro, esto explica por qué el deseo es deseo del Otro. Se abre el siguiente nivel del grafo con la pregunta *Che vuoi?* Deslizándose el sentido del *¿qué me quiere?* *¿Qué quiere de mí?*

En este nivel se cierra la línea imaginaria que indica que el deseo (d) se regula en el fantasma ($\$ \Delta a$). El segundo piso remite al más allá de la captura, dentro del lenguaje delata la presencia del Otro sobre el

fondo de la ausencia. Porque ciertamente es el Otro en cuestión quien puede dar respuesta a la pregunta o, por lo menos, es lo que el sujeto espera. Esa pregunta, que dio origen al trayecto, posibilita la aparición de un endeble Yo. En ese Otro hay algo, en efecto, que siempre sitúa al sujeto a cierta distancia de su ser y que hace que nunca se reúna con ese ser, que solo pueda alcanzarlo dentro de esa metonimia del ser en el sujeto que es el deseo (Lacan, 1958-59/2015).

La batería de los significantes, entre los cuales aparentemente se puede hacer una elección, es conmutativa solamente entre los significantes que ya están allí, el principio de sustitución es lo que hará que uno u otro esté presente en la palabra. Por otro lado, tenemos que el mensaje, significado por el Otro, es opuesto al significante dado por el Otro, es decir, en el primer piso la palabra es enunciado y porta el código. En el segundo piso se puede observar que el deseo, d , aparece en el intervalo entre la articulación de la palabra, la Voz, y la pulsión, $\$D$, con todo y sus avatares. Entre ellos está el tesoro de los significantes, el Otro.

Del Otro se espera el reconocimiento, lo que Lacan denomina *exigencia de amor* en la estructura de la cadena significante, cuando el proceso de la enunciación se superpone a la fórmula del enunciado, es el momento en el que se realiza el llamado al Otro.

Siguiendo el trayecto de los vectores, se observa que la pulsión ($\$D$) intercepta la demanda que mantenía la estructura ligada a la diacronía. El vector en forma de herradura y el de la enunciación se intersectan en el significante de una falta en el Otro $S(A)$, lo que revela la inconsistencia del Otro y subraya que el goce está prohibido. El goce está interdicto para quien habla como tal, la ley se funda en la interdicción misma. Lacan (1960/2013) advierte, aún si la ley ordenase: “Goza, el sujeto sólo podría contestar con un: Oigo, donde el goce ya no estaría sino sobrentendido” (p. 781).

El elemento imaginario se manifiesta en la tercera etapa del grafo. La pregunta *Che vuoi?* proviene del vínculo entre *moi*, m , y el Yo, $I(A)$, es determinante de la posición que el sujeto ocupe frente al Otro, por lo tanto, de la experiencia especular. En esa experiencia se juega un

cierto número de relaciones imaginarias fundadas en la mirada del semejante. Ya en el esquema óptico se hacía referencia a la función de la imagen real reflejada, que, al ser observada desde un cierto lugar, devela una posición simbólica, la del Ideal del Yo, $I(A)$. A esta etapa en la que se cierra la pregunta, Lacan le ubica como un lugar de salida, el lugar a través del cual se deslizará el fantasma, $(\$ \diamond a)$.

Según Lacan, el fantasma es un hecho de experiencia. Experiencia que, a la luz del análisis, dejará de ser misterioso, dejará de parecer una anomalía, un extravío, un desvío o inclusive un delirio, para develar las relaciones del sujeto con el significante.

El lenguaje develará la sustitución de significantes, con la cual se puede apuntar a un posible significado, tan singular como lo son los efectos de los distintos ángulos de refracción. En la relación con el Otro, en tanto es el lugar de la palabra, hay un significante que siempre falta, que está delegado específicamente a la relación del sujeto con el significante. Este será el falo. Lacan (1958-59/2015) escribe: "El falo es el significante sustraído a la cadena de la palabra, en la medida en que ésta compromete toda relación con el Otro" (p. 32). Sustraído a la cadena de la palabra, debido a que compromete toda relación con el Otro. Señala un principio límite, la castración.

En "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", Lacan (1960/2013) escribe: "Lo que la experiencia analítica atestigua es que la castración es en todo caso lo que regula el deseo, en el normal y en el anormal (p. 785).

Antecedentes

Como se mencionó antes, la presentación del grafo del deseo se consolida en *El Seminario. Libro 6: el deseo y su interpretación* (1958-59). Esta articulación topológica es utilizada por Lacan para teorizar acerca del sueño del padre muerto, que Freud había incluido en "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico" y en *La interpretación de los sueños*.

En *El Seminario. Libro 6: el deseo y su interpretación* (1958-59). Lacan también escribe acerca de un sueño analizado por la psicoanalista inglesa Ella Sharpe. En ambos, uno de los aspectos que aborda con especial interés es la relación del fantasma con el significante y el objeto. Previamente, en *El Seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (1957-1958), en sus primeros esbozos, Lacan utiliza el grafo para explicar que el sentido del chiste es retroactivo y depende de la solidificación imaginaria del Otro. En el mismo seminario, el grafo sirve para introducir la metáfora paterna y los tres tiempos del Edipo, tema que se abordará en el apartado del caso clínico.

En 1987, el grafo del deseo es utilizado por Laurence Bataille para ilustrar la configuración del fantasma en un caso clínico. En el artículo titulado “Emma o la función del fantasma” presenta una fantasía de la mujer en la que se ve azotada por un hombre, ante el cual se arrodilla en posición de sumisión total. Quienes le azotan son varios hombres, no son autónomos, obedecen a la voz de un hombre sin rostro, anónimo, quien dicta la frecuencia de los golpes.

Emma describe el grado de excitación que le produce la espera entre azote y azote, o cuando el látigo pasa de un hombre a otro. Bataille (1987) deduce que para la mujer los golpes son significantes, localiza en la fantasía elementos para representar el matema que explica el deseo, la sujeción, la castración, es decir, el fantasma. Concluye que, para Emma, la ley y el deseo son inseparables en su fantasía, el látigo da lugar a la cadena significante, el hombre anónimo es el Otro que está más allá de la ley.

Presentación clínica y construcción de caso

En el entendido de que toda elaboración teórica en psicoanálisis deberá estar sustentada en la práctica clínica, el saber psicoanalítico habrá de sostenerse en las singularidades que ofrece cada caso clínico. Nasio, Arcangioli, Berthon y Coriat (2000) indican que un caso es el relato de una experiencia singular escrita por un terapeuta para dar testimonio de su encuentro con un paciente y apoyar la innovación teórica.

La singularidad de cada caso reside en el conjunto de elementos que adquirirán cada vez una combinación diferente, ofreciendo la posibilidad de interrogantes particulares, necesarios para trabajar con el material psíquico emergente, abriendo un abanico de posibilidades de interpretación. El grafo del deseo permite teorizar las cadenas significantes, por eso se ha considerado como un instrumento viable para cimentar un proyecto de investigación, pues permite explorar, identificar, comprender un fenómeno que emerge de la práctica clínica.

Juan es un niño de trece años que siempre ha presentado problemas de conducta, a decir de los padres. En la escuela ha agredido a sus compañeros a través de golpes y ofensas verbales; en casa, cuando se molesta avienta los objetos que estén a su paso, grita, lanza ofensas a todos los adultos, principalmente a su madre. En ocasiones, cuando está muy molesto, se encierra en su habitación, pone el seguro a la puerta y no quiere hablar con nadie. Cuando esto sucede, moviliza a toda la familia. Los padres están divorciados y la madre tiene la custodia de los hijos. Esta llama por teléfono al padre, el cual no siempre puede acudir por sus horarios de trabajo. La separación no ha sido cordial, se reprochan mutuamente no colaborar para resolver la situación. Hay intolerancia y poca disposición, se quejan por las consecuencias que deja el comportamiento del niño.

Ambos han iniciado otras relaciones de pareja. Respecto a sus hermanos, se asume como el protector de su hermano menor. La relación con su hermana adolescente es de agresión constante. Juan ha asistido a varios terapeutas antes, aparentemente sin éxito alguno. Al respecto, el niño comenta: *las psicólogas siempre me regañaban, y me decían: no hagas esto, no deberías hacer aquello. Parecía que ya se habían puesto de acuerdo con mi mamá, repetían lo que ella me dice siempre.*

En una de las primeras entrevistas, el padre manifiesta estar preocupado por la actitud de la madre hacia Juan, no le tiene paciencia, confirma que, cuando este entra en crisis, le solicita que vaya por el niño argumentando no saber qué hacer con él. Posteriormente la madre corrobora lo anterior, agregando, con un tono de preocupación, que en la familia del padre ha habido antecedentes de *enfermedades mentales, pero él* (refiriéndose al padre) *...no se lo va a decir.*

Juan es un niño desconfiado, reservado, observador. Uno de los temas que permitió establecer un vínculo transferencial fue hablar de cine. Al conversar al respecto, su postura y disposición cambiaron totalmente, hubo fluidez al hablar, se emocionó al hablar de sus películas favoritas. Le gustan las películas de suspenso y de acción. Hay una trilogía de su especial interés, la trama principal incluye a un padre que busca a su hija, que ha sido raptada. Él lucha contra todo y contra todos para salvarla. A partir de este momento, él mismo va hablando de su propia familia, de los problemas que siempre ha habido entre sus padres. Comenta: *yo sé cosas... que no puedo decir*. Se le indica que, cuando crea que estén dadas las condiciones, puede hablar lo que quiera. Vuelve a su posición de desconfianza y retraimiento. Al salir de la sesión, la madre me comenta: *no quiso hablar, verdad, ya lo conozco*. No respondo al comentario y acordamos nueva cita.

En la siguiente sesión con Juan, volvemos a iniciar con temas triviales, pero él toma la iniciativa para hablar de su madre. Le señala como mentirosa, exagerada; el niño comienza a llorar, se le da tiempo, se le reitera que es un espacio en el cual puede hablar de *esas cosas*. Al término de la sesión, la madre se queja. Nuevamente ha habido incidentes: Juan la agrede a ella cada vez con más intensidad. Me pide una sesión para hablar conmigo al respecto. En esta, dedica la mayor parte del tiempo a quejarse del poco apoyo que recibe de parte del padre, la inconstancia, la poca disposición. Se lamenta principalmente que por las condiciones de su vida el padre no se puede hacerse cargo de Juan, porque a veces ella ya *no sabe qué hacer con él*. Sin embargo, señala que está dispuesta a continuar el trabajo clínico. Reitera: *me extraña que quiera hablar con usted, con las otras psicólogas ni quería ir*.

La periodicidad en las sesiones se vio afectada por cancelaciones, tanto de la familia como por interferencias laborales de mi parte. En una de las siguientes semanas me marca el padre por teléfono: Juan está agresivo nuevamente y se ha encerrado en su habitación. Yo contesto que estoy fuera de la ciudad, le aclaro que difícilmente podría hacer algo en esas condiciones, ellos son los padres y son los que están ahí, podrían hablar entre ellos y tomar una decisión que convenga. Agendamos una sesión para cuando yo esté de regreso en la ciudad, a la cual no se presentan.

En la siguiente semana, la madre me llama por teléfono: ha fallecido el abuelo paterno de Juan, él está en crisis, quiere ir al funeral en ese momento y ella le dice que lo llevará, pero *más tarde*. Comienzan las agresiones verbales, los gritos, el llanto y el consiguiente encierro. Ella le marca al padre, este le dice que por el momento no puede moverse de donde está: *en este momento no hay nada más importante que mi papá*. Hago un espacio ese mismo día para atenderle, porque, según la madre, el niño no se calma. Llegan al lugar de la sesión. El niño está en el automóvil, no quiere bajar, no quería ir a la sesión, no quiere hablar con nadie. Pregunto a la señora si lo llevará al funeral. Ella vuelve a quejarse de la conducta del padre, se siente abrumada porque ella sí debe *entender* la situación. Se despide. Ya no veo a Juan, sigue en el auto. Días después, llamo por teléfono al padre para saber la situación familiar y acordar una cita. Me dice que Juan ya no quiere asistir, me pide que les dé tiempo, luego se comunicarán conmigo. Recurriendo a la teoría, encontramos que del deseo se sabe, solo a partir de las distintas refracciones que produce se devela como impulsor de toda la dinámica pulsional, apreciable a través del grafo del deseo. El deseo, según Lacan (1957-58/2007), “se define por una separación esencial, entre lo que corresponde a la dirección imaginaria de la necesidad, misma que la demanda introduce en el orden simbólico” (p. 96). Devela una intención que ha pasado a ser demanda, y se dirige en un trayecto, por demás accidentado, hacia su objeto primordial, la madre, a quien ha tomado como referente de una primera simbolización. ¿Cómo es que una intención pasa a considerarse demanda?

En el texto “El poco sentido y el paso de sentido”, del libro *El Seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente*, Lacan (1957-58/2007) describe la demanda así: “Es lo que, de una necesidad, por medio del significante dirigido al Otro, pasa” (p. 90). La necesidad a la que se refiere tuvo un origen mítico, primordial, que se situó a través del plano del deseo, transformándose en demanda. ¿Qué busca esa demanda? Un oyente.

Etimológicamente, demanda proviene del latín *demandare*, que significa *confiarse*. Se confía la satisfacción de las necesidades a otro, que aparte impregna con su presencia a través del significante. La intención se convierte en un llamado dirigido al oyente que se perfi-

la como el Otro, dando lugar a un circuito secundario. Lacan (1957-58/2007) señala “que la demanda no tiene nada de confiada. El sujeto sabe demasiado bien a qué se enfrenta en el ánimo del Otro” (p. 98). Pide lo que necesita bajo la apariencia de otra cosa, que también necesita pero que sirve de pretexto para solicitar. Buscará una apariencia que encaje en el sistema del Otro, en el sistema del significante que está instaurado por el Otro.

(...) La demanda es de por sí tan relativa al Otro, que el Otro se encuentra enseguida en posición de acusar al sujeto, de rechazarlo, mientras que, cuando se invoca la necesidad, asume esta necesidad, la homologa, la atrae hacia él, ya empieza a reconocerla, lo cual es una satisfacción esencial. El mecanismo de la demanda hace que el Otro, por naturaleza, se oponga a él, incluso se podría decir que por naturaleza la demanda exige, para sostenerse como demanda, que alguien se oponga. El modo en que el Otro accede a la demanda ilustra a cada momento la introducción del lenguaje en la comunicación (Lacan, 1957-58/2007, p. 91).

Como se mencionó anteriormente, en este trabajo se utilizarán los esbozos que precedieron a la construcción del grafo. En principio, la figura 5 ilustra la transformación de necesidad en demanda. La línea de la necesidad, que parte de la delta, corre y se cruza con A, donde coincide con la línea que Lacan llama del discurso, conformado a través de la movilización de un material preexistente. En esta línea ya interviene con una actuación incipiente el significante. En este gráfico se muestra que se juegan ya dos planos: el de la intención y el del significante. Ambos se intersectan en A y M, la dirección de las flechas indica el carácter retroactivo de la frase emitida. Hasta el final del segundo momento, señalado en el gráfico como II, es cuando se sella una doble terminación.

Se convierte en un mensaje que evoca al Otro. Para Lacan, ese Otro, de inicio, es la madre. “La institución del Otro coexiste así con la terminación del mensaje. Ambos se determinan al mismo tiempo, el uno como mensaje, el otro como Otro” (Lacan, 1957-58/2007, p. 94).

En el tercer momento, la línea curva se extiende más allá de A y de M (figura 7), suponiendo que, en una situación ideal, el Otro reto-

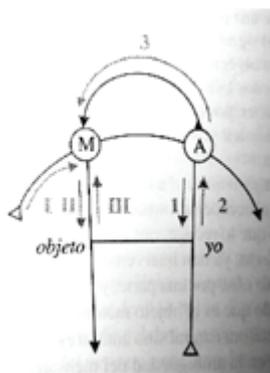


Figura 5.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007, p. 99).

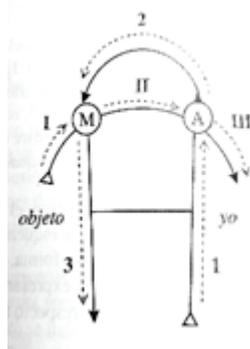


Figura 6.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007, p. 94).

maría la demanda a propósito del mensaje; la demanda, advierte Lacan, no se debe confundir con satisfacción de necesidad. La aparición del significante lleva a un más allá de lo que llama *necesidad bruta*. En ese caso, se trata de la necesidad más el significante. Este último otorga un sentido único, propio, correspondiente a la satisfacción de la necesidad que, a su vez, está anclada a un momento inaugural de éxito mítico. Lacan le denomina *forma arcaica primordial del ejercicio del significante*. ¿Cómo se forma la cadena significante?

La cadena significante es una sucesión combinatoria en la cual será posible, como en los elementos lingüísticos, que ocurra la intransitividad, la alternancia o la repetición. El efecto de la cadena significante será el sentido. Tanto metáfora como metonimia se relacionan, en tanto dan cuenta de la dimensión del Otro, expresión plena de lo inconsciente.

¿Cómo opera la cadena significante? En la figura 6 se observa que los números 1 y 2 indican que el mensaje es una formulación que parte del Otro, y se conduce a partir del deseo del Otro. La llamada, el mensaje, es evocada por el propio Otro. La cadena partió de la primera representación mítica de la demanda, la delta, los recorridos 2 y 3 indican el trayecto de la formulación del mensaje. El mensaje, a su vez, surge de la necesidad convertida en demanda, que en el

circuito A – M aparece como un mensaje hecho palabra. Tal como se observa en I y II, se convierte en una llamada al Otro, a saber, el objeto, de manera más precisa, el objeto metonímico, o sea el objeto que el Otro tiene a bien desear. El tercer tiempo, III, indica que en relación al objeto se formula el mensaje.

A fin de cuentas, nos enfrentamos otra vez con lo mismo, que en nosotros un sujeto piensa, y piensa de acuerdo con las leyes que resultan ser las mismas que las de la organización de la cadena significativa. Este significante se llama en nosotros el inconsciente, Freud así lo designa (Lacan, 1957-58/2007a, p. 110).

Ese Otro es un ser vivo, un semejante que, a decir de Lacan, contiene algo de anónimo en torno a él, la cadena significativa se despliega y se ordena, está a su vez en el Otro como reprimido en tanto porta el significante, remite a la *Verdrängung* freudiana, actuando imperceptiblemente para el sujeto. De hecho, el momento simbólico de una idea primordial no existe, hay una simultaneidad de intenciones que se manifiestan en el mensaje. Lo que en esencia circula es el significante dirigido al Otro, lo que viene detrás del mensaje, lo que correspondería a la satisfacción. Es, por lo tanto, irrealizable en tanto interviene la ley.

A propósito de la ley, en “La forclusión del Nombre del Padre”, que aparece en *El Seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente*, Lacan (1957-58/2007b) señala: “Nosotros aquí llamamos ley a lo que se articula propiamente en el nivel del significante, a saber, el texto de la ley” (p. 150). Agrega que, eso que está en el nivel del significante, es en sí el Nombre del Padre, el padre simbólico. Ese que en el Otro representa a su vez al Otro y remite a la ley, que a su vez le rige.

El Nombre del Padre en el interior del Otro actúa como significante esencial. Lacan nos enseña que el significante se puede ejemplificar como un espacio tipográfico, predice que hay líneas, casillas y leyes topológicas, si falta algo puede pasar. Altera el orden de un texto, modifica el sentido, por eso el significante ha de articularse bajo un cierto orden. Aunque las palabras le den forma, habrán de regirse bajo la ley del texto.

De ahí que los efectos del significante en el grafo del deseo aparecen en la línea de la enunciación y se presentan como mensaje, y, a su vez, como un significado producto de las refracciones del deseo. Entonces el sujeto se dirige a un Otro que porta un código y es, a su vez, sede de ese código. Como se puede apreciar claramente en el primer nivel del grafo, la circulación del significante no se produce en la continuidad, las direcciones se diversifican y hay retroacción, es decir, discontinuidad.

En el segundo nivel (ver figura 2) se distingue el más allá del mensaje. Ahí se sitúa el verdadero deseo, lo que del significante no llega a ser significado, en ese nivel la dimensión del Otro se amplía, recibió un mensaje en el que interviene como sujeto, pero como sujeto de la castración, sujeto de un código, como un mensaje dirigido a un Tú. Para subrayar un efecto de *Tú eres mío, Tú eres mía*. El mensaje conlleva un llamado con diversas acepciones. Lacan ilustra esto último a través de dos frases que utiliza como ejemplo. El primer término, *Tú eres quien me seguirá*, implica una invocación, y, si te invoco, provocho el sí que determina *soy tuyo, soy el que te seguirá*. En segundo término, la frase *Tú eres quien me seguirá* se limita a anunciar, a aseverar, que *tú me seguirás* se convierte en una llamada que no necesariamente propicia aceptación, también puede denotar rechazo. En la invocación se apela a la voz, al soporte de la palabra, en suma, al sujeto que la sostiene.

Lacan (1957-58/2007b) agrega que la invocación tiene un sentido histórico, remite a ceremonias antiguas en las que se hacía todo lo que fuera necesario para tener a los dioses a favor. En la llamada se busca que deseo y demanda se satisfagan. Se busca darle voz al Otro, y hasta le damos la voz que deseamos que tenga. La invocación, por su parte, se configura cuando la voz se articula conforme a nuestro deseo.

La satisfacción de la demanda dependerá del Otro, es decir, el mensaje será autenticado por el Otro, que además porta el código. Lo que obliga a remitirse al Otro del Otro, ese que le da peso a la ley, que se convierte en el tesoro de los significantes y, a su vez, involucra un más allá, la posibilidad de dar fundamento a la ley.

Los elementos originales del código conforman la lengua fundamental, la *Grundsprache*, como una red de significantes organizada que da la posibilidad de apalabrar. En tanto que, cuando Lacan se refiere al Nombre del Padre, hace alusión también a la metáfora paterna, grafica su esencia a través de la triangulación presentada en la figura 7.

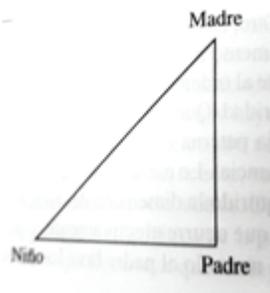


Figura 7.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007b, p. 160).

Si se compara esta figura con el esquema L (ver figura 1), encontramos que la línea que aparece enlazando madre - niño se ubica en esta figura como $a - a'$, dejando en el vértice asignado a Padre como el Otro (A) que, para este caso específico, se entiende como el elemento que aparecerá como el tercero que consolida la triangulación, en el esquema L, queda como un cuarto término, S. El sujeto que, por cierto, depende de lo que ocurra en la triangulación. Se representa, además, en el plano imaginario opuesto al portador del significante edípico que, en la figura 8, se representa como el falo, efecto de la metáfora paterna.

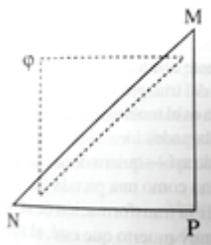


Figura 8.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007b, p. 162).

Lacan aclara que la importancia de ausencia o presencia del padre no va en relación a una postura social, en la que se alude a la presencia física del padre o a su carencia. Advierte que no se puede esperar un efecto particular de esa situación. Incluso asevera: "(...) se vio que un Edipo podía muy bien constituirse también cuando el padre no estaba presente" (Lacan, 1957-58/2007c, p. 171). En ese tenor, en un tiempo se consideró que un padre terrible era el origen de los síntomas o, de otra manera, uno demasiado amable. El problema de la presencia o carencia del padre y su posición en la triangulación, depende en gran medida de la interdicción de la madre. Ella otorga el poder de vincular la castración con la ley y transmitir la prohibición del incesto, además de propiciar al final del complejo de Edipo la identificación.

La metáfora paterna implica poner al padre, en tanto es significativo, en el lugar de la madre. Dado que la relación con la realidad se define por el vínculo primario entre madre y niño, este determina el primer contacto con el mundo viviente. El niño dependerá de la madre y, para decirlo en forma más precisa, de su deseo. Es decir, su deseo es deseo del deseo de la madre. Es un deseo que tiene un más allá, que requiere la mediación de la posición del padre en el orden simbólico para introducir la noción de castración. Cito a Lacan (1957-58/2007d):

Pero hay un momento anterior, cuando el padre entra en función como privador de la madre, es decir, se perfila detrás de la relación de la madre con el objeto de su deseo como el que castra, pero aquí sólo lo pongo entre comillas, porque lo que es castrado, en este caso, no es el sujeto, es la madre (p. 191).

Volviendo al grafo del deseo, encontramos que, en el punto de partida, donde está representada la necesidad, el sujeto no está; de hecho, no hay todavía sujeto. Tanto el sujeto como el Otro se construyen en el proceso, en el circuito de encuentros e intersecciones. En tanto que el Otro depende del objeto el sujeto pende del Otro. En esos encuentros lo que se manifiesta en todo momento es la subjetividad, no los sujetos. Estos últimos se manifiestan como soportes; están ahí, sosteniendo la circularidad del significativo, propiciando el paso de

sentido a través del cual fluye plenamente la demanda, presentada en su estado primitivo como necesidad.

Recordemos que el niño, buscando ser el falo de la madre y colmarla, se muestra ante ella y le rinde ofrecimientos. La madre habría de mostrarle al niño que sus ofrecimientos son insuficientes, es cuando la función del padre entrará en juego como interdictor del objeto que es la madre, es decir, como portador de la ley. En tanto, la madre es la base de una primera simbolización, impone su ley.

La ley de la madre es, por supuesto, el hecho de que la madre es un ser hablante, con eso basta para legitimar que se diga, la ley de la madre. Sin embargo, esta ley es, por así decirlo, una ley incontrolada (Lacan, 1957-58/2007d, p. 194).

El incipiente sujeto está a merced de esa ley, le soporta y depende de ella. Lacan (1957-58/2007d) señala que el niño empieza como súbdito: “Es un súbdito porque se experimenta y se siente de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende, aunque este capricho sea un capricho articulado” (p. 195).

En primer término, el niño está bajo el sometimiento angustiante de la ley de la madre, hasta que se dé cuenta que esa Otra, de quien es súbdito, tiene una relación particular con el padre, y que, independientemente de lo que fluya entre ellos, la duplicidad de las instancias es necesaria. Lacan (1957-58/2007d) advierte:

(...) no se trata tanto de las relaciones personales entre el padre y la madre, ni saber si uno y otro dan la talla o no la dan, como de un momento que ha de ser vivido y que concierne a las relaciones de la persona de la madre con la persona del padre, sino de la madre con la palabra del padre –con el padre en tanto que lo que dice no es del todo equivalente a nada (p. 196).

En tanto interviene la figura del padre instituyendo metafóricamente el Nombre del Padre, su palabra articulada dará paso a la instauración de la ley bajo las circunstancias particulares de la relación del padre con esta. De ello dependerá su enunciación, su promoción y el consecuente reconocimiento de la misma por parte del niño, quien

habrá de reconocerle o no como aquel que priva o no a la madre del objeto de su deseo.

A continuación se describirán los tres tiempos del Edipo que Lacan propone en *El Seminario. Libro 5*, para lo cual se vuelve a hacer uso de los esbozos del grafo del deseo. En el primer tiempo se señala que el niño busca satisfacer el deseo de su madre. Se ofrece para colmarla, como objeto de su deseo, aunque el de ella ya recorre su propio circuito de encuentros. En este primer tiempo actúa la metáfora paterna para señalar la primacía del falo, el niño lo que busca es ocupar ese lugar.

En el segundo tiempo, en el plano imaginario, el padre habría de intervenir como real privador de la madre, de tal manera que, cuando el sujeto interroga al Otro, habrá de encontrarse con el Otro del Otro, remite a la relación del Otro con su propia ley. Se subraya nuevamente la relación de la madre con la palabra del padre. La castración ejercida en este segundo tiempo consiste en la castración de la madre y no del niño.

En el tercer tiempo se define la salida del complejo de Edipo. En el segundo tiempo, la madre fue privada y cuestionada en su primitiva ley. El padre debería mantener, dar o negar, de lo que es portador, asumirse como poseedor de lo deseado por la madre. Por lo tanto, la puede privar de aquello. Todo esto se mueve en el plano de lo real, se manifiesta la potencia de su presencia. La salida del complejo de Edipo es favorable en tanto el sujeto interiorice al padre como Ideal del Yo. Así, el niño adquiere todo el capital para ejercer "(...) y lo que más tarde se le pueda discutir en el momento de la pubertad, se deberá a algo que no haya cumplido del todo con la identificación metafórica con la imagen del padre" (Lacan, 1957-58/2007d, p. 200).

Evidentemente, para la mujer el trayecto es distinto, no tiene que conservar el estatus de virilidad ni enfrentarse a los dilemas de la identificación con el padre, ella habrá de pasar por un sinuoso trayecto que amerita otra revisión. Por el momento, la construcción de caso que motiva este texto apunta a concentrarse en lo que sucede en el varón.

Para ubicar la conformación de un significante primordial, utilizaremos la figura 9, que ilustra dos cadenas significantes. En el nivel superior aparece una serie de significantes que da lugar a una cadena inferior. En ella se deslizan significados ambulantes, temporales, dinámicos, no son inamovibles, son significados que dependen del significante o, más bien, están enganchados a él, sujetos a su efecto. En la práctica clínica se observan claramente en el discurso, en la diversidad de formas de expresión. Lacan (1957-58/2007d) describe lo anterior así: “(...) se produce siempre algo nuevo, a veces tan inesperado como una reacción química, a saber, el surgimiento de una nueva significación” (p. 202).

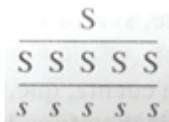


Figura 9.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007d, p. 202).

Como se puede observar, en la parte superior de las dos cadenas aparece S como significante principal. Para este caso, representa al Otro, el que porta e instaura la ley. En S el padre está en una posición metafórica: “(...) y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley (...)” (Lacan, 1957-58/2007d, p. 202), evidentemente ocupará el lugar que le corresponde. Una vez que el niño se identifica con la figura del padre como instaurador de la ley, se concreta el tercer tiempo del Edipo.

El grafo del deseo se fue construyendo en torno a puntos de referencia que están vinculados a vías de construcciones significantes, aparecen en toda historia. Al ser puntos fijos se convierten en estructurales, de ahí que, en el terreno de la clínica psicoanalítica, sirven de guía. Por otra parte, es claro que, al referirse a tiempos del Edipo, Lacan no se refiere al tiempo cronológico, mucho menos a la historia biográfica.

En el primer tiempo el niño se encuentra con el deseo de deseo, cimentado en el objeto primordial. El falo se convierte en protagonis-

ta de la estructuración subjetiva de la madre. El falo se posicionará como objeto metonímico. La figura 10 permite observar que, en la cadena signifiante, el significante falo circulará en todos los vectores, develándose en el significado, adquiriendo el status de un objeto universal.

Por otro lado, en la figura 11 se observa cómo el niño (N) busca ocupar el lugar del deseo de la madre, articulando un mensaje que porte su deseo: ser objeto de ella. El sujeto como tal está en ciernes. "La constitución del sujeto como Yo (*Je*) del discurso no está forzosa-mente diferenciado todavía, aunque esté implicada desde la primera modulación signifiante" (Lacan, 1957-58/2007, p. 206).

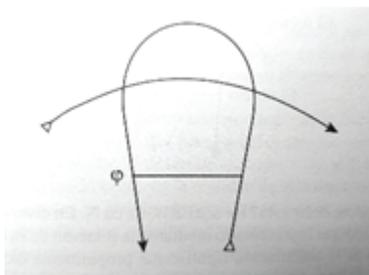


Figura 10.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007e, p. 205).

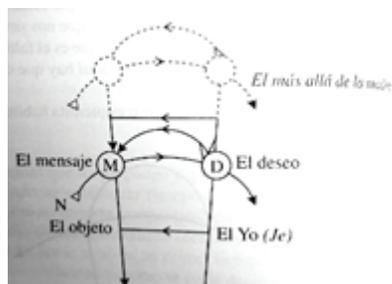


Figura 11.

Fuente: (Lacan, 1957-58/2007e, p. 206).

El deseo de la madre (D) ocupa la posición que en la versión completa del grafo aparece como A (*Autre*) frente al mensaje que porta, una llamada o una invocación. Para que el niño coincida con el objeto de deseo de la madre habrá de pasar al siguiente nivel, que aparece con líneas punteadas, denominando lo que está más allá de la madre, indicando que es su propia subjetividad la que está en juego. El niño fluctúa entre el Yo (*Je*) y el deseo de la madre (D), recibe el *mensaje en bruto* del deseo de la madre.

La propia palabra del niño está todavía en formación, de ahí que aparezca bajo la figura de súbdito, tendrá que ocurrir lo que Lacan

denomina *identificación primitiva*, es decir, que el Yo (*Je*) del sujeto se dirija al lugar de la madre como Otro; a su vez, el Yo (*Je*) de la madre se convierte en su Otro, produciéndose el segundo tiempo y que, en este caso, se grafica como un segundo nivel.

En el segundo tiempo aparece la figura del padre, mediada a su vez por el discurso de la madre: "(...) no significa que hagamos intervenir de nuevo lo que la madre hace con la palabra del padre, sino que la palabra del padre interviene efectivamente sobre el discurso de la madre" (Lacan, 1957-58/2007e, p. 208). Interviene en calidad de mensaje (M), enuncia la prohibición, un *no* que, como tal, llega hasta A, que primitivamente portaba la voz materna. El niño se cuestiona en su posición de súbdito, es el momento privativo en el complejo de Edipo.

En el tercer tiempo el padre debería intervenir entre el mensaje en bruto proveniente de la madre y el niño, no precisamente debido a que proviene de la madre sino por lo primitivo del mensaje, configurado por lo que está, más allá de ella. El mensaje del padre sanciona como ley y ahora porta también otro mensaje, "(...) así el sujeto puede recibir del padre lo que había tratado de recibir del mensaje de la madre" (Lacan, 1957-58/2007e, p. 211).

Cuando un niño es arrojado a un universo de significantes que lo configuran se imponen, le predeterminan, le acosan o lo invaden. ¿Qué opciones tiene para poder conformarse como un sujeto deseante?

Juan es un niño que manifiesta su malestar, grita, insulta, reclama. El niño hace lo propio, hace un llamado, una invocación. Irónicamente, ese es el motivo de consulta. Cuando se encierra en su habitación no quiere hablar con nadie, al único a quien recibe es a un tío (hermano menor de la madre) que, aunque escucha y es escuchado, el vínculo filial con la madre hace que, en algún punto de su propio trayecto, estén atravesados por un mismo significante; por lo tanto, no cuenta con los atributos necesarios para hacer una interdicción entre la madre y el niño. El portador del falo es quien instaura la ley.

Tampoco puede hacer esa función. Una presencia clínica que carece de los poderes a los que el niño invoca entre los significantes que

se deslizan frente al niño, hace fila con una serie de presencias anteriores, que, a decir del niño, *repiten lo mismo que mi mamá me dice*. En suma, quien posee los atributos indispensables está, por el momento, confrontado a su propia castración, a sus propias pérdidas, lo real se impone, *no hay nada más importante que estar con mi padre*, argumenta. Pero su padre, a partir de ese día, ya no está físicamente, lo que queda es un proceso edípico en el que debió ser protagonista. Entretanto, Juan llama, invoca, con la angustia que le genera estar atrapado en el discurso de la madre y la imposibilidad de dar un lugar a su deseo.

Ante las condiciones tan poco propicias para un trabajo clínico (a sabiendas de que Juan no iba por su propia iniciativa, dificultad ineludible en la clínica con niños, pues dependen de sus padres o tutores para que les lleven o soliciten atención), se advirtió al niño, desde el primer encuentro que, si por algún motivo se interrumpía la atención clínica, tuviera en cuenta que, en algún momento, podría, por su propio deseo y si lo consideraba conveniente, buscar un espacio idóneo en donde, en palabras, se deslice “aquello que él sabe” o cree saber.

Bibliografía

- Bataille, L. (1987). 10. Emma ou la fonction d'un fantasme. Dans *L'Ombilic du rêve* (41-54). París: Le Seuil (programme ReLIRE). Recuperado de: www.cairn.info/l-ombilic-du-reve--9782020096393-page-41.htm
- Eidelsztein, A. (1995). *El grafo del deseo*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1957-58/2007). El poco sentido y el paso de sentido. En *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (87-104). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1957-58/2007a). ¡Atrás, caballo! En *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (105-124). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1957-58/2007b). La forclusión del Nombre del Padre En *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (147-163). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1957-58/2007c). La metáfora paterna En *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (165-183). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1957-58/2007d). Los tres tiempos del Edipo En *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (185-202). Buenos Aires: Paidós.

- _____. (1957-58/2007e). Los tres tiempos del Edipo (II). En *El seminario. Libro 5: las formaciones del inconsciente* (203-220). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1958/2013). De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis. En *Escritos II* (509-557). México D. F.: Siglo XXI Editores.
- _____. (1958-59/2015). Construcción del grafo. En *El seminario. Libro 6: el deseo y su interpretación* (11-34). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1960/2013). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos II* (755-787). México D. F.: Siglo XXI Editores.
- Nasio, J. D., Arcangioli, A. M., Berthon, D. & Coriat, A. (2000). *Los más famosos casos de psicosis*. Madrid: Paidós.

**Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /
Para citar este artigo (APA):**

Ramírez, Laurencia Jaime – Novoa Cota, Víctor Javier (2017). El grafo del deseo como fundamento teórico e instrumento de análisis en la construcción de un caso clínico. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 106-130. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

ARTÍCULOS CORTOS



UNA PROPUESTA SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE CASO ACERCA DE UN OBJETO DE ESTUDIO NO CLÍNICO

Silvia Larisa Méndez Martínez¹

Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México

silammtz@yahoo.com.mx

ORCID: 0000-0002-0505-3799

María del Carmen Rojas Hernández²

Universidad Autónoma de San Luis Potosí, México

carmen_59@yahoo.com

ORCID: 0000-0002-7737-8891

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a07

Resumen

El artículo propone a la construcción de caso como recurso para formalizar una experiencia de investigación sobre un objeto de estudio no clínico, desde una aproximación psicoanalítica. Ello conmina a la reflexión de la relación epistemológica, empírica,

teórica y metodológica, entre el sujeto y el objeto de indagación. La construcción de caso constituye un medio para mostrar el encuentro entre el investigador y su objeto de estudio, quien pone en tensión a la teoría mediante sus pronunciamientos. Este

-
- 1 Licenciada en Psicología, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Maestría en Psicología Clínica, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Querétaro. Postulante al Grado de Doctor, Doctorado en Psicología, Instituto de Investigaciones Psicológicas, Universidad Veracruzana. Profesora Investigadora Tiempo Completo en la Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
 - 2 Doctora en Psicología, Universidad Autónoma de Querétaro. Maestra en Estudios Psicoanalíticos, Instituto de Investigación y Posgrado, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Especialista en Clínica Infantil, Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Profesora invitada en el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana.

documento constituye parte de las consideraciones metodológicas sobre una investigación de doctorado.

Palabras clave: Construcción de caso, investigación en psicoanálisis, objeto de estudio no clínico.

A PROPOSAL ON CASE CONSTRUCTION ABOUT A NON-CLINICAL OBJECT OF STUDY

Abstract

This paper proposes the case construction as a resource to formalize a research experience on a non-clinical object of study from a psychoanalytic approach. This leads to the reflection of the epistemological, empirical, theoretical, and methodological relationship between the subject and the object of inquiry. The case construction is a means to show the encounter

between the researcher and his/her object of study, the former putting a strain on the theory through his pronouncements. This document is part of the methodological considerations on a doctoral research.

Keywords: case construction, research in psychoanalysis, non-clinical object of study.

UNE PROPOSITION RELATIVE À LA CONSTRUCTION DE CAS D'UN OBJET D'ÉTUDE NON CLINIQUE

Résumé

A partir d'une approche psychanalytique, cet article propose la construction de cas comme ressource pour formaliser une expérience de recherche sur un objet d'étude non clinique. Cela mène à la réflexion de la relation épistémologique, empirique, théorique et méthodologique entre le sujet et l'objet d'une enquête. La construction de cas est un mo-

yen de montrer la rencontre entre le chercheur et son objet d'étude, qui interroge la théorie au moyen de ses déclarations. Ce texte expose une partie des considérations méthodologiques d'une recherche doctorale.

Mots-clés : construction de cas, recherche en psychanalyse, objet d'étude non clinique.

Recibido: 16/12/16 • Aprobado: 15/03/17

Introducción

Emplear la construcción de caso en la indagación de un objeto de estudio no clínico, desde la red conceptual del psicoanálisis, invita a la reflexión sobre lo escrito acerca de este como recurso metodológico. Los medios para mostrar los resultados de la experiencia de investigación desde el psicoanálisis, se reducen cuando lo que se estudia surge de un ámbito no clínico. De lo contrario, se puede apelar al caso clínico en las versiones de historiales clínicos como los de la obra de Freud: *Señora Emmy von N* (1899[1893-1895]), *Miss Lucy R.* (1892[1893-1895]), *Katharina* (189...[1893-1895]), *Señorita Elisabeth von R.* (1892[1893-1895]), *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905[1901]), *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909), *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915), *De la historia de una neurosis infantil* (1918), *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920), o bien a la *fábrica de casos* (Cueto, 2005, Herreros, Pietra & Sauval, 2005).

¿Por qué insistir en este recurso y no en el *estudio de caso*, la *historia* o el *relato de vida*, procedentes de las Ciencias Sociales, los cuales, por sus procedimientos y cualidades, permitirían una aproximación al objeto de estudio sin ningún conflicto de orden epistemológico y sin dificultades de congruencia entre la teoría y el método? Elegir un medio para mostrar una experiencia de investigación constituye la parte final de un proceso en el que se busca quede manifiesto todo lo dispuesto para el abordaje de un fenómeno en particular. Conlleva dar cuenta de la relación -teórica, empírica y epistémica- entre el sujeto y el objeto de estudio; el fundamento teórico y metodológico y la formalización de la experiencia de investigación bajo una figura ilustrativa, por medio de la cual se busca transmitir una enseñanza a modo de *mathema*.

El artículo expone consideraciones acerca de la construcción de caso, desde el psicoanálisis, como recurso en la formalización de la indagación de un objeto de estudio de carácter no clínico. El decurso de ideas se organiza en dos partes. La primera refiere a la investigación en psicoanálisis y la relación con el objeto de investigación, la dualidad metodológica del psicoanálisis y el interés del psicoanálisis

por otros objetos. La segunda parte versa sobre el desafío en la investigación de un objeto de estudio no clínico, a razón de la exigencia de ongruencia entre el método y la teoría. En ella se muestra el uso de la entrevista como técnica de obtención de información y, a través de ella, se indican algunos linderos entre el paradigma cualitativo y una lectura psicoanalítica. Finalmente, se propone la construcción de caso, desde el psicoanálisis, como medio para la formalización de la experiencia de investigación de un objeto no clínico.

El enfoque teórico y el recurso metodológico que se empleen en el estudio de un objeto de investigación requieren congruencia entre ellos, misma que debe ser consistente en el proceso de indagación. Esta exigencia cobra particular importancia cuando el objeto de estudio seleccionado procede de un contexto distinto a la red conceptual elegida para realizar una lectura del mismo. Tal es el caso de la indagación de objetos de estudio no clínicos, desde una aproximación psicoanalítica.

El psicoanálisis, como alternativa de intervención clínica y método de investigación, se encuentra presente en distintos pasajes de la obra de Freud (1923[1922]/2012),

El psicoanálisis es el nombre: 1). de un procedimiento que sirve para indagar en procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2). de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas fundado en esa indagación; y 3). de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligiendo en una nueva disciplina científica (p. 231).

Con las indagaciones freudianas se produce el surgimiento de una nueva aportación teórico-clínico-metodológica y adviene un nuevo objeto de estudio: el inconsciente; un nuevo sujeto empírico: el analista; un nuevo objeto empírico: el analizante; así como una nueva cosmovisión: el psicoanálisis.

La intrincada relación entre el objeto, el método y la teoría psicoanalítica es una característica y condición del desarrollo del psicoanálisis, así, al tratar el asunto del método en su cualidad de investiga-

ción, a la vez se arriba al objeto, su tratamiento clínico y a la teoría. Para Pasternac (2011), el método psicoanalítico “es indisociable del conjunto del psicoanálisis que, a su vez, se define como método de investigación y como método psicoterapéutico” (p. 202).

¿Por qué considerar al psicoanálisis una alternativa en el estudio de un objeto no clínico? Esta posibilidad se vislumbra a partir de su dualidad metodológica, referida a lo largo de la obra freudiana. En “Las resistencias contra el psicoanálisis”, Freud (1927/2012) da cuenta del logro obtenido por el psicoanálisis y su dualidad metodológica al señalar:

... en el psicoanálisis existió desde el comienzo mismo una unión entre curar e investigar, el conocimiento aportaba el éxito, y no era posible tratar sin enterarse de algo nuevo, se ganaba un esclarecimiento sin vivenciar su benéfico efecto. Nuestro procedimiento analítico es el único en que se conserva esta preciosa conjunción... Esta perspectiva de ganancia científica fue el rasgo más preclaro y promisorio del trabajo analítico (p. 240).

Freud (1913/2012) presenta el empleo del psicoanálisis como método de investigación en objetos de estudio no clínicos, de manera sucinta, en el “Interés por el psicoanálisis”. En este se muestra la aplicación del psicoanálisis a otros campos, como la ciencia del lenguaje, filosofía, biología, psicología evolutiva, historia de la cultura, la ciencia del arte, sociología y pedagogía; “... el psicoanálisis reclama el interés de otros, además de los psiquiatras, pues roza ámbitos diversos del saber y establece inesperadas conexiones entre éstos y la patología de la vida anímica” (Freud, 1913/2012, p. 169).

Así, la posibilidad de articulación del psicoanálisis con objetos provenientes de campos no clínicos es señalada por Freud (1913/2012) al indicar: “mi propósito estará cumplido si se ha vuelto evidente cuán numerosos son los ámbitos del saber para los cuales resulta interesante, y cuán ricos enlaces empieza a establecer entre ellos” (p. 192). Con ello se inaugura un universo de posibilidades para el estudio de fenómenos provenientes de otras disciplinas. Sin embargo, es importante advertir que el aporte del psicoanálisis como método de investigación

reside justamente en no pasar por alto sus fundamentos teóricos. De lo contrario, se corre el riesgo de formular y aplicar propuestas que, lejos de ser innovadoras, resultan incompatibles, como la de Adler y Jung, tal y como lo presenta Freud (1914/2012) en “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”. Para 1926, en “Psicoanálisis”, Freud (1926/2012) señala: “el futuro juzgará, probablemente, que el valor del psicoanálisis como ciencia de lo inconsciente supera en mucho a su valor terapéutico” (p. 253).

En el pronunciamiento sobre un determinado objeto de estudio, producto de su indagación, una vez que se ha establecido el sustento teórico, la dimensión metodológica ha de operar en consecuencia, de tal forma que pueda allegarse de información que, de manera ulterior, a partir de su análisis, contribuirá al estado del conocimiento sobre el objeto en cuestión.

¿Cómo proceder en el estudio de objetos no provenientes de la clínica? El desafío radica no solo en la elección de una técnica de recolección de información, sino en el tratamiento de esta para su análisis y presentación. Si bien puede optarse por el empleo de recursos procedentes del paradigma cualitativo, como la entrevista, esta solo representa una herramienta para el acopio de información (Kvale, 2011; Ruiz, 2003; Álvarez-Gayou, 2009).

Es en el encuentro con el discurso del otro donde este se convierte en el *medio* y el *fin*, en una aproximación al objeto de investigación y, a través de él, se devela su construcción. Es decir, el objeto de interés no pre-existe, no es el participante en sí ni su dicho, como lo muestra la *historia de vida* (Martín, 1995; Amezcua & Hueso, 2004; Chárriez, 2012), el *relato de vida* (Díaz, 1999; Cornejo, Mendoza & Rojas, 2008), o el *estudio de caso* (Martínez, 2006; Álvarez & San Fabián, 2012). O como en Freud no lo es la obra literaria –*El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen* (1907[1906])–, la biografía –*Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci* (1910)– o la escultura –*El Moisés de Miguel Ángel* (1914)–, por sí mismas.

Es lo que de ellas se desprende y lo que con ellas se construye. A saber, los fragmentos del discurso tomados como indicios, que dan

cuenta de la subjetividad del que habla y a partir de los cuales se teje una posible articulación para una lectura potencial. Por lo tanto, y esto es fundamental, no se trata de aplicar el psicoanálisis, sino de dejarse guiar por lo que el objeto de investigación va mostrando a través de su discurso, y con ello generar una alternativa para leerlo, “lejos de aplicar el psicoanálisis, se toma el autor por su obra” (Cancina, 2013, p. 127).

Desde esta perspectiva, la entrevista opera como un artificio en el (des)encuentro con otro –entrevistado o participante. Esta desempeña distintos roles: fin, medio y espejo en la aproximación al objeto de estudio. Su *finalidad* es acercarse al sujeto de estudio y solo se cumple con su presencia. Una vez que se tiene acceso a él, este se convierte en un *medio*, pues solo a través de él se puede tener conocimiento acerca de él, y con ello aproximarse, mediante su discurso, a construir respuestas ante las incógnitas que subyacen a la pregunta de investigación. El otro como *espejo* figura toda vez que por medio de su discurso el investigador advierte imágenes familiares, e incluso esperadas, acerca del objeto de estudio, además de desvelar facetas oscuras.

Por su parte, la construcción de caso no es una relatoría o recuento cuyo propósito sea dar a conocer lo realizado; por el contrario, refiere a “la transmisión de un ‘saber hacer’ particular de cada participante respecto a cada caso concreto” (Serra, 2008, p. 2). El orden de la singularidad es el eje orientador que permite la articulación para la construcción de caso al abrigo de la teoría, para hablar del caso como único

la teoría se constituye en nuestro referente y posibilita que prediquemos acerca de ese acontecimiento y lo pongamos en relación a universales: que construyamos un caso. Pero como no se trata de cualquier teoría, es la teoría psicoanalítica y su clínica, no perdemos de vista su singularidad (Bianco, 2005, p. 99).

La construcción de caso no es la cronología de los eventos, ni el relato del caso, “ni de hacer una teorización que por ser excesiva, pondría en riesgo la presencia del decir del analizante” (Bianco, 2005, p. 99). Para Serra (2008), esta tampoco es la biografía del sujeto, sino la historización de su relato que le otorga la responsabilidad de su palabra. El relato se ordena alrededor de un encuentro y la sumatoria

cronológica de sucesos no da como resultado un caso, este se ordena a partir de aquello que cobre sentido (Laurent, 2002).

Acerca de la construcción de caso

No existe una fórmula única para la construcción de caso, su diversidad reside en la variedad de contenido, forma, función en la formación, en la transmisión de la experiencia y lo aprendido sobre ella y en la subjetividad de quien lo construye.

Para dar paso a la construcción de caso se proponen considerar cuatro aspectos: el lenguaje, la subjetividad de quien se asume como autor –ya sea el analista o el investigador–, la presencia de un tercero y la escritura del caso.

La construcción de caso parte de la premisa de que todo sujeto lo es del lenguaje (Lacan, 1971/1998; Serra, 2008). El caso es un hecho del discurso, “en tal sentido se construye y por ese acto deja de ser un acontecimiento para transformarse en un dato sobre el que hay que operar” (Bianco, 2005, p. 99).

El caso se construye con el material producido por el sujeto. Álvarez, Canedo y Gadea (2005) indican: “...la construcción del caso transmite la particularidad de cada experiencia de transferencia, desde el deseo de quien la expone” (p. 2). Ello marca un punto de partida para considerar el lugar y el papel del investigador en la experiencia de investigación, puesto que él es quien construye un objeto de estudio, a partir de un suceso o fenómeno frente al cual se siente interpelado. El insumo para la construcción del caso procede de dos fuentes: el objeto de estudio y la experiencia del investigador. La elección y construcción del objeto de estudio no es azarosa, en ella se juega el deseo del concernido.

El proceso de la construcción del caso se completa mediante la formalización de la experiencia de investigación con la confección del caso. Sus alcances e implicaciones –teóricas, técnicas y subjetivas– tie-

nen efecto si se cuenta con un tercero. Por medio del caso se puede transmitir una enseñanza solo a partir de un otro –público– al que este se encuentra dirigido, y en quien, se aspira, tenga un efecto de sentido (Serra, 2008).

Para que un caso trascienda de una inquietud surgida en el contexto de la clínica o de la investigación, antes de hacerlo público mediante su presentación, se requiere que este pase por la escritura. La escritura como efecto del discurso (Pellicer, 2008) devela un saber producto de lo dicho, aprehendido en letra. Para Canedo (2008), “la construcción que el analista hace a partir de los decires del analizante, comporta en su escritura un saber que adviene cuando se escribe” (p. 3).

La construcción de caso se trata de “la lectura que permite al analista dar cuenta de la posición del sujeto, a partir del deseo del analista” (Canedo, 2008, p. 8). Para Guzmán (s.f.) es una “elaboración cuyo objetivo es dar cuenta, a través de la escritura de un caso clínico, de la singularidad que se juega en el ser del paciente a partir de una explicación y una argumentación teórica” (p. 1). Por su parte, Bianco (2005) indica que el caso

es una construcción, sumatoria de particularizaciones que, abordadas desde la clínica, pretenden dar cuenta de un singular, reconociendo que no lo es... construir un caso apelando a la clínica psicoanalítica consiste en intentar capturar esa singularidad, al amparo de la teoría. Teoría capaz de enunciar generalizaciones que se ofrecen, a modo de una red que nos protege en nuestro accionar, pero a la vez nos posibilita escuchar lo que ella no dice, y desde ahí interrogarla nuevamente (pp. 98-99).

Algunas cualidades que distinguen a la construcción de caso son: singularidad, inscripción, bien-decir, subjetividad, filiación, pertenencia y transmisión de una enseñanza. El término singularidad refiere acepciones como lo propio de una persona, de algo que le pertenece con peculiaridad, alude a algo especial o extraordinario; manifiesta lo singular por oposición a lo general o universal, indica un asunto de carácter privado. Es decir, versa sobre uno solo, individual, aquello que se diferencia de lo común. Esta es una de las cualidades que

distinguen a la construcción de caso: su carácter singular y la posibilidad de dar cuenta de la singularidad (Serra, 2008), respetando la intimidad sin desvelar la identidad del otro sobre quien este se edifica. Asimismo, la forma en que se transmite la experiencia transferencial entre el analista y el caso, en la cual queda expuesto su deseo (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005), muestra lo *sui generis* de ese encuentro.

Laurent (2002) señala que, a través de la construcción de caso, se lleva a cabo una *inscripción* registro con la cual se marca, a su vez, una diferencia (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005). El epigrama se efectúa a partir de la nominación, una distinción de índole individual, "... nombrar el caso, la exigencia del bien-decir, es uno de los nombres de la lógica de la experiencia analítica. Orienta el decir del analizante, su transferencia, y el decir interpretativo del analista" (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005, p. 1). El bien-decir es una formulación de la ética del psicoanálisis (Lacan, 1973/2009). Para Landoni (2013),

la ética del psicoanálisis busca mantener en el seno de la experiencia la dimensión de corte, de agujero vinculada al efecto subjetivo, la palabra atestigua la falta en ser. De este modo, el psicoanálisis introduce en la cultura, en los seres parlantes, una ruptura (p. 360).

La construcción de caso refiere algo del orden de lo subjetivo, y esta condición obedece a su naturaleza científica y de intervención. El psicoanálisis como disciplina

... no es una ciencia exacta. Imitar a la ciencia fuera de su dominio no conduce más que a la parodia... En ese sentido el caso no puede ser "objetivo"... Cada caso, en su contingencia, se inscribe en las clases que lo esperan (Laurent, 2002, p. 1).

Y como método de intervención, "... es un tratamiento sólo aplicable al material producido por el sujeto, esto es, el material subjetivo" (Serra, 2008, p. 3).

La construcción del caso no solo apunta a una inscripción, sino al registro de su autor en una comunidad –a la que aspira o bien de la que forma parte. Esta relación de filiación y pertenencia se manifiesta integrándose al grupo, aceptando y rindiendo cuenta de su acto

(Álvarez, Canedo & Gadea, 2005; Serra, 2008), y cumpliendo con las reglas de trabajo (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005).

Para que los hallazgos del encuentro entre el analista y analizante trasciendan y gesten un efecto bajo la forma de construcción de caso, la experiencia que el autor muestra a través del caso ha de derivar en una enseñanza transmisible. La enseñanza no solo se produce en el autor del caso,

tiene que servir para transmitir lo que el analista ha aprendido del caso: su singularidad, su particularidad en relación al saber constituido... en la presentación de un caso el analista debe transmitir una enseñanza: ¿qué aprendió el analista con él? (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005, p. 6).

También debe estar dirigida al gremio: “el objetivo de la presentación de casos clínicos es que sea enseñanza para la comunidad analítica” (Serra, 2008, p. 4). **¿Por qué apelar a la construcción de caso como propuesta para mostrar una experiencia de investigación, desde la red conceptual del psicoanálisis, sobre un objeto de estudio no clínico?**

En la construcción de caso se advierte una alternativa, puesto que mediante esta se expresa el deseo de investigar sobre un objeto cuyo estudio interroga lo escrito hasta el momento acerca de él. Representa la posibilidad de hacer pública la intimidad del encuentro entre el investigador y el objeto de estudio, a través de una formulación que no se agota en un recuento, ni en una interpretación, sino en una construcción que manifiesta un pronunciamiento del autor. Constituye una apuesta metodológica para abordar y aportar, desde una aproximación psicoanalítica, en un fenómeno que no subyace al contexto de la clínica y mediante el cual se devela la subjetividad del investigador. En la construcción del caso se manifiesta un deseo de indagar, de realizar elucidaciones teóricas, técnicas y metodológicas sobre el objeto de estudio, al igual que en la clínica analítica (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005).

Así como el caso clínico, la investigación compele a lo dicho sobre el objeto estudiado y a su lectura desde la teoría psicoanalítica. Para Serra (2008), la construcción de caso “... pone en tensión teoría y

práctica. Todo el edificio teórico de la disciplina psicoanalítica está en juego en cada caso clínico” (p. 2).

La construcción de caso en la investigación puede observar diversas finalidades, ya que su disposición se realiza en torno a un aspecto teórico sobre el cual se centra la discusión “... el ordenamiento alrededor de un eje central que –enmarcado con citas o legible entre líneas– es teórico, y con el cual el caso particular del analizante particular mantiene una relación de tensión: ya sea problematizándolo o ejemplificándolo” (Serra, 2008, p. 3).

La construcción de caso es una posibilidad para formalizar una experiencia de investigación. Del encuentro con el otro –analizante u objeto de estudio– se sabe solo a partir de las teorizaciones que construyen los autores –analista e investigador. Dicha teorización, a decir de Cancina (2013), es indispensable en la clínica y tiene como referencia lo señalado por Lacan (1953) en la conferencia sobre “Lo simbólico, lo real y lo imaginario”. La experiencia de investigación, en tanto proceso y producto en la aprehensión de un objeto de estudio, requiere de un medio para materializarse y dar constancia de ella, puesto que es inasible *per se*. La formalización es susceptible de ser transmisible solo a partir de la escritura (Lacan, 1975-76). La escritura es un testimonio de un proceso, un acto y un producto, a saber: el proceso de escribir, escribir y el escrito. Si bien el escrito representa una manera de formalización, este, por su cualidad de referir a *escribir bien*, comporta una ganancia y una pérdida (Cancina, 2013). Como lo escrito no representa un estado consumado puede conseguir diferentes formas de logro derivadas de su confección misma, de ahí la diversidad de casos y alternativas en la construcción.

En la investigación, la construcción de caso constituye una propuesta como apuesta metodológica, mediante la cual se busca aportar sobre el objeto de estudio. En ese sentido, atiende a una necesidad del investigador. “La cuestión más delicada es inscribir la contingencia del caso en relación a la necesidad” (Laurent, 2002, p. 1).

A través de la construcción de caso se puede hacer público algo del orden de la intimidad del encuentro con el otro (Álvarez, Canedo

& Gadea, 2005; Cancina, 2013). De este cruce entre el investigador y el objeto de estudio –al igual que entre el del analista y el analizante–, se devela solo una parte de todo aquello que escapa a las palabras, y del cual queda una marca a través de lo escrito.

Mediante la construcción de caso se da cuenta de la subjetividad, del deseo del autor –analista/investigador–, ya que el caso trata de “... la lectura que permite al analista dar cuenta de la posición del sujeto, a partir del deseo del analista” (Canedo, 2008, p. 1). Asimismo, constituye un medio a través del cual el investigador –al igual que el analista– se hace escuchar. “El analista se hace escuchar a través de su trabajo” (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005, p. 5).

La construcción de caso es un medio para aportar al estado del conocimiento, puesto que no es un recurso a través del cual se busque replicar un fenómeno. Por el contrario, dada su naturaleza tendiente a dar testimonio de la subjetividad de quien se autoriza como su autor –ya sea el analista o el investigador–, por medio de él se da constancia de una producción inédita, “de un saber nuevo, único de cada sujeto que atañe a la singularidad de su solución” (Serra, 2008, p. 2). Mas dicha aportación no debe estar exenta de lo no programado, de lo azaroso; por el contrario, también muestra la experiencia de efecto de un encuentro (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005). Y es justamente en lo que emerge, producto de la indagación, en lo que se advierte un *plus*, por encima de lo inicialmente proyectado.

El caso trata un aspecto sobre el objeto de estudio, a partir de lo construido desde la teoría, y de cómo ha sido abordado por parte del investigador; por medio de él se propone una lectura y se fragua una propuesta de investigación.

Si el caso advierte sobre lo aprendido a partir de él (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005), el aprendizaje derivado en el ámbito de la investigación puede referir a tres aspectos: el *método*, el *objeto de estudio* y acerca del *caso*.

Sobre el *método*, permite señalar que no hay una receta única. Por el contrario, es una invitación abierta a crear y proponer alternativas;

al hacerlo, no hay que perder de vista la postura epistemológica y el método sobre el que se apoyará la propuesta. Acerca del *objeto de estudio*, la construcción de caso ofrece una perspectiva distinta frente a lo indagado sobre el fenómeno, en relación a otras experiencias de investigación, diversos paradigmas y diseños –*estudio de caso*, historia o relato de vida, viñeta clínica o fábrica de caso. Como un recurso por medio del cual se puede dar cuenta de la experiencia de investigación, la *construcción de caso* representa una propuesta de carácter metodológico y de análisis acerca de un fenómeno no clínico, susceptible de ser abordado desde una aproximación psicoanalítica.

El doble papel del investigador: entre el sujeto y el objeto

La construcción de caso solo es posible si hay uno que se asuma como autor. ¿Quién es el autor del caso? En el contexto de la clínica es el analista y en el ámbito de la investigación es el investigador. ¿Cómo es que el analista puede construir un caso a partir de la experiencia del analizante? La clave se encuentra en la transferencia. Para Laurent (2002) y Álvarez, Canedo y Gadea (2005), esta es el medio y condición que permite dar cuenta de la experiencia –del analizante– a través de la construcción de caso a cargo del analista; “... el analista transmite el trabajo del analizante bajo transferencia, mostrando la elaboración de saber que ha tocado su goce” (p. 6).

Si la transferencia es una experiencia que depende tan estrechamente del lazo observador/observado (Laurent, 2002), el proceso de investigación no solo resulta viable a partir de ella, sino que esta se encuentra presente desde la elección del objeto de estudio.

¿Qué lleva a un investigador a decantarse por un objeto de estudio en particular? La pasión que orienta y subyace a las interrogantes acerca de un objeto de estudio, que adviene como una construcción de caso, obedece a la transferencia,

se elige por circunstancias estrictamente personales, subjetivas, académicas, culturales, por saber de ese caso y de las propias reso-

nancias del lector, así, cuando uno elige un caso y se ve capturado por él aparecerá la subjetividad de diversas maneras que son incontrolables, inconscientes (De la Mora, 2005, pp. 106-107).

Ahora bien, para que el investigador devenga un sujeto que ostenta un saber, a partir del encuentro con el objeto de estudio producto de la indagación, este debe ocupar un lugar que, al igual que el del analizante, le permita concentrar un saber. Dicho saber “se desplaza del analista al analizante” (Álvarez, Canedo & Gadea, 2005, p. 5). Lo anterior abre la pauta para proponer que el investigador ocupa dos lugares en la construcción del caso –el del analizante y el del analista–, que se encuentran circunscritos a dos momentos en los que se organiza el proceso de investigación: la experiencia de indagación, en la que se fragua la construcción del objeto de estudio y su pesquisa, y la formalización de su experiencia mediante la construcción de caso.

Al realizar la investigación, el investigador ocupa ambos lugares. Inicia ocupando la posición de sujeto activo, en tanto sujeto de la experiencia que se entrega y se embarca en la aventura de la investigación. Asume el lugar de sujeto empírico, puesto que se interroga y busca respuesta a sus incógnitas, colocando a otros –la academia, la teoría, los académicos y la comunidad científica– en el lugar del sujeto supuesto saber.

La experiencia de investigación trasciende toda vez que se da cuenta de ella mediante la escritura, y su formalización puede operarse bajo la figura de la construcción de caso. La formalización le demanda al investigador reconocerse como sujeto empírico –ocupando la posición del analizante–, ya que solo en la medida en que se asuma como tal es que podrá dar cuenta de la investigación desde su experiencia. En esta posición, el investigador transita de ocupar el lugar del sujeto empírico –analizante– al de sujeto/objeto teórico, en torno al cual se ciernen interrogantes y se construyen respuestas. Además de reconocerse como el sujeto a cargo de la investigación –como el rol que desempeña el analista–, adviniendo como aquel que formaliza la experiencia de investigación. Este acto/producto obrará para que la indagación trascienda de algo del orden de lo subjetivo a la academia.

Es así como el investigador puede pasar a ocupar otro lugar, ahora como quien inscribe su encuentro con el objeto de estudio, otorgándole formalidad. Y es en ese momento en que puede darse a la tarea de construir un caso, como un recurso para dar testimonio de ello.

Un doblez: entre el adentro y afuera en la investigación y su formalización

Para abordar la formalización de la experiencia de investigación, se propone la figura de la banda de Möebius como una alegoría para hacer referencia al momento en el que la experiencia de investigación trasciende a una apuesta, en la que se juega la inscripción del investigador y de su experiencia con el objeto de estudio en el universo simbólico de la ciencia.

La banda de Möebius hace referencia a una superficie con borde, descubierta por el matemático August Ferdinand Möebius, en 1858. Desde la topología tiene una única cara, y no es orientable, al recorrerla se transita por ella del adentro al afuera.

La figura de la banda de Möebius permite ilustrar los lugares que el investigador ocupa hacia la formalización de su experiencia de investigación. En una parte del trayecto –el adentro–, el investigador se desliza entregado a la aventura de la investigación, incluso hasta convertirse por momentos –derivado de su proximidad con alguna circunstancia o condición del fenómeno indagado– en objeto, puesto que hay algo del orden del encuentro con el objeto de estudio inicial que va transformándose conforme avanza la indagación, hasta devenir en un objeto de estudio no preexistente, sino creado por el investigador.

¿En qué momento del trayecto el investigador transcurre por el afuera? El tránsito por la experiencia de investigación cambia de rumbo a partir del otro “o” –llámese el director de tesis, los académicos, la academia o la institución–, ya que en su calidad de autoridad o representantes de la ley ostentan las directrices no solo para acceder

al universo de la academia y la ciencia, sino para que la experiencia de investigación transite del orden de lo experiencial individual a lo institucional, y se formalice.

La banda de Möebius permite ilustrar los lugares que el investigador ocupa en el proceso y formalización de la experiencia de investigación, tendientes a lograr su inscripción –a través de la redacción y presentación de la investigación, conforme a los cánones de la ciencia y la comunidad de trabajo– en el universo simbólico de la ciencia. Para que este registro se pueda llevar a cabo, se precisa de un tercero –la academia, que opera como espectador o público– que testimonia la transmisión de la experiencia realizada, mediante aquello que el investigador muestra en tanto conocimiento derivado de su experiencia de indagación. La experiencia resultante puede ser traducida en términos de los aprendizajes derivados a partir de su encuentro con el objeto de estudio, y de las formulaciones acerca de su vivencia de investigación.

De la experiencia de indagación a la apuesta de trascender: sobre la formalización de la experiencia de investigación

Hablar sobre la formalización de una experiencia conlleva la referencia permanente del contexto de la clínica:

... la clínica ya es ese tiempo en que volvés sobre lo que ocurrió en el acto, y logras alguna formalización... formalización de lo que observas... Para tener efectos imprescindible que el psicoanalista sea al menos dos: aquél que produce sus efectos y aquél que los teoriza (Herreros, Pietra & Sauval, 2005, p. 16).

Desde este referente, la posibilidad de reflexionar sobre la indagación de un objeto de estudio que no ha emergido de una experiencia clínica, y sobre el que se pueden construir articulaciones teóricas, puede realizarse mediante la formalización de la experiencia de investigación, a través de la construcción de caso. Este ejercicio le exige al investigador ir más allá de una concatenación de hechos y de un llano cotejo teórico.

Asumiendo su rol –el de *afuera*, atendiendo a la alegoría de la banda de Möebius–, el investigador está conminado a poner en perspectiva lo aportado sobre el objeto de estudio en cuestión, tensando la teoría y gestando la transmisión de una enseñanza, “... pone en cuestión la teoría y formaliza algo de la práctica... no es sólo cuestión de sumar a la teoría sino poner en cuestión a la teoría, pone en cuestión un saber consabido, un saber ya establecido” (Herrerros, Pietra & Sauval, 2005, p. 17). Así, la formalización de la experiencia de investigación permite transitar de un ejercicio de indagación a la apuesta por trascender.

Consideraciones finales

La formalización de una experiencia de investigación, desde el psicoanálisis, acerca de un objeto no clínico mediante la construcción de un caso, tiene varias implicaciones:

- Constituye una *alternativa* –entre otras– a través de la cual se busca abordar un objeto de estudio. Indica que no existe una fórmula única, sino la posibilidad de construir opciones, las cuales reflejan una forma de enfrentarse a los interrogantes que emanan del encuentro entre el investigador y el objeto de estudio.
- Es un *testimonio* del acto del investigador respecto del objeto de estudio indagado, como una de sus responsabilidades: controlar su acto de investigar y no al participante.
- Constituye la *inscripción* de un método mediante el cual se busca dar cuenta de los avatares en el recorrido por la aprehensión de un objeto de investigación.
- En el acto de investigar, se encuentra *cifrado* el tránsito del investigador hacia la formalización de su experiencia de investigación.
- La construcción de caso es un testimonio del *registro* del (des) encuentro del investigador con el objeto de estudio, y de las formulaciones a las que ello ha dado lugar. Es el saldo de lo que se produjo, frente a lo inicialmente proyectado y esperado.
- El caso muestra la *autorización* de quien escribe/investiga para enunciar algo acerca del objeto de estudio, es decir, el advenimiento de la palabra del investigador.

- La investigación, como un producto formal que atiende a los cánones convenidos por el gran Otro llamado “ciencia”, representa el *pase de ingreso* al universo científico.
- Simboliza la posibilidad de *filiación y reconocimiento* por parte de la comunidad científica a la que se busca pertenecer.
- A través de él se busca aportar acerca del: a) *Objeto de estudio*: aquello que no ha sido estudiado o que ha sido desestimado acerca de él. b) *Método*: es una apuesta sobre cómo aproximarse al objeto de estudio y la generación de alternativas para allegarse de información, y de cómo colocarse frente al dicho del otro, restituyendo al sujeto y no al objeto de investigación. c) *Subjetividad* del investigador, puesto que muestra hacia dónde transcurre el deseo del investigador y cómo se manifiesta en la configuración del caso.
- Aspira a *generar efectos* en los potenciales escuchas.

Por ello, en la indagación de un objeto de estudio que no surge del contexto de la clínica, pero que busca ser leído desde una aproximación psicoanalítica, revisten capital importancia la forma en cómo este ha sido estudiado, el paradigma que le subyace, los recursos empleados en el acopio de información, la construcción del dato y su análisis.

No obstante, el acto de investigar es un suceso único, irrepetible y subjetivo, a través del cual se desvelan las inquietudes del investigador acerca de un saber y su deseo respecto de ese objeto de estudio. Y se desmitifica la experiencia de investigación donde hay equívocos y sorpresas, y se abre la posibilidad para que un fenómeno pueda ser leído de diferentes formas.

Así, al vislumbrar la alternativa de realizar una investigación cuya red conceptual es el psicoanálisis, habrá que considerar:

- La dimensión epistemológica en la relación entre el sujeto y el objeto.
- El tipo de encuentro entre la teoría psicoanalítica y la naturaleza del objeto de estudio clínico o no.
- La apuesta metodológica configurada para la indagación.

Bibliografía

- Álvarez, C. & San Fabián, J. L. (2012). La elección del estudio de caso en investigación educativa. *Gazeta de Antropología*, 28(1), 1-12. Recuperado de: http://www.ugr.es/~pwlac/G28_14Carmen_Alvarez-JoseLuis_SanFabian.pdf.
- Álvarez, M., Canedo, L. & Gadea, E. (2005). Apuntes sobre la construcción del caso y su transmisión. *NODVS L'Aperiòdic Virtual de la Secció Clínica de Barcelona*, XII, 1-7. Recuperado de: <http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/arxiupdf.php?idarticle=168&rev=26>.
- Álvarez-Gayou, J. L. (2009). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós.
- Amezcu, M. & Hueso, C. (2004). Cómo elaborar un relato biográfico. *Archivos de la Memoria*. Recuperado de: <http://www.index-f.com/memoria/metodologia.php>.
- Bianco, A. C. (2005). Acerca de la clínica y el caso desde una perspectiva psicoanalítica. Una aproximación a la clínica y la construcción del caso con relación a las intervenciones del psicólogo. *Acheronta*, (21), 91-103. Recuperado de: <http://www.acheronta.org/acheronta21/bianco.htm>.
- Cancina, P. H. (2013). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- Canedo, L. (2008). La escritura del caso, un ejercicio de lectura. *NODVS L'Aperiòdic Virtual de la Secció Clínica de Barcelona*, XXVI, 1-4. Recuperado de: <http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/arxiupdf.php?idarticle=312&rev=40>.
- Chárriez, M. (2012). Historias de vida: una metodología de investigación cualitativa. *Revista Griot*, 5(1), 50-67. Recuperado de: <http://www.revisitagriot.uprrp.edu/archivos/2012050104.pdf>.
- Cornejo, M., Mendoza, F. & Rojas, C. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. *Psykhé*, 17(1), 29-39. Recuperado de: <http://www.scielo.cl/pdf/psykhe/v17n1/art04.pdf>.
- Cueto, E. (2005). Entrevista a Pura Cancina. *El sigma.com*. Recuperado de: <http://www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-pura-cancina/8708>.
- De la Mora, R. I. (2005). Problemas de construcción de un caso. *Acheronta*, (21), 104-109. Recuperado de: <http://www.acheronta.org/acheronta21/delamora.htm>.
- Díaz, N. (1999). El relato de una vida: apuntes teóricos-metodológicos en comunicación. *Revista Latina de Comunicación Social*, (22). Recuperado de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/biblio/valencia99/33vanancy.html>.
- Freud, S. (1913/2012). El interés por el psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas*, Vol. XIII (pp. 165-192). Buenos Aires: Amorrortu.

- _____. (1914/2012). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas*, Vol. XIV (pp. 1-64). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1923[1922]/2012). Dos artículos de enciclopedia: psicoanálisis y teoría de la libido. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas*, Vol. XVIII (pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1926/2012). Psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas*, Vol. XX (pp. 245-258). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1927/2012). Las resistencias contra el psicoanálisis. Epílogo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas*, Vol. XX (pp. 235-242). Buenos Aires: Amorrortu.
- Guzmán, S. C. (s.f.). *La construcción de caso como vía para formalizar la investigación en psicoanálisis*. Recuperado de: <https://sites.google.com/site/psique-sociedad/laconstrucci%C3%B3ndecasoocomov%C3%ADaparaformaliza>.
- Herreros, G., Pietra, G. & Sauval, M. (2005). Reportaje a Pura H. Cancina. *Acheronta*, (21), 15-27. Recuperado de: <http://www.acheronta.org/reportajes/cancina3.htm>.
- Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata.
- Lacan, J. (1953). *Lo simbólico, lo imaginario y lo real*. Recuperado de: <http://1.bp.blogspot.com/--Q7Aa-uc4-o/UF9U8bP8-NI/AAAAAAAAFZc/b9M8d588TB0/s1600/1.png>.
- _____. (1971/1998). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 227-310). México D.F.: Siglo Veintiuno Editores.
- _____. (1973/2009). *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1975-76). *Seminario 23 1975-1976. El síntoma*. Recuperado de: <http://www.lacanerafreudiana.com.ar/2.1.11.11.%20CLASE-11%20%20S23.pdf>
- Landoni, A. (2013). Algunas reflexiones sobre la ética en psicoanálisis. *Revista Borromeo*, (4), 358-364. Recuperado de: <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/Landonieticapsicoan%C3%A1lisis.pdf>.
- Laurent, E. (2002). El caso, del malestar a la mentira. *Cuadernos de Psicoanálisis*, (26). Recuperado de: http://ea.eol.org.ar/03/es/textos/txt/pdf/el_caso.pdf.
- Martín, A. V. (1995). Fundamentación teórica y uso de las historias y relatos de vida como técnicas de investigación en pedagogía social. *Aula*, (7), 41-60. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=122506>.
- Martínez, P. C. (2006). El método de estudio de caso. Estrategia metodológica de la investigación científica. *Pensamiento y Gestión*, (20), 165-193. Recuperado de: http://ciruelo.uninorte.edu.co/pdf/pensamiento_gestion/20/5_El_metodo_de_estudio_de_caso.pdf.

- Pasternac, M. (2011). El método psicoanalítico. En N. A. Braunstein, M. Pasternac, G. Benedito y F. Saal, *Psicología, ideología y ciencia* (pp. 201-230). México D.F.: Siglo XXI.
- Pellicer, R. (2008). "Barcelona se está convirtiendo en una 'ciudad boutique'". *El País*. Recuperado de: http://elpais.com/diario/2008/11/17/catalunya/1226887645_850215.html.
- Ruiz, J. I. (2003). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Serra, M. (2008). Algunas observaciones sobre la presentación de casos. *NODVS L'Aperiòdic Virtual de la Secció Clínica de Barcelona, XXII*, 1-4. Recuperado de: <http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/arxiupdf.php?idarticle=261&rev=36>

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Méndez Martínez, Silvia Larisa – Rojas Hernández, María del Carmen (2017). Una propuesta sobre la construcción de caso acerca de un objeto de estudio no clínico. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 133-154. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

ARTÍCULOS DE REFLEXIÓN



DA INDISSOCIABILIDADE ENTRE CLÍNICA E POLÍTICA EM PSICANÁLISE

*Paulo Antonio de Campos Beer*¹
Universidade de São Paulo, Brasil
paulo.beer@usp.br
ORCID: 0000-0001-9702-4209

*Wilson de Albuquerque Cavalcanti Franco*²
Universidade de São Paulo, Brasil
wilson.franco@usp.br
ORCID: 0000-0001-9702-4209

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a08

Resumen

Proponemos una perspectiva específica y renovadora de investigación acerca de la relación entre clínica y política. Concebimos la determinación política de la praxis clínica como inevitable y, en esa medida, defendemos la pertinencia de modos de investigación que pongan tal determinación en evidencia y permitan analizarla. Estudiamos dos episodios históricos, uno concer-

niente a la trayectoria de Winnicott y otro concerniente a la trayectoria de Lacan, a partir de los cuales demostramos y discutimos las características de la perspectiva que adelantamos, teniendo como horizonte la inseparabilidad entre clínica y política.

Palabras clave: psicoanálisis, clínica, política, Winnicott, D.W., Lacan, J.

-
- 1 Psicanalista, Doutorando em Psicologia Social no Instituto de Psicologia da Universidade de São Paulo (com bolsa FAPESP 2016/03096-7) e membro do Laboratório de Teoria Social, Filosofia e Psicanálise (LATESFIP-USP).
 - 2 Psicanalista, Doutorando em Psicologia Clínica no Instituto de Psicologia da Universidade de São Paulo, sob orientação do Prof. Dr. Daniel Kupermann (com bolsa FAPESP 2015/02520-7).

ON THE INSEPARABILITY BETWEEN CLINIC AND POLITICS IN PSYCHOANALYSIS

Abstract

We propose a specific and innovative research perspective on the relationship between clinic and politics. We conceive the political determination of clinical praxis as inevitable and, to that extent, we defend the pertinence of modes of investigation that reveal such determination and make its analysis possible. We study two historical moments, one concern-

ing the trajectory of Winnicott and another concerning the trajectory of Lacan, from which we demonstrate and discuss the characteristics of the perspective that we advance, having as horizon the inseparability between clinic and politics.

Keywords: psychoanalysis, clinic, politics, Winnicott, D.W., Lacan, J.

À PROPOS DE L'INSÉPARABILITÉ DE CLINIQUE ET DE POLITIQUE EN PSYCHANALYSE

Résumé

Nous proposons une perspective de recherche spécifique et innovante sur la relation entre clinique et politique. Nous concevons la détermination politique de la praxis clinique comme inévitable et, dans cette mesure, nous soutenons la pertinence de modes de recherche qui mettent en évidence cette détermination et qui permettent de l'analyser. Nous avons étudié deux épisodes historiques, l'un

au sujet du parcours de Winnicott et l'autre sur le parcours de Lacan, à partir desquels nous démontrons et discutons les caractéristiques de la perspective proposée, tout en considérant l'inséparabilité de clinique et de politique.

Mots-clés : psychanalyse ; clinique ; politique ; Winnicott, D.W. ; Lacan J.

Recibido: 24/11/16 • Aprobado: 04/03/12

Introdução

Em meio às turbulências políticas que vêm tomando o Brasil desde 2015, muitas pessoas têm questionado o papel desempenhado pelos psicanalistas. Questiona-se se eles estão se colocando com suficiente veemência, se estão sendo agudos o suficiente em suas análises, se não estariam sendo omissos na cena pública. Demonstrações como a ocorrida no mês de junho em São Paulo, em que psicanalistas de diversas instituições e linhas teóricas se juntaram para se posicionarem pela defesa da democracia (as atas deste ato podem ser encontradas em www.revistalacuna.com) dão notícia do impacto da questão. O que está em causa aqui, portanto, é a presença (e o impacto) dos psicanalistas enquanto pensadores sociais e enquanto figuras públicas.

Quando falamos, no presente texto, de política em psicanálise, estamos pensando em algo diverso: propomos interrogar a presença da política no cotidiano clínico e no pensamento teórico dos psicanalistas –a política, portanto, que habita a psicanálise visceral e intrinsecamente–. Assim, se frequentemente o alcance político da psicanálise é discutido tendo-se em vista suas contribuições para a reflexão sobre o campo da política em seus mais diversos âmbitos, consideramos necessário também, por outro lado, pensar sobre as influências políticas que atravessam a construção da clínica e da teoria psicanalíticas. O que temos em mente, nesse contexto, é a política que define a psicanálise *por dentro*, conforme promovida por psicanalistas em seus consultórios ou em posicionamentos que eles reputam derivados do fato de serem psicanalistas. Não temos em vista um campo de estudos eminentemente político investigado por um psicanalista, como no caso de Dunker (2015), dedicado à teoria social, como Stavrakakis (1999) e Mizrahi (2010), à política da história da psicanálise, como Forrester (1997, 1997a) às políticas de saúde mental (Phillips, 2005) ou o que seja: estudamos a política que o psicanalista inescapavelmente faz, a *práxis* política do psicanalista (seja ela em seu consultório ou na teoria que veicula).

É possível argumentar que tal análise não seria pertinente, ou mesmo que não se trataria de nada mais que a abordagem de idiosincrasias, podendo levantar algumas curiosidades, mas que difícil-

mente contribuiria de modo efetivo para o campo da psicanálise. Tal argumentação poderia se assentar em duas bases: a partir da ideia de que a clínica seria marcada pela neutralidade do analista, e que, portanto, essas questões “laterais” não exerceriam papel significativo na condução de um tratamento (Souza & Coelho, 2012); ou a partir da ideia de que a teoria opera como um universal, retirando qualquer relevância de questões contingenciais que possam (ou não) atravessar sua elaboração (idem).

O objetivo deste artigo é demonstrar que esse atravessamento político na escuta clínica e na teorização psicanalítica não somente é pertinente como é inevitável; trata-se, por consequência, de um debate ético necessário, já que tem por objeto uma prática que incide com grande intensidade e profundidade na vida de sujeitos, modificando seus modos de viver, de sofrer, de construir laços sociais. Assim, trata-se de um debate que consideramos necessário para que a clínica psicanalítica não se torne uma modalidade de engenharia social (Silva Junior, 2000), e para que não fique cega quanto a seus possíveis efeitos iatrogênicos (Akimoto, 2016).

Uma das vantagens que vemos nessa montagem é que ela permite investigar a relação entre política e clínica sem fazer disso um exercício de psicanálise aplicada – é, isso sim, um exercício de pensamento clínico-. Outra vantagem, crucial para nossos interesses, é que ela não associa a política à militância nem ao engajamento político do psicanalista em questão: a questão é quanto às implicações da presença inexorável da política no exercício clínico e, por outro ângulo, a questão é a implicação política da atividade clínica e suas consequências tanto clínicas como políticas.

Para estabelecer, clarear e defender essas hipóteses, faremos uso de episódios históricos relacionados a dois autores canônicos na história da psicanálise: Winnicott e Lacan. Primeiramente abordaremos o atravessamento político conforme se apresenta numa cena clínica relatada por Winnicott; em seguida, apresentaremos algumas considerações acerca do substrato político alimentando uma das construções teóricas e clínicas mais importantes de Lacan (1945/1998): “O tempo lógico e a asserção da certeza antecipada”.

Concepção política e *práxis* clínica em Winnicott

Pouco se fala sobre política em ou a partir de Winnicott. Freud é muitas vezes abordado pela dimensão política que se poderia derivar da própria criação da psicanálise; Ferenczi é retomado por suas proposições fortes e contundentes a respeito da *práxis* clínica em sua dimensão potencialmente iatrogênica (pelo cinismo, pela hipocrisia, pela arrogância, etc.); Klein oferece uma matriz politicamente pregnante em função de seu modelo baseado em estádios dicotômicos (pregnante por serem estádios, não sucessivos e não definitivos, e por operar a partir de dicotomias e antinomias, tendência sempre favorecida no pensamento político); fala-se tanto de Lacan que não parece necessário situar a recorrência do tema aqui. Winnicott, por sua vez, parece não ter sido considerado um autor relevante, seja em termos do potencial heurístico de sua teorização no contexto da teoria social e da política (política a partir de Winnicott³), seja em termos do contexto político em que opera e transita (política em Winnicott). Essa lacuna na produção acadêmica em psicanálise parece-nos intrigante e problemática, considerando o pendor político claramente presente por trás de formulações teóricas como a de *falso self* ou de toda a teoria da deprivação, e por trás de posicionamentos como aquele assumido por Winnicott no contexto das controvérsias Freud-Klein, do *affair* do julgamento de Lacan na IPA, das políticas públicas na evacuação de Londres. Há de se notar, ainda, o potencial analítico (em termos de teoria social e política) de categorias como a de espaço potencial e de brincar (enquanto conceito).

Nosso propósito nesse texto, no entanto, não será o de advogar em defesa da apreciação de Winnicott como recurso para o pensamento político; trataremos aqui de um ponto mais específico: o pendor político presente na *práxis* clínica de Winnicott conforme relatada por ele mesmo, e a relação deste pendor com as concepções políticas veiculadas por ele fora do contexto clínico. Nosso intuito é demons-

3 Exceção notável nesse contexto é o trabalho de Honneth (2003), que foi, inclusive, amplamente questionado por recorrer a Winnicott e não a Lacan como fundamentação para seu trabalho.

trar que as posições liberais e “de direita” assumidas por Winnicott não impedem que ele tenha assumido uma *práxis* progressista e crítica no seio da psicanálise –enquanto membro da comunidade psicanalítica e enquanto clínico–.

O pensamento clínico de Winnicott diverge em diversos aspectos do *mainstream* psicanalítico de seu tempo: Winnicott põe sob suspeita a frequência das sessões, a duração das sessões, os campos clínicos sobre os quais o psicanalista deveria se debruçar, a relação entre o psicanalista e seu paciente, o papel e a natureza da comunicação de interpretações e sentimentos por parte do analista, enfim: trata-se de uma obra amplamente subversiva do ponto de vista do *establishment* contemporâneo. O que é curioso, e heurísticamente significativo, é que Winnicott nunca se opôs à psicanálise enquanto *establishment* –sua atuação política era, quando muito, de um questionador irreverente (como em “senhores, gostaria de fazer notar que há bombas caindo lá fora”⁴) e de um intermediador forçadamente ingênuo (como em “Klein e Anna Freud, sei que saberão aceitar e lidar com as divergências até que o progresso da ciência possa dirimir as dúvidas e lacunas de nosso saber”⁵)–. Assim, apesar de assumir publicamente posições que divergiam do que se tomava (tácita ou explicitamente) como norma, Winnicott nunca o fez enquanto militância ou enquanto causa; esses posicionamentos foram sempre associados ao *imperativo* que Winnicott discriminava a partir da clínica ou do “bem” da comunidade psicanalítica que compunha. A retórica de Winnicott nesses casos era que fazia o que lhe parecia necessário; assim, trata-se de uma certa indiscriminabilidade defendida por Winnicott entre a di-

4 Conta-se que, numa reunião particularmente acalorada durante as Controvérsias que tomaram as atividades da Sociedade Britânica de Psicanálise durante a Segunda Guerra Mundial (organizadas em torno das disputas entre Anna Freud e Melanie Klein pela primazia teórica e clínica) Winnicott teria levantado a mão e, ao ser concedida fala, teria dito isso. O episódio é relatado por diversos biógrafos e comentadores, entre os quais Rodman (2003).

5 Em carta endereçada a Anna Freud e Melanie Klein enviada no dia 3 de junho de 1954, Winnicott assumiu basicamente essa posição, embora não exatamente nos termos referidos. Para acesso à carta completa remetemos o leitor a Winnicott (2005b), páginas 87 a 90.

menção *biós* e a dimensão *zoé* que compunham sua inscrição da cena política que acolhia seus gestos.

Sabe-se que Winnicott defendia que a psicanálise, enquanto exercício clínico, não poderia ser calcada no raciocínio e na ponderação teórica/metapsicológica do clínico –deveria ser, como ele dizia, ofício de alguém que tem a teoria *in one's bones* (nos próprios ossos)–. Parece que é consequência disso a articulação de uma concepção de política e sociedade liberalista e pragmática, fazendo dele um pensador social alinhado à direita –já que ele afirmará a importância do espaço individual de desenvolvimento sem intrusões externas como seria, nesse caso, a do Estado–. Nesse sentido pode-se compreender a oposição de Winnicott à criação do National Health System (sistema de saúde público nacional inglês), à regulação de Estado para a televisão e o pendor político claramente conservador (quicá reacionário) presente nas “reflexões sobre a sociedade” que compõem a terceira parte de *Tudo começa em casa* (Winnicott, 2005a). Se considerarmos que a maior parte das proposições alinhadas à esquerda dependem, em maior ou menor medida, de um processo coletivo de construção de uma nova base relacional, teremos aí clareza quanto à inviabilidade de uma adesão harmônica de Winnicott, considerando sua grade referencial, à esquerda⁶.

Isso não deveria obscurecer –e esse é nosso ponto aqui– o potencial crítico que sua teorização e sua concepção de clínica portam. Pretendemos, nesse sentido, contrastar as “reflexões sobre a sociedade” publicada em *Tudo começa em casa*, com um pendor notadamente conservador, pragmático e individualista (publicado postumamente e coordenado pelo *Winnicott Trust*, é importante notar) com as reverberações políticas implicadas nas posições clínicas professadas por

6 Além das posições de Winnicott (2005b) contra o NHS e a BBC, expressas em cartas publicadas em “O gesto espontâneo”, a veia liberalista de Winnicott é discutida também por Rodman (2003), particularmente na passagem de sua biografia de Winnicott em que discute o papel da segunda esposa de Winnicott, Clare, na formulação de suas posições no contexto do programa de evacuação à época da Segunda Guerra –Clare Winnicott, por sinal, parece ter “poupado” Winnicott de uma trajetória ainda mais liberal e libertária–.

Winnicott em seu *A família e o desenvolvimento individual*, cujo pendore difere radicalmente daquelas indicadas quanto às reflexões sobre a sociedade (dando notícia de um pensamento clínico arrojado, criativo e reformista⁷). Entendemos que essa demonstração aponta para a pertinência de se tomar em consideração a dimensão política que a teoria e a clínica expressas por psicanalistas *portam em si*, para além do que eles dizem acreditar ou defender em termos políticos/sociais.

Sigamos, então, em direção ao exemplo que trataremos: a distância entre as concepções políticas veiculadas por Winnicott (2005c) no texto “Algumas reflexões sobre o significado da palavra ‘democracia’”, publicado em *Tudo começa em casa*, e o pendore político subjacente à cena clínica relatada por ele em *A família e o desenvolvimento individual* (Winnicott, 2005).

No texto “Algumas reflexões sobre o significado da palavra ‘democracia’”, Winnicott divide os agentes sociais em quatro tipos: anti-sociais, pró-sociais anti-indivíduo, indeterminados e indivíduos saudáveis; o autor estabelece então uma equação que o permite afirmar que os indivíduos saudáveis são responsáveis por “carregar a democracia nas costas”, contra a disposição e as ações dos demais, e que por isso a democracia deve calçar-se numa administração desses *quanta* de tipos de indivíduos, pois do contrário o desbalanceamento inevitavelmente viria e a democracia seria posta em xeque. Pois bem, aqui temos uma teoria social baseada na lógica segundo a qual a sociedade funcionaria como um organismo, expressa de forma acabada por Durkheim (1893/2010) e usada como matriz (retórica e heurística) para a construção das pesquisas eugenistas e do programa políti-

7 Apesar de Winnicott ter referido em um texto tardio que estava “convocando para uma certa revolução em nosso trabalho” (Winnicott, 1971, apud Abram, 2013, p. 1), não parece haver na grade de trabalho de Winnicott espaço para o pensamento revolucionário (seja em termos marxistas ou quaisquer outros): Winnicott é um defensor dos processos progressivos e das zonas intermediárias como forma de diferenciação e transformação progressivas, e por isso, por mais que contemple a possibilidade de engajamentos emocionais, individuais e sociais violentos, contestadores e destrutivos, não parece vislumbrar interesse ou oportunidade em processos revolucionários.

co de purificação que os nazistas implementaram –final, trata-se aí justamente de promover a purificação em benefício da Nação, que se tornaria robusta, saudável e livre de seus agentes impuros (Cohen, 1998; Agamben, 2010)–. Winnicott não faz nenhuma afirmação quanto à forma como esses *quanta* poderiam ser administrados –há de se notar, no entanto, que à época em que escrevia haviam ainda programas eugênicos em operação nos Estados Unidos e em outros países, não mais baseados em extermínio (“eutanásia”, como o queriam os nazistas) mas em esterilização e regulação de matrimônio–. Não podemos afirmar, por Winnicott, que ele seria favorável a esses programas, já que ele nada disse a esse respeito, mas percebemos em suas afirmações a respeito da sociedade uma propensão que o aproxima a um tipo de pensamento social conservador e direitista.

Já em “Os efeitos da psicose sobre a vida familiar” (Winnicott, 2005d), publicado em *A família e o desenvolvimento individual*, tratará de uma cena clínica em que conheceu uma criança com psicose infantil derivada de cretinismo, cujos pais “simplesmente não conseguiam conviver com a psicose de sua filhinha” (p. 95). Diante desse cenário, o psicanalista aciona seus contatos com as autoridades e logo encontra uma família disposta a acolher a criança e procede a esse processo. “Nessa família, a criança retardada mas em desenvolvimento podia ser aceita como convalescente de uma doença, [e] salvou-se por esse esquema a família do professor [pai biológico da criança], que pôde levar adiante sua carreira” (Winnicott, 2005d, p. 95).

A ideia veiculada por Winnicott aqui é que a criança sofria (além do cretinismo) em função das angústias de uma família que não conseguia acolhê-la, o que incutia sobre seu desenvolvimento um outro tipo de sofrimento (social); o trabalho clínico de Winnicott, nesse sentido, teve por meta oferecer à criança um ambiente onde ela pudesse se desenvolver em seus termos e sem a inculcação de culpa e hostilidade por parte dos pais que não conseguiam suportar o fato de ela *estar fadada ao insucesso*.

A postura de Winnicott diverge da que se encontra subjacente à lógica professada no texto referido antes: o problema em questão no caso é a indisponibilidade dos pais em aceitar a menina, o problema

não é a menina e suas peculiaridades; assim, se tivéssemos de encontrar um agente anti-social nessa cena, provavelmente esse agente seria o pai –já que seu ímpeto de sucesso na carreira tornava– o hostil à filha e a seus processos de desenvolvimento, exigindo dela o que ela não teria como oferecer a ele.

A intervenção de Winnicott visava um certo “reequilíbrio” entre os elementos anti-sociais e pró-sociais antiindividuais com que estava confrontado, sem recorrer a ideias como castração, extermínio ou internação permanente –remanejou os elementos, recorrendo ao que ele mesmo chamava de *placement*, que não tem por objetivo reduzir o quanta de sujeitos “não robustos”, mas sim garantir condições ambientais de desenvolvimento ao sujeito–. Assim, abre-se a possibilidade de ler o pensamento de Winnicott –mesmo aquele texto sobre democracia e mesmo considerando seu pendor retórico incomodamente pragmatista– em uma chave politicamente distinta da que oferecemos inicialmente (e uma chave mais favorável a Winnicott em termos da vocação política de seu pensamento).

Não convém ao recorte de nossa discussão entrar em maiores detalhes a respeito das concepções de sociedade em causa a partir de uma ou outra leitura do texto winnicottiano⁸; nosso interesse foi, como referido antes, demonstrar a pertinência de uma consideração específica acerca do pendor político da práxis clínica do psicanalista, tomando-a independentemente das posições e valorações sociais e políticas que ele mesmo possa professar. Uma consequência principal deriva disso: o psicanalista pode se considerar crítico e politicamente

8 Digamos apenas que é importante distinguir entre o papel da *norma* e o da *normatividade* no delineamento da liberdade e do desenvolvimento de um indivíduo no seio de uma sociedade –nesse sentido Winnicott parece ter afirmado uma perspectiva francamente alinhada à de Canguilhem, defendendo a importância da normatividade vital, e inscrevendo sua concepção da relação entre a saúde do indivíduo e a sociedade a que ele pertence na dependência desse determinante (Canguilhem, 2007; Estellita-Lins, 2007; Portocarrero, 2009)–. Nessa grade as concepções “liberal-totalitárias” de Winnicott assumem outro matiz: de um defensor do desenvolvimento dos potenciais individuais (para além, evidentemente, da meritocracia mais ingênua).

informado e, no entanto, atuar de forma reacionária, conservadora ou alienante em sua práxis clínica; o ideário e os pendores pessoais do psicanalista não formatam (para bem e para mal) sua práxis clínica. Assim, oferece-se uma perspectiva renovada de estudos interessados na relação entre psicanálise e política: indagar a clínica dos psicanalistas canônicos em busca de indicadores acerca de seu estatuto enquanto práxis social e politicamente inscrita e determinada. Isso pode ser feito tanto em relação aos autores canônicos (caso em que estaríamos pautados pelo material bibliográfico e de arquivo de que dispomos como fonte de informação acerca de sua clínica) como em relação aos psicanalistas contemporaneamente em exercício, como forma de interrogação acerca do impacto social e político da prática clínica exercida nos consultórios de nossas cidades.

Passamos, a seguir, à discussão da segunda perspectiva de interrogação acerca da relação entre psicanálise e política que pretendemos discutir nesse texto: trata-se da relação entre o psicanalista, a partir de sua produção intelectual, e o contexto social e político em que trabalha.

Lacan e as reverberações políticas de produções reputadas como clínicas

Como apontado acima, se não são frequentes os trabalhos que debatam as articulações entre o pensamento psicanalítico e teoria social baseados na obra de Winnicott, o mesmo certamente não pode ser dito sobre Lacan. Esse fato pode ser compreendido pelo caminho escolhido pelo psicanalista francês, que em seu “retorno a Freud” lançou mão de inúmeras articulações com outras áreas⁹, assim como se

9 Seja em suas incursões linguísticas e estruturalistas do período intitulado, por Milner (1996), de primeiro classicismo, em que o recurso a outras áreas sustentaria uma retomada da questão da cientificidade da psicanálise, como proposto claramente no Discurso de Roma (Lacan, 1953/1998); seja na reelaboração dessa questão, iniciada no seminário sobre os quatro conceitos fundamentais (Lacan, 1964/1973), com o deslocamento da questão sobre se “a psicanálise seria uma

pode afirmar que há uma tradição constituída de pensamento político que utiliza a psicanálise lacaniana como referência¹⁰. Trata-se, portanto, de um movimento iniciado por Lacan e continuado por autores posteriores, em que a articulação entre psicanálise e política ganha grande potência.

Entretanto, como assinalado no início deste artigo, nosso objetivo não é pensar as possibilidades abertas nesse tipo de articulação, mas justamente a importância da consideração do atravessamento político que pode ser reconhecido na emergência das teorizações e das intervenções clínicas. Para tanto, tomaremos em discussão um dos mais célebres textos de Lacan (1945/1998), “O tempo lógico e a asserção da certeza antecipada”. Tal texto já foi alvo de inúmeras discussões, uma vez que condensa um dos pontos de maior inovação e, consequentemente, de profunda desconfiança por parte de analistas de outras linhas, que consiste na instauração da variabilidade da duração das sessões, contrastando com os definidos cinquenta minutos tradicionalmente praticados. Tal discussão não nos interessa frontalmente, embora possa se reconhecer uma possibilidade de discussão de um atravessamento político: inúmeras vezes esse advento é acusado de ser uma simples artimanha de maximização da rentabilidade do tempo do analista, permitindo-o atender mais pacientes do que no modelo tradicional. Contudo, embora uma certa crítica possa ser feita em relação à confusão entre tempo lógico e “sessões curtas”, como bem indica Jorge (2000), não nos parece que uma discussão assim simplificadora, que reduz uma proposição tão central a uma questão

ciência” para “qual ciência comportaria a psicanálise”, reelaboração assumida e declarada em “A ciência e a verdade” (Lacan, 1965/1998), na localização de uma diferença em relação ao tratamento da verdade como causa pela psicanálise e pela ciência, diferença essa que potencializa o desenvolvimento de uma noção de impossibilidade de saber universal, cujo efeito sobre o modo de se pensar a política e o laço social é dramático, como pode ser visto na teoria dos discursos; ou mesmo na aposta da articulação com a lógica e a topologia.

10 Nessa esteira, encontramos tanto textos de psicanalistas que discutem o social, como supracitado Dunker (2015), ou Birman (1978/1998), por exemplo, como de autores de outras áreas que fazem uso da psicanálise, como Žižek, Badiou, Safatle, etc.

financeira, possa trazer grandes ganhos ao debate. Tomaremos, portanto, um caminho diverso, pensando possíveis influências de Lacan na escritura deste texto.

Esse texto é de grande interesse para nós, não somente por apresentar uma incisiva possibilidade de reflexão sobre o atravessamento político, mas também por ele mesmo discutir e propor avanços sobre o modo como se pensa o laço social. Se a postulação dos três momentos lógicos é considerada um marco no movimento de mudança do horizonte de cura da psicanálise, indicando o corte de sessão como um instrumento analítico (questão que depois será intensamente aprofundada na proposição do ato analítico), não podemos esquecer o fato de que Lacan, a todo momento, traz à cena o efeito disso na sociabilidade, inserindo-se criticamente em uma discussão sobre liberdade que era encabeçada, na época, por Jean-Paul Sartre. Mesmo que a referência a Sartre possa não dizer seu nome, colocada de modo furtivo “(...) não somos desses filósofos recentes para quem o cerceamento de quatro paredes é apenas um favor a mais para o segredo da liberdade humana” (Lacan, 1945/1998, p. 199), o embate é claro ao se tomar em consideração a conclusão à qual o texto se dirige¹¹, evidenciando o papel dos outros nas decisões de um sujeito. De fato, Lacan (1945/1998) realiza um esforço no sentido de promover a retroação de seus avanços para pensar uma vez mais o laço social, de modo que o último movimento do texto pode ser lido a partir desta chave:

Basta fazer aparecer no termo lógico dos *outros* a menor disparidade para que se evidencie o quanto a verdade depende, para todos, do rigor de cada um, e até mesmo que a verdade, sendo atingida

11 Como afirma Roudinesco (2011), Lacan “elaborou, por fim, uma doutrina da liberdade oposta à do existencialismo sartriano. Segundo ele, com efeito, o inferno não são os outros, uma vez que o acesso à identidade sempre supõe uma relação com o outro mediatizada pela Lei. Longe de ser fruto de uma decisão consciente, a liberdade deriva, assim, de um imperativo lógico, de natureza inconsciente, único a poder romper o pertencimento do sujeito à imagem de sua servidão. Em outras palavras, para ser livre é preciso ter noção das determinações que o inconsciente impõe à subjetividade” (p. 44).

apenas por uns, pode gerar, senão confirmar, o erro nos outros. E também que se, nessa corrida para a verdade, é apenas sozinho, não sendo todos, que se atinge o verdadeiro, ninguém o atinge, no entanto, a não ser através dos outros (p. 212).

Nessa toada, os últimos parágrafos do texto são dedicados à “lógica da coletividade”, aplicando assim os três momentos lógicos à questão de “o que é um homem?”. Tal questão percorre o caminho de que, embora seja impossível definir o que é, de fato, um homem, seria possível definir o que não é um homem, e reconhecer outros homens como semelhantes. Nesse sentido, a conclusão é de que a afirmação de ser homem se dá pelo medo de ser convencido de não ser homem. Após essa apresentação, Lacan (1945/1998) termina o texto com a seguinte afirmação: “Movimento que fornece a forma lógica de toda assimilação ‘humana’, precisamente na medida em que ela se coloca como assimiladora de uma barbárie e, no entanto, reserva a determinação essencial do [eu]...” (p. 213). Vemos, portanto, que a questão da temporalidade é colocada como inseparável do laço social, uma vez que a decisão de cada sujeito não pode ser separada da dos outros, embora também não seja possível pensar o coletivo como algo distinto das individualidades¹². Assim, a proposição de Lacan com este texto vai muito além da clínica, e mostra-se extremamente ousada ao defender que o laço social não deve ser entendido como respondendo a um referente externo que serviria como garantia, mas sim ser pensado a partir de uma coletividade que se enlaça com a individualidade de modo indissociável, de modo que a certeza se coloca como algo precipitado em cada sujeito, ao mesmo tempo em que o erro dos outros acarreta no erro individual também.

Podemos, portanto, afirmar em bases seguras a relevância social deste texto. Entretanto, qual seria a importância da política enquanto elemento atravessador de sua gênese? Afinal, pode-se afirmar (e muitas vezes as discussões desse texto se limitam a esse fato) que se

12 Vale lembrar que o texto termina, de fato, com uma nota de rodapé em que é feita uma referência a “Psicologia de grupo e análise do ego” (Freud, 1921/1996), recuperando a afirmação de que “o coletivo não é nada senão o individual” (Lacan, 1945/1998, p. 213).

trata de uma discussão marcadamente clínica, mesmo que apresente este final com foco na coletividade. Tal argumento poderia ser válido, uma vez que um texto acentuadamente clínico pode trazer discussões sobre o enlaçamento social, já que que essas duas dimensões não se separam completamente. Contudo, o que gostaríamos de discutir é que o acento clínico deste texto não deve ser sobreposto a sua incidência social, sendo necessário contemplar o peso do contexto em que ele foi produzido para a apreensão de sua significação enquanto *afirmação e posicionamento* por parte de Lacan.

Não somente o texto foi publicado em 1945, mas isso aconteceu a pedido de Christian Zervos, editor dos *Cahiers d'Art*, publicação interrompida durante a guerra e que em seu número de retorno convidou diversos intelectuais a escreverem sobre o período de 1940 a 1944, ou seja, sobre o tempo da guerra. É a esse convite que Lacan responde com o texto sobre tempo lógico, de modo que seria um pouco irresponsável desconsiderar uma contingência tão central em sua produção: não somente ele foi escrito logo após a guerra, como o tema do convite era o período de guerra em si, e a revista em que foi publicado não era de psicanálise ou psicopatologia, mas de artes. Nesse sentido, publicar um texto restrito ou focado na clínica seria absolutamente incoerente.

Aceitando o fato de que a discussão sobre laço social era, de partida, um dos objetivos do texto, podemos então nos debruçar sobre outro ponto mais interessante, a saber, qual teria sido o motivador da escrita de tal texto, ou ao menos em qual debate essa argumentação se encaixava, na época. Entendemos aqui a busca pelo motivador não como uma proposta de análise selvagem que buscaria compreender os motivos inconscientes da escrita de Lacan, mas sim o papel do referido texto no contexto em que foi produzido: problemas que tentava resolver, posicionamentos a serem marcados, questões a serem problematizadas, etc.

Uma primeira intuição indica algo bastante plausível: para além da discussão clínica e das considerações mais gerais sobre o funcionamento do laço social, Lacan teria neste texto o objetivo de pensar a barbárie, o Holocausto. Mais especificamente, o modo de funcionamento

da barbárie, assim como a questão sobre a possibilidade de existência em si da barbárie, ou seja: como humanos podem realizar atos tão monstruosos. Essa hipótese mostra-se pertinente, uma vez que a questão da barbárie fecha o texto, indicando como a própria ideia de “humanidade” traria em si sua negação como fator inescapável. O que podemos depreender sobre a tensão existente entre não se saber o que é um homem, reconhecer os outros (ou não) enquanto homens, e afirmar-se homem com medo de ser convencido de seu contrário, seria uma tentativa de generalização de um fator lógico que explicaria a possibilidade de algo tão bárbaro quanto o Holocausto enquanto uma potencialidade de um laço que não pode apresentar garantias.

Nesse sentido, partindo de uma das mais importantes análises do Holocausto, aquela de Arendt (1963/1999) chamada *Eichmann em Jerusalém*, vemos a centralidade de um discurso baseado na alienação a um referente externo que funciona como ideal privilegiado no enlaçamento social servindo, explicitamente, como base para justificar as atrocidades cometidas. Em outras palavras, a sustentação de Eichmann ao justificar seus atos por se dizer um sujeito kantiano, que estaria seguindo da melhor maneira aquilo que lhe foi ordenado, ou seja, realizando à risca o seu dever, esse tipo de argumentação demonstra diretamente o risco da crença de que pode haver um referente garantidor que justifique qualquer ação “em seu nome”. Nessa esteira, Lacan apontaria (deve-se notar, com quase vinte anos de antecedência) a necessidade de crítica de algo explicitado por Arendt, da crença em um ideal que justifique atos bárbaros, seja esse ideal qual for. Algo bastante coerente com o momento.

Junto a isso, há também outra dimensão a ser considerada, que diz respeito a “como” um evento desses poderia ter ocorrido. Esse é, a nosso ver, o grande trabalho do texto, em tensionar dialeticamente os processos de decisão, indicando por um lado a implicação e a responsabilidade de cada sujeito por seus atos, e por outro apontando a impossibilidade de que a verdade concluída por cada um seja totalmente independente das decisões dos outros.

Nesse caminho, deve-se considerar uma forte tradição de trabalhos que tentam dar conta não somente do fato de que muitos alemães

“não-nazistas” colaboraram com o regime, mas também que esse fato foi apontado em relação a muitas vítimas do Holocausto (judeus, ciganos, negros, etc.), que teriam, então, colaborado com sua própria morte.

Tomaremos aqui como exemplo a obra de Bauman (1989/1998), intitulada *Modernidade e Holocausto*, na qual o autor, influenciado por pensadores como Adorno e a própria Arendt, retraza minuciosamente fatores “corriqueiros” da vida tanto de judeus como de alemães, apontando como o modo de apresentação das possibilidades entre as quais era possível escolher levava a uma dinâmica em que a precipitação de decisões individuais criava um movimento de comportamento de massa, de modo que os indivíduos eram levados a tomar decisões “lógicas” com efeitos deploráveis. Nesse ponto, a afirmação de Lacan de que o erro dos outros pode levar o sujeito ao erro também se mostra novamente pertinente, e seu texto serve para explicar esse funcionamento em que um grupo age de modo absolutamente equivocado, mesmo que a maior parte dos sujeitos faça escolhas lógicas.

Considerando o caminho desenhado acima, seria possível atribuir ao texto lacaniano não somente uma fineza argumentativa ímpar, mas também um posicionamento político sólido e dificilmente atacável, uma vez que conseguiria, ao mesmo tempo, lançar luz sobre uma questão enigmática que se colocava no momento (como explicar que tal barbárie possa ter acontecido), e escapar a movimentos de excessiva culpabilização dos indivíduos envolvidos, mas sem retirar-lhes a responsabilidade. De fato, tal contribuição, realizada em um espaço curto de tempo (apenas um ano após o término da guerra), teria antecipado de maneira notável os trabalhos que se dedicam a essa questão, especialmente se considerarmos que antecedeu Arendt em quase vinte anos, e Bauman em mais de quarenta. Contudo, não nos parece seguro ter o autor assim em tão alta conta. O alcance e a abrangência desse texto podem também tomar outra dimensão, não tão nobre quanto as anteriores, e que colocariam questões importantes ao se pensar os possíveis efeitos daquilo que se propõe.

Tal ressalva se faz necessária especialmente se tivermos em conta um curioso fato, de que não se trata de uma referência muito difundida, pouco retomada nas análises posteriores, o que talvez indique

alguma outra inserção possível do texto, que colocaria em questão o valor dessas articulações. De fato, há um terceiro debate a ser considerado nesse contexto, que se mostra ainda mais próximo e contundente para o autor: o embate entre a resistência francesa e o colaboracionismo da república de Vichy.

Não se sabe exatamente qual foi o posicionamento de Lacan durante a guerra, tendo-se acesso mais a rumores do que a fatos seguros. O que se pode afirmar, entretanto, é que ele não se marcou em nenhum dos lados, nem como um colaboracionista, tampouco como um resistente¹³. O que significa que, se por um lado não foi atrelado ao grupo daqueles condenados e execrados, por outro também parece haver um incômodo silêncio em seu posicionamento.

Nesta chave, não é difícil articular as proposições presentes no texto em questão a esse silêncio, fato que poderia até sugerir um ranço justificatório (ou mesmo um ato de responsabilização) na escolha da publicação nesse contexto. As implicações da proposição do tempo lógico poderiam, assim, explicar tanto o erro dos colaboracionistas, como também uma posição de reserva em relação ao que acontecia, um silêncio do qual inúmeras figuras foram acusadas, particularmente por aqueles que participaram ativamente da resistência.

Em relação a isso, a supracitada crítica que Lacan faz a Sartre parece dar consistência à hipótese, não somente pelo fato de Sartre ter sido um personagem importante na resistência francesa, mas também se levarmos em consideração que o livro ao qual a crítica claramen-

13 “Sem ser resistente, Lacan manifestou claramente sua hostilidade a todas as formas de antissemitismo e racismo. Tinha horror a tudo que se ligasse, de perto ou de longe, ao colaboracionismo. Isso não impediu os antilacanianos radicais de transformá-lo num colaboracionista, num vichysta e num pétainista, até mesmo num antissemita, e os lacanianos, seus idolatras, de inventar-lhe um heroico passado de resistente. Um deles chegou a imaginar que Lacan era judeu e que, sob tal pseudônimo, dissimulava a verdadeira identidade: Lacanovitch. Tese perniciososa, uma vez que tenta atualizar a idéia de que a psicanálise seria uma ‘ciência judaica’ cuja renovação não poderia ser assumida senão por um judeu” (Roudinesco, 2011, p. 43).

te se dirige, *O muro* (Sartre, 1939/2015), é uma obra que trata diretamente dessa questão. Não nos interessa, contudo, julgar qual foi ou deixou de ser o posicionamento do psicanalista durante a guerra (inclusive porque pouco se sabe sobre isso), mas sim ter presentes esses atravessamentos na leitura do texto, o que pode contribuir para enriquecer o debate.

Partindo do caminho percorrido com o texto lacaniano, é possível afirmar que a análise dos atravessamentos políticos traz elementos centrais para que se possa explorar todas as possibilidades do escrito. Tal importância se dá, num primeiro momento, pela constatação de que não se trata de um texto de interesse totalmente clínico, ao contrário, que a discussão sobre o laço social é central. Num segundo momento, vê-se que o texto permite pensar dois fatores importantes na consideração do laço: por um lado, a impossibilidade de definição de um referente externo positivo que funcione como instância ética garantidora do laço social, e as possíveis consequências da crença em um referente desses (ou seja, da negação dessa impossibilidade); por outro lado, o funcionamento lógico que se faz presente nesse processo, que implica a responsabilidade de cada sujeito, mas a impossibilidade de independência total da atuação dos outros.

Num terceiro momento, entretanto, vemos alguns possíveis efeitos dessa constatação, que indicam o caráter problemático de uma retirada do campo da política, seja da atuação do sujeito, seja da construção da teoria. Afinal, a ausência de um referente externo garantidor também pode ser entendida como a impossibilidade de apagamento da contingência na gênese do saber, de modo que a responsabilidade do sujeito por aquilo que fala e produz é incontornável. Essa questão, contudo, só será desenvolvida mais a fundo por Lacan alguns anos depois, como podemos ver em sua afirmação de que a psicanálise reintroduziria o Nome-do-Pai na consideração científica (Lacan, 1965/1998). Deve-se considerar também outra questão que se faz incontornável na transmissão de Lacan: sobre o ato, que carrega sempre uma aposta, um desconhecido, e responsabilidade. Talvez se trate de uma elaboração longa, mas que se faz necessário a partir de um texto que pode ser lido tanto como uma análise do nazismo, quanto como uma compreensão do silêncio frente o colaboracionismo francês.

Conclusão

Vê-se que as duas análises apresentadas acima propõem trajetórias analíticas diferentes: abordando a inscrição sócio-política dos gestos clínicos e sua irredutibilidade à retórica social e política do clínico em apreço, no caso de Winnicott, e a proliferação de frentes analíticas renovadoras diante do questionamento acerca da intertextualidade contextual das produções escritas e faladas dos clínicos, no caso de Lacan. Nos dois casos, no entanto, aposta-se em um mesmo movimento analítico de base: a articulação da psicanálise com a política a partir da produção reputada como eminentemente clínica.

Nosso interesse, nessa medida, consiste em apontar para a necessidade de superação da cisão consagrada na tradição, segundo a qual o campo “psicanálise e política” diz respeito ao interesse daqueles psicanalistas que se interessam pelo tema, fazendo com que a política seja uma espécie de especialização ou campo de interesse privilegiado. Acreditamos que é necessário resgatar a dimensão inevitável da inscrição política da práxis, e fazê-lo em relação à clínica parece uma forma de promover um debate que cremos oportuno: qual o papel da psicanálise –tomada enquanto atividade clínica– na tessitura da trama política contemporânea? Quando o psicanalista vai ao consultório, o que isso significa em termos de práxis? Parece-nos insuficiente e insatisfatório o posicionamento segundo o qual a prática clínica é uma práxis burguesa e alienante, assim como nos parece insuficiente o posicionamento segundo o qual a prática clínica é libertadora já que valoriza a singularidade, o sujeito e a ética do desejo.

Nossa proposta com esse texto, portanto, foi apresentar esse território, defender sua pertinência e analisar episódios históricos que nos parecem ratificar nosso posicionamento. Tomamos exemplos relacionados a autores canônicos em psicanálise por entendermos que essas figuras (Lacan e Winnicott, nesse texto) oferecem-se como figuras de identificação aos psicanalistas em suas práticas cotidianas, e porque trata-se de figuras e cenas conhecidas e estudadas largamente; nosso entendimento, no entanto, é que cenas e eventos como os analisados acima se produzem cotidianamente, com suas dissensões e articulações entre os discursos dos psicanalistas e suas atividades clínicas

–nosso convite é que essas dissensões e articulações sejam indagadas e postas em movimento, em nome da política, da clínica e da indissociabilidade entre elas.

Em última instância, o trabalho dessas aparentes contradições que pudemos apresentar leva a uma conclusão importante: a negação da dimensão política que atravessa a clínica em suas entranhas, mais do que um mero detalhe circunstancial, pode ter efeitos gravíssimos. Frente a isso, o tratamento dessa indissociabilidade não constitui somente um exercício de pensamento, mas uma postura ética, um trabalho de “suspeita” nas palavras de Ricoeur (1965), sem o qual corremos o risco de perder de vista a amplitude de nossos atos.

Bibliografía

- Abram, J. (2013). *Donald Winnicott Today*. London: Routledge.
- Agamben, G. (2010). *Homo sacer: o poder soberano e a vida nua I*. Belo Horizonte: Editora UFMG.
- Akimoto, C. (2016). *Potencial iatrogênico da psicanálise* (Dissertação de Mestrado defendida no Instituto de Psicologia da Universidade de São Paulo). Universidade de São Paulo, Brasil.
- Arendt, H. (1963/1999). *Eichmann em Jerusalém*. São Paulo: Cia das Letras.
- Bauman, Z. (1989/1998). *Modernidade e Holocausto*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editora.
- Birman, J. (1978/1998). Demanda psiquiátrica e saber psicanalítico. Em S. A. Figueira, *Sociedade e doença mental* (pp. 205-225). Rio de Janeiro: Campus.
- Canguilhem, G. (2007). *O normal e o patológico*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- Cohen, P. (30 de outubro de 1998). Homo sapiens 1900. [Arquivo de vídeo]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=qaX5s4wFHmk>
- Jorge, M.A.C. (jan-jun de 2000). Usos e abusos do tempo lógico. *Ágora: Estudos em Teoria Psicanalítica*, 3(1), 9-23.
- Dunker, C. (2015). *Mal-estar, sofrimento e sintoma. Uma psicopatologia do Brasil entre muros*. São Paulo: Boitempo.
- Durkheim, E. (1893/2010). *Da divisão do trabalho social*. São Paulo: Martins Fontes.
- Estellita-Lins, C. (2007). Saúde e doença na psicanálise: sobre Georges Canguilhem e Donald W. Winnicott. Em B. Bezerra & F. Ortega (Co-

- ords.), *Winnicott e seus interlocutores* (pp. 363-390). Rio de Janeiro: Re-lume Dumará.
- Forrester, J. (1997). *Truth games: lies, money and psychoanalysis*. London: Harvard.
- _____. (1997a). *Dispatches from the Freud wars*. London: Harvard.
- Freud, S. (1921/1996). Psicologia de grupo e análise do ego. Em *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud* (pp. 77-154). Rio de Janeiro: Editora Imago.
- Honneth, A. (2003). *Luta por reconhecimento*. São Paulo: Ed. 34.
- Lacan, J. (1945/1998). O tempo lógico e a asserção da certeza antecipada. Em *Escritos* (pp. 197-213). São Paulo: Jorge Zahar Editora.
- _____. (1953/1998). Instância da letra no inconsciente ou a razão desde Freud. Em *Escritos* (pp. 496-533). São Paulo: Jorge Zahar Editora.
- _____. (1964/1973). *Le Séminaire - livre XI: Les quatre concepts fondamentaux de psychanalyse*. Paris: Seuil.
- _____. (1965/1998). A Ciência e a Verdade. Em *Escritos* (pp. 869-892). São Paulo: Jorge Zahar Editora.
- Milner, J.-C. (1996). *A obra clara*. São Paulo: Ed. Zahar.
- Mizrahi, B.G. (2010). *A vida criativa em Winnicott: um contraponto ao biopoder e ao desamparo no contexto contemporâneo*. Rio de Janeiro: Garamond.
- Phillips, A. (2005). *Louco para ser normal*. Rio de Janeiro: Ed. Zahar.
- Portocarrero, V. (2009). *As ciências da vida de Canguilhem a Foucault*. Rio de Janeiro: Fiocruz.
- Ricoeur, P. (1965). *Da interpretação: ensaio sobre Freud*. Rio de Janeiro: Ed. Imago.
- Rodman, F. (2003). *Winnicott: life and work*. Cambridge: Da Capo Press.
- Roudinesco, E. (2011). *Lacan: a despeito de tudo e de todos*. São Paulo: Jorge Zahar Editora.
- Sartre, J.-P. (1939/2015). *O muro*. Rio de Janeiro: Ed. Nova Fronteira.
- Silva Junior, N. (2000). Metodologia psicopatológica e ética em psicanálise: o princípio da alteridade hermética. *Revista Latinoamericana de Psicopatologia Fundamental*, III(2), 129-138.
- Souza, C. & Coelho, D. (jan-abr. de 2012). O neutro em psicanálise: da técnica à ética. *Fractal: Revista de Psicologia*, 24(1), 95-110.
- Stavrakakis, Y. (1999). *Lacan & the political*. Oxon: Routledge.
- Winnicott, D. (2005). *A família e o desenvolvimento individual*. São Paulo: Martins Fontes.
- _____. (2005a). *Tudo começa em casa*. São Paulo: Martins Fontes.
- _____. (2005b). *O gesto espontâneo*. São Paulo: Martins Fontes.
- _____. (2005c). Algumas reflexões sobre o significado da palavra “democracia”. Em *Tudo começa em casa* (pp. 188-204). São Paulo: Martins Fontes.

_____. (2005d). Os efeitos da psicose sobre a vida familiar. Em *A família e o desenvolvimento individual* (pp. 89-100). São Paulo: Martins Fontes.

_____. (2010). *Playing and reality*. London: Routledge.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artigo (APA):

Beer, Paulo Antonio de Campos – Cavalcanti Franco, Wilson de Albuquerque (2017). Da indissociabilidade entre clínica e política em psicanálise . Revista *Affectio Societatis*, 14(27), 157-179. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

ENTRE EL MITO Y EL ENIGMA: UNA APROXIMACIÓN AL GOCE EN *LOS PECADOS DE INÉS DE HINOJOSA*

Carlos Germán Celis Estupiñán¹

Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia

ccelis2@unab.edu.co

ORCID: 0000-0002-5319-0114

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a09

“Por eso quienes presenciaban la marcha de Inés sentían, en silencio, que estaban ingresando a la historia junto con una mujer tan bella como infame y desgraciada”.

Próspero Morales Pradilla, *Los pecados de Inés de Hinojosa*

Resumen

El siguiente estudio presenta un análisis de la obra *Los pecados de Inés de Hinojosa*, del escritor colombiano Próspero Morales Pradilla. Se propone, como vector analítico, elucidar la mítica y lo enigmático del goce, a través de un esfuerzo epistémico que implica el encuentro entre Literatura y Psicoanálisis. Se ocupa de rastrear

diferentes momentos de la vida del personaje Inés de Hinojosa, en los que se expresa ese modo de satisfacción paradójica que la llevó a la muerte y que Jacques Lacan llamó “goce”.

Palabras claves: mito, enigma, goce, literatura colombiana.

1 Psicólogo, Universidad Autónoma de Bucaramanga. Maestría en semiótica, Universidad Industrial del Santander. Profesor e investigador Universidad Autónoma de Bucaramanga. Director del grupo de investigación Violencia, Lenguaje y Estudios Culturales. Asociado Nueva Escuela Lacaniana. NEL Medellín.

BETWEEN MYTH AND ENIGMA: AN APPROACH TO JOUISSANCE IN *LOS PECADOS DE INÉS DE HINOJOSA*

Abstract

This paper presents an analysis of the novel *Los pecados de Inés de Hinojosa*, by the Colombian writer Próspero Morales Pradilla. It proposes, as an analytic vector, to clear up the mythicalness and enigmas of *jouissance* by means of an epistemic effort derived from the encounter between Literature and Psychoanalysis. It traces di-

fferent moments in the life of the character Inés de Hinojosa which express the paradoxical satisfaction that took her to death and that Jacques Lacan named "*jouissance*".

Keywords: myth, enigma, *jouissance*, Colombian literature.

ENTRE LE MYTHE ET L'ÉNIGME : UNE APPROCHE DE LA JOUISSANCE DANS LE ROMAN *LOS PECADOS DE INES DE HINOJOSA*

Résumé

Cette étude présente une analyse du roman "Los pecados de Inés de Hinojosa", de l'écrivain colombien Próspero Morales Pradilla. La question directrice de l'analyse et d'élucider la mythique de l'énigmatique *jouissance* féminine grâce à un effort épistémique impliquant la rencontre entre Littérature et Psychoanalyse. L'analyse

enquête sur les différents moments de la vie du personnage d'Inés de Hinojosa, dans lesquels se manifeste ce mode de satisfaction paradoxal qui a entraîné sa mort et que Jacques Lacan a appelé «*Jouissance*».

Mots clés : mythe, énigme, *jouissance*, littérature colombienne.

Recibido: 15/04/16 • Aprobado: 20/07/16

Introducción

La fascinación que produce el significante Inés de Hinojosa contiene mucho del enigma femenino. El siguiente estudio pretende realizar una indagación en torno a este personaje, que resulta de un entrecruzamiento entre la historia y la ficción. Con este precedente, se propone arrojar algunas luces reflexivas acerca de la mítica que se despliega en la obra literaria *Los pecados de Inés de Hinojosa*, en torno a lo enigmático del goce, que hace de la heroína de esta historia un ser agalmático, que se mueve entre lo sagrado y lo profano.

Para este fin, se propone una exploración acerca de lo que hizo posible la emergencia de la obra, que sin duda constituye un ícono de la narrativa colombiana del siglo XX y, en este caso, se concentra en narrar el acontecer de los inicios de la historia de Colombia. No se trata propiamente de la historia de los historiadores, la de la gesta conquistadora, los caudillos y la oficialidad, sino de la emergencia de un personaje que se desliza por entre las fisuras para mostrar la cotidianidad, el imaginario del siglo XVI. El relato gira alrededor de una mujer tan india como española, una hija legítima del mestizaje, que deja notar la forma en que se encuentran los ideales de la civilización española en medio de una tierra tan pródiga como cándida, tan maliciosa como colmada de las excentricidades de la fe católica.

Para esta indagación, se propone como dispositivo analítico el concepto de “goce”, tomado de la apuesta teórica realizada por el psicoanalista francés Jacques Lacan, así como algunos avances que, alrededor del tema, han nutrido la investigación psicoanalítica de fenómenos que constituyen el síntoma social. Sobre esta base, la noción de mito resulta un elemento articulador y, por tanto, metodológico, entre Literatura, Psicoanálisis y la lectura de la novela objeto de investigación, orientada por la hipótesis de que en la heroína de este relato es posible esbozar algunos trazos analítico-interpretativos, que acerquen a la comprensión del enigma de la feminidad en relación al goce que la habita, bordeado por la fascinación que produce la singularidad del modo de gozar y de sufrir que encarna.

El nombre Inés de Hinojosa, aún siempre al pecado, hizo marca en el imaginario colombiano, a partir de una producción televisiva

que, a finales de los años ochenta, puso en la vista de algunos y en el recuerdo de muchos la imagen de una mestiza voluptuosa, entregada al goce, a la carne. Esto, incluso, hizo de la actriz que la representaba un ícono de la belleza, la seducción y el placer, fama que aún persiste. El inicio de la telenovela daba consistencia a una imagen en la que, junto al nombre, se posaba una máscara del diablo, incitando con la idea de la bella mujer demonio consumiéndose en las llamas de un placer que se sitúa más allá de lo permitido. Alrededor de esto se producía fascinación y expectativa sobre un personaje femenino que se revelaba como portador del enigma sexual.

Encarnaba la promesa de un saber sobre el placer que convoca al humano y no deja de ser sorprendido ante el angustiante encuentro con la insatisfacción, que se aloja en lo que Lacan pone al descubierto es la no coincidencia entre los sexos. En este caso, y como orientador del análisis de esta pieza literaria, vale retomar el comentario que hace Lacan (1969-70/1992) sobre Oseas, cuando refiere que “la prostitución es más o menos todo lo que le rodea, todo el contexto. Lo que descubre el discurso del amo es que no hay relación sexual” (p. 122). En este sentido, “(...) se espera que se perciba que la revelación que nos aporta el saber neurótico no es otra cosa que la que se articula como *no hay relación sexual*” (Lacan, 1971/2009, p. 153), y para el estudio que se propone, es este borde de prostitución y desencuentro entre los sexos lo que configura a Inés de Hinojosa, en tanto mito y enigma.

El ser humano, en tanto ser hablante, al ser tomado por la palabra, queda ante la experiencia de un cuerpo agujereado por la insatisfacción, por la constatación de que siempre algo le hará falta. Agujero que cada quien intenta colmar con su inconsciente saber subjetivo del amor y, por tanto, con la ilusión de encontrar alguien que al fin se haga cargo de su fractura. Freud descubrió que la sexualidad humana no está al servicio de la reproducción, como en otras especies animales, sino que se juega en una insistencia que ya no es instintiva y que inscribió en lo que llamó el mito de las pulsiones.

Así mismo, en 1915, señaló que la pulsión es

un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen

del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (Freud, 1915/2008, p. 117).

En esta vía se trata entonces de una imposición, un impulso que busca su propia satisfacción, por encima de lo que un sujeto considere bueno para sí. Por eso esa satisfacción es de carácter mortífero e insistente, cada vez quiere más, esa es la paradoja humana de que también, a nivel de la pulsión, es posible encontrar placer en la insatisfacción, un placer que, como dice Lacan (1969-70/1992), “Se empieza con las cosquillas y se acaba en la parrilla. Esto también es goce” (p. 77).

Esta manera tan propia de dar cuenta del modo en que se inscribe el par antitético satisfacción/insatisfacción en el psiquismo humano, y que Lacan llamó goce, es el que se intenta rastrear bajo la forma en que es testimoniado por el personaje Inés de Hinojosa, a través de la marca de goce que inaugura su cuerpo, que es su historia, como la de todo ser hablante que sufre y que goza.

Condiciones de emergencia

Es propio de la llamada novela histórica ocuparse de dar lugar a narraciones que den cuenta de los hechos fundacionales de una colectividad. Para Ricoeur, en el debate entre historia y ficción hay una cuestión metodológica que hace la diferencia, y es el modo en que se trata la disimetría existente entre la objetividad y la subjetividad. En este sentido, entiende por objetivo “lo que el pensamiento metódico ha elaborado, ordenado, comprendido y lo que de este modo puede hacer comprender” (Ricoeur, 1990, p. 23).

Esta concepción es aplicada a las ciencias biológicas y físicas, así como constitutiva de la verdad de la historia. Por lo tanto, se espera del relato histórico que se oriente hacia el pasado de las sociedades humanas en esa perspectiva de la objetividad. En este sentido, se trataría de que la subjetividad del historiador esté implicada en lo que se espera de la objetividad, es decir, que la historia sea historia de hombres, que ayude al lector a construir la subjetividad de alto rango,

a saber, la estructura de las instituciones a las cuales vincula su identidad, así como a construir la propia.

Ahora bien, la subjetividad revela un problema, y es que el atravesamiento del lenguaje y la factura del acontecimiento, al ser narrados, pasan por el sujeto investigador-escritor, es decir, “por el yo de los padecimientos, los odios, las requisitorias” (Ricoeur, 1990, p. 32). Para Ricoeur, no hay historia sin el *pathos* humano, pues el narrador le presta a la historia su manera particular de narrar para que luego se efectúe de manera singular en el lector. De este modo, puede hablarse de la historia como un advenimiento de sentido, que es también el advenimiento del hombre, es decir, una cierta confluencia entre la historicidad de la razón y el significado de la historia como un lugar para la intersubjetividad.

Es en esta vía que puede pensarse que la obra que motiva esta reflexión convoca una manera de contar la historia con acento en un personaje que no brilla por su lugar protagónico en la gesta colonizadora, o por su inscripción en los valores que la sostenían, sino, al contrario, por una subversión que en la historia difícilmente tendría lugar, pues se trata del *pathos* mismo que la historia prefiere relegar y dejar en el plano de la ficción. Allí donde es posible contar la cotidianidad de las intrigas, los desencuentros del amor secreto, la pasión de la carne que se revela ante el cristianismo colonizador y temerario.

La ficción permite ensayar un rodeo por la vida del autor, explorar las condiciones en que emerge la obra, al margen de la institucionalidad que le define a la historia la dignidad de lo que merece ser contado. En este orden, es posible rondar la subjetividad de quien, a través de su escritura, presenta una síntesis literaria de hechos históricos, tal vez sin gran valor para la historia, quizá por ser la marca de sus yerros, pero invaluable si se trata de bordear una identidad narrativa.

Los pecados de Inés de Hinojosa fue escrita por el tunjano Próspero Morales Pradilla, luego de una exhaustiva investigación, que le llevó cerca de doce años. Finalmente, fue publicada en 1986. El autor, nacido en 1920 en la ciudad donde tuvieron fatal y justiciero desenlace los pecados de doña Inés, rescata este personaje de las crónicas que

escribe don Rodríguez Freyle en *El carnero*. Se trata de la historia de una mestiza, de madre india y padre español, que llega a Tunja desde Carora, Venezuela, siguiendo su aciaga idea del amor, buscando la manera de realizarlo junto a un hombre que la hiciera sentir admirada, amada, respetada. Siempre en busca de un más de satisfacción que entendía como amor y que no encontró en el otro.

Este personaje se inmortaliza en la pluma de un colombiano que estudió Derecho y tuvo una amplia trayectoria en el periodismo y la literatura, a través de la publicación de crónicas, teatro, cuentos y ensayos. Se abrió camino en la novelística con su obra *Perucho*, recibida por la crítica como dotada de una escritura audaz y talentosa. También ocupó cargos de representación política y diplomática en Cuba y Chile. Luego de diversos viajes y trabajos, en 1983 se decidió a formalizar lo que fue una pasión, que lo acompañó a lo largo de su vida.

Comenta su hijo, el periodista Antonio Morales, en una semblanza de su padre, que en la Tunja de su infancia, la fría y conventual de los años veinte, cada vez que hacía algo mal visto a los ojos de los mayores lo reprendían diciéndole que se parecía a Inés de Hinojosa. Y parece que así nació un amor por este personaje del siglo XVI, que producía fascinación en los hombres y una odiosa y horrorosa admiración en las mujeres, que hizo leyenda. Esto lo condujo, ya en su madurez, por los caminos de la investigación del tiempo de Felipe II. Escudriñó a los cronistas de la colonia, los archivos de indias, incluso realizó exploraciones anecdóticas sobre la ropa interior de la época, las formas del castellano que se hablaba, así como a recordar los senderos de Tunja y sus alrededores, captando el sentir pasional de su infancia y los pecados de Inés.

A partir de lo anterior, es posible hacer un contrapunto con el autor, que bien puede ser la elaboración de un recuerdo de infancia, una cierta mitología subjetiva, la configuración de una imagen inolvidable que hizo marca en la historia singular, pero que se expresa en la trama con los desvelos de la ficción. Las aventuras y amoríos de Inés estaban en boca de toda Tunja, matizadas de mojigatería, con el encanto de lo que no se puede decir y que se va filtrando en la vida cotidiana. Se cuenta que, en una ocasión, Doña Mencia de Figue-

roa, familiar del fundador, una de las más encumbradas damas de la sociedad tunjana, pasó por la calle del Ventorrillo con paso agitado y gritando “¡es el colmo, es el colmo!”. Llevaba a su nieta de diez años de una oreja, quien tenía las enaguas untadas de barro, y fue sorprendida por su abuela jugando a ser Inés de Hinojosa, mientras unos muchachos le decían “¡Bravo Inésita, súbete la falda!”. Doña Mencia ya había dado azote a la pequeña Rosalía como una forma de “(...) calmar la ira de una dama atosigada por los pecados de la ciudad, porque si a los diez años de edad se juega a Inés de Hinojosa ¿Qué puede pasar a los veinte?” (Morales, 2003a, p. 285).

A lo largo de las más de seiscientas páginas se narran escenas estructuradas en la historia, pero contadas con rigor, elegancia y la jocosa naturalidad con que la literatura puede desnudar la hipocresía. Esta novela ha sido traducida al inglés, al alemán, al ruso y al húngaro. Próspero Morales Pradilla murió en Bogotá el 1 de septiembre de 1990, y deja a Colombia un legado literario que permite una lectura más amable de la historia, llena del humor que subvierte arribismos y los anquilosados abolenos que aún hoy quieren hacerse valer como síntoma del desprecio por nuestros orígenes indígenas, que por años han llevado la marca de la exclusión.

Al respecto, hay varios momentos en la novela, entre los que vale destacar cuando es convocado el señor presidente Don Andrés Venero de Leiva para hacer justicia ante las ignominias sucedidas en Tunja, y en las que está implicada Inés. Al indagar hondamente sobre el caso y al ver la manera en que son tratados los indios, Don Andrés reflexiona y dice con convicción “(...) que el gobierno del Nuevo Reino se basaba en administrar justicia contra los delincuentes españoles y recordar a Fray Bartolomé de Las Casas frente a los indios” (Morales, 2003a, p. 334). Y, más adelante, se cuenta que, cuando los indios se enteraron de que alguien vendría a administrar la justicia del rey, decidieron hacer presencia para mirar de qué se trataba tal justicia. El presidente sonrió ante la única pregunta del jefe indio “-¿Cómo llaman a vuesa merced? -El presidente Venero de Leiva -Gracias Amo veneno” (Morales, 2003a, p. 342). Los españoles rieron ante la equivocación del indio; sin embargo, él y sus acompañantes pensaron que era por la gracia que encontraban en sus corazones.

Consideraciones metodológicas

La relación existente entre Literatura y Psicoanálisis ha sido de vital importancia, tanto en la investigación psicoanalítica como en la crítica literaria. En la historia del Psicoanálisis, en particular en la obra de Freud, es posible rastrear la importancia que, desde siempre, reconoció a los poetas respecto de su conocimiento acerca del alma humana. La labor científica de Freud estuvo marcada por el *pathos* literario. Desde sus inicios la escucha de lo que le revelaban sus pacientes, acerca de la intimidad de su sufrimiento, le permitía aproximarse a la influencia del sentimiento trágico. En una carta a su amigo Fliess, del 15 de octubre de 1897, le menciona la importancia de la niñez y, en especial, los celos infantiles que el niño dirige hacia uno de sus progenitores. Esto le permite elucidar la consistencia estética y psíquica que signa la trascendencia de obras como *Edipo Rey* y *Hamlet*, a quienes la culpa y la conciencia moral los empujan a cometer crímenes como una forma de resolver tendencias inconscientes que se les presentan como inconciliables (Freud, 1897/2007).

En este sentido, puede señalarse que el Psicoanálisis se deja enseñar por los poetas, y ofrece un dispositivo conceptual de gran rigor epistémico que permite analizar las modalidades de satisfacción e insatisfacción que están en la base de los motivos humanos. Así, resulta de vital importancia metodológica para este trabajo señalar dos elementos que Freud (1932/2006) expone al inicio y al final de la conferencia 33, “La feminidad”.

En primer lugar, cuando advierte que “El enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos (...)” (Freud, 1932/2006, p. 105), lo cual ha dado lugar a quebraderos de cabeza que no resuelven lo problemático de la diferencia sexual desde el campo de la anatomía. En segundo lugar, y en razón a lo anterior, invita a que si se quiere saber más acerca de la feminidad “(...) inquieran a su propias experiencias de vida o diríjase a los poetas (...)” (Freud, 1932/2006, p. 125). Ahora bien, la cuestión del enigma, entendido según la Real Academia Española (2001) como un “dicho o conjunto de palabras de sentido artificiosamente encubierto para que sea difícil de entender o interpretar” (p. 917), es lo que permite vincular el mito, ya que, para La-

can (1969-70/1992), su verdad solo se sostiene en un "(...) medio decir que es la ley interna de toda clase de enunciación de la verdad y lo que mejor encarna esto es el mito" (p. 116). Acercarse a la mítica y lo enigmático del goce, a través de la literatura, permitirá una aproximación hipotética que, pese al "medio decir", pueda dar lugar a una lectura que haga más fructífera la relación entre Psicoanálisis y Literatura.

Por lo anterior, no se trataría, por lo menos en este caso, de usar la obra para dar cuenta del psiquismo del autor, no se niega que quien escribe está íntimamente implicado en su fantaseo con el objeto de su narración; sin embargo, se privilegia la producción de una hipótesis que funcione como un dispositivo de contraste. Es decir, la hipótesis orienta un modo particular de leer, que implica al investigador y que opera como controlador de la interpretación a través del encuentro entre los conceptos y la obra, que despliega formas de la subjetividad, no solo de una época en particular sino de lo que podría ser más propio del psiquismo humano expresado a través de los personajes.

En este orden de ideas, la apuesta analítica de leer *Los pecados de Inés de Hinojosa* desde lo mítico y lo enigmático del goce, se orienta en el mito en tanto "medio decir" con relación a la verdad, y al goce en tanto concepto, pero no se trata de hacer encajar los conceptos en la novela o viceversa, sino de intentar elucidar cuestiones acerca del modo en que tiene lugar el goce que se juega en el personaje. El mito no es un concepto propiamente psicoanalítico, pero es posible hacer entrecruzamientos entre su valor explicativo, acerca de los fenómenos que interrogan a una colectividad, así como con las indagaciones sintomáticas que hace un sujeto acerca de la génesis de su manera de lidiar con su vacío estructural, del que deviene una manera singular de estar en el mundo. Esto, puede decirse, origina su mítica inconsciente con la que se dirige al otro, construye sus expectativas y enfrenta los momentos de angustia.

Ese modo singular es el fantasma que inaugura su mitología, su manera de sufrir, de gozar, y, desde la ficción literaria, como marca de la verdad subjetiva, se entiende que

El mito es lo que da una forma discursiva a algo que no puede ser transmitido en la definición de la verdad, porque la definición de la

verdad sólo puede apoyarse sobre ella misma y la palabra en tanto que progresa la constituye (Lacan, 1985, p. 39).

Con esta orientación se busca construir, en la manera de leer, una forma de hacer emerger marcas de la subjetividad que está inscrita en el personaje Inés de Hinojosa. Por lo tanto, se privilegiarán sus dichos en lugar de lo que otros personajes pueden decir de ella, cuestiones que están más cercanas a los imaginarios que su presencia desata que a lo que ella dice y siente de sí misma. También se tendrá en cuenta lo que dice el narrador, pero no como signo de goce sino como orientador o borde del psiquismo del personaje.

Cuando Freud (1922/2008) define el psicoanálisis en su texto "Psicoanálisis y teoría de la libido", dice que es un procedimiento de indagación sobre procesos anímicos a los que difícilmente se accede por otras vías. También señala que es un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas y, finalmente, una teoría que se ha ido construyendo a través de esta disciplina científica. Lo anterior, permite entender que los conceptos se han construido a través de la práctica clínica, por tanto, no funcionan como una rejilla que se aplica y arroja un resultado.

Se trata más bien de producir un nuevo modo de decir que actualice el saber, a partir de lo que ya ha sido dicho. Esto le da a la investigación psicoanalítica, en relación a la literatura, un carácter heurístico que está a la caza de lo que "Lo inconsciente", de manera creadora y sorprendente, aloja en lo por decir a través de la letra y la palabra, que en este caso se expresa por medio del personaje Inés de Hinojosa. Así mismo, es necesario no tomar los conceptos como categorías acabadas sino como efecto de la relación con otros conceptos, que fortalecen su valor explicativo y que deben ser contrastados de manera constante.

En este sentido, es necesario aclarar que la noción de goce no hace parte del psicoanálisis freudiano, pero sin él no habría sido posible. Como se mencionó en el apartado anterior, la obra *Los pecados de Inés de Hinojosa* ha sido, puede decirse, un objeto de goce, es decir, produce fascinación y horror, incitación y rechazo, y esto por efecto de su personaje principal. Este aspecto deja notar que la obra de arte ha

provocado gran curiosidad y expectación, precisamente por el carácter de prohibición que encarna el goce que en Inés se instala, y parece que “(...) constituyera un punto en donde algo del sujeto se satisface en su propio mal” (Salas & Gallo, 2001, p. 34).

El concepto de goce es un aporte de Jacques Lacan que, con base en la satisfacción pulsional descubierta por Freud, formaliza ese *plus* de satisfacción que arroja al sujeto a un saldo de insatisfacción que lo desconcierta. Lacan (1959-60/2009), en el seminario 7, “La Ética del psicoanálisis”, dice que el goce da cuenta de una satisfacción paradójica que el sujeto obtiene de su síntoma y que es el sufrimiento que deriva de la propia satisfacción, dado que “todo ejercicio del goce entraña algo que se inscribe en el libro de la deuda en la ley” (p. 214).

En este sentido, se juega una relación entre el derecho y el goce, entre lo útil y el goce, cuestión que se retomará en el siguiente apartado. Sin embargo, ante el goce se hace frente con el deseo, es a través de su inscripción en lo simbólico que se disminuye para aquel que lo lleva a la palabra, es decir, para alcanzar la satisfacción en la vía de la ley del deseo a manera de construcción propia, y así poder lidiar con la tendencia a la transgresión que funciona como promesa de alcanzar el goce. El goce tiene como condición el exceso, la transgresión, es la senda hacia la muerte, un tonel sin fondo, y en este caso se trata de ver cómo Inés queda presa del goce que la lleva a su fatal desenlace, quizá por no oponerse al goce con un deseo que la representara ante el Otro de la ley y la cultura de un modo distinto. Tal vez por eso accedió a convertirse en el síntoma social de su época y el chivo sobre el que se posó la expiación del pecado que a todos convocaba, pero que en ella se hizo carne.

De mitos y goces

Tratar la novela *Los pecados de Inés de Hinojosa* como un mito ofrece la posibilidad metodológica de asumir a su protagonista como la heroína de esta historia. Además, permite trabajar con dos categorías importantes, tanto en la investigación literaria como en el Psicoanálisis. Funda-

mentalmente, el mito es un relato que no necesariamente está inscrito en el tiempo histórico, cuyos personajes son ficticios (Real Academia Española, 2001). También opera como un modo en el que el hombre de todo tiempo tiene que vérselas con lo que no entiende y que lo determina. Aquello que le hace marca como elemento diferencial de las demás especies y que, incluso, le ha permitido fantasear con una cierta idea de superioridad, que finalmente le hace soportable lo incierto de su condición. Esto, en palabras de Eliade (1973), sería saberse “(...) mortal, sexuado y organizado en sociedad (...)” (p. 23).

El mito también implica el levantamiento de elementos de carácter sagrado, misterioso, que le dan un lugar a lo otro, que, siendo íntimos, como la muerte y la sexualidad, se presentan como ajenos, extraños, incluso horrorosos. Los rituales están enmarcados en el saber mitológico, y quienes los ofician, es decir, los que fungen como sus sacerdotes, constituyen una mediación entre lo divino y lo profano, entre la fascinación y el espanto, aspecto que guarda relación con el héroe que es entendido por sus hazañas como alguien que está entre lo humano y lo divino.

Para Lacan (1956-57/1994), el mito, al enmarcar los temas de la vida y la muerte, la existencia y la inexistencia, da cuenta de “(...) la aparición de lo que todavía no existe” (p. 254). Esto tiene que ver con su carácter enigmático, que da apertura a la verdad en tanto medio decir. En este sentido, es posible aproximarse a la invención de la subjetividad que es la historia de cada uno, armada por el entrecruzamiento de recuerdos, expectativas, sugerencias, en fin, lo que implica una producción de saber para hacerle frente a lo que a cada quien se le presenta como satisfactorio o angustiante. De este modo es que cada sujeto es el héroe de la novela de su neurosis. La función del mito es dar cuenta de un hecho traumático vinculado con la castración, es decir, con la pérdida del primer objeto de satisfacción, representado por la madre, quien configuraba la promesa de estar resguardado de toda insatisfacción.

En este orden, “la aparición de lo que todavía no existe”, como señala Lacan, es el intento mítico narrativo –enunciativo– de poner en la palabra lo que quedó de una experiencia de satisfacción que dejó una

marca, una imagen, una fractura, una pérdida que enfrentó al sujeto a la castración, que se actualiza con la amenaza de perder cada objeto amoroso. Dice Lacan (1956-57/1994) que "(...) la madre se presenta para el niño con la exigencia de lo que le falta, a saber el falo que no tiene" (p. 260). Estas cualidades de imposibilidad del objeto completan la falta de la madre a través del falo imaginario que tiene valor simbólico, y es esto lo que, según Lacan, resulta para un sujeto insuperable. En este sentido, enseña Lacan, en el seminario 4, "La relación de objeto", que hacer aparecer lo que todavía no existe es la nostálgica configuración mitológica que cada sujeto tiene del amor, con la que cada uno intenta resguardarse de la inminencia de la castración.

En lo concerniente al goce, Lacan, en particular en "Aún", *Seminario libro 20*, plantea la relación que hay entre el derecho y el goce, y señala que su punto de articulación se da en el término usufructo, en tanto es lo que permite formular la diferencia entre lo útil y el goce. El usufructo hace referencia a aquello de lo que se puede gozar sin caer en el despilfarro, es decir, a condición de no excederse, lo que implica una cierta regulación o distribución del goce. Con este precedente enfatiza que "El goce es lo que no sirve para nada" (Lacan, 1972-73/2007, p. 10), que el derecho no obliga a nadie a gozar pero que el Superyó sí funciona como imperativo de goce, que conduce al exceso sin medida, sin fondo, como el tonel de las Danaides. El goce no sabe dónde detenerse, por eso es mortífero para el sujeto.

Inés de Hinojosa vive su condición de mestiza, que es cierta manera de ser arrojada a la indefinición, a lo que el otro disponga. La novela comienza con el relato de su noche de bodas. Ella está llena de las expectativas construidas a partir de lo que habla con sus amigas, acerca de lo que sería el encuentro sexual con un hombre. Su matrimonio es la manera en que el padre paga una apuesta, se la juega a los dados contra la fortuna de Pedro de Ávila, el hombre más rico de Carora. Para Inés, "la mujer era la propiedad de un hombre predestinado (...) cuando sometidos al imperio de la iglesia católica se juraban (...) amor para siempre (...)" (Morales, 2003, p. 13). No sabe qué es estar enamorada y con esta idea se entrega a su primer desencuentro amoroso con el marido. Lo espera desnuda en la cama para mostrar su disposición, pero el hombre toma esto como una afrenta a la moral

y a la virtud de su idea de la mujer. Y como tiene por condición, para acceder al placer, estar embriagado y azotar, se siente justificado, así que antes de hacer suya a su mujer la maltrata.

Inés padece este encuentro, pero piensa que es lo normal. Luego, de la voz de una de las mujeres que está a su servicio, la Torralva, se entera de que su marido frecuenta otras mujeres, cuestión que va en contradicción con lo que piensa del amor. Tiempo después llega a Carora Juanita, quien se presenta como la sobrina de Inés, enviada por su padre a vivir con ella. Por este tiempo conoce a Jorge Voto, un español, profesor de danza y de vihuela, quien llega al pueblo con la idea de enseñar su arte. Apenas ve a Inés queda prendado de su belleza y, por medio del baile y la música, le va mostrando otra manera de amar. Se hacen amantes, pero Inés ya no soporta a su marido; empieza a pensar en la manera de deshacerse de él y quedarse con el bailarín. En uno de sus encuentros, Jorge advierte en el cuerpo de Inés las marcas del maltrato y, en ese momento, ella le confiesa lo que sucede. Al ver la reacción de indignidad de su amante, aprovecha para persuadirlo de la importancia de matar a Pedro para así tener la posibilidad de hacer la vida juntos y felices en otro lugar. Luego del asesinato, empieza a pesar sobre las Hinojosa la marca del mal, del diablo que habita su casa y que es visto riendo en los tejados. Además, es sabido de todos que las Hinojosa gustan de complacerse entre ellas y a los hombres que llegan a su casa.

Después de asesinar a Pedro de Ávila, Jorge Voto se va a Pamplona. Únicamente Inés y él saben la verdad de lo sucedido. Mientras esperan encontrarse, cada uno sufre en silencio el tormento que acarrea su complicidad. Abrigan la esperanza de que, una vez juntos, todo pase al olvido y su amor sea un idilio. Después de un tiempo de prometerse amor por medio de cartas, Inés vende los bienes de su anterior marido, viaja a Pamplona y se casa con Jorge Voto. Allí el bailarín goza de gran popularidad, aunque su arte es el engaño y la hipocresía. Sin embargo, la fama de las Hinojosa no se hace esperar y las hace hostiles a las damas del pueblo, así que contemplan la idea de irse para una ciudad que pueda apreciar mejor el arte de Voto, que tenga más contacto con la realeza y les dé más reconocimiento a las bellas Hinojosa.

Una vez en Tunja, donde esta historia tiene su desenlace, hay en Inés una cierta modalidad de su goce que reitera: “Son esos caracteres sexuales que vienen del más allá (...) del cual quiero señalarles que no se puede decir que sea la vida ya que también acarrea la muerte, la muerte del cuerpo, porqué lo repite” (Lacan, 1972-73/2007, p. 13). En su caso, tiene que ver con la exigencia que le hace a un hombre de que cumpla con la promesa de la satisfacción, que haga posible lo imposible, a saber, “El Uno de la relación proporción sexual” (Lacan, 1972-73/2007, p. 14). Esto tiene que ver con su aspiración de ser toda para un hombre, exige que se le otorgue un lugar de privilegio que, por su condición imaginaria de mujer fascinante, ella cree merecer. En una ocasión descubre que, mientras su marido enseña baile y toca la vihuela, también se acerca a sus aprendices y, con zalamerías, las seduce, hasta que logra encuentros sexuales con ellas.

Inés ya está inconforme con su marido, porque para él son más importantes las relaciones influyentes que le permitan lograr su sueño de tener escuelas de baile en las principales ciudades del reino. Además, se indigna “(...) al advertir que la tal escuela de danza, además de un negocio aparentemente lícito, sería la gran putería de Tunja con la Paquita Niño como una inmensa vulva abierta” (Morales, 2003, p. 321). De este modo, entra en un juego de hipocresías y se autoriza a iniciar una relación clandestina con el Encomendero Pedro Bravo de Rivera. En estas circunstancias ya no la atormenta la idea de un nuevo adulterio, pues sus nuevos amores solo serán una discreta contribución a la voluptuosidad del ambiente.

Cuando Inés necesita pensar, se acuesta y, con sus manos entre las piernas, como si de allí le brotara la comprensión, mientras huele en su cuerpo las fragancias de Carora, la invade un pensamiento que la atormenta, la palabra adulterio le resulta asfixiante y agotadora, pero, al recordar el falso orgullo de Jorge, que no es más que un timador que se hace pasar por un falso bastardo imperial, sabe contener su angustia y acceder al placer que la presencia de Pedro Bravo le muestra como promesa. Además, encarna lo que ella imaginó debería ser un hombre, es decidido y enamorado, fornido y el más rico de Tunja, parece merecedor del amor de una mujer que ha conocido este sentimiento bajo los azotes de su primer marido, y con un segundo esposo que es un

pusilánime, que no da la talla ante la nobleza, la tradición y el coraje que exige vivir en una sociedad como la tunjana. A Inés le interesa que su hombre sepa probarse como hidalgo, con astucia ante los encomenderos y dando muestras de gran inteligencia y lucidez, como la de Don Juan de Castellanos.

Inés y Pedro acuerdan decirle a Jorge Voto que les permita visitar su casa en calidad de novio de su sobrina. Cuando cuentan con su aprobación, advierten que se cruzan las visitas del novio con las clases de baile de Juanita, de manera que Inés se ve obligada a atender la visita del Encomendero. Los amantes viven en casas contiguas y la habitación de Inés colinda con la de Pedro. Así que este decide hacer un pasadizo secreto para que puedan encontrarse y evitar tener que dar justificaciones a los tunjanos acerca de las frecuentes visitas de Pedro a la casa de Jorge Voto, que aún hoy se conoce como la de las Hinojosa. A Inés empieza a estorbarle su marido, así que decide probar a Pedro, y le dice que cada noche Jorge la golpea. Le cuenta la historia de su anterior marido con el rostro de Jorge, y le dice que es muy importante que él sepa toda su verdad, su enigmática mitología, para que así puedan estar juntos por siempre. Inventa que Jorge la humilla, la ultraja, la golpea y la amenaza con el estoque, y que, una vez la tiene amedrentada, le dice que va a desahogarse sexualmente con Juanita. Al Encomendero le parece que su vida es un remanso de paz al lado de toda la tortura y el sacrificio que le ha tocado a la pobre Inés. Esto lo llena de valentía y está dispuesto a matar, no solo por amor sino que ya ha hecho cuentas de la fortuna que a Inés le ha dejado su anterior marido y que, en adelante, puede pasar a sus dominios.

Pedro Bravo de Rivera planea dar muerte a Jorge Voto y pretende implicar a su hermano Hernán Bravo y al sacristán Pedro de Hungría, como una manera de salir inocente del crimen. En un primer intento falla y en adelante Inés se decepciona. Empieza a darse cuenta de su insatisfacción respecto de Pedro y Jorge, siente que “le sobran los dos hombres” (Morales, 2003a, p. 132). Ya está interesada en alguien de mayor rango, el Oidor Juan López de Cepeda, así que cavila en asesinar a Jorge y delatar a Pedro. Piensa para sí que “los músculos y el arrojo de los hombres sirven para cumplir los deseos de las mujeres” (Morales, 2003a, p. 141).

Respecto al goce de Inés, puede decirse que es una mujer en la que el desencuentro con el amor le va bordeando el vacío que la constituye y que, en lugar de asumir la castración, es decir, la relación con la completud perdida para siempre, se dedica a negarla, empeñándose en la búsqueda de una mayor satisfacción que le repite el dejarla arrojada a un más de insatisfacción, "(...) el goce es el tonel de las Danaides y que, una vez que se entra, no se sabe hasta dónde va. Se empieza con las cosquillas y acaba en la parrilla" (Lacan, 1969-70/1992, p. 76).

Esta mujer queda presa de una insatisfacción que se sirve del crimen como medio para hacer desaparecer lo que le estorba a sus propósitos, a través de la desvalorización de lo que alguna vez amó. Motivada por una nueva quimera, en la que ella se sitúa como objeto valioso, se figura en condición de poner a prueba hasta dónde es capaz de llegar un hombre por obtener ese saber sobre la satisfacción sexual que a ella se atribuye y que también espera encontrar. Este goce de Inés no se descifra, su carácter mítico y enigmático le insiste en buscar la manera de salirse con la suya. Pedro le resulta insuficiente, para ella un hombre termina siendo una manera de obtener algo que ella misma no sabe qué es.

Cuando Lacan hace mención del goce, refiere que es una satisfacción paradójica más de carácter mítico que inscrita en el deseo, un modo de satisfacción que transgrede, que no se suscribe al orden simbólico que sería de carácter fálico. De este modo, "Conocemos entonces el goce de la transgresión" (Lacan, 1959-60/2009, p. 236). Un goce es un placer que no sabe dónde detenerse y por eso es causa de un sufrimiento que se sitúa como más allá del límite del cuerpo. En palabras de Inés, movida por la decepción, se da cuenta de que "al fin y al cabo (...) los hombres se parecen a los peones que, una vez terminada la batalla de amor, se contraen, se achican, se humillan, se ablandan, mientras las mujeres continúan listas a darse" (Morales, 2003a, p. 169).

Lo anterior, muestra una reducción de lo fálico, que confunde el amor con el sexo como una manera de negar que entre los humanos, en tanto hablantes, la cuestión "(...) nos enfrenta con el hecho de que no hay relación sexual" (Lacan, 1971/2009, p. 155). El amor es la ma-

nera de detener el goce desbocado, de inscribirlo en una referencia fálica, que para Inés se presenta como falla, no le funciona. Se resiste a entender que entre el hombre y la mujer hay desencuentro, cada uno espera algo distinto del otro. Ella insiste en ser completada con algo que no se sabe con certeza de qué se trata, y la no relación es precisamente esa disimetría de los sexos que es estructural. Por eso el amor humano es mítico, hecho de palabras, como intentos de lo simbólico para hacer con aquello que siempre va a hacer falta.

Inés: enigmática, pecadora, mujer

La marca enigmática de lo que significa para Inés ser una mujer es presentarse bajo la seducción de ser toda para un hombre. Y pone al servicio de esta posición el encanto que el otro lee, desde su fantasía, en su cuerpo, que sintetiza el encantamiento malicioso de la española y la indígena. Ella se muestra como un objeto fascinante, que suscita sin dificultad el fantaseo masculino del mayor placer y a partir del cual Inés descubre que algo puede obtener de ellos. Su mítica del encuentro amoroso es el enigma de la completud, el paraíso, la afirmación de que su imaginario se realizará con cada hombre, que en nombre del amor se ajuste a sus caprichos con el afán de poseerla.

En el imaginario de los personajes de la novela, tanto hombres como mujeres ven en Inés a alguien que porta la promesa de la satisfacción, de saber hacer gozar a un hombre invocando los excesos que el amor, bajo la ley católica, prohíbe. Y se la figura como si ella supiera hacer llegar al otro a un más del límite del placer sexual. Pero esta apuesta inscribe en cada pareja de Inés una repetición que los sitúa frente a la insaciabilidad y la decepción, porque el anhelado exceso es imposible de realizar. El efecto que se produce es conducirlos a la degradación de la felicidad y de los ideales de la vida amorosa. Ante esta frustración, Inés reacciona pidiendo la cabeza del otro como venganza contra la moral por la cual el amor y la sexualidad convertirían a la mujer en propiedad privada del hombre. Asunto que a ella le atrae, a la vez que rechaza, lo cual realiza lo mítico del enigmático desencuentro de los sexos por el cual la relación sexual es imposible, condición propia de

los seres hablantes, en donde "(...) ser macho no alcanza para ser hombre ni ser hembra basta para ser mujer (...)" (Soler, 2010, p. 25).

Para Inés, su cuerpo es objeto de intercambio, y en el encuentro con el otro es el escenario donde se realiza su poder y su goce. Ella lo entrega, en algunos casos, a cambio de amor y en otros para lograr lo que se propone. Este proceder con el goce, que en la cultura se designa bajo el rasgo de lo pecador, lo lujurioso, lo diabólico, desviado del bien y de lo normal, que desde la óptica de la moral cristiana se le ha atribuido a la mujer en la cultura occidental, le vale su fama de peligrosa, poseída por el demonio, degenerada, en relación con el placer sexual y el erotismo.

Respecto a lo anterior, vale la pena hacer un breve recorrido por los hombres de Inés. Cuando ella necesita salir de Carora, luego de la muerte de su primer marido, tiene que vender sus bienes y así reunirse con su amante, Jorge Voto. El corregidor Pablo de Mosquete aprovecha la circunstancia y la chantajea con un documento con el que, asegura, no es hija de Fernando de Hinojosa sino de Inés Manrique, con lo cual no podrá disponer de su herencia. Lo que Mosquete le propone es "(...) buscar en vuestra belleza una prenda de mi silencio" (Morales, 2003, p. 193). Inés piensa que "si no accedía se le escapaba todo, desde el dinero hasta el matrimonio; si accedía, era posible, asegurarse, siempre que tuviese fuerza para imponer condiciones" (Morales, 2003, p. 194).

De igual manera, después de que los Pedros y Hernán Bravo dan muerte a Jorge Voto, Inés es detenida por sospechosa. Bajo custodia seduce al lugarteniente Jerónimo Aguayo, le ofrece su cuerpo y, después, le pregunta si la ama. En ese momento, el hombre, que solo quería complacerse con ella como cualquier otro, entra en la confusión y el fantaseo de querer esa mujer para sí, empieza a planear la manera de estar con ella, bajo la promesa de que, si la ayuda, vivirá con él para siempre. Se hacen amantes mientras se sostiene el fantaseo de la huida. Luego Inés se da cuenta de la errancia que le espera y, como sueña con salir inocente, renuncia a Aguayo y a sus intenciones.

Puede decirse que el goce de Inés se localiza entre la indigencia que su actitud muestra ante la vida, y el exceso pulsional que la inunda. Ahí reside el rasgo mítico de su voluptuosidad, que logra producir

un destello identificatorio que los hombres captan y revelan cada vez que ante ella desatan su avidez sexual, y asumen como una incitación a complacerse. Lo anterior, se puede notar en varios momentos de la obra, en particular, cuando el Corregidor Villalobos, mientras observa a la prisionera, “(...) se decía: Coño, la maldita mujer se lo hace parar a todos” (Morales, 2003a, p. 338). Inés es una mujer codiciada, su goce se anuda a una voluptuosidad que se expresa en ella y que esconde lo innombrable y enigmático de lo femenino, que tiene lugar como objeto mítico. Parte de la fascinación que la envuelve, es que ella encarna la mezcla de razas, el porte español y el indómito espíritu de carne firme de las indias. Esto la hace un objeto codiciado; además, todo lo que se dice de ella alimenta el rechazo hacia lo femenino, que en ella es causa de exclusión, pues su goce plantea el interrogante acerca del enigma de la feminidad.

Inés siempre va un poco adelante de los españoles, “esa era su gloria de ser mestiza” (Morales, 2003a, p. 338), y a la vez la confirmación de que serán capaces de matarla. Ella es condenable por sus debilidades, pero representa, al mismo tiempo, el triunfo de la belleza sobre la mojígatería,

(...) su parte femenina no es definida a partir del sexo anatómico ni psicológico, sino de una concepción del goce como satisfacción, de lo que el sujeto solamente alcanza a percibir, de lo mucho que le cuesta en el plano de su ser (Salas & Gallo, 2001, p. 33).

Inés de Hinojosa, como un objeto que concentra lo mítico y enigmático de la feminidad, resulta imposible de enmarcar en las convenciones morales de su época, por eso se la señala como bruja, enviada del demonio y hasta se dice que sostiene relaciones con el judío errante. Este imaginario vincula lo imposible de decir de la feminidad con la monstruosidad que reduce al hombre a una seducción fatal por parte de una mujer devoradora e insaciable.

El goce monstruoso, que aterra al orden masculino, tiene amplia representación en la cultura occidental a través de relatos que hablan de seres míticos y mágicos, como las sirenas y las amazonas, entre otras, que simbolizan la lascivia inagotable con que se figura el misterio femenino. En la obra hay otras mujeres que, como Inés, encarnan

el seductor y enigmático placer de las féminas. Tal es el caso de su sobrina Juanita, quien tiene fama por su coquetería, que va más allá de la provocación y se dice que es "(...) una magnífica hembra, conocedora de los hombres y dueña de algo que yo llamo el arrebató" (Morales, 2003a, p. 338).

También las locuras de Paquita Niño, una joven de aguda inteligencia, que gusta de participar en las conversaciones de los hombres y no tiene reparo en embriagarse, bailar desnuda y yacer con quien sea de su gusto. Otro personaje es la Hieromina, que es una muchacha indígena que se pasea por la casa de Pedro Bravo de Rivera, sin hacer nada más que estar dispuesta a complacerlo. Es, para los amigos de su amo, "(...) el animalito salvaje más codiciado de Tunja" (Morales, 2003, p. 305). Cuando Inés se da cuenta de esta situación, le dice a Pedro que escoja entre ella o su india. Él cede a su pedido, no sin antes hacerle saber que no tiene de qué preocuparse, pues la Hieromina no es más que "un mueble sexual". Después de esto la echa de su casa a su suerte, y no se sabe más de ella. Estos son solo algunos trazos que permiten dar una idea de la forma de los imaginarios sobre lo femenino y la mujer que, desde la fantasía de la satisfacción masculina, se posan sobre ellas.

La experiencia de Inés, al saberse insuficiente, es decir, de no ser toda para el otro, le resulta insoportable. Ella busca la manera de entregarse completamente, a fin de sentir que no hay nada más en la vida de su hombre. Esto inaugura una serie de decepciones que la inscriben en el goce de buscarse un hombre que la colme y desechar al que no le sirve. A lo largo de su vida, las repeticiones le muestran la imposibilidad de su fantaseo, frustración a la que responde con la voluptuosidad que se juega en el encuentro con los hombres. La primera decepción es, puede decirse, con su padre, quien la juega y la pierde, y, siendo lo más valioso que dice poseer, la entrega a su suerte, como el objeto de una apuesta carente de valor.

Así inicia su vida con Pedro de Ávila, de quien, en últimas, acepta el maltrato, pero lo que no soporta es que frecuente otras mujeres. Lo mismo le pasa con Jorge Voto, para quien, según ella, es más importante escalar posiciones, seducir mujeres y tener una escuela de baile;

luego se decepciona de Pedro Bravo que, siendo lo que más se acerca a su ideal de hombre, comete errores en su capricho de dar muerte a Jorge Voto. Cada vez que un hombre revela su falta, es decir, la incapacidad de estar a la altura de su goce, de su capricho, ella quiere sacarlo del camino y buscarse otro que le otorgue la dignidad que cree merecer. Esa es la manera en que ella se hace valer ante el otro.

Al final, Pedro Bravo es condenado a muerte por degollamiento, su hermano Hernán Bravo y su amante Inés de Hinojosa a la horca. Paradójicamente, Inés nunca puede engendrar hijos, no hay alusiones a un deseo de maternidad, quizá por eso en ella la tendencia a destruir y desintegrar se hace más presente, no encuentra la manera de tramitar ese impulso y desviarlo hacia otros fines que le prodiguen placeres más vitales. Sucumbe a la tentación del amor loco que nada puede detener, y que inevitable se dirige a la muerte. “Eran mil o dos mil ojos mirando hacia el extremo de la plaza donde había aparecido, entre soldados, Inés de Hinojosa, convicta de amancebamiento de complicidad de un asesinato y de pública desvergüenza” (Morales, 2003a, p. 366). De este modo, toma ciega posición, como síntoma de su sociedad, sirve como chivo que expía a las angustiosas tentaciones adúlteras de sus conciudadanos, quienes no dejan pasar por alto el acto público de ejecución, en el que Inés es colgada del gran árbol de la plaza principal y que, en otros días, ella contemplaba desde su casa, admirándolo y sintiéndolo como propio.

Conclusión

Acercase a la obra literaria *Los pecados de Inés de Hinojosa* resulta una oportunidad interesante para actualizar el enigma de la feminidad. Y se trata, en este caso, de explorar su mítica a través de una novela colombiana escrita en el siglo XX, sobre la vida de una mujer del siglo XVI, que aún reclama lecturas sobre lo que, como humanos, nos constituye. También fue el pretexto investigativo que convoca al Psicoanálisis y a la Literatura, en torno a la cuestión sobre lo que se juega de mítico y enigmático en el goce de Inés de Hinojosa, y, si bien este estudio se ocupa de un personaje femenino, no es algo que concierna

solo a las mujeres. El más de satisfacción que reclama una insatisfacción mortífera es pulsional, es propio de la estructura del sujeto que no ha sabido hacer con la insistencia que, desde su cuerpo, le reclama, y de no inscribirla en las lógicas del orden simbólico y el deseo puede arrastrarlo a lo peor. Prueba de ello es la entrega pasional con que Jorge Voto y Pedro Bravo de Rivera se hacen criminales, en nombre de la promesa de una mujer que para ellos encarna a "La mujer", es decir, a la única portadora de un saber sobre la satisfacción que se ajusta al fantasma masculino. Sin duda, una manera de reafirmar lo que enseña Lacan (1972-73/2007) cuando dice que "(...) no hay la mujer, la mujer no toda es" (p. 15). Lo que hay es mujeres, una por una en su singularidad mítica y enigmática, incluso para ellas mismas.

Inés de Hinojosa se configura como un mito de nuestra cultura, una mujer producto del mestizaje y la exclusión que, bajo el peso de la moral católica de su tiempo, fue piedra del escándalo que denunció el desprecio hacia lo más íntimo del placer, que a cada quien concierne en lo que hace su cuerpo. La fascinación que desprendía alimentó el imaginario y la mojigatería de los hombres de su tiempo, quienes no soportaron una manera de ser que, en nombre de su ideal del amor, se entregó al placer al margen de la ley. Fue condenada a muerte sobre todo por el pecado de la carne, porque su participación en los crímenes quedó oculta en la intimidad de las sábanas donde se fraguaron.

El Psicoanálisis abre la posibilidad de dar un lugar a ese modo humano de satisfacción en la transgresión, que los poetas expresan en sus obras, no para justificarlo sino para producir un saber que permita, como un acto poético, a cada sujeto hacer algo en el orden del deseo. Una invención que lo represente ante el Otro, que reduzca el goce que hace sufrir y sea la apertura a otros modos de satisfacción. Se trata de inscribir, de otro modo, esa satisfacción que parece incorregible, que se instala como una mitología determinante, que se actualiza cada vez que se asoma la castración, es decir, la pérdida de lo que se sabe querido. Esa mítica enigmática del goce, que es inconsciente, es preciso llevarla a la palabra, a fin de que pueda ser leída de otra manera, re editada, en un texto con puntuaciones más amables y sentidos abiertos a la invención. En este sentido, "A lo que hay que atenerse es a que el goce está prohibido a quién habla como tal (...)"

(Lacan, 2003, p. 801). Quizá en un modo de producir una palabra que, como la versión de Inés, producida por Próspero Morales Pradilla, permite el disfrute de un alto valor estético, a la vez que invita a pensar la historia y lo femenino de un modo desprevenido, menos determinista y más abierto a la producción de nuevos sentidos que hagan de la palabra algo posible y vigente.

Bibliografía

- Eliade, M. (1973). *Mito y realidad*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Freud, S. (1897/2007). Correspondencia a Fliess. Carta 71. En *Obras completas*, Tomo I (305-308). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1915/2008). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas*, Tomo XIV (107-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1922/2008). Psicoanálisis y teoría de la libido. En *Obras completas*, Tomo XVIII (229-249). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1932/2006). 33ª Conferencia. La Femenidad. En *Obras completas*, Tomo XXII (104-125). Buenos Aires: Amorrortu.
- Salas, M. C. & Gallo, H. (2001). *El mito de la voluptuosidad en la prostitución femenina*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Lacan, J. (1956-57/1994). La relación de objeto. En *El seminario Libro 4* (249-267). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1959-60/2009). La ética del psicoanálisis. En *El seminario Libro 7* (203-216). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1969-70/1992). El reverso del psicoanálisis. En *El seminario Libro 17* (107-124). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1971/2009). De un discurso que no fuera del semblante. En *El seminario Libro 18* (151-164). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1972-73/2007). Aun. En *El seminario Libro 20* (9-19). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1985). El mito individual del neurótico. En *Intervenciones y textos 1* (37-59). Buenos Aires: Manantial.
- _____. (2003). La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo. En *Escritos 2* (773-807). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Morales, P. (2003). *Los pecados de Inés de Hinojosa*, Tomo I. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo.
- _____. (2003a). *Los pecados de Inés de Hinojosa*, Tomo II. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo.

- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la Lengua Española* (22^a ed.). Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Ricoeur, P. (1990). *Historia y verdad*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Soler, C. (2010). *Lo que dijo Lacan de las mujeres*. Buenos Aires: Paidós.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Celis Estupiñán, Carlos Germán (2017). Entre el mito y el enigma: una aproximación al goce en *Los pecados de Inés de Hinojosa*. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 180-205. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

CONSIDERAÇÕES SOBRE IDENTIFICAÇÕES E AFETIVIDADES NA POLÍTICA

Sérgio Eduardo Lima Prudente¹
Universidade de São Paulo, Brasil
sergioprudente@usp.br
ORCID: 0000-0002-6040-4520

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a10

Resumo

Expressões passionais em nossa cultura dão o tom do que temos observado no clima político. Tal fenômeno tem se intensificado, produzindo e autorizando discursos de ódio e violência. Isso se interliga a expressões de intolerância (racial, social, ideológica, de gênero), até as lógicas de compatibilidade amorosas. Nos fundamentos afetivos e dos engendramentos de identidades encontramos algumas condições

de possibilidade de formação de identidades atravessadas por afetos como ódio, medo e ignorância; além das implicações diretas no amor e na vergonha. Disto, observamos lógicas de *administração das paixões* no momento histórico denominado como Discurso do Capitalista.

Palavras-chave: afeto, identificação, ódio, política.

CONSIDERACIONES DE LAS IDENTIFICACIONES Y LA AFECTIVIDAD EN LA POLÍTICA

Resumen

Las expresiones apasionadas en nuestra cultura marcaron la pauta de lo que hemos observado en el clima

político. Este fenómeno se ha intensificado, así como la producción y la autorización de las expresiones de

1 Pós-doutorando pelo Departamento de Psicologia Clínica da Universidade de São Paulo – USP. Pesquisador Fapesp 2015-088946.

odio y de violencia. Este interconecta las expresiones de intolerancia (racial, social, ideológica, de género) a la lógica de compatibilidad de amor. En los engendramientos afectivos y de identidad, los motivos encontraron algunas condiciones de posibilidad de la formación de identidades cruzadas por las emociones, como la ira, el miedo y la ignorância, más allá de las

implicaciones directas en el amor y la vergüenza. A partir de esto, De esto, observamos lógicas de administración de las pasiones en el momento histórico denominado como discurso del capitalista.

Palabras clave: afecto, identificación, odio, política.

CONSIDERATIONS OF IDENTIFICATIONS AND AFFECTIVITY IN POLITICS

Abstract

Passionate expressions in our culture set the tone for what we have observed in the political climate. This phenomenon has intensified, producing and authorizing discourses of hatred and violence. This is interconnected with expressions of intolerance (racial, social, ideological, gender), even with the logics of love compatibility. In the affective foundations and the constitutions of identities we

find some conditions of possibility of identity formation crossed by affections such as hatred, fear and ignorance, in addition to the direct implications in love and shame. From this, we observe logics of *management of passions* in the historical moment referred to as capitalist discourse.

Keywords: affection, identification, hatred, politics.

IDENTIFICATIONS CONSIDÉRATIONS ET LES ÉMOTIONS EN POLITIQUE

Résumé

Des expressions passionnées dans notre culture donnent le ton du climat politique. Ce phénomène s'est

intensifié et a produit et autorisé des discours de haine et violence. Cela est lié à des expressions d'intolérance

(raciale, sociale, idéologique, de genre), et même à des logiques de compatibilité amoureuse. Dans les fondements affectifs et dans la constitution d'identités, l'on trouve quelques-unes des conditions de possibilité de formation d'identités pénétrées par des émotions telles que la haine, la peur et l'ignorance, ainsi que les con-

séquences directes sur l'amour et la honte. Des logiques *d'administration des passions* dans le moment historique dénommé discours du capitaliste découlent de ce phénomène.

Mots-clés : affection, identification, haine, politique.

Recibido: 30/08/16 • Aprobado: 04/01/17

Introdução

O objetivo deste ensaio traçar considerações à respeito da existência de modalidades do que denominamos de *administração das paixões* em discursos ideológicos engendrados na atual cultura política brasileiro. Para tal objetivo, propomos uma investigação da articulação dos afetos com as identificações, com o intuito de compreender o funcionamento de discursos ideológicos presentes em nossa cultura, e suas estratégias retóricas que sugestionam e intensificam identidades nos níveis individual e grupal. Nossa crítica aponta para os modos de engendramentos discursivos que conduzem certos afetos como amor, ódio, ignorância, medo e vergonha, identificando-os a favor ou contra certas determinações ideológicas.

Nosso interesse recai sobre as consequências discursivas que uma possível *administração das paixões* e dos afetos pode provocar tanto como estratégia de controle e cooptação político/ideológica quanto como ação que direciona violências contra o outro. Atualmente observamos o acirramento de expressões passionais em nossa cultura. Talvez o aspecto mais intenso deste acontecimento pode ser observado no clima político. Tal fenômeno tem se intensificado, produzindo e autorizando discursos de ódio e violência cada vez mais comuns. Essa ocorrência vem no bojo de uma série de expressões interligadas que vão desde intolerância (racial, social, ideológica, de gênero), até modos de enlaçamentos amorosos determinados por lógicas de compatibilidade, como observou Badiou na entrevista concedida a Nicolas Truong (Badiou & Truong, 2013), intitulada *Elogio ao amor*. No campo da política, o forte caráter ideológico e o aumento da tensão tem esvaziado os debates políticos de pautas urgentes. Compõem esse contexto os discursos de marketing, religiosos, jornalísticos que conduzem opiniões públicas. Neste sentido, destacamos principalmente os afetos presentes: a) nos discursos de ódio; b) no esvaziamento dos laços amorosos; c) na soberba da ignorância que não se reconhece como tal; e d) na impudência diante do outro.

A síntese mais óbvia desse contexto pode ser vista nas redes sociais, onde as intensidades das paixões, principalmente ligadas ao ódio

e agressividade, são evidentes. Por outro lado, encontramos também, modos de enlaçamentos amorosos que não suportam falhas ou diferenças. Diante disso, questionamos se as manifestações passionais/afetivas estão ligadas por um mesmo fundamento lógico discursivo ou se elas podem ser conduzidas de acordo com movimentos determinados.

No campo da política, o forte caráter ideológico e o aumento da tensão tem esvaziado os debates políticos de pautas urgentes. Compõem esse contexto os discursos de marketing, religiosos, jornalísticos que conduzem opiniões públicas. Como citamos, o ódio eleitoral tem nos fornecido muitas evidências.

Ao falarmos de *administração das paixões* estamos recorrendo a noção “administração da cultura” que Adorno e Horkheimer apresentam em *Dialética do Esclarecimento*. Isso nos permite indicar que: “Não há mais ideologia no sentido próprio de falsa consciência, mas somente propaganda a favor do mundo, mediante a sua duplicação e a mentira provocadora, que não pretende ser acreditada, mas que pede o silêncio” (Adorno & Horkheimer, 1995, p. 21). Portanto, o que nos interessa é a mentira à serviço da administração que engendra e sustenta fantasias ideológicas que incidem nos afetos.

Em nossos mais recentes esforços (Prudente, 2015) nos debruçamos sobre investigação da vergonha tomando como objetivo suas vicissitudes na subjetividade do sujeito contemporâneo circunscrito no que Lacan denominou de Discurso do Capitalista. Nesse âmbito, a conceituação da vergonha nos serviu de guia para transitar em um campo onde podemos encontrar desdobramentos distintos –complementares ou não– das ações de paixões como a vergonha, o amor, o ódio, a ignorância e a cólera em uma sociedade. Nosso enfoque foi justamente traçar um percurso por meio do recorte da vergonha.

É diante das recentes expressões políticas e efervescências ideológicas que o panorama político brasileiro apresenta, além da interligação desse panorama com as dinâmicas mundiais, que interrogamos: quais implicações clínico/políticas das paixões no contexto que Askofaré (2009) denominou de subjetividade do sujeito contemporâneo? Podemos formular um fundamento possível de análise das

dinâmicas da paixões nas formações da cultura? Há um modo de *administração das paixões* predominante no panorama atual da cultura capitalista? Se por um lado, seguindo as observações de Lacan, há uma perda da vergonha e uma rejeição do amor, podemos dizer que há um acirramento das expressões de ódio e ignorância que elegem categorias identitárias/morais como objetos alvo?

Ao falarmos de paixões e afetos, estamos nos apoiando no modo como Lacan (1973/2003) os toma como similares em seu texto “Televisão”. Isso é assinalado por Miller (1998) ao comentar que em “Televisão (1974), ele delimita pura e simplesmente os afetos como paixões da alma” (p. 48). Deste modo, esta proposta se sustenta nas duas alterações afetivas que localizamos na obra de Jacques Lacan, sendo: 1) a perda da vergonha e sua transformação em vergonha de viver; 2) a rejeição da castração que “deixa de lado as coisas do amor”. Nossa hipótese é que as consequências desse panorama acentuam e administram outras duas paixões fundamentais: o ódio e a ignorância. Portanto, em última instância, nosso objetivo busca responder se há uma *administração das paixões* que visam sustentar fantasias ideológicas a partir de identidades oferecidas por saberes mercadológicos.

A fraternidade excludente

No alinhamento de críticas feitas pelo psicanalista Jacques Lacan ao momento histórico que ele situa seu famoso Discurso do Capitalista (Lacan, 1972), observamos dois pontos: 1) a perda da vergonha que gera uma vergonha de viver. Esta vergonha de viver sinaliza “uma degenerescência do significante mestre” (Lacan, 1969-70/1992, p. 191). Tal vergonha nutriria um mal-estar de um gozo superegoico da falta-a-gozar. Gozo de um sujeito contra si mesmo que tenta tirar algum gosto dessa vida vergonhosa, da qual ele se satisfaz ferozmente, sem saber que em última instância, ele renuncia ao seu desejo; 2) a alteração de uma paixão fundamental, o amor, ao dizer que: “Toda ordem, todo discurso aparentado ao capitalismo deixa de lado o que chamaremos, simplesmente, as coisas do amor, meus bons amigos. Vocês vêem isso, hein, não é pouca coisa” (Lacan, 1971-72/1997, p. 49).

As mudanças de discurso que engendram a vergonha de viver e a rejeição “das coisas do amor” se alinham com a tenebrosa observação de Lacan (1971-72/2012) sobre o racismo: “o que ainda não viu sua últimas consequências, e que, por sua vez, se enraíza no corpo, na fraternidade do corpo, é o racismo” (p. 227).

Sua perspectiva se assenta na teorização (que já vem sendo construída desde 1969) que consta como um dos pontos cruciais na teoria dos discursos: uma crítica ao espírito técnico-científico capitalista. Tal crítica é sintetizada no texto “Televisão”, onde, ao responder justamente sobre o racismo, Lacan (1973/2003) assinala que: “(...) a precariedade de nosso modo, que agora só se situa a partir do mais-de-gozar e já nem sequer se enuncia de outra maneira, como esperar que se leve adiante a humanitarice de encomenda de que se revestiam nossas exações?” (p. 533).

Portanto, Lacan retoma o racismo em um contexto inserido no momento que pesquisava uma transformação nos discursos dentro da precariedade identificada ao imperativo do mais-de-gozar. O que nos permite inferir que, ao falar e racismo em um determinado contexto, Lacan já detectava uma possível consequência da transformação discursiva.

Se elencarmos categorias fenotípicas/morais como: o negro, o imigrante, o homossexual, o criminoso e etc., apoiadas em facetas identitárias/morais, estamos apontando alvos recorrentes de abusos e atos de violência. Tais categorias, apesar de não serem novas, se atualizam como alvo em nossa cultura, servindo de objeto unificande e fascinante para paixões violentas.

Assim, o que se enraíza no corpo? De que se trata essa fraternidade?

Portanto, a crítica ao espírito técnico-científico capitalista inclui a produção de fraternidades de corpo e racismo em um contexto inserido no momento que pesquisava uma transformação nos discursos e a precariedade identificatória regida pelo imperativo do mais-de-

gozar. O que nos permite entender que, o contexto afetivo que liga as alterações da vergonha, do amor, e o racismo, é o mesmo detectado como consequência da transformação discursiva.

De acordo com a leitura lacaniana, podemos inferir que a fraternidade de corpo de que Lacan fala, funciona por segregação. Todavia, nesse modo de fraternidade existe uma espécie de ilusão de autoengano que não se percebe como tal e que sustenta um modo de vida baseado em um blefe subjetivo cujas cartas são dadas pelas determinações da própria racionalidade que o constitui.

Contexto este, que podemos alinhar com as recentes formulações de Dunker (2015) em *Mal-estar, sofrimento e sintoma*. Dunker desenvolve a ideia de lógica do condomínio onde a regra de extraterritorialidade protegida concentra a realização de prazer e hedonismo. Ou seja, existe uma espécie de formação de territórios de exceção cuja regulação segue padrões de acordo com as determinações propostas, sempre elegendo norma e transgressão com a conveniência do mercado.

Percebemos que o elemento “corpo”, na fraternidade de corpo, é fundamental, pois aponta para elementos afetivos/passionais que se precipitam no campo político. Do racismo ao condomínio, estabelecer limites fenotípicos, econômicos ou físicos, é uma operação engendrada por significantes que encontram traços nos quais identidades podem se constituir em uma cadeia de equivalências.

A afetividade identificatória

Como podemos ler em Freud (1921/1969): “a identificação é conhecida pela psicanálise como a mais remota expressão de laço emocional com outra pessoa” (p. 133). Ou seja, com a psicologia das massas de Freud, entendemos que o laço social é, antes de tudo, um laço libidinal que se forma a partir do investimento libidinal no objeto amoroso, que será o suporte das identificações. Assim, o laço social segue o modelo de investimento das identificações.

Nos interessa, em nossa investigação, a afetividade que é suporte do significante para a identificação a um determinado discurso. Significante este, que no contexto de degenerescência, ganha uma variedade de possibilidades de oferta que Soler (2011) chamou de saberes impudentes:

Impudente é todo dizer que se “põe lá”. Impudente então são todos os aqueles dizeres que não se sustentam nem no significante mestre (o mestre não seria um impudente), nem no saber assegurado. Isso vai dos gurus de todo gênero, até os experts de tudo (p. 94).

Em *A razão populista*, Laclau (2005/2012) assinala que o populismo é uma prática política específica. Há uma lógica do social que marca um modo específico de construir o político.

Neste sentido, a imprecisão e indeterminação da linguagem populista, a retórica, a paixão que arregimenta os símbolos que oferecem e constituem objetos, não são meras expressões de uma suposta natureza patológica. Portanto, há um conjunto de estratégias discursivas e condições de possibilidade para a emergência de determinados discursos, que Laclau chamaria de populistas. Discursos cujo aspecto radical é o amálgama entre afeto e identidade.

Laclau (2005/2012), ao analisar como no populismo não há uma fixidez de crenças ou disposições de ação, a afirma como uma articulação de discurso. Isso torna possível as condições que transformam ideia. Ou seja, as ideias mais revolucionárias podem se tornar o sustentáculo de ideias opressoras ou de regimes totalitários.

Laclau dialoga com Freud ao manter um modelo de análise que consiste na exteriorização primária de uma laço afetivo com o outro, que se vincula ao complexo de Édipo, determinando três modos principais que passa primeiro pelo pai, depois pelo objeto amoroso, para, enfim, chegar as qualidades comuns compartilhadas com pessoas que não são necessariamente objeto da pulsões sexuais, a saber, as pessoas do mesmo grupo. Quanto mais significativa são as qualidades compartilhadas, mais forte se dá a identificação que corresponde ao começo de um novo laço.

Se a libido narcísica é transferida ao objeto, no investimento amoroso, há também uma renúncia do *eu* para que o objeto se eleve em valor. É o que faz o objeto se colocar no lugar de ideal de eu. Esse é o processo de introjeção do objeto no *eu* por meio da identificação a um traço particular do objeto. É uma identificação parcial e limitada onde o traço surge do apagamento do objeto. Chegamos, então, a dupla característica da identificação que Lacan condensa na nomenclatura do Um: o traço unário e a unificação do ideal.

Se retomarmos a lógica da fraternidade de exclusão proposta por Lacan, podemos aproximá-la ao que Perez (2013) apontou como modo perverso de política de estado. Tal modo exige renúncia de satisfação pulsional em relações de identificações fechadas em que o excluído (o inimigo) é reduzido a um dejetivo que pode ser eliminado sistematicamente. Perez (2013) localiza este modelo não apenas na “solução final” da Alemanha nazista, mas também na ditadura Argentina (1976-1983) onde havia uma sistematização tecnológica/institucional da eliminação de pessoas, também praticada na ditadura brasileira.

A predominância desse modelo parece conciliar três elementos: o gozo superegoico, a renúncia ao desejo e identificações fechadas. Este parece ser um elemento decisivo no aparelhamento discursivo do gozo e das (im)possibilidades de circulação pulsional. Nesse sentido, existiria uma predominância de lógicas identificatórias desdobradas a partir de determinados aparelhamentos discursivos.

No conceito de político elaborado por Schmitt (1992), observamos uma relação entre amigo/inimigo dada pelo combate. Apesar de levar em conta a instabilidade, a disputa e o conflito como aspectos do político, Schmitt considera o assassinato um meio de resolução de conflito. A consequência dessa perspectiva é que ela considera a eliminação do outro como solução para o conflito político, o que nos leva a uma ideia de homogeneização e estabilidade mediante a eliminação do suposto problema localizado no outro. É o próprio fim da política.

Um dos problemas do modelo schmittiano é que a busca de homogeneidade identifica o inimigo não como um adversário irreduzível.

vel a condição inerente da disputa política, mas como um resto que pode ser apagado. Este ponto é decisivo para nossa perspectiva. Sabemos com Lacan que o resto não é só algo que sobra de uma operação, mas o próprio móbil do gozo que se repete. Em outras palavras, a tentativa de homogeneização política é, sobretudo, eficaz por falhar sempre, por produzir, localizar e operacionalizar meios de sua eliminação do “inimigo”. É diante disso que Laclau (2005/2012) pode afirmar: “A lógica do objeto *a* e a lógica hegemônica não são apenas semelhantes: são simplesmente idênticas” (p. 143).

O furo ideológico

Claude Lefort, em seus escritos sobre filosofia política, parte de uma discussão sobre estados totalitários e estados democráticos com o intuito de colocar em evidência um debate sobre noções de liberdade e servidão como categorias indissociáveis. Ele divide três modos de governo: o antigo regime, o estado totalitário e a democracia.

Lefort (1981/1991) aponta um duplo aspecto: 1) o lugar vazio de poder na democracia e 2) a indeterminação. O filósofo assinala que na passagem dos regimes totalitários para a democracia ouve uma mutação em que o poder perdeu seu caráter de corpo unificado. No estado totalitário, como vislumbrava Schmitt, o estado e seus representantes encarnavam a ordem política e administrativa da coisa pública de modo a obliterar as diferenças. O que se operou na passagem para democracia foi que nela “a sociedade não é mais representável como um corpo e não se afigura no corpo do príncipe” (Lefort 1981/1991, p. 270). Desta forma, a determinação do poder fica diante de uma figuração problemática que produz mudanças nos modos de apreensão da realidade. Agora “o lugar do poder torna-se um lugar vazio...” (Lefort, 1981/1991, p. 270).

Nessa dinâmica de poder, a impossibilidade de incorporação institucionaliza o conflito, pois não há deuses, nem corpo social único, há uma suposta e frágil “vontade do povo” que institui e destitui de acordo com os afetos políticos. Na democracia, a figuração de quem

ocupa o poder sintetiza o referencial de um povo, é o Um, líder que encarna o ideal. Mas neste ponto, há um problema fundamental: a unicidade de um povo não corresponde a experiência individual de ser dos sujeitos. Assim, a vontade do povo escolhe pretensamente, pela maioria e por meio de um juízo ideológico, o certo e o errado, melhor ou pior, etc. Aqui subjaz um problema de indeterminação da imagem de si em relação ao povo e o constante questionamento sobre as identidades: a democracia inaugura a experiência de uma sociedade inapreensível, indomesticável, no geral o povo será dito soberano, certamente, mas onde não cessará de questionar sua identidade. No fundo, Lefort nos apresenta uma experiência de déficit identitário que a democracia inaugura e que marca uma busca constante por identidades que segue uma dinâmica de questionamento interminável.

Se esse constante conflito identitário coloca o indivíduo em constante encontro com uma divisão social, podemos supor também, uma natural estratégia que visa administrar e sugerir determinações identitárias que situem o sujeito e localizem o conflito, direcionando-o, preferencialmente, para um outro dotado de características eleitas estrategicamente nas dinâmicas de poder. Estamos cogitando, em últimas consequências, uma espécie de *administração das paixões* que situa imaginariamente o sujeito no campo político.

Em “Tempo lógico e a asserção de uma certeza antecipada” (Lacan, 1945/1998) vemos que antes do ato há uma hesitação, um recuo em um tempo de medo e angústia pela incerteza. No espectro dessa hesitação, medo e expectativa formam um par que sustenta projeções de futuras consequências de um ato que ainda não se deu. Esta é uma tentativa de proteção diante do pavor do incerto, uma tentativa que resguardar sentidos que sustentam uma identidade. O ato além da hesitação não garante o encadeamento estrutural e ideológico dos sentidos prescritos pelo significante mestre. Via pela qual, com De La Boétie (1999), garantiria uma proteção por meio de uma servidão voluntária. Tal aspecto revela o buraco sobre o qual a ideologia se assenta.

O buraco expõe a própria sutura que é o ponto mais radical das identificações e da experiência social. Se a realidade é concebida pelo idêntico a si, o não-idêntico seria o elemento que fura a política retor-

nando por meio de vestígios do resto. Por isso, o resto se torna ameaçador e eliminável, dentro da perspectiva schmittiana, pois estremece a realidade da fraternidade dos idênticos. O dejetivo retorna como objeto, é no furo da política e da realidade que falta o objeto e expõe a pura diferença do traço identificatório unário. Ou seja, a consistência das representações do sujeito estão fundadas em um furo. É por isso que Lacan afirma que a metafísica se ocupa a tentar tapar o furo da política. Mas, Lacan (1971-72/2012) nos diz também que: “a ontologia não é, simplesmente, senão a careta do Um, é porque, evidentemente, tudo o que se faz sob um comando é dependente do Um” (p. 205).

Lembremos que para Lefort, o Um tem a função de dar coesão ao social em termos identificatórios. Aspecto que não é diferente, na psicanálise, do Um unificação do ideal. No entanto, existe ainda do aspecto mais fundamental do Um, o do traço unário.

O recurso a Schmitt é proposital, pois consideramos seu pensamento absolutamente incompatível com o de Freud e Lacan. O ponto que queremos destacar é justamente relação do Um do poder com o resto. Para Schmitt o resto é eliminável pelo estado e mediante consulta técnica. Para a psicanálise o resto é algo próprio do caráter inassimilável do significante, ele retorna, retoma um traço e dá coordenadas de repetição.

Neste sentido, estamos diante da leitura lacaniana do *cogito ergo sum* cartesiano e a compreensão da questão ideológica pela psicanálise. Lembremos que Lacan destaca que não falamos da Coisa, mas a partir da Coisa. Este é um aspecto fundamental do cogito, pois demarca uma ação de fala, o ponto significante do qual se precipita o *Sou* (*penso logo sou*) e toda a narrativa ontológica do sujeito.

Lacan (1964-65/2005) comenta que a ação do significante e a possibilidade de significado caracteriza a inversão do que Marx coloca no princípio da ideologia. Ora, não se trata somente de uma falsa consciência, mas de uma lógica de estruturação que, só por meio do significante, o sujeito pode ser representado. É deste modo que “toda realidade tem uma estrutura de ficção” (Lacan, 1964-65/2005, p. 175).

Na perspectiva lacaniana, o significante-mestre marca uma desnaturalização do corpo e um modo de apreensão de corporeidade com o corte representado pela angústia. Esse é o movimento de sujeição à linguagem que institui o Um como coordenada.

Ao retomar o traço unário, a partir da leitura de *Psicologia das massas e análise do ego*, Lacan aponta que ele tem muito mais a função de marca uma diferença, uma distinção do que não é. É a própria marca de divisão do sujeito pela linguagem que se acentua não como signo, mas como suporte da diferença. Esse caráter estrutural do traço unário é o que Lacan (1961-62/2003) afirmou ser “alguma coisa inserida radicalmente nesta individualidade vital com esta função significante, (...) *Vorstellungs-repräsentanz*: é isto que é recalcado, é o número perdido do comportamento tal” (p. 80).

Assim, temos dois Uns: o Um da repetição em função de uma estrutura significante (que unifica o ideal); e o Um do gozo no falar, a produção de S1, traço que retoma a diferença e esgota a experiência de identidade. É sobre o traço unário que se dará a função de nomeação. É na marca singular do traço que o nome próprio pode se estabelecer como traço distintivo. O nome, em sua natureza radical, é da ordem da letra. Em seu assujeitamento à linguagem, o sujeito é convidado a falar tendo como suporte de distinção e nomeação o traço e a letra. No entanto, esses elementos mantêm o objeto sempre além das possibilidades de satisfação do desejo, faltando. É nisso que consiste a retomada repetitiva do gozo.

Na outra forma do Um, a da unificação do ideal. Podemos aproximar este Um do ideal ao líder que encarna o poder, de acordo com a perspectiva de Estado lefortiana. Lembremos que no texto de Freud o líder ocupa o lugar de ideal de eu e o lugar de objeto. O poder desse líder é hipnotizante, ele exerce um feitiço pela ilusão de que ao menos um não é submetido à castração.

Tal enfeitamento é o que sustenta a fantasia ideológica do sujeito. Para Lacan, o Um sutura o significante ao objeto de gozo unindo demanda e desejo. Isso fornece uma ilusão de unicidade, uma dimensão simbólica da antecipação no estádio do espelho, que ao sanar a

experiência de perda e insuficiência gera uma espécie de *assunção jubilatória de sua imagem especular*. Este é o ponto onde a sutura encontra sua função de manter e ordenar a ficção, ou seja, a ordem fantasmática que estrutura a realidade.

O júbilo é próprio da experiência auto-erótica aonde o eu passa para um “escoadouro da mais íntima agressividade” (Lacan, 1949/1998, p. 823). Portanto, acreditamos na hipótese de que há, antes de tudo, uma experiência erótica e afetiva da apreensão identitária pelas vias de determinações de identidade. Segundo Wine (1992), a identidade dá um basta no fluxo contínuo da pura diferença. É o *point de capton* produzidos pelo que Laclau chamou de significantes flutuantes, ou seja, significantes que inscrevem nossas demandas. Isto permite uma operação em que a metáfora substitui a diferença pela identidade, mediante uma experiência afetiva que se mantém nas sucessivas substituições na cadeia significante: S1-S2-S3... Sn.

Entretanto, se o *ficticius* que estrutura a realidade elege um Um exterior, pode ocorrer uma coagulação do significante no objeto. É uma forma estruturada no discurso do mestre, mas que, ao colocar o Um fora, opera uma *verwerfung* da castração produzindo um apagamento da diferença interna que opera no laço com o outro. É o que sustenta as *fraternidades do corpo*, compromete *as coisas do amor*, arregimenta o ódio, encobre a ignorância, institui a impudência e dissemina o medo.

Possíveis conseqüências clínico/políticas

Projetando a negatividade interna do desejo no outro, não só se reedita e direciona a agressividade da rivalidade, como repete-se e atua-se a mítica onipotência tirânica que, no complexo de Édipo, faz com que o sujeito metaforize e desloque o objeto mítico perdido.

Diante disso é que o ódio e a ignorância parecem estar intrinsecamente de acordo com as estratégias de administração política do gozo. Em 1954, Lacan (1953-54/1979) já apontava que em nosso tempo o ódio como o fundamento do moralismo ocidental:

(...) os sujeitos não têm, nos nossos dias, de assumir o vivido do ódio no que pode ter de mais abrasador. E por quê? Porque já somos muito suficientemente uma civilização do ódio. O caminho da corrida para a destruição não está verdadeiramente bem traçado entre nós? O ódio se reveste no nosso discurso comum de muitos pretextos, encontra racionalizações extraordinariamente fáceis. Talvez seja esse estado de floculação difusa do ódio que satura em nós o apelo à destruição do ser, como se a objetivação do ser humano na nossa civilização correspondesse exatamente ao que, na estrutura do ego, é o pólo do ódio (p. 316).

Talvez seja esse estado de floculação difusa do ódio que satura em nós o apelo à destruição do ser, como se a objetivação do ser humano na nossa civilização correspondesse exatamente ao que, na estrutura do ego, é o pólo do ódio. O ódio não se satisfaz com o desaparecimento do adversário, ele continua. Vieira observa que o ódio é uma imaginarização do real que, necessariamente, diz respeito à relação entre eu e outro. Isso se dá pois o real no imaginário é sempre encarnado por um outro que não eu.

Em sua relação com a agressividade, o que se vela com ódio é o lugar do Outro da Lei. Diante disto, se há uma degenerescência do significante mestre, este seria um processo privilegiado para a produção de Uns convenientes com uma estrutura que não remete mais à Lei, mas à leis propostas pelos saberes nos campos políticos e morais. O Outro como lugar da Lei, agora, seria proposto como mais um outro, velando a possibilidade amorosa da fusão e acirrando a agressividade imaginária. O ódio, dessa forma, é o apagamento do Ser do outro, mas, não sem a fascinação imaginária movida por um sofrimento angustiado e cheio de medo.

Na *administração das paixões* o que está em jogo é a oferta e o manejo das possibilidades de sobrevivência à ameaça de fusão, do fazer Um. Com isso se imaginariza as ameaças de acordo com nacionalidade, sexualidade, cor da pele, forma física, ideologia política, etc. Žižek (1989) localiza um processo semelhante a formação da *fantasia ideológica*, como o que administra os antagonismos do campo social. Ao localizar a causa no outro se constrói ideologicamente um objeto

alvo do ódio. Ou seja, há uma formação pela exclusão que aparece no outro sempre como diferença, resto, que faz com que o ódio nunca se satisfaça, mas sempre procure um objeto sublime.

O caso brasileiro

A relevância radical que as chamadas redes sociais (*Twitter* e o *Facebook*, principalmente) assumiram nos últimos anos parece determinar ondas afetivas de acordo com certos direcionamentos. É sabido que essas ferramentas virtuais filtram e direcionam interesses de acordo com certas escolhas do usuário, assim, o que decorre dessa filtragem é a cada vez maior restrição de assuntos e temas que se tornam mais saturados e repetitivos. Como consequência, temos uma homogeneização de interesses e assuntos que podem intensificar pontos que catalisam e intensificam afetos como ódio, por exemplo.

Esses instrumentos facilitam os contornos afetivos por meio da viabilização de informações e imagens, que muitas vezes seguem a lógica de guerra da desinformação, ou seja, uma lógica cuja finalidade é a de confundir, cooptar, e administrar reações por meio de uma desqualificação do fato, da verdade e da razão que possivelmente pode advir do lado oposto. Logo, o engendramento de identidades se fixam a partir de laços que podemos fundamentar com as chamadas “fraternidade do corpo”. Estas fraternidades, como já mencionamos, tem como princípio a segregação sustentada em discursos que seguem uma proposta de complementaridade ou de “solução final” para as cisões do sujeito e do social. Todavia essa complementaridade é incoerente com a relação do inconsciente com o gozo. É justamente nessa incoerência que o circuito do mais-de-gozar impulsiona a produção de mais e mais informações, notícias e *updates* que saturam de imagens e sentidos o ciclo de consumo dos sujeitos.

No caso brasileiro, a partir da eleição presidencial de 2010, o acirramento e a polarização política entre o Partido dos Trabalhadores (PT) e o Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB) se intensificou. A disputa político-ideológica que se manifestou nas redes sociais

no Brasil nessa eleição, deu o tom do que viria três anos depois, com mais notoriedade das manifestações e dos movimentos de junho de 2013. A dicotomia política entre esses partidos se espalhou a ponto de se alardear um golpe comunista por vir de um lado e uma salvação neoliberal do outro. Petralhas e Coxinhas são as denominações que assumem as cores vermelha e azul, respectivamente.

O que viu-se com essa polarização foi uma subsequente dissolução das representatividades desses partidos pela desqualificação da categoria “político”. As denominações petista, esquerdista, esquerdopata, comunista, socialista, coxinha fascista, tucanilha, etc., figuram como significantes que marcam a falha de caráter, a disposição a corrupção, a canalhice e o cinismo de quem é conivente com a morte de milhões de pessoas em regimes ditatoriais assassinos. Nem é preciso ir muito fundo para apontar a imprecisão e a inconsistência dessas denominações. No entanto, o que nos interessa aqui é o que elas marcam justamente como seu contrário, na virtude daquele que aponta, para a honra que diz respeito à manutenção da integridade do Eu. São as pessoas que alardeiam a honestidade e se regozijam de suas virtudes em um jogo de espelhos em que assumem a imagem virtuosa opondo-se diretamente a um outro não virtuoso, o desonesto que deveria envergonhar-se. Assim como a vergonha, a honra pode ser situada em um lugar ruim, sendo reduzida a uma identificação imaginária na qual o homem honesto se olha, não estando em uma lógica cujo valor se dá em compromisso simbólico. A honra do homem honesto não faz menção à vergonha, isto é uma marca unânime nos sujeitos que se dizem não representados por nenhum partido ou posição política. Este sujeito honrado não olha o que poderia lhe dividir, lá onde estaria seu gozo e desejos obscenos (fora da cena honrada), cuidando por manter a bela imagem de si. Lacan (1969-70/1992) aponta: “Justamente porque morrer de vergonha é, para o honesto, o impossível. Vocês sabem de mim, que isto quer dizer o real” (p. 192).

Ser direita ou ser de esquerda virou denominação que borrou a dimensão da escolha ético-política e passou a ser uma denominação valorativa de caráter que localiza a falta de valor do outro no campo político. Nesse contexto, o descrédito nas lideranças tradicionais conformaram um modo de manifestação sem líderes assumidos, como

em 2013. Crise de representatividade é como foi entendido o processo em que as pessoas não se sentiam mais representadas nem por partidos nem pela imprensa (Buarque, 2015). A bandeira política do “não nos representa”, proveniente do Indignados, na Espanha, foi largamente repetida nas ruas brasileiras. Para muitos comentaristas políticos isso significou um declínio da democracia representativa, na medida em que não havia nesses movimentos, uma bandeira de sustentação partidária e ideológica.

A tentativa de se distanciar de uma liderança encarnada e representada, por um lado era a tentativa de se distanciar de uma sombra de totalitarismo, porém, como vimos com Lefort, a democracia causa uma cisão social, diante disso, observamos duas saídas: uma nos moldes da ideia foucaultiana de autogoverno e a outra no moldes de um retorno a reinvidicação de um líder salvador ou totalitário. Esse último caso parece ser a direção que se desenha no horizonte brasileiro, haja vista o ressurgimento de personagens eleitorais que brilham sob o verniz do gestor, do militar intolerante, do retorno do salvador, e da profusão de pastores neopentecostais políticos.

Todos esses personagens são sustentados por noções bastante vagas de política, esquerda, direita, legalidade, social, povo, mercado, etc. Seus discursos incidem sobre uma separação, no maniqueísmo pueril e perigoso, na assunção da verdade por meio de saberes religiosos, mercadológicos e populistas.

O ódio e o medo dão a tônica da relação com o divergente. A identificação ao objeto líder, dá a tônica da relação com o semelhante. Esse jogo é administrado de modo astuto pelos atores em questão. Desde a crítica gratuita a movimentos feministas, LGBT, a religiões afro-brasileiras, até a desqualificação por meio de adjetivos estapafúrdios como esquerdopata, a construção ideológica do inimigo se torna mais importante do que debates sobre rumos e alternativas. Eleger e localizar o objeto/alvo da angústia é manter a possibilidade de eliminar a frustração e de apagar em si o terror do gozo da diferença. É nesse sentido que se imaginariza o real no inimigo, no outro que ameaça o eu. Assim, “bandido bom é bandido morto”, “tchau querida”, “violência se combate com violência”, e mais uma infinidade de

bordões de pouco alcance crítico surgem como falas imediatas que delimitam posições discursivas que sustentam afetos. Esta é a estratégia da segregação, da “fraternidade do corpo” que funciona pela união com o suposto semelhante, até aonde ele permanece como tal.

Bibliografia

- Adorno, T. & Horkheimer, M. (1995). *A dialética do esclarecimento*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Askofaré, S. (2009). Da subjetividade contemporânea. *A peste*, 1(1), 165-175.
- Badiou, A. & Truong, N. (2013). *Elogio ao amor*, tradução Dorothée de Bruhard. São Paulo: Martins Fontes-selo Martins.
- Buarque, D. (2015). A Nova República acabou, diz filósofo Vladimir Safatle. *UOL*. Recuperado de: <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2015/03/15/a-nova-republica-acabou-diz-filosofista-vladimir-safatle.htm>
- De La Boétie, E. (1999). *Discurso da servidão voluntária*. São Paulo: Brasiliense.
- Dunker, C. (2015). *Mal-estar, sofrimento e sintoma: uma psicopatologia do Brasil entre muros*. São Paulo: Boitempo (Estado de Sítio).
- Freud, S. (1921/1969). Psicologia de grupo e a análise do ego. Em *Obras psicológicas completas de Sigmund Freud*, Vol. 18 (pp. 88-179). Rio de Janeiro: Imago.
- Lacan, J. (1945/1998). Tempo lógico e a asserção de uma certeza antecipada. Em *Escritos* (pp. 197-213). Rio de Janeiro: Editora Zahar.
- _____. (1949/1998). O estádio do espelho como formador da função do eu. Em *Escritos* (pp. 96-103). Rio de Janeiro: Editora Zahar.
- _____. (1953-54/1979). *O Seminário. Livro I. Os escritos técnicos de Freud*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- _____. (1961-62/2003). *O seminário, livro IX: A identificação*. Recife: Centro de Estudos Freudianos-CEF, Documento de circulação interna.
- _____. (1964-65/2005). *O seminário, livro XII: Problemas cruciais da psicanálise*. Recife: Centro de Estudos Freudianos-CEF, Documento de circulação interna.
- _____. (1969-70/1992). *O Seminário. Livro XVII. O avesso da psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- _____. (1971-72/1997). *O saber do psicanalista*. Recife: Centro de Estudos Freudianos-CEF, Documento de circulação interna.

- _____. (1971-72/2012). *O Seminário. Livro XIX: ...ou pior*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- _____. (1972). *Conferência de Milão: Do discurso psicanalítico*. Inédito.
- _____. (1973/2003). *Televisão*. Em *Outros Escritos* (pp. 508-543). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Laclau, E. (2005/2012). *A razão populista*. São Paulo: Três Estrelas.
- Lefort, C. (1981/1991). *Pensando o político: ensaios sobre democracia, revolução e liberdade*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Miller, J.-A. (1998). "A Propósito dos Afetos na Experiência Analítica". Em *As Paixões do Ser: Amor, Ódio e Ignorância* (pp. 31-52). Rio de Janeiro: Contra Capa.
- Perez, D. (2013). A eliminação sistemática de pessoas e os limites do político: breve ensaio sobre a ação política. Em G. C. Branco (Org.), *Terrorismo de Estado* (pp. 121-132). Belo Horizonte: Autêntica Editora.
- Prudente, S. (2015). *Dimensões da vergonha no avesso da psicanálise: uma contraexperiência política do sujeito*. (Tese doutorado em psicologia social). Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, São Paulo, Brasil.
- Schmitt, C. (1992). *O conceito do político*. Petrópolis: Vozes.
- Soler, C. (2011). *Les affects lacaniens*. Paris: PUF.
- Wine, N. (1992). *Pulsão e Inconsciente: a sublimação e o advento do sujeito*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Žižek, S. (1989). *O sublime objeto da ideologia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artigo (APA):

Lima Prudente, Sérgio Eduardo. Considerações sobre identificações e afetividades na política. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 206-226. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

ÉTICA Y CLÍNICA: ENTRE EL DESEO Y EL BIEN-DECIR

*Fabián Becerra Fuquen*¹

Universidad de Santander, Colombia

fabian.bfuquen@gmail.com

ORCID: 0000-0001-6443-7429

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a11

Resumen

El presente texto busca dar cuenta de la ética que se pone en juego en la clínica psicoanalítica, evidenciando que se trata de una ética del deseo y no del deber, esto quiere decir que involucra la singularidad del sujeto y por lo tanto se trata de una clínica del caso por caso en oposición a una clínica generalizada. Para ello se desarrolla la articulación entre el deseo y el bien-decir del sujeto, con el cual se establece que el fundamento del psicoanálisis se sostiene justamente a

partir de la ética que suscribe la particularidad del deseo del sujeto. Esto es posible ya que el deseo se instituye en la articulación significativa, a partir de la relación del sujeto con el Otro, de allí que sea a través de la palabra, del bien-decir, que el sujeto logre evidenciar su deseo y por consiguiente darle lugar a su singularidad.

Palabras clave: Ética, clínica, deseo, Bien-decir, significativa.

1 Psicólogo. Doctorando en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Formación clínica en psicoanálisis del Colegio Clínico del Río de la Plata, Buenos Aires, Argentina. Miembro fundador del Grupo Psicoanalítico de Bucaramanga. Miembro del grupo de investigación Violencia, Salud y Sociedad. Docente del programa de Psicología de la Universidad de Santander, UDES, sede Bucaramanga, Colombia.

ETHICS AND CLINIC: BETWEEN DESIRE AND PUTTING-IT-WELL

Abstract

This paper seeks to account for the ethics that is at stake in the psychoanalytic clinic and shows that this is an ethics of desire and not of duty; i.e., an ethics that involves the subject's singularity. It is, therefore, a case-by-case clinic instead of a generalized clinic. To this end, it develops the articulation between desire and the subject's putting-it-well, with which it is established that the basis of psychoanalysis is the ethics that subscri-

bes the particularity of the subject's desire. This is possible because desire is instituted in the signifier articulation, from the subject's relationship with the Other; thereby, the subject makes evident his/her desire and yields his/her singularity by means of speech, of putting-it-well.

Keywords: ethics, clinic, desire, putting-it-well, signifier.

ÉTHIQUE ET CLINIQUE : ENTRE LE DÉsir ET LE BIEN-DIRE

Résumé

Cet article vise à expliquer l'éthique qui est mise en jeu dans la clinique psychanalytique, montrant qu'il s'agit d'une éthique du désir et non du devoir. Cela signifie qu'elle implique la singularité du sujet et qu'il s'agit donc d'une clinique sur chaque cas en particulier, par opposition à une clinique générale. Pour ce faire, une articulation entre le désir et le Bien-dire du sujet est développée, ce qui mène à déterminer que le fondement de la psychanalyse repose, pré-

cisément, sur l'éthique établie par la particularité du désir du sujet. Cela est possible puisque le désir est fondé sur l'articulation signifiante, à partir du rapport du sujet à l'Autre. A travers la parole, le Bien-dire, le sujet pourra donc mettre en évidence son désir, et par conséquent, donner lieu à sa singularité.

Mots-clés : éthique, clinique, désir, Bien-dire, signifiant.

Recibido: 25/07/17 • Aprobado: 05/01/17

Introducción

La ética es sin duda una cuestión de gran relevancia en lo que concierne al psicoanálisis. Es el patrón de medida que lleva al psicoanalista a sostener su práctica. Que se diga esto es, sin duda alguna, una forma de evidenciar que no es posible mantener una práctica psicoanalítica que no esté soportada por la ética.

Esta ética no es consecuente con una ética universal, que propone un patrón de medida común sobre el cual los sujetos están regidos por una ley moral; por el contrario, la ética que subraya Lacan es una ética regida por lo singular, dado que el sujeto se dirige a los objetos con la especificidad misma que rige su deseo. Más allá del malestar que esta singularidad pueda causarle, el sujeto se relaciona con lo que su horizonte subjetivo le presenta como su propio bien, aunque este bien esté inscrito de manera crucial en su forma de padecer y enfermar.

Es así que se trata de una ética del deseo, conforme este último se rige por las leyes del inconsciente, esto es, que el deseo se constituye en relación al Otro, desde donde se sopesa el devenir subjetivo de cada quien alrededor de la falta en ser. Por consiguiente, el deseo aparece como evidencia justa de la falta que constituye la subjetividad humana. Es el residuo que queda tras la imposibilidad del Otro por significar las demandas infantiles, dando paso a la insatisfacción y, por consiguiente, a la premura del deseo como representación lógica de la falta en ser.

El deseo es inconsciente y, por su estructura inconsciente, es siempre imposible de satisfacer, se desplaza en la articulación significativa, lo que asegura que no exista objeto alguno que pueda satisfacerlo. Por lo tanto, es entre significantes que se mueve el deseo, de allí que la palabra se presente como el material de trabajo en el psicoanálisis, conforme permite poner en juego la articulación significativa, es decir, el deseo del sujeto. Ahora bien, esa palabra no es cualquier palabra, se trata de una palabra fundamentada en el bien-decir, en la medida en que logra decir algo de la singularidad que rige el deseo del sujeto. El bien-decir busca localizar, mediante la estructura significativa, las coordenadas de lo que el sujeto ha sido conforme el deseo del Otro.

Por esta razón, en el presente artículo se traza este marco lógico, que permite articular la ética y la clínica, sosteniendo la tesis de que, en psicoanálisis, se trata de una ética del deseo que cobra significación en la toma de la palabra por parte del paciente que consulta. Esa toma de palabra, como se dijo, no atañe a cualquier palabra, se trata del bien-decir que soporta la ética del deseo.

La ética del psicoanálisis

¡El psicoanálisis es ante todo una ética! Que esta afirmación pueda cobrar el valor clínico que tiene, es porque el psicoanálisis se suscribe a los parámetros del sujeto del inconsciente, no solo en la medida en que plantea la existencia de un inconsciente sino en la toma de posición del sujeto con respecto a la resonancia de su deseo.

Lacan (2013), en el libro 7 de su Seminario *La ética del psicoanálisis*, escribe:

si hay una ética del psicoanálisis –la pregunta se formula–, es en la medida en que de alguna manera, por mínima que sea, el análisis aporta algo que se plantea como medida de nuestra acción –o simplemente lo pretende– (p. 381).

Se requiere de una acción que tenga efectos en el analizante. La acción suscribe el nivel en el que algo tiene lugar en el encuentro entre analista y analizante, “quiero decir en elegir como patrón de medida de la revisión de la ética a la que nos lleva el psicoanálisis, la relación de la acción con el deseo que la habita” (Lacan, 2013, p. 383).

Que el sujeto se encuentre vinculado con su deseo es lo que permite que el analista lleve a que el analizante cuestione sus actos, en relación justamente de su propio deseo. Lacan (2013) arroja la pregunta “¿has actuado en conformidad con tu deseo?” (p. 381), con el objetivo de cuestionar al sujeto en su capacidad de llevar hasta las últimas consecuencias las acciones necesarias para ser consecuente con su deseo.

Lo que se evidencia en la clínica es que, a pesar de que el paciente sepa qué es lo mejor y lo que le conviene, aun así no deja de elegir lo que le causa dolor. Esto porque la ética se suscribe en la especificidad de cada sujeto, va más allá de la búsqueda de un *bien soberano y universal*. Lacan plantea una diferencia entre la ética psicoanalítica y la ética aristotélica y kantiana. En la medida en que la vía para alcanzar el bien supremo aristotélico implica la exclusión de las pasiones o los deseos que no se ajustan a la virtud. Ciertamente, esto que Aristóteles excluye de la ética es el fundamento de la ética psicoanalítica. Por otro lado, el imperativo de la moral kantiana se ordena en relación al deber incondicional, lo que excluye, así mismo, la consideración del deseo. A lo que agrega Lacan (2013):

no existe Soberano Bien, que el Soberano Bien, que es das Ding, que es la madre, que es el objeto del incesto, es un bien interdicto y que no existe otro bien. Tal es el fundamento, invertido en Freud, de la ley moral (p. 89).

Por lo tanto, la ética en psicoanálisis se vincula directamente en relación a este *das Ding* (la cosa freudiana), que advierte la singularidad de cada quien, es la cosa en sí, como verdad inalcanzable, que ordena al sujeto en la medida en que “ese das Ding está justamente en el centro, en el sentido de que está excluido (...). Es ajeno a mí estando empero en mi núcleo” (Lacan, 2013, p. 91). De allí que el sujeto se relacione con lo que en su horizonte se le presenta como su propio bien, pues, proviniendo del inconsciente, es ajeno a su dominio. Por ello el sujeto, contrariando lo que la razón pueda advertirle sobre lo bueno, no deja de elegir lo peor.

En consecuencia, el sujeto apela a su sufrimiento, al goce que en él se encarna, en la medida en que ha de satisfacer su síntoma. Allí el sujeto cede en su deseo, el sujeto advierte su contrariedad al no actuar conforme al deseo. La ética del psicoanálisis, partiendo de esta disparidad, busca señalar la coherencia del sujeto frente a su deseo, por lo pronto la ética está allí, en el más allá, en donde lo que se le presenta como ley está estrechamente vinculado con la estructura misma del deseo. Entonces, la ética del psicoanálisis es una ética del deseo y no del deber, por lo tanto implica lo singular y no lo universal.

Algunas singularidades del deseo

Ahora, que la ética que se suscribe en la clínica sea de lo singular y no de lo universal, es lo que permite que se trabaje caso por caso, que se tome al sujeto en su singularidad y, en consecuencia, que sea esta ética el sostén clínico del análisis, dándole cabida al deseo del sujeto, pues el psicoanálisis es indudablemente una experiencia de lo singular.

De esta forma, el deseo se instaura conforme el sujeto se constituye y se aliena al Otro a través del significante, de ahí el aforismo lacaniano “el deseo del hombre es el deseo del Otro” (Lacan, 2011a, p. 46). La relación del sujeto con el Otro, en su dependencia del significante, lo define como falta en ser; es el sujeto constituido por una falla elemental.

El deseo en Lacan se introduce a partir de sus antecedentes en Hegel, a través de la transmisión de la lectura que Kojève hace de la *Fenomenología del espíritu*. Lacan toma la idea del deseo como deseo del Otro, en la medida en que el paso por el Otro transforma al sujeto, lo “negativiza” por medio de su acción negatriz, sacándolo de su animalidad, esto quiere decir que lo instituye en una posición activa. En palabras de Kojève (2006): “toda ‘negatividad-negatriz’ por relación a lo dado es necesariamente activa” (p. 10). El sujeto sale de su pasividad, el deseo instaurado por el Otro lo torna inquieto y lo empuja a la acción. “Nacida del Deseo, la acción tiende a satisfacerlo, y sólo puede hacerlo por la ‘negación’, la destrucción o por lo menos la transformación del objeto deseado” (Kojève, 2006, p. 10).

Es así que, en la representación del Otro sobre las primeras necesidades instintivas del recién nacido, la necesidad se pierde, para pasar a convertirse en demanda; allí el Otro enviste de lenguaje estas necesidades, dándole significación, el ser pasa de la animalidad a convertirse en una subjetividad, y es esto lo que se inscribe como la negatividad del sujeto; es el efecto de metamorfosis del estado animal (necesidad instintiva) al estado humano (deseo) a causa de que el objeto original se ha perdido para siempre.

Ahora, es porque el Otro se encuentra también en falta que *no-todas* las demandas del infante pueden ser significadas, quedando siempre un resto. Este resto da paso al deseo que lo empuja a la acción en busca de su satisfacción, que es imposible, porque el objeto original se ha disipado. De allí surge el impedimento del sujeto para alcanzar la satisfacción de su deseo y, como se dijo, solo puede recrearlo a través de *la transformación del objeto*, en este caso, el objeto ya perdido es representado por objetos parciales que se desplazan metonímicamente.

Aquella primera experiencia de satisfacción se pierde permanentemente, quedando en lo real, y de la falta de representación sobre esta primera experiencia quedan huellas. El deseo surge como la búsqueda de aquello perdido, lo que hace que su encuentro sea siempre infructuoso, por lo que el sujeto busca su objeto en diferentes lugares, siendo entonces imposible el encuentro. Por lo tanto, la demanda es siempre demanda de otra cosa.

Esta falta estructural da cabida al deseo, en cuanto que el sujeto toma lugar en el deseo del Otro. *Che vuoi?* es la pregunta fundamental del deseo que eclipsa al sujeto, ¿qué me quieres?, ¿qué soy ahí en el deseo del Otro? Preguntas que angustian al sujeto, toda vez que su ser se define bajo este interrogante pero, al mismo tiempo, se trata no solo del deseo como deseo del Otro, sino también del deseo como reconocimiento. De acuerdo a esto, el sujeto, al quedar adherido al deseo del Otro, introduce el reconocimiento en el deseo, conforme el Otro reconozca al sujeto en su deseo, dándole un lugar.

Sólo hay sujeto en referencia a este Otro. Esto es simbólico de lo que existe en toda palabra válida. (...) quise mostrarles que no hay objeto, salvo metonímico, siendo el objeto del deseo el objeto del deseo del Otro, y el deseo siempre deseo de otra cosa, muy precisamente de lo que falta al objeto perdido primordialmente (Lacan, 2010, p. 15).

El sujeto se interroga sobre lo que el Otro le manifiesta como deseo ignorado, su lugar en el deseo del Otro, es decir, se interroga allí donde el Otro, por su falla estructural, no responde. El sujeto pone

metonímicamente un objeto tras otro a través de la demanda, pero lo que se desea es siempre otra cosa: el objeto *a*, que aparece allí como figura del *das Ding*. Lo que se desea no es lo que se demanda.

El deseo esta motorizado por la pérdida, que es exclusiva a cada sujeto, pues las experiencias corresponden a cada uno de forma singular. Es el deseo del Otro y, si bien se constituye a partir del Otro, es una falta articulada en la palabra y en el lenguaje.

El deseo tiene una relación directa con el lenguaje, con el significante, pues “que el deseo sea articulado, es precisamente la razón de que no sea articulable. Entendemos: en el discurso que le conviene, ético y no psicológico” (Lacan, 2010a, p. 765). El deseo se desliza en la articulación significativa pero no está articulado, no hay un objeto determinado que pueda satisfacerlo. Así, subraya Lacan (2010): “¿qué es la demanda? Es lo que, de una necesidad, por medio del significante dirigido al Otro, pasa” (p. 90). El significante transforma la necesidad en demanda, y la demanda es siempre demanda de otra cosa, pues el Otro no logra satisfacer toda la demanda, siempre queda un resto que engendra el deseo. Es así que entre significantes se mueve el deseo.

Lo que se manifiesta en el fenómeno del deseo humano es su profunda subducción, por no decir subversión, por el significante. He aquí el sentido de todo lo que me esfuerzo en recordarles -la relación del deseo con el significante (Lacan, 2010, p. 259).

Ahora, que el deseo esté instalado en la relación con la cadena significativa, permite una salida en el *entre* del decir del sujeto. Por consiguiente, la palabra se presenta como la vía de acceso al deseo que se mueve entre significantes. Se trata del decir del analizante, del bien-decir.

El bien-decir como fundamento de la ética

El analista, en su posición, no está para personificar la figura de un juez moral que direcciona el deber ser del paciente o la búsqueda de un ser supremo. Si ha de direccionar el analista, no será otra cosa que

la cura. Ha de llevar al analizante a que se encuentre con sus contradicciones, que le permitan cuestionar su propio deseo y este con su sufrimiento. El analizante debe encaminarse por encima del bien supremo en el desfiladero de la palabra; solo así, entre palabras, ha de tomar lugar el sujeto para implicarse en su padecimiento.

El bien-decir se presenta como el fundamento de la ética del psicoanálisis, cuyo principio consiste en poder localizar en la estructura significativa las coordenadas de lo que el sujeto ha sido en relación a su deseo como deseo del Otro. Ahilar los significantes para determinar el modo específico que tiene el sujeto de gozar, de ceder en su deseo.

La ética, entonces, permite que el sujeto tome lugar en relación con sus palabras, que se responsabilice frente a ellas y se implique. Es en esta dirección que el psicoanálisis da lugar a una medida a la acción del sujeto. En esta vía, la división del sujeto da consistencia a la práctica del psicoanálisis y hace de este una práctica ética.

Que el sujeto dé consistencia a la práctica ética, es en la medida en que el psicoanálisis no busca colmar al sujeto, ya que no existe un objeto que pueda hacerlo. El sujeto por estructura es *no-todo*, está en falta, y en cuanto tal trastabilla, tropieza en su discurso; es allí donde aparece, entre significantes.

Pues, una vez más, hay que recordar, tal como subraya Lacan (2010a):

Nuestra definición del significante (no hay otra) es: un significante es lo que representa al sujeto para otro significante. Este significante será pues el significante para el cual todos los otros significantes representan al sujeto: es decir que a falta de este significante, todos los otros no representarían nada. Puesto que nada es representado sino para (p. 779).

Al aparecer, entre significantes el sujeto logra evidenciar la verdad de su deseo, el lugar que ocupa en el deseo del Otro, y la imposibilidad de encontrar un objeto que logre obturar dicho deseo. De allí que el deseo sea articulado, no articulable, tras dicha imposibilidad de satisfacción se desplaza metonímicamente, encontrándose con fal-

tos objetos, lo que imposibilita trazar la fijeza del sujeto sobre una medida universal, una clínica generalizada.

Se trata del *fading* del sujeto que aparece entre palabras, es su intermitencia que da cuenta de su persistencia entre significantes, quedando de esta forma el deseo atrapado entre palabras, de allí que lo inconsciente se aprehende a través del lenguaje.

Freud busca en los sueños la articulación del deseo, pero lo hace a través del relato del sueño, de modo que no es el deseo lo que se haya situado en el centro del psicoanálisis, sino su lenguaje. Es este su fundamento ético.

Fue a partir del uso de la palabra que se inauguró el psicoanálisis. Desde Freud, la palabra no solo ha sido el elemento que permite evidenciar los conflictos internos del sujeto, sus pulsiones y material reprimido, sino que también permite establecer una dirección en la cura, dando lugar a la experiencia analítica y la ética que la rige, a partir de lo que él llamó *asociación libre*, evidenciando los efectos de la palabra en el sujeto. Por tanto, la palabra es el elemento representativo del psicoanálisis, pues, “¿cómo un psicoanalista de hoy no se sentirá llegado a eso, a tocar la palabra, cuando su experiencia recibe de ella su instrumento, su marco, su material y hasta el ruido de fondo de sus incertidumbres?” (Lacan, 2011, p. 462).

El punto central del psicoanálisis no reside en otra cosa que en la palabra bajo transferencia, y desviarse de este principio es permitir que se disipe lo inconsciente. En realidad, lo inconsciente no hay que buscarlo en otro lado, solo hay que seguirlo al pie de la letra. Designamos como letra ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje (Lacan, 2011). A lo que Freud (1991) subraya una vez más: “Las palabras que así se combinan ya no carecen de sentido, sino que pueden dar por resultado la más bella y significativa sentencia poética” (p. 286).

Ahora, no se trata de cualquier palabra, pues el inconsciente no se expresa de forma cualquiera, lo hace precisamente por medio de la semántica del inconsciente, es decir, por medio de sus procesos psíquicos: *la condensación y el desplazamiento*. O, bien como Lacan lo

aborda para darle mayor fuerza al lenguaje que estructura al inconsciente: *la metáfora y la metonimia*.

Allí, entre las leyes del lenguaje, se mueve el deseo, la metonimia lo desliza, da muestra de que no hay ninguna significación que no remita a otra significación produciendo poco sentido, y la metáfora logra advertir algo de este más de sentido en la sustitución de un significante por otro significante, como en el sueño.

Finalmente, la vía para alcanzar el deseo en la ética del psicoanálisis está en la ética del bien-decir. De manera provocadora, si Lacan ha dicho que en el psicoanálisis no hay el Bien soberano, se desliza, sin embargo, para calificar el Bien al cual apunta en verdad: al bien-decir como único acceso al deseo.

Bibliografía

- Freud, S. (1991). Interpretación de los sueños. En *Obras completas*, Vol. IV (1-344). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Kojève, A. (2006). *La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*. Buenos Aires: Leviatán.
- Lacan, J. (2010). *Seminario Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2010a). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. En *Escritos 2* (755-787). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- _____. (2011). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En *Escritos 1* (461-507). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- _____. (2011a). *Seminario Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2013). *Seminario Libro 7. La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Becerra Fuquen, Fabian (2017). Ética y clínica: entre el deseo y el bien-decir.

Revista *Affectio Societatis*, 14(27), 227-237. Medellín, Colombia:

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de

<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

TIEMPO, INCORPOREIDAD E IRREALIDAD EN *MI ALMA EN CHINA*, DE ANNA KAVAN

David Jiménez Arenas¹

Universidad de Boyacá, Colombia

davidjimenez3628@gmail.com

ORCID: 0000-0002-0455-1841

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a12

Resumen

El presente artículo tiene el propósito de indagar acerca del tiempo, la irrealidad y la incorporeidad. Estos temas son pesquisados en la obra de Anna Kavan, escritora inglesa del siglo XX, cuyas novelas y relatos arrojan indicaciones que aportan a un abordaje psicoanalítico de los temas propuestos. Se encuentra que en la obra de

esta autora estos aparecen en relación con el límite de lo simbólico y su insuficiencia. En este sentido, se presentan como un enigma silencioso al sujeto, en la medida en que exceden al campo del lenguaje.

Palabras clave: Tiempo, lenguaje, irrealidad, incorporeidad

TIME, DISEMBOIDMENT, AND UNREALITY IN ANNA KAVAN'S *MY SOUL IN CHINA*

Abstract

This paper inquires into time, unreality, and disembodiment. These topics are tackled in Anna Kavan's work –a twentieth-century English writer–, whose novels and tales have elements for a psychoanalytic approach of such topics. It is found out that, in the author's work, they appear in

relation to the limit of the symbolic and its insufficiency. In this sense, they appear as a silent enigma for the subject since they exceed the field of language.

Keywords: time, language, unreality, disembodiment.

1 Psicólogo, Magister en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia. Docente de la Universidad de Boyacá, Sogamoso, Colombia.

TEMPS, INCORPORÉITÉ ET IRRÉALITÉ DANS LE ROMAN MON ÂME EN CHINE, D'ANNA KAVAN

Résumé

Cet article a pour but d'aborder les concepts de temps, irréalité et incorporéité. Ces thèmes sont étudiés dans l'œuvre d'Anna Kavan, écrivain anglaise du XXe siècle, dont les romans et récits donnent des pistes favorisant une approche psychanalytique de ces sujets. Ils se manifestent, dans l'œuvre de cet auteur, par rapport à la limite

du symbolique et de son insuffisance. À cet égard, ils se présentent au sujet comme une énigme silencieuse, dans la mesure où ils dépassent le domaine du langage.

Mots-clés : temps, langage, irréalité, incorporéité.

Recibido: 30/08/16 • Aprobado: 24/03/17

Introducción

Anna Kavan, mujer inglesa, enigmática y escritora un tanto desconocida, vivió en los dos primeros tercios del siglo XX. Tradicionalmente su obra ha estado por fuera de los movimientos literarios, tanto en vida de la autora como en décadas posteriores, dado que los temas y su estilo han chocado, principalmente, con las tendencias realistas, cercanas a la presentación objetiva de las problemáticas sociales que surgieron tras la Segunda Guerra Mundial en Inglaterra y, posteriormente, su trabajo no ha tenido una amplia propagación ni un éxito comercial significativo (Reed, 2006). Sus tramas pueden caracterizarse como oníricas y subjetivas, donde incluso se diluye el límite entre la realidad de los eventos relatados y las fantasías de los personajes.

En este sentido, Anna Kavan enfrentó dificultades frente a la crítica y a las editoriales pues, en vida de la autora, entorpecieron su difusión. En la década de 1960, la estética de la psicodelia y la ciencia ficción constituyeron un ambiente más propicio para la aceptación de su obra, de modo que, después de 1968, año en que Kavan murió, se reeditaron algunos de sus trabajos y se publicaron otros, de forma póstuma (Booth, 2012).

La obra de Anna Kavan, redescubierta tras su muerte, ha resultado un misterio por resolver, dado el carácter subjetivo de su narrativa y la posible relación de esta con la vida personal de la artista. Entonces, los abordajes realizados en torno a la autora han tenido varias orientaciones. Por una parte, sus relatos y novelas se han categorizado dentro del género de ciencia ficción; por otro lado, se han realizado lecturas autobiográficas de los mismos, donde la crítica atribuyó la particularidad de su estilo a la adicción a sustancias psicoactivas y/o a sus delirios. En ambos casos, se advierte una aproximación simplista a la obra y a la autora, en tanto que se desconocen detalles de su vida y, en últimas, estas críticas dejan de lado la riqueza narrativa e imaginativa de su prosa, así como los aportes que puede hacer en torno a la subjetividad.

El presente artículo tiene como objetivo explicitar cómo el tiempo, la incorporeidad y la irrealidad, se anudan al problema del límite

de lo simbólico como registro organizador de la experiencia humana. Para tal fin, se abordarán los temas mencionados en una de las novelas de Anna Kavan (*Mi alma en China*) y dos de sus relatos (“Anochecer de verano” y “Fog”), donde se encuentran indicaciones importantes sobre el tema a tratar. A continuación, se presenta una breve reseña de dichas obras, con el fin de contextualizar lo que se planteará más adelante.

Mi alma en China (póstuma)

Esta novela fue publicada, de forma póstuma, en 1975. La narración se alterna entre primera y tercera persona. El argumento se basa en el fin del matrimonio de Kay y los efectos que esto tuvo para ella.

Los primeros capítulos muestran, de forma surrealista, el colapso que Kay vivió, un intento de suicidio y la internación en una clínica psiquiátrica. En este punto, ella se siente fuera de la realidad, como si su alma hubiera volado a China. Posteriormente, conoce a John, el australiano, un hombre casado que se conmueve con su drama y le ofrece pasar con ella seis meses, lejos de su antigua vida en Europa, en la costa oeste de Estados Unidos, para darle una oportunidad de reencontrar la estabilidad, ya que él considera que ella puede volver a ser feliz.

Los primeros tres meses transcurren en un ambiente de tranquilidad y alegría, hasta que ella nota que el tiempo ha avanzado, así que no será para siempre el idilio que está viviendo en la casa de alquiler al lado del mar; por lo tanto, teme quedar sola una vez más y sin posibilidad de ser amada por nadie. John no soporta su tendencia a hacerse desgraciada, y le reprocha el no ser capaz de concentrarse en su felicidad presente. A partir de allí, ella regresa al estado de vacío y extrañamiento, lo que erige un muro entre ellos. Al final, él retorna a su país y ella queda sola... con su *alma en China*.

“Anochecer de verano”

Este relato es acerca de una mujer que pierde a su amado. Ella queda sola, encerrada en una casa, en medio de un anochecer veraniego. Luego, recibe la visita del ser perdido, extraña aparición carente de cuerpo. Al tiempo que ella lo recibe, se transforma también en alguien irreal, como si no perteneciera a este mundo.

“Fog” (“Niebla”)

Este relato, aún no traducido al español, versa sobre una mujer que atropella en su carro, mientras conducía por una carretera llena de niebla, a un peatón que no esquivó por considerarlo irreal. Luego ella es capturada y detenida mientras se esclarece el caso. Durante la espera, el efecto de la inyección, que ella se había aplicado horas antes, desaparece poco a poco, desvaneciendo el carácter distante o enajenado (*detached*), como en medio de la niebla, con el que vive la situación. A medida que pasa dicho efecto y la realidad se hace más vívida, lo que resulta insoportable, se hace necesario que escape, es lo único que anhela.

Aspectos metodológicos

El abordaje propuesto para la obra de Anna Kavan prescinde de intentos psicobiográficos que impliquen la “patanería [de atribuir...] la técnica confesa de un autor a alguna neurosis” (Lacan, 1965/1998, pp. 65-66), para más bien pesquisar aportes que nutran al psicoanálisis, en especial respecto al tema del tiempo, la incorporeidad e irrealidad en relación con el lenguaje, teniendo en cuenta que el arte y la literatura se constituyen como fuentes, a partir de las que la teoría psicoanalítica se construye, en el sentido en que, como lo resaltaba Freud (1906/1981), “los poetas son valiosísimos aliados, cuyo testimonio debe estimarse en alto grado” (p. 584). De modo tal que la aproximación a su obra permite al investigador servirse de la misma para construir un saber sobre la subjetividad.

En este sentido, se resalta un aspecto en común del saber implícito en la obra y el que, a partir de ella, se puede formalizar desde el psicoanálisis, y es que se trata de saberes conformados en torno a un vacío, contorneado, domesticado y, a su vez, indicado por el encadenamiento significativo con que se le hizo cerco. Así pues, lo real en juego en la obra permite a la disciplina psicoanalítica un avance en términos de “ampliar, interrogar, matizar, reformular y afinar los planteamientos teóricos y clínicos del psicoanálisis” (Moreno, 2008, p. 189).

En el caso de la presente investigación, los temas abordados se presentan en la prosa de Kavan como elementos señaladores del punto límite entre el campo del lenguaje y lo real, que sirve de núcleo de la obra, en tanto que es concebido a partir de ella. En este orden de ideas, los hallazgos de esta investigación tienen un carácter apenas deíctico, en tanto que, al igual que en la obra de Kavan, no se puede más que señalar cuando lo que se muestra es aquello que no se puede nombrar.

Los desarrollos presentados a continuación hacen parte del proyecto de tesis de Maestría en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura, titulado “De la reticencia al enigma o abordaje psicoanalítico del silencio en la obra de Anna Kavan”.

“Ojalá el viento me llevara a mí también...”

Para abordar el lugar particular del cuerpo y la realidad en *Mi alma en China* (Kavan, 1992), es necesario caracterizar, en primera instancia, el orden simbólico. Lacan (1953-54/1983) afirma que la emergencia del símbolo ocurre en relación a un conjunto de símbolos que conforman un universo, de modo que no existe de forma aislada. Así, el sujeto que ingresa en el lenguaje se inserta en una red de símbolos que organiza y regula lo humano. Este universo, el lenguaje, “se extiende como una red sobre la totalidad de lo real” (Lacan, 1954-55/1983, p. 381), cuyos efectos son “retransportar, recrear y rehacer lo real” (Lacan, 1953-54/1983, p. 474), introduciéndolo en dicho universo.

A pesar de ser planteado como un registro totalizador, Lacan reconoce la *necesidad* de la existencia de una salida para el mismo. En este sentido, señala que “El sistema de los signos (...) forma un todo en sí mismo. Es decir, instituye un orden sin salida. Por supuesto, es preciso que haya una, si no, sería un orden insensato” (Lacan, 1954-55/1983, p. 356).

Por otra parte, cabe aclarar la distinción entre lo simbólico y el simbolismo en psicoanálisis. Si bien este último hace énfasis en el significado, el primero lo hace en la lógica de funcionamiento significante. Lo anterior conlleva a plantear que el mundo del lenguaje no es una fiel reproducción del mundo de las cosas y, en este sentido, se encuentra el aporte del psicoanálisis, al hacer evidente la falla del lenguaje y su insuficiencia. Precisamente, la metáfora y la metonimia son indicios de dicha falla en la superposición de la palabra en la realidad, ya que muestra cómo, a través del lenguaje, es posible significar una cosa diciendo otra; abriendo paso, a su vez, a multiplicidad de sentidos construidos en los encadenamientos significantes, donde pierden relevancia los significados que corresponderían, cada uno, con un significante.

La insuficiencia de lo simbólico es planteada a partir de la inserción del sujeto en la cadena significante. Este encuentro es fallido en el momento en que el lenguaje es incapaz de dar cuenta del ser, de manera que el resultado es un sujeto tachado, cuya falta es causada, paradójicamente, por el mismo elemento en el que intenta anclar su ser: el lenguaje. Entonces, los modos que este ofrece para el reconocimiento del sujeto en el lenguaje se dan a través de la metáfora. Por su parte, en la metonimia está la falla, en la superposición del lenguaje en el mundo de las cosas, ya que en el intento de aprehender estas se cae, de forma inevitable, en el deslizamiento significante.

Por su parte, el lenguaje permite nombrar el cuerpo, que se separa de las determinaciones estrictamente biológicas. Este cuerpo nombrado, más allá del organismo, es domesticado por la palabra y, a su vez, es creado por la misma. Es decir, el cuerpo entra también en la organización que la lógica significante instaaura. No obstante, la dimensión real del cuerpo no tiene total concordancia con lo simbólico,

de tal suerte que la domesticación del cuerpo por la palabra es insuficiente. Al respecto, algunos apartados de *Mi alma en China* muestran el desvanecimiento del cuerpo, una vez entra en cuestionamiento el registro simbólico.

El sujeto sin referentes simbólicos deviene un sujeto sin cuerpo. El vacío en este aparece íntimamente ligado al lenguaje. “¡China! gritó [la chica] y su alma salió volando de su boca junto con las palabras” (Kavan, 1992, p. 24), escena que prosigue con la descripción del vacío en sus ojos, que muestran “el caos salvaje, que aúlla, el horror de la eternidad y la noche antigua” (Kavan, 1992, p. 25). A su vez, el cuerpo desintegrado es correlato de la desintegración del sujeto, cuya completitud queda en cuestión, y más bien se precipita hacia la nada, fuera de los referentes del tiempo.

El alma de Kay “se hace tan pequeña como un colibrí, tan ligera como una hoja seca; el viento, al pasar, la arranca y se la lleva, hacia las montañas, hacia el este, hacia China” (Kavan, 1992, p. 89), y queda reducida a la nada, sin cuerpo ni alma. Esta última se desvanece ante la ausencia de palabras, así que, para el sujeto, su cuerpo pierde la sustancialidad hecha de lenguaje; y en lo que prosigue, se presenta esta pérdida de sustancialidad a través del carácter inerte del paisaje. Dice Kay: “Ojalá el viento me llevara a mí también... Pero aquí me quedo (...) con mi soledad (...) Mire a donde mire solo veo luz, soledad, brillo, pureza, rocas muertas, agua azul” (Kavan, 1992, p. 89). Lo inerte de las rocas y el agua parece ser lo más cercano a su cuerpo, ahora que su alma salió volando, y así el espacio físico deviene una extensión de la subjetividad, donde se funde la nada del sujeto con el vasto paisaje sin vida.

Junto a la incorporeidad se presenta la percepción de irrealidad. El cuerpo de Kay aparece como irreal, y los intentos por hallar un referente en el espejo son en vano, dado que “ningún espejo reflejará la cara de una persona que tiene el alma en China” (Kavan, 1992, p. 78). Así pues, al igual que el registro simbólico falla, también, por el lado de las imágenes, se logra obturar el vacío propio del sujeto. El vacío subjetivo se proyecta en su exterior y le deja en la nada, y frente a la nada.

Otras escenas de la novela dan cuenta también de la irrealidad que, eventualmente, pueden cobrar los eventos y personajes: pesadillas, una reunión con su exesposo y sus amigos en un pub, son escenas que indican el efecto de separación de la realidad que es frecuente en la obra de esta autora. En este caso, Kay se encuentra aislada del resto del mundo, separada “por una muralla invisible de irrealidad y odio” (Kavan, 1992, p. 42). En ese aislamiento, el sujeto nuevamente resulta en la nada.

Por su parte, la mujer de “Anochecer de verano” se pregunta: “¿Qué estoy escuchando ahora, qué espero oír?” (Kavan, 1992a, p. 94). Aunque ella escucha el ruido de un grupo de personas de ambiente festivo en una colina cercana, entre otros ruidos, no son los sonidos del mundo lo que ella espera escuchar. Es al hombre a quien ella oye, y, a pesar de estar muerto, aparece con una presencia silenciosa, es un visitante sin cuerpo.

Su visita genera en ella “un cambio instantáneo, una demolición, una especie de reducción de [su] ser corporal” (Kavan, 1992a, p. 95). Es una fuerza que la hala, la extrae del tiempo a través de “ese murmullo ininteligible que anuncia que se acerca el visitante sin cuerpo” (Kavan, 1992a, p. 94). “Él está aquí. Pero yo no tengo nada de él” (Kavan, 1992a, p. 96), dice la mujer. Así pues, ella desemboca en una encrucijada:

Puedo aceptar la aparición que le representa, y sentirme frustrada por su lejanía, su terrible incorporeidad (...) O bien puedo negarme a oír ese murmullo como una salmodia angustiosamente familiar, y escuchar, en su lugar, las fuertes y rudimentarias voces del mundo que está más allá de mis paredes (Kavan, 1992a, p. 96).

Ante la encrucijada, el sujeto tal vez no tiene más opción que abandonarse a la “nadiración” que se le presenta en silencio, dejando a un lado el sentido que aporta el campo del lenguaje, dado que en este no hay cabida para el ser, del mismo modo que esta mujer no tiene un lugar en el ambiente festivo del verano.

La irrealidad es una característica presente también en “Fog” (Kavan, 2009). La mujer que protagoniza este relato vive su experiencia

en el mundo real como si fuese irreal, lo que otorga también este carácter a la falta del sujeto. La ausencia de palabra para significar dicha falta pierde relevancia si la misma deja de ser real, pero, paradójicamente, resulta mejor ser nada que vivir en el caos del mundo. Dice la mujer: “Todo lo que quería entonces era que todo marchara como antes (...) y no ser más que un hueco en el espacio, ni aquí ni en ninguna parte, tanto como fuese posible, preferiblemente por siempre” (Kavan, 2009, p. 36). Perder el carácter distante (*detached*) implica que el sujeto resulta abandonado en un mundo extraño, que paradójicamente es su propio mundo. La frontera entre realidad y fantasía se difumina con la niebla, a la vez que se borra también la barrera que impide la emergencia violenta de una realidad irrepresentable, inasible por la palabra.

El reloj se detuvo...

En otra escena, Kay escucha hablar a Max, quien de repente se convierte en un mandarín y, aunque su voz llega de la China, “no ha perdido nada de su melodiosidad” (Kavan, 1992, p. 27). Allí el mundo de Kay es introducido en el mundo de lo simbólico por la palabra de Max; no obstante, la detención de esta tiene efectos en el tiempo, “las agujas del reloj se inmovilizan (...) y la muerte elimina de golpe el tráfico” (Kavan, 1992, p. 28) y Kay pasa de estar en la habitación a un angosto y débil puente sin barandas, que se encorva y la lanza a lo desconocido. El reloj avanza de nuevo, apenas con la reanudación del discurso de Max, y así el rumor del tráfico regresa y la nueva vida que Kay intenta reconstruir vuelve a dotarse de sentido. Junto con la detención del tiempo viene el silencio, al pararse el ruido de los carros en simultáneo con las palabras de Max.

El silencio surge como el trasfondo de varias escenas en la segunda mitad de la novela, que tiene lugar en una casa costera californiana, donde se resalta el estrépito de las olas del Pacífico, que rompen contra las rocas del acantilado, cuyo estruendo “hacía temblar el aire” (Kavan, 1992, p. 65). Tal estruendo es un elemento constante en las descripciones.

Este ruido resulta un telón de fondo, generador de silencio y ausencia de palabras. En las proximidades de la casa solo se encuentran rocas y mar, así que cada palabra lanzada al aire contrasta con el silencio donde es pronunciada. Esta escenografía de silencio constante brinda un soporte al sujeto, dando lugar a un efecto particular cuando se detiene el sonido constante, ya que se describe de forma súbita y violenta:

El sempiterno ruido del mar cesó con una brusquedad que la sobresaltó. Hubo uno de esos misteriosos silencios que se producían a veces. (...) Durante un segundo, en esa extraña pausa, Kay oyó el tictac del reloj. Súbitamente se sintió aterrorizada (Kavan, 1992, p. 59).

El silencio de esa pausa abre paso a un estremecimiento subjetivo, donde se quiebra el entorno de sentido dado por el primer silencio, generado por el incesante ruido de las olas, un silencio que enmarca y da sustento a los eventos que transcurren. En el momento en que se suspende la estridencia, adviene otro silencio, más allá de la ausencia de palabras, en el que se hace patente la nada de sentido.

La pausa tiene lugar repentinamente, y lo único que se escucha es el reloj, que marca un tiempo que no introduce una lógica cronológica, sino la angustia de encontrarse de cara con el sinsentido. Es un tictac que indica un tiempo que transcurre, pero que no corresponde con las coordenadas de los sucesos que pasan; en ese instante no ocurre nada, solo la aparición del horror.

No obstante, resulta paradójico cómo durante los primeros 3 meses que pasaron en California Kay “parecía haber estado viviendo en un mundo remoto y sin tiempo” (Kavan, 1992, p. 55), donde puede ser feliz estando bajo el respaldo de John. De modo que la angustia sobreviene cuando ella observa el calendario y percibe que el tiempo va pasando. A pesar de que John le había pedido que viviera en el presente, sin más preocupaciones, para ella es inevitable notar la terrible aproximación del futuro y la cercanía de su separación del australiano. En este sentido, Kay se pregunta: “¿cómo podía alguien que no era real preocuparse por irrealidades que ni siquiera habían llegado aún?” (Kavan, 1992, p. 48). Mostrando de esta forma cómo la mujer irreal, despojada del cuerpo, también está fuera del tiempo.

Haber sido expulsada de ese mundo sin tiempo desordenó su vida “como piezas de ajedrez en un tablero [que] habían cambiado de lugar” (Kavan, 1992, p. 58). El personaje de John aparece como elemento organizador del mundo de Kay. Durante su visita a Norteamérica, John se dedica a leer un libro titulado *El significado del significado*, a contemplar el océano, las aves y el cielo, a hacer caminatas por los acantilados, todo en compañía de Kay, con el objetivo de hacerla feliz. Se advierte, en este punto, cómo la lógica del australiano funciona a partir de dicotomías: “(...) dividía las cosas fácilmente en buenas y malas, blancas y negras” (Kavan, 1992, p. 80), característica propia de la lógica significativa.

Con frecuencia, llega el cartero con arrumes de papeles, folletos, facturas, cartas que van y vienen; flujo de palabras en el que Kay no está presente, no tiene a quién escribir ni tampoco es receptora de ningún mensaje. Un buen día reciben una carta, proveniente de Australia, seguramente contiene noticias de la familia de él, así que concentra en ella toda su atención. Kay habría preferido que él no la descuidase por atender la carta; no obstante, en esta escena se hace notorio el lugar de John del lado de lo simbólico; y a Kay, o más bien, a la mujer del lado del enigma mudo, sin palabras.

Además, aparece también la incompatibilidad de los sexos: “La barrera que siempre había existido entre ellos se había convertido gradualmente en una muralla” (Kavan, 1992, p. 66). El silencio es una de las formas en que se manifiesta dicha incompatibilidad. Cabe resaltar el carácter paradójico de este muro, que es levantado por el lenguaje, elemento nuclear en el desencuentro de los sexos, dado que su relación no entra en este registro. Entonces, este silencio, que aparece junto con la muralla, es causado por el lenguaje, así que no habría silencio si no es por el advenimiento de la palabra que no da cuenta del des(encuentro) de los sexos.

Lo anterior muestra la falla de la lógica masculina a la hora de dar cuenta de la feminidad. Así, Kay pierde el referente de John y queda de cara ante el horroroso paso del tiempo, que pareciera marcar el acercamiento de algo desconocido que desborda al sujeto. De hecho,

John se lamenta de haber conocido a Kay, porque desde allí perdió la posibilidad de pensar el mundo en términos de polaridades.

Al final de la novela, Kay se encuentra de frente con la carencia de sentido para su futuro y la incertidumbre del mismo, así que parece no haber tiempo para ella a partir de allí, de modo que al irse su alma a China, y sin tiempo, resulta despojada del ser.

Por otra parte, la “salmodia angustiosamente familiar” (Kavan, 1992a, p. 96) del visitante incorpóreo separa a la chica de “Anochecer de verano” del resto del mundo. Sola, allí con esa presencia siniestra que resulta inasible, esa nada cuyos efectos alteran su cuerpo al arrancarla de la realidad; sin embargo, dicha presencia es paradójicamente familiar. “Estos anoheceres están fuera del tiempo, no son ni día ni noche. Igual que yo misma, el jardín, los árboles, estamos fuera de la realidad, somos proyecciones de la nada” (Kavan, 1992a, p. 97).

En la obra de Anna Kavan el tiempo no aparece como elemento objetivo de la realidad, y, en ese sentido, no se podría considerar como condición *a priori* de la experiencia, sino que se manifiesta en relación con un sujeto ubicado temporalmente a través del lenguaje. La palabra pronunciada instala el tiempo presente y, de esa manera, instituye también el pasado, dado por la palabra ya enunciada; y el futuro, en la palabra por venir. La dimensión subjetiva temporal se pierde en la falla del lenguaje, en tanto que el encadenamiento significativo es correlato del paso del tiempo.

Algunas consideraciones finales

A partir del abordaje psicoanalítico de la novela *Mi alma en China*, y los dos relatos comentados, se derivan varios hallazgos. Por un lado, la concepción psicoanalítica del cuerpo lo separa del determinismo biológico, a la vez que se enfatiza la aprensión del cuerpo por la palabra, haciendo de él una construcción cultural. En este sentido, el cuerpo no es ajeno a las vicisitudes del lenguaje. La explicitación de la falla del lenguaje produce un vaciamiento en el cuerpo, “una reducción

del ser corporal” (Kavan, 1992a, p. 94), el cual curiosamente ocurre desde el núcleo del lenguaje. Al ser despojado de este, el cuerpo pierde su soporte y adviene su desintegración. En silencio, sin palabras, el ser se hace nada, al tiempo que el cuerpo también se hace tal con la fuga del alma hacia China, en las palabras.

Además de la incorporeidad, aparece la enajenación como despojamiento de la materialidad del cuerpo. Entonces, el sujeto resulta distante de sí mismo y, a su vez, de la realidad. El silencio irrumpe y desorganiza la coherencia que aporta el lenguaje a la experiencia. El sujeto incorpóreo es también irreal y, en esa medida, queda un espacio en blanco, donde deberían estar los cimientos que dan sentido a lo humano.

Por su parte, la organización temporal se quiebra con la aparición del silencio, correlativa al advenimiento de la falla en el lenguaje, dado que la secuencia de unidades temporales se organiza como una cadena significativa. Por tanto, el silencio que irrumpe en dicha cadena hace presente un vacío estructural en el lenguaje, al tiempo que saca al sujeto de la dimensión temporal. Esto tiene efectos angustiosos, en tanto que no hay posibilidad de asimilar, a través de lo simbólico, el destierro de la dimensión temporal y, a su vez, de la realidad.

En este orden de ideas, el tiempo aparece como un enigma. Las categorías pasado, presente y futuro no se presentan como una secuencia coherente y sistemática, dado que el pasado que el sujeto carga se halla agujereado por el olvido, los malentendidos y las interpretaciones que hace de este. De modo que la historia del sujeto es más un conjunto de fragmentos, cuya correspondencia con la “realidad” de los eventos ocurridos es cuestionable. Asimismo, el presente se le escurre al sujeto como agua entre las manos, en la misma medida en que vuelan las palabras. Por último, su futuro es un gran interrogante, al no saberse hacia dónde va. Así, el sujeto que no logra enmarcarse en el tiempo es, a su vez, sacado de la realidad, dando lugar a que el tiempo sea un enigma sin respuesta. Las referencias simbólicas que dan sentido al devenir del sujeto se difuminan, pasado, presente y futuro se mezclan, así el sujeto sin cuerpo, irreal, oscila como el péndulo de un reloj que solo marca un sordo tictac, que presentifica la nada.

Bibliografía

- Booth, F. (2012). *Stranger still. The works of Anna Kavan*. San Bernardino: Lucius Books.
- Freud, S. (1906/1981). El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen. En L. López (Trad.), *Obras completas*, Vol. II (pp. 583-626). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Kavan, A. (1992). *Mi alma en China*. Madrid: Mondadori.
- _____. (1992a). Anochecer de verano. En *Mi alma en China* (pp. 93-98). Madrid: Mondadori.
- _____. (2009). Fog. En *Julia and the bazooka* (pp. 28-36). London: Peter Owen.
- Lacan, J. (1953-54/1983). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1954-55/1983). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1965/1998). Homenaje a Marguerite Duras. Del rapto de Lol V. Stein. En *Intervenciones y textos* (pp. 63-72). Buenos Aires: Manantial.
- Moreno, B. (2008). *Goces al pie de la letra*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Reed, J. (2006). *A stranger on earth. The life and work of Anna Kavan*. London: Peter Owen.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Jiménez Arenas, David (2017). Tiempo, incorporeidad e irrealidad en *Mi alma en China*, de Anna Kavan. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 238-252 Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

CLÁSICOS DEL PSICOANÁLISIS



ACERCA DE LA GÉNESIS DEL APARATO DE INFLUIR EN EL CURSO DE LA ESQUIZOFRENIA (1919)¹

Victor Tausk



Mis consideraciones se basan en un ejemplo único de «aparato de influir». Por lo que sé, difiere esencialmente de todos los demás aparatos a través de los cuales cierto tipo de esquizofrénicos se quejan de persecución, pero, permite, por sus detalles de construcción, abordar no obstante una tentativa de explicación psicoanalítica del origen y la meta psíquica de este instrumento construido por el delirio.

Mi ejemplo constituye una variante, por cierto que muy rara, del típico aparato de influir. Para juzgar acerca de la frecuencia o la rareza de la muestra, me veo, no obstante, reducido a mi experiencia personal, que es restringida, cosa que, claro está, lamento por múltiples razones. Temo que se me reproche haber extraído prema-

1 Publicado originalmente en *Zeitschrift für analytische Psychoanalyse*, V, 1919, págs. 1-33, bajo el título de «Ober die entstehung des Beeinflussungsapparates in der Schizophrenie». Victor Tausk, *Trabajos Psicoanalíticos*. Capítulo 13. Ed. Gedisa Mexicana, S.A. México. 1983

turamente de un ejemplo único conclusiones tan generales como las que voy a presentar. Debería ser norma que todo estudio científico presentara un material clínico más amplio. Yo, para justificarme, sólo puedo hacer valer el hecho de no haber tenido a mi disposición otros casos para fundamentar mis educciones. Tan lejos como se remontan mis recuerdos en materia de literatura psiquiátrica.

Nunca he dado con una descripción pormenorizada de un caso preciso de aparato de influir, por típico que sea. He llegado a saber que la literatura psiquiátrica nunca da del aparato otra cosa que una descripción general: enumera a título de ejemplos sus piezas y sus funciones habituales. La psiquiatría clínica, que sólo se ocupa en la descripción de cuadros complejos, no atribuye mayor valor a la significación de los síntomas aislados para elaborar una visión de conjunto del mecanismo psíquico. La clínica no toma en consideración el origen y la meta del síntoma; con su rechazo del método de investigación psicoanalítica, no halla ocasión alguna de plantear estos problemas. Pero en principio es admisible extraer de las formas aberrantes, o de las variantes, conclusiones sobre la estructura de la forma común. Muy a menudo son sólo las variantes y las formas asociadas las que dan ocasión de investigar los orígenes y las condiciones de aparición de los fenómenos. La uniformidad de los casos clínicos típicos puede actuar como un muro que obstaculiza nuestra mirada, mientras que una forma clínica atípica puede oficiar de ventana: bien puede permitir que advirtamos los engranajes. Una variante clínica nos permite deducir una patogenia diferente. Una forma asociada obliga a admitir que los fenómenos pueden tener distintos orígenes. Únicamente cuando un objeto puede ser diferente, así sea por una vez, encontramos oportunidad de verificar las razones por las que habitualmente se presenta de una manera invariablemente idéntica, o por las que en todo caso parece serlo. La investigación de las condiciones de aparición atípicas nos conduce a la de las condiciones habituales.

Sólo me resta desear que la variante clínica en la que he basado mis deducciones sea un ejemplo feliz, y cuento con haber captado correctamente su modo de aparición y su significación.

II

El «aparato de influir» esquizofrénico es una máquina de naturaleza mística. Sólo por alusiones pueden los enfermos indicar su estructura. Se compone de cajas, manivelas, palancas, ruedas, botones, hilos, baterías, etc. Los enfermos cultos se esfuerzan, con el auxilio de los conocimientos técnicos de que disponen, en adivinar la composición del aparato. A medida que progresa la difusión de las ciencias técnicas, descubrimos que todas las fuerzas naturales domesticadas por la técnica concurren a explicar el funcionamiento de este aparato; pero no bastan todas las invenciones humanas para explicar las notables acciones de esta máquina, debido a la cual los enfermos se sienten perseguidos.

He aquí los principales efectos producidos por el aparato de influir.

1. Les presenta imágenes a los enfermos. Habitualmente se trata, pues, de una linterna mágica o de un aparato de cinc. A las imágenes se las ve en un solo plano, proyectadas sobre los muros y los vidrios. No son tridimensionales, como las alucinaciones visuales típicas.
2. El aparato produce y sustrae pensamientos y sentimientos, y ello gracias a ondas o rayos, o con ayuda de fuerzas ocultas; el enfermo no lo puede explicar con sus conocimientos de la física. En estos casos, al aparato se lo denomina también «aparato de sugestionar». Su mecanismo es inexplicable, pero su función consiste en posibilitar que el perseguidor o los perseguidores transmitan o sustraigan pensamientos y sentimientos.
3. El aparato produce acciones motrices en el cuerpo del enfermo, erecciones y poluciones. Estas últimas están destinadas, generalmente, a privar al enfermo de su potencia viril y a debilitarlo. Es un efecto que también puede ser producido, ora por la sugestión, ora con el socorro de corrientes atmosféricas, eléctricas o magnéticas, o por rayos X.
4. El aparato produce sensaciones; algunas de éstas no puede el enfermo describirlas, porque le resultan completamente extrañas,

mientras que a otras las experimenta como si fuesen corrientes eléctricas, magnéticas o atmosféricas.

5. El aparato es asimismo responsable de otros fenómenos somáticos, como erupciones cutáneas, furúnculos y otros procesos mórbidos.

Es un aparato que sirve para perseguir al enfermo; lo manipulan los enemigos. Que yo sepa, son exclusivamente enemigos del sexo masculino quienes utilizan este instrumento, y es muy frecuente que entre los perseguidores se encuentren los médicos que han prodigado sus cuidados al enfermo.

Oscura es a su vez la manipulación del aparato. Resulta raro que el enfermo se represente con claridad, siquiera mínima, el modo de empleo del aparato. Se aprietan botones, se mueven palancas, se hacen girar manivelas. A menudo el enfermo se siente atado al aparato por hilos invisibles que conducen a su cama, y en tal caso sólo cuando se halla en ésta se encuentra bajo la influencia del aparato.

Es evidente, sin embargo, que buen número de enfermos se quejan de todos estos rigores sin atribuirlos a la acción de aparato alguno. Hay enfermos que sienten las modificaciones experimentadas en el nivel de su propio cuerpo y de su espíritu tan pronto como extrañas y tan pronto como hostiles; atribuyen esas alteraciones únicamente a una influencia psíquica extraña, a una sugestión, a una fuerza telepática proveniente de los enemigos. Con arreglo a mis observaciones y a las de otros autores, no me cabe la menor duda de que los lamentos de los enfermos que no hacen intervenir la influencia de un aparato preceden la aparición del síntoma del aparato de influir: el «aparato» es una manifestación más tardía de la enfermedad. Su aparición parece tender, según diversos autores, a la búsqueda y hallazgo de una causa de las transformaciones patológicas que dominan la vida afectiva y sensorial del enfermo y que son patentemente experimentadas como extrañas y desagradables. Conforme a esta concepción, la máquina de influir ha sido creada por la necesidad de causalidad inmanente al hombre. En otros casos, la misma necesidad de causalidad es responsable de la creencia en perseguidores que actúan por sugestión y telepatía sin la ayuda de un aparato. La clínica explica el síntoma

de la misma manera que la persecución en la paranoia (persecución igualmente inventada por el enfermo para justificar su delirio de grandeza), y lo denomina «paranoia somática».

Existe, no obstante, un grupo de enfermos que renuncian por completo a satisfacer su necesidad de causalidad; simplemente se quejan de sentimientos de transformación y de fenómenos extraños en su persona física y psíquica, *sin que por, ello busquen su causa en una potencia hostil o extraña*. De modo particular, ciertos enfermos declaran que esas imágenes no les son «representadas», sino que las perciben con toda naturalidad y con gran asombro de parte de ellos. Pueden también existir otros sentimientos de transformación sin que se los atribuya a un responsable; así, por ejemplo, los enfermos se quejan de pérdida o transformación de las ideas y los sentimientos, sin que por ello crean que esas ideas o esos sentimientos se los han robado o impuesto. Otro tanto ocurre respecto de los sentimientos de alteración de la piel, del rostro y de las dimensiones de los miembros. Es este un grupo de enfermos que no se quejan de la influencia de un poder extraño y hostil; se quejan del sentimiento de *alienación*. Los enfermos se vuelven extraños a sí mismos; ya no se comprenden: sus miembros, su rostro, su expresión, sus pensamientos y sus sentimientos les han sido alienados. No hay duda de que los síntomas de este grupo de enfermos pertenecen al periodo de principio de la demencia precoz, aun cuando se los suela volver a hallar en estadios evolutivos más avanzados.

En buen número de casos parece seguro, y muy verosímil en otros, que, a partir de sentimientos de transformación aparecidos bajo el signo de la extrañeza y sin que se los atribuya a un responsable, se forman sentimientos de persecución en los que el sentimiento de transformación es atribuido a la acción de una persona extraña, «sugestión» o «influencia telepática». En otros casos, la idea de persecución e influencia termina por desembocar en la construcción de un aparato de influir. *A partir de ello nos encontramos, al parecer, a punto de admitir que el aparato de influir es el término final de la evolución del síntoma, que comenzó con simples sentimientos de transformación*. No creo, sin embargo, que toda esta sucesión en la formación del síntoma haya sido hasta el día de hoy susceptible de observación ininterrumpida en un mismo enfermo. Pero he podido observar de manera indiscutible esta concatenación entre dos fases (he

de dar más adelante un ejemplo al respecto), y no titubeo en afirmar que en circunstancias particularmente favorables se podría comprobar en un individuo único la existencia cabal de esta serie evolutiva. Entretanto, me hallo en la situación del bacteriólogo que estudia los plasmodios y reconoce las diversas formaciones patológicas en los glóbulos sanguíneos como estadios de una evolución continua, aun cuando no pueda observar en cada glóbulo nada más que una sola fase evolutiva y no esté en condiciones de seguir todo el desarrollo del plasmodio dentro de un solo glóbulo.

El reconocimiento de los diversos síntomas como fases de un proceso de desarrollo único se ve dificultado no sólo por los errores de observación y las reticencias del enfermo, sino también porque, de acuerdo con las demás manifestaciones mórbidas que presenta el enfermo, las diversas fases se engloban en síntomas secundarios o derivados, y de este modo los sentimientos de transformación quedan ocultos por una psicosis o una neurosis asociada o consecutiva y perteneciente a otro grupo mórbido, como por ejemplo una melancolía, una manía, una paranoia, una neurosis obsesiva, una histeria de angustia o una demencia. Se trata, pues, de cuadros clínicos que pasan a primer plano, y los elementos de la evolución del delirio de influencia, más difíciles de captar, escapan a la vista del observador y a veces hasta del enfermo. También es posible que no todo estadio evolutivo alcance la conciencia de todos los enfermos, que uno u otro de estos aspectos se desarrolle en el inconsciente y que consiguientemente la parte que sea dable seguir en el consciente del enfermo ofrezca lagunas. Según la rapidez del proceso mórbido y las tendencias individuales a formar otros cuadros psicológicos, hay otras fases que se las puede simplemente pasar por alto.

Todas las ideas de influencias en el curso de la esquizofrenia pueden presentarse tanto como consecuencia de un aparato de influir como en ausencia de éste. Mientras que a las corrientes eléctricas se las relaciona, típicamente, con la acción del aparato de influir, no he advertido, sin embargo, más que un solo caso (en la sección de neuropsiquiatría del hospital de Belgrado) en que esas corrientes se producían sin la intervención del aparato y hasta de un poder hostil. Se trata de Joseph H., albañil, de 34 años, que ya ha pasado una parte de su vida

en un asilo de alienados. Se siente recorrido por corrientes eléctricas que pasan al suelo a través de sus piernas. El mismo da nacimiento a tales corrientes dentro de su cuerpo, como sostiene con cierto orgullo. Esto constituye, justamente, su fuerza. No quiere revelar cómo y por qué actúa de ese modo. Cuando descubrió las corrientes por primera vez, se sintió un tanto sorprendido, pero pronto comprendió que ellas mantenían con él cierta relación y que estaban al servicio de un fin misterioso, respecto del cual no quiere dar el menor informe.

Relataré asimismo un caso particular de paranoia somática que ha de ser un argumento especialmente válido en apoyo de la hipótesis del proceso evolutivo, tal cual la expongo en el presente artículo. Dentro de otro contexto, Freud ya ha citado este ejemplo: la señorita Emma A. se sentía influida, de una manera completamente insólita, por aquel al que ella amaba. Decía que sus ojos no estaban correctamente ubicados en su rostro, que se habían torcido. Esto provenía del hecho de que su querido era un mal hombre, un mentiroso, que hacía «torcer los ojos». En la iglesia se sintió un día bruscamente sacudida, como si la hubieran cambiado de lugar: su querido era alguien que engañaba y la había vuelto mala y parecida a él mismo.

La enferma no se siente simplemente perseguida e influida por un enemigo. Más bien se trata de un sentimiento de influenciaría por *identificación* con el perseguidor. Recordemos la tesis defendida por Freud y por mí mismo, acerca de la cual habremos de insistir en el curso de esta discusión: la identificación dentro del mecanismo de la elección de objeto precede a la elección de objeto por proyección, que constituye la verdadera posición del objeto. Entonces podemos considerar el caso de Emma A. como una fase evolutiva del delirio de influencia que precede a la proyección del sentimiento de influencia sobre un perseguidor ubicado a distancia en el mundo exterior. La identificación es, evidentemente, una tentativa de proyección de los sentimientos de transformación en el mundo exterior; constituye un paso entre los sentimientos de transformación de la personalidad, sentidos como extraños y sin que se los impute a extraño alguno, y las transformaciones atribuidas al poder de una persona exterior. La identificación representa un paso intermedio entre el sentimiento de alienación y el delirio de influencia: apunta a y completa de una ma-

nera especialmente demostrativa, según la teoría psicoanalítica, nuestra concepción de un síntoma que se desarrolla hasta su término final de máquina de influir. Seguramente se trata del hallazgo — de la invención, incluso — de un objeto *hostil*; más para el proceso intelectual importa poco hallarse frente a un objeto hostil o benévolo, y el psicoanalista no encontrará en tal caso nada que decir sobre la asimilación de la hostilidad al amor.

Dentro de esta enumeración de las diversas formas, mejor dicho, de las diversas fases, del delirio de influencia, no quiero omitir el caso Staudenmayer, cuya biografía detalló años atrás un miembro de la Sociedad de Psicoanálisis.

Staudenmayer, a quien se considera, si no me equivoco, como un paranoico auténtico, o por lo menos yo lo he considerado así, describía las sensaciones que sentía con motivo del tránsito intestinal del bolo fecal; atribuía los diversos movimientos peristálticos, de los que era patológicamente consciente, a la actividad de demonios particulares que se habían aposentado en el intestino y a los que incumbía la ejecución de los diversos movimientos.

Podemos, por tanto, hacer entrar en el siguiente esquema los fenómenos observados en estos enfermos, ya como efectos del aparato, ya con independencia de éste.

1. Simples sentimientos de alteración, primitivamente sin sentimiento de «extrañeza» y después acompañados por éste, sin referencia a una persona responsable (alteraciones de funciones físicas y psíquicas y de ciertas partes del cuerpo). En muchos casos, esta fase de la enfermedad parece realmente superada a una edad muy precoz, antes de la pubertad. Como a esta edad el sujeto no puede todavía proporcionar una información exacta sobre sus propios estados, y como aún tiene la posibilidad de compensar y convertir sus alteraciones patológicas en rasgos de carácter infantiles de difícil apreciación (maldad, agresividad, fantasías disimuladas, onanismo, repliegue en sí mismo, obtusión, etc.), es esta una fase que las más de las veces pasa inadvertida por los educadores, y los enfermos no' la mencio-

nan, o lo hacen de una manera inexacta. Sólo la pubertad, que exige de muy especial modo una adaptación al mundo cultural y obliga al individuo a abandonar, tanto para él mismo como para los demás, esos groseros medios de expresión de su constitución anormal, patentiza a la enfermedad y le permite al síntoma desarrollarse, de manera que lo encontramos, pues, bajo una forma más evolucionada.

2. Sentimientos de alteración en forma de sensaciones anormales con designación de un responsable, que es el propio enfermo (caso Joseph H.).
3. Sentimientos de alteraciones con designación de un responsable que se sitúa dentro del enfermo, pero que no es el enfermo mismo (caso Staudenmayer).
4. Sentimientos de alteración con proyección alucinatoria del proceso interior hacia el exterior, sin designación de un responsable y sin sentimiento de extrañeza al principio, pero acompañada después por éste (visión de imágenes).
5. Sentimientos de alteraciones con designación de un responsable por vía de identificación (caso Emma A.).
6. Sentimientos de alteraciones con proyección del proceso interior hacia el exterior, y designación de una responsable según el mecanismo paranoico (se le proyectan imágenes, se le hace sugestión e hipnotismo, se lo electriza, se le imponen y roban pensamientos y sentimientos, se le producen erecciones, poluciones, etc.).
7. Sentimientos de alteraciones atribuidos a un «aparato de influir» manipulado por enemigos. Al principio éstos son generalmente desconocidos e indefinibles. Con el tiempo, el enfermo llega a definirlos; sabe quiénes son, y su círculo se amplía, como ocurre en el complot paranoico. Al principio el enfermo no se explica en absoluto de qué manera está construida la máquina; sólo paulatinamente elabora la idea que se hace de ella.

Habiendo, pues, distinguido ideas de influencia y aparato de influir, sólo consideraremos ahora este último, sin tomar en cuenta sus efectos.

Dejaremos a un lado, desde ahora, la «linterna mágica», que proyecta imágenes porque su construcción concuerda demasiado bien con el efecto que se le atribuye y porque no representa, fuera de su

inexistencia, ningún error de juicio. Una superestructura racional como ésta es completamente impenetrable. Si echamos un vistazo a través de las brechas de construcciones dañadas, podemos percibir el interior y adquirir por lo menos un principio de comprensión.

La máquina de influir habitual ha sido construida, por lo tanto, de una manera completamente incomprensible. No podemos siquiera imaginar partes enteras de ella. Hasta en casos donde el enfermo tiene la impresión de comprender bien la construcción de la máquina, resulta evidente que se trata de un sentimiento análogo al de quien sueña, que tiene tan sólo *el sentimiento de una comprensión*, pero no la comprensión misma. Podemos darnos cuenta de ello pidiéndole al enfermo que describa la máquina.

El aparato es, tanto como yo recuerde, siempre una máquina, y una máquina complicada.

El psicoanalista no ha de dudar un solo instante que esa máquina es un símbolo. Es esta una idea que ha merecido recientemente un apoyo explícito. Freud ha explicado en sus conferencias que en los sueños las máquinas complicadas siempre significan los órganos genitales.

Hace ya tiempo que he sometido al análisis sueños de máquinas, y debo confirmar en un todo la afirmación de Freud. Pero además puedo añadir esto: según mis análisis, las máquinas siempre representan los *órganos genitales del propio durmiente*, y se trata de sueños de masturbación. Son sueños del tipo de los sueños de fuga, tales como los he descrito en mi artículo sobre los delirios alcohólicos.² He mostrado en ese trabajo de qué manera el deseo de masturbación — mejor aún, la disposición para la eyacuación — siempre encuentra, cuando ha llegado a una representación onírica que favorece la descarga, esta representación favorable remplazada de urgencia por otra, gracias a la cual se introduce por un instante una nueva inhibición, y la eyacuación se ve obstaculizada. El sueño se opone al deseo de eyacuación por *mutaciones simbólicas sucesivas*.

2 «A propósito de la psicología del delirio de acción de los alcohólicos», incluido en el presente volumen.

El sueño de la máquina tiene un mecanismo análogo. La única diferencia consiste en que las diversas piezas no desaparecen a medida que se introducen piezas nuevas y en que, en lugar de ocupar el lugar de las antiguas las nuevas vienen simplemente a sumarse a éstas. De este modo se elabora una máquina de una complicación inextricable. Y, a fin de reforzar su papel inhibitor, el símbolo se vuelve más complejo en vez de verse remplazado. Cada nueva complicación atrae la atención del durmiente, despierta su interés intelectual y debilita en la misma medida su interés libidinal. Actúa, pues, como inhibición de la pulsión.

En el curso de los sueños de máquina el durmiente suele despertar más de una vez con una mano sobre los órganos genitales, si sueña que manipula la máquina. Con arreglo a esto, se podría suponer que el aparato de influir es una representación — proyectada en el mundo exterior — de los órganos genitales del enfermo; vendría a ser análogo en sus génesis a la máquina cuando se quejan, cosa que hacen a menudo, de que el aparato produce erecciones, les sonsaca esperma y debilita su virilidad. De todos modos, al asimilar el síntoma a una producción onírica y ubicar la enfermedad en el nivel psicoanalíticamente accesible de la interpretación del sueño, ya hemos dado un paso más allá de las necesidades de racionalización y causalidad, en las que se apoya la clínica tradicional para interpretar la máquina de influir dentro de la esquizofrenia.

Voy ahora a presentar mi caso clínico, que va no sólo a fortalecer, sino también a desarrollar de manera considerable nuestra hipótesis.

La paciente, la señorita Natalia A., de 31 años de edad, ex-estudiante de filosofía, hace ya años que se ha vuelto sorda como consecuencia de una infección maligna del oído medio; sólo por escrito se comunica con los de su medio. Refiere que desde hace seis años y medio se encuentra bajo la influencia de un aparato eléctrico que ha sido fabricado en Berlín, pese a la prohibición de la policía. El aparato tiene la forma de un cuerpo humano, la forma, incluso, de la propia enferma. Pero no exactamente. Tanto su madre como sus amigos, hombres y mujeres, se hallan sometidos a la influencia del aparato, o de otros aparatos análogos. La enferma no puede proporcionar de-

talle alguno relativo a los otros aparatos; sólo puede describir la máquina cuya influencia sufre. Lo único que le parece seguro es que el aparato empleado para los hombres es un aparato varón; es decir, que posee una forma masculina, y que el empleado para las mujeres es un aparato femenino. El tronco tiene la forma de una tapa, como una tapa de féretro común, forrada con terciopelo o felpa. A propósito de los miembros, en dos oportunidades me suministró la enferma una importante información para mi objeto. En la primera entrevista los describió como segmentos del cuerpo completamente naturales. Semanas después, los miembros ya no estaban materialmente bajo la tapa del féretro, sino tan sólo dibujados sobre ésta en su posición natural a lo largo del cuerpo. La enferma no ve la cabeza; dice que no lo sabe muy bien. No sabe si la máquina posee la misma cabeza que ella. En general, no puede dar información alguna sobre la cabeza.

Tampoco sabe con mayor claridad cómo se manipula al aparato, ni de qué modo se encuentra ligada a él. Lo está por una especie de telepatía. El hecho más importante es que al aparato se lo manipula de cualquier manera y que todo lo que le sucede ocurre efectivamente en el nivel de su propio cuerpo. Cuando se pincha al aparato, ella siente el pinchazo en el sitio correspondiente de su propio cuerpo. El lupus que tiene en la nariz se ha producido también en la del aparato por medios apropiados; más aun: como consecuencia de éste ha sido ella afectada.

El interior del aparato está constituido por baterías eléctricas cuya forma es probablemente la de los órganos internos del hombre.

Los malhechores que manipulan el aparato provocan en la enferma secreciones nasales, olores repugnantes, sueños, pensamientos y sentimientos. Perturban su pensamiento, sus palabras y su escritura. Antes hasta le habían provocado sensaciones sexuales al manipular los órganos genitales del aparato.

Pero de un tiempo a esta parte éste ha dejado de poseer tales órganos. La enferma no puede decir cómo ni por qué el aparato los ha perdido. Sea como fuere, desde que el aparato ya no los tiene, ella tampoco tiene sensaciones sexuales.

Poco a poco se ha familiarizado con la construcción del aparato gracias a su larga experiencia y a la opinión ajena; evidentemente, se trata de alucinaciones verbales. Le parece que ya antes había oído hablar al respecto. El hombre que se vale del aparato en su propósito de perseguir a la enferma actúa por celos. Se trata de un pretendiente desairado, un profesor universitario. Al poco tiempo de haber rechazado su pedido de mano, la enferma había sentido que el pretendiente influía tanto sobre ella como sobre su madre por medio de sugerencias. Sugería que ambas entablaran amistad con su cuñada. Era patente que de ese modo pensaba obtener la posterior aceptación de su pedido de mano, gracias a la influencia de su cuñada. Cuando la sugestión fracasó, el pretendiente recurrió al aparato de influir. No sólo la enferma, sino también su madre, sus médicos, sus amigos, todas las personas, en fin, favorables a ella y que tomaban su partido se encontraron sometidas a la influencia de aquella diabólica máquina. De resultas de ello sus médicos formularon falsos diagnósticos, pues el aparato les presentaba enfermedades diferentes de la que ella sufría. Por culpa de él se le hizo imposible entenderse con sus amigos y su familia; todos los humanos fueron convertidos en enemigos suyos por el aparato, quien por último la obligó a huir de todas partes.

No pude saber mucho más por boca de la enferma. Cuando la vi por tercera vez se mostró reticente y afirmó que también yo estaba bajo la influencia de la máquina, que también yo era hostil a ella y que ya no podía hacerse comprender por mí.

Esta observación aporta un argumento decisivo en favor de la tesis de que el aparato es una fase evolutiva *de* un síntoma — el delirio de influencia — que también puede existir sin la formación delirante de la máquina. La enferma dice ex presamente que su perseguidor se vale de la máquina sólo con posterioridad al fracaso de su tentativa de influencia por sugestión. El hecho *de* haber creído ella que ya antes había oído hablar de la máquina no es menos significativo para el psicoanalista. El hecho de que un enamorado tenga la impresión de haber conocido desde siempre a la mujer a la que ama nos confirma que ha reencontrado en ella una *imago* antigua de amor, y del mismo modo ese incierto reconocimiento del aparato alega en favor del hecho de que sus efectos ya le resultaban familiares a la enferma antes

de estar bajo la influencia de la máquina: ya había experimentado antes sentimientos de influencia, y ahora responsabilizaba de éstos al aparato de influir. Posteriormente hubimos de saber en qué época de su vida se sitúa el momento en que había experimentado por primera vez ese tipo de sentimientos.

Pero la singular construcción del aparato se vincula de muy particular manera a mis hipótesis relativas a la significación simbólica de la máquina como proyección de los órganos genitales de la enferma. En realidad, el aparato representa no sólo los órganos genitales, sino, con toda evidencia, a la enferma íntegra. Representa, en el sentido físico del término, una verdadera proyección: el cuerpo de la enferma proyectado en el mundo exterior. Es lo **que** se desprende de una manera unívoca de las declaraciones de la enferma: el aparato posee, ante todo, una forma humana, forma que, a pesar de las particularidades que la apartan, puede ser reconocida sin la menor vacilación, y —el hecho más importante— reconocida como tal por la enferma. Ha adquirido casi la apariencia de ésta. La enferma experimenta todas las manipulaciones del aparato en los sitios correspondientes de su propio cuerpo. Los siente como cualitativamente idénticos. Los efectos provocados en el nivel del aparato aparecen asimismo en el cuerpo de la enferma. El aparato ya no tiene órganos genitales desde que la enferma ha dejado de sentir sensaciones sexuales, pero los tuvo tanto tiempo como de éstas tuvo conciencia la enferma.

La técnica de la interpretación de los sueños nos permite añadir algo más. Que la enferma no sepa cosa alguna precisa acerca de la cabeza del aparato y que no pueda, sobre todo, indicar si se trata de su propia cabeza, es circunstancia que milita en favor del hecho de que se trata, por cierto, de la suya. . La persona a la que no se ve en el sueño es el propio durmiente. En el sueño de la clínica ya he dado un ejemplo en el que se indica a la durmiente por el hecho de que ésta no ve la cabeza de la persona con la que sueña, que representa, sin duda alguna, a su propia persona.³

3 La señorita N. sueña: «Estoy sentada en la fila más alta del anfiteatro de cirugía. Abajo están operando a una mujer. Tiene la cabeza vuelta hacia mí, pero no se la veo, como si me la ocultara la primera fila de bancos. Sólo veo a la mujer a partir

Que la tapa esté recubierta de felpa o de terciopelo es una situación que refuerza esta hipótesis. Hay mujeres que pretenden que las caricias autocráticas de la piel provocan la misma sensación.

El hecho de que las vísceras estén representadas en forma de batería eléctrica permite, claro está, una interpretación superficial; más adelante trataremos de que la suceda otra más profunda. La interpretación superficial utiliza la noción inculcada a los niños de edad escolar en el sentido de que hay que comparar el interior de nuestro cuerpo y aun el cuerpo íntegro con una máquina misteriosa. Esto nos permite explicar la representación de los órganos internos como representación sensible y literal de la concepción infantil.

Y la máquina, tal cual nos la presente la enferma, nos permite comprender no sólo la significación, sino también la ontogénesis del aparato.

Recordemos que la enferma nos señaló en un primer momento que los miembros se hallaban fijados al aparato con su forma natural y de una manera normal. Semanas más tarde contó, sin embargo, que los miembros se hallaban dibujados en la tapa. Pienso que somos testigos de un importante proceso evolutivo de la formación delirante. Asistimos, evidentemente, a una fase del proceso progresivo de desnaturalización del aparato, que pierde, pedazo por pedazo, los signos distintivos de su forma humana para transformarse en una máquina

de su pecho, y, en efecto, ven amontonarse sobre sus muslos toallas y ropa blanca. Fuera de esto, nada preciso veo».

Interpretación: La durmiente se ve a sí misma en el sueño con la forma de la mujer a la que están operando. Pocos días antes, la durmiente ha ido a ver a un joven médico, y éste ha emprendido un asalto erótico. Se hallaba en esa ocasión tendida sobre el diván. El médico le había levantado las faldas y, mientras él «operaba allá abajo», ella veía amontonarse sobre sus muslos su ropa interior blanca. La visión que de la mujer tiene en su sueño es exactamente la misma que de sí misma podía tener en aquella situación. Y no ve la cabeza de la mujer, tal cual no podía ver la suya propia.

Según Freud, la «Mujer sin cabeza» significa en los sueños *la madre*. No puedo hablar en este momento acerca de las bases de tal interpretación. Señalemos desde luego que en nuestro trabajo ha de tener, en determinado momento, una particular significación.

de influir típica e incomprensible. Así es como, víctimas del proceso, desaparecen sucesivamente los órganos genitales y luego los miembros. La paciente no puede indicar la manera en que se han suprimido los órganos genitales. En cambio, los miembros han sido eliminados al perder su forma tridimensional, y se contraen **en una** imagen de dos dimensiones; se los proyecta en un plano. No me habría asombrado si de allí a algunas semanas la enferma me hubiera informado que el aparato carecía en absoluto de miembros. Y tampoco me habría sorprendido si me hubiera afirmado que el aparato nunca los había tenido. Así es: ni que decir que el olvido de los diversos estadios evolutivos desempeña el mismo papel en la construcción del aparato que el olvido del modo de formación de las imágenes oníricas. Y espero que no parezca temerario sacar la conclusión retroactiva de que la forma en «tapa de féretro» del cuerpo del aparato y su interior es el resultado de un trabajo de distorsión progresiva a partir de la imagen de un ser humano, que es la imagen misma de la enferma.

Nuestros conocimientos psicoanalíticos nos permiten suponer por qué se origina un proceso de distorsión tal. Como toda distorsión de las formaciones psíquicas, ésta se debe, ciertamente, a una defensa que se opone a la aparición o a la persistencia de representaciones no disimuladas y que está destinada a proteger al Yo consciente. La enferma se niega, por supuesto, a reconocerse a sí misma en el «aparato de influir», y por eso le suprime poco a poco todos los atributos de la figura humana, pues se siente tanto mejor protegida contra ese temido reconocimiento cuanto menos se parece la formación delirante a una figura humana, y, con mayor razón, a la suya propia. Más adelante conoceremos el origen de su rechazo.

Admito, pues, que he encontrado la máquina de influir de Natalia A. en cierta fase de su desarrollo. Tuve, por lo demás, la suerte de haber podido observar un impulso evolutivo, el atinente a los miembros, y de haber recibido de la enferma una ilustración unívoca con respecto al de los órganos genitales. Presumo que el resultado final de esta evolución ha de ser la máquina de influir típica, tal como se la conoce en clínica psiquiátrica. Pero no puedo afirmar que el aparato haya de recorrer íntegro el proceso evolutivo hasta el último término. Es muy posible que se detenga en el camino en una fase intermedia.

III

No obstante, ahora debo hacer lugar a una segunda hipótesis, sobre la cual las referencias anteriores habrían podido atraer nuestra atención. El aparato de influir de Natalia A. es quizá, a pesar de todo, una excepción inexplicable. La máquina complicada, indescriptible, o construida retroactivamente de una manera imaginaria — tal cual la describen generalmente los enfermos —, es, quién sabe, la que debe merecer la investigación y cuya interpretación parece ser lo único que permite pasar al aparato de influir de la señorita N.

Como para fundamentar nuestra hipótesis no disponemos de ningún otro material que el del sueño de la máquina, pongamos a prueba esta suposición: el aparato de influir es una proyección, una representación de los *órganos genitales* del enfermo.

Sé qué les pido a mis lectores al proponerles esta segunda hipótesis, y ello juntamente con la primera, o en lugar de ésta. No me sorprendería que un crítico severo me acusara de ligereza o de charlatanismo. Me he sorprendido desagradablemente a mí mismo cuando descubrí que esta segunda hipótesis, que seguía el mismo método, podía ser tan inverosímil como la primera. Puesto que ambas tienen un contenido del todo diferente y conducen, por lo tanto, a muy diferentes teorías, deberían ser parejamente inverosímiles y carentes de valor por igual.

Otra concepción teórica acudió entonces en mi auxilio, y ésta me permitió de pronto hacer equivalentes a las dos concepciones del aparato de influir. Sin embargo, se trata de una exposición que exige repasar cierto número de aspectos. Sólo podré llevarlo a cabo al término de mi trabajo.

Antes que nada tengo que llamar la atención sobre un síntoma de la esquizofrenia, al que designé desde hace ya mucho con el término *de pérdida de los límites del yo*. Aún hoy lo designaré de ese modo. Los enfermos se quejan de que todo el mundo conoce sus pensamientos, de que sus pensamientos no se hallen a cubierto en su cabeza, sino difundidos sin límites en el mundo, de manera que se desarrollan simultáneamente en todas las cabezas. El enfermo ha perdido la con-

ciencia de ser una entidad psíquica, un yo que posee sus propios límites. Una enferma de 16 años, hospitalizada en la clínica Wagner, se reía alegremente cada vez que yo la interrogaba a propósito de sus pensamientos. Me explicaba, después, que se había reído porque creía que yo la estaba embromando, ya que de todas maneras yo debía de conocer sus pensamientos, pues éstos se hallaban simultáneamente en nuestras respectivas cabezas.

Conocemos el estadio en el curso del cual reina en el niño la concepción de que los demás conocen sus pensamientos. Los padres lo saben todo, hasta lo más secreto que pueda haber, y lo saben hasta que el niño logra su primer mentira. Posteriormente, esa concepción suele resurgir como consecuencia del sentimiento de culpabilidad, cuando se sorprende al niño en flagrante delito de mentira. La lucha por el derecho de poseer secretos sin que los padres lo sepan es uno de los más poderosos factores de la formación del yo, de la delimitación y la realización de una voluntad propia. Nos queda ahora por determinar la fase evolutiva, que coincide con la época en que el niño no ha descubierto aún ese derecho y no duda de que la omnisciencia de los padres y los educadores descansa en hechos.⁴

4 Esto parece situarse en la época de la primer mentira exitosa. Quien conoce a los niños sabe cuán cerca del comienzo de la vida está ese momento. En el curso del primer año de vida no son raras las mentiras. Las compruebo sobre todo en niños que se oponen al aprendizaje reglamentario del aseo y que intentan, con la ayuda de fingimientos, gestos o balbuceos, engañar a los educadores, haciéndoles creer que ya han ido al retrete de acuerdo con el reglamento, cuando sólo con reticencia acceden a hacerlo, si no es que prefieren hacer sus necesidades en la cama antes que en el bacín. El educador que en tal caso se deja engañar por el niño sólo puede, para salvar su autoridad, apelar a la omnisciencia divina, a fin de obligar al niño a la verdad cuando éste halla interés en mentir para salvaguardar un placer prohibido. No tarda el adulto en recurrir a esa instancia superior de la omnisciencia. La introducción del Dios omnisciente en la educación se vuelve tanto más rápidamente indispensable cuanto que al lado del educador mismo ha aprendido el niño a mentir. Los educadores procuran obtener la obediencia a las leyes educativas con promesas ilusorias que no cumplen, y de ese modo el niño aprende a utilizar falsos pretextos para disfrazar sus verdaderas intenciones. No les queda a esos educadores, para salvaguardar el éxito de la educación, otro recurso que delegar en Dios la autoridad de la omnisciencia de la que ellos mismos se han despojado; en Dios, al que su esencia inasible garantiza por mucho tiempo

El síntoma «*Se le hacen pensamientos al enfermo*» deriva de la concepción infantil de que los demás conocen sus pensamientos. No se trata más que de la expresión reforzada del., hecho, basado en una situación infantil aún más precoz, de que el niño no puede hacer nada por sí solo, sino que todo lo recibe de los demás, tanto la utilización de sus miembros como el lenguaje y el pensamiento. En ese período «realmente se le hace todo al niño» — cada placer y cada dolor —, y éste no se halla ciertamente en condiciones de comprender en qué medida participa en sus propias performances.⁵ El descubrimiento del poder de hacer algo por sí solo, sin la ayuda ajena, va acompañando en el niño por un sentimiento de alegre asombro. Se podría considerar el síntoma como una regresión a este estadio infantil.

Es un estadio infantil éste, ahora bien, que nos plantea desde luego un problema. ¿Hasta dónde se remonta? ¿De dónde proviene el motivo que impulsa hacia la formación del yo, por reacción al mundo exterior? ¿Qué es lo que determina la formación de las fronteras del yo? ¿Quién le confiere al niño la conciencia de una unidad psíquica imposible de cambiar, de una personalidad psíquica definida?

Teóricamente no podemos fijar el comienzo de la formación del yo antes del comienzo del hallazgo del objeto (*Objekt-findung*). El hallazgo del objeto sigue el camino de la satisfacción pulsional y del rechazo del placer y crea la toma de conciencia de la existencia de un mundo exterior, un mundo que se comporta de una manera muy independiente de los deseos del sujeto. No puedo admitir que la sexualidad desempeñe desde un primer momento un papel más

aún contra toda tentativa de engaño. Pero muchos son los niños que ni aun con esa instancia se detienen, y tientan Dios poniendo a prueba su omnipotencia y su omnisciencia. Muchos son también los que logran desenmascarar en Dios la fantasía del poder parental destronado y, sobre todo, al poder paterno.

- 5 En el curso de la discusión del presente trabajo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Freud destacó en particular que la creencia del niño, tal cual la expongo — sea, la de que los demás conocen sus pensamientos — se origina en especial en el aprendizaje del habla, pues el niño recibe, juntamente con el lenguaje, los pensamientos de los demás, y su creencia de que éstos conocen sus pensamientos se presenta, pues, basada en los hechos, tal como el sentimiento de que los demás le han «hecho» el habla y, con ella, los pensamientos.

importante que el del instinto de nutrición en la creación de la toma de conciencia, pero pronto habrá de atribuírsele un papel sumamente especial, que tendríamos que apreciar. Por el momento comprobamos que existe un período durante el cual no hay, para el hombre, objeto del mundo exterior, es decir, ni mundo exterior ni objeto, y por consiguiente no hay yo ni conciencia del sujeto.

Pero ya en ese período existen deseos y pulsiones, así como una manera de adueñarse de las cosas que excitan los órganos de los sentidos. *La fase que precede a la del hallazgo del objeto es la de la identificación.* Esto se descubrió con motivo de los análisis de neuróticos, en el curso de los cuales se hacía presente que la posición objetal defectuosa de los enfermos, su incapacidad para apropiarse de los objetos de satisfacción, o para alcanzar metas de satisfacción, se debía, en la mayoría de los casos al hecho de que los enfermos se identificaban con sus objetos. Lo que del mundo exterior les gusta a estos enfermos son ellos mismos; por eso no han hallado el camino del mundo exterior, la posición del objeto, y en las relaciones en cuestión — se trata exclusivamente de las relaciones libidinales — no han formado un yo. A esta disposición singular de la libido se la ha denominado *narcisista*. La libido está dirigida, como el nombre lo indica, sobre la propia persona; permanece aferrada al yo propio y no a los objetos del mundo exterior. Las observaciones y las consideraciones teóricas (ante todo las investigaciones de Freud) han fundamentado la hipótesis de que esa posición de la libido debe de situarse en el comienzo del desarrollo de la vida psíquica, en el período «anobjetal» (*objektlos*). Es una posición que se debe considerar como correlativa de la anobjetabilidad», si no como su causa. Corresponde al estadio del desarrollo intelectual en que el hombre considera todas las estimulaciones sensoriales a las que se halla sometido como endógenas e inmanentes. Es este un estadio en el que no puede todavía comprobar que existe una distancia espacial y, temporal entre el objeto estimulador y la sensación recibida.

La siguiente etapa del desarrollo la constituyen la *proyección hacia el exterior* de la excitación y su atribución a un objeto a distancia, es decir, el alejamiento y la objetivación de la parte del intelecto; correlativamente se lleva a cabo la trasferencia de la libido a un mundo exterior descubierto por el sujeto; mejor aún, creado por él. Para consolidar esta conquista

psíquica se desarrolla una instancia crítica de la objetividad, a saber, la posibilidad de diferenciar entre objetividad y subjetividad. Y esa *conciencia de realidad* le permite al individuo reconocer los procesos internos en su condición de tales y en sus relaciones con las estimulaciones exteriores; en otras palabras, le permite considerar los procesos internos como internos, y no confundirlos con los objetos estimuladores.

Ese proceso evolutivo correlativo puede sufrir, tanto por el lado de la inteligencia (o, como decimos nosotros, por parte del yo, cuya arma principal es, justamente, la inteligencia) como por el lado de la transferencia libidinal, inhibiciones que se sitúan en niveles diferentes, en estadios diversos de la evolución, que acarrear, luego, muy variables resultados en lo que atañe a las relaciones entre el yo y la libido. Como Freud, llamaremos a esos momentos de inhibición *puntos de fijación*. Parece que en una gran mayoría de casos los perjuicios y el momento determinante para la alteración del yo se sitúan en las lesiones de la libido. Es cosa que aparece, sobre todo, en la concepción freudiana de la paranoia; Freud considera a ésta como una reacción con respecto a la homosexualidad reprimida. Debemos figurarnos que la prohibición de atribuir un objeto a la moción (*Regung*) homosexual —es decir, la inhibición en la transferencia de la libido homosexual—, conduce a una proyección de las pulsiones, cuando a éstas se las debería reconocer como internas y como asentadas, si la disposición de la libido fuese correcta. Esta proyección es una medida de defensa del yo contra la libido homosexual rechazada y que irrumpe fuera de la represión. A esta inhibición de la libido corresponde una inhibición intelectual, que se manifiesta en forma de una alteración del juicio o locura. A un proceso interno se lo considera externo como consecuencia de una ubicación errónea, de una proyección inadecuada. Se trata de una mayor o menor «debilidad afectiva del juicio», con todas las reacciones del psiquismo que corresponden al proceso mórbido determinado en su cantidad y su calidad.

Digamos, pues, que, *cuando la libido queda modificada por un proceso mórbido, el yo encuentra un mundo loco por dominar y se comporta, luego, como un yo loco.*⁶

6 Los casos en los que la inhibición afecta primitivamente al intelecto forman parte de la demencia.

Algunas psiconeurosis que se presentan a una edad bastante avanzada son indudablemente la continuidad de un período en el que el estado del sujeto se aproximaba a una perfecta salud mental. En el curso de este tipo de psiconeurosis podemos comprobar sin dificultad que la afección mórbida del yo está provocada por la afección de la libido. En las psicosis que aparecen insidiosamente en el curso de la infancia podemos admitir que las afecciones mórbidas de la libido y el Yo no se sucedan en el tiempo, sino que se trata en parte de una inhibición *correlativa* de la evolución. Uno de los grupos pulsionales no evoluciona normalmente, y debido a ello el otro grupo pulsional sufre un atraso funcional. Al mismo tiempo se desarrollan reacciones secundarias: las debemos considerar como esfuerzos de autocura y de adaptación a la perturbación funcional, como compensaciones y sobrecompensaciones de ésta. Y se trata, por otra parte, de *regresiones* de funciones normalmente desarrolladas, que en determinado momento de la vida, cuando sobreviene un conflicto particular entre las partes sanas y la afección del psiquismo, abandonan su nivel y se repliegan, para adaptarse mejor, al nivel de las funciones enfermas. En ese camino de regreso pueden aparecer formaciones sintomáticas provisionales o permanentes que pertenecen a diversos cuadros clínicos; de este modo se constituyen las formas mixtas de las enfermedades mentales. Debemos aplicarlos a observar con toda atención la persistencia de tales procesos parciales y a esperar la posibilidad de su nivelación diferencial en determinados momentos.

Siempre que consideremos las inhibiciones pulsionales debemos tener presente que todas las pulsiones inhibidas se transforman en angustia, o son derivadas en forma de angustia. Podemos decir, con Freud, que «en cierto sentido teórico los síntomas se forman sólo para rehuir el desarrollo, de otro modo inevitable, de la angustia».

IV

Freud nos ha enseñado a reconocer en la proyección de la libido homosexual en el curso de la paranoia una medida de defensa del yo

contra una tendencia genital inoportuna, tendencia que es una ofensa para las normas sociales del individuo y que surge del inconsciente.

¿No podría suceder otro tanto en el caso de la señorita Natalia cuando se trata de la proyección de su propio cuerpo?

Naturalmente, una proyección como ésa debería estar, por analogía, al servicio de la defensa contra la libido, que pertenece al cuerpo propio y que se ha vuelto, o bien demasiado fuerte, o bien demasiado inoportuna para que el sujeto pueda tolerarla como si fuera suya. Sería lógico admitir que esa proyección incumbe sólo a la libido vinculada al cuerpo, no así a la vinculada al yo psíquico,⁷ y que la

7 La *proyección de la posición libidinal dirigida hacia el yo psíquico* informa acerca de los síntomas de la paranoia simple, cuyo mecanismo fue descubierto por Freud. En adelante haremos abstracción del hecho *de* que la libido del yo es necesariamente homosexual, puesto que tiende hacia el sexo al que el propio sujeto pertenece. Sólo deseamos señalar brevemente, con motivo de los síntomas que presenta Natalia A., un mecanismo derivado de la posición de la libido del yo en oposición a la libido objetal.

La enferma cuenta que, después que hubo rechazado al pretendiente, tuvo la sensación de que éste la sugestionaba, como sugestionaba asimismo a su madre, para forzarlas a entablar amistad con su cuñada; era patente que perseguir el fin de hacer aceptar con retroactividad su pedido de mano. Lo que aparece aquí como una sugestión del pretendiente no es más que la proyección de la tendencia inconsciente de la enferma misma a aceptar la proposición de matrimonio. La enferma no había declinado la solicitud sin que ello le provocara un conflicto: había vacilado entre la aceptación y el rechazo. Sin dejar de permitir la concreción del rechazo, proyectó su inclinación inconsciente a aceptar en el objeto de su deseo conflictivo.

Experimenta, pues, su inclinación como una tentativa de influencia por parte del objeto, y la inclinación se introduce como tal en la sintomatología. La enferma es ambivalente para con el candidato. Proyecta la parte libidinal positiva del conflicto, no obstante que la valencia negativa —el rechazo— se expresa, por lo mismo que pertenece al yo, por el paso al acto. La elección de la valencia, que debe desembocar, luego, en una proyección, habría podido ser todo lo contrario en un caso diferente. Sólo se trata de atraer la atención sobre el *mecanismo de la proyección parcial de tendencias ambivalentes*.

La doctora Hélène Deutsch aportó en ocasión de la discusión del presente trabajo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena una contribución especial relativa a este mecanismo y atrajo, con ello, mi atención sobre este principio. Una esquizo-

libido vuelta hacia el yo psíquico ha provocado más bien la defensa contra la libido del cuerpo, circunstancia de que se haya elegido, en general, a la proyección como mecanismo de defensa — la proyección, que pertenece a las funciones psíquicas primitivas en el hallazgo del objeto — nos induce a suponer que se trata de una posición libidinal, de una posición que coincide *en el tiempo* con los comienzos del hallazgo intelectual del objeto. Es cosa que se ha podido producir en la vía de la regresión, o por la persistencia de un fenómeno residual (Freud) bien compensado, o latente durante algunos años, hasta el comienzo manifiesto de la enfermedad. Pero en el caso de las regresiones siempre se trata de una búsqueda de las posiciones libidinales, no inhibidas en otro tiempo. La regresión en el curso de la paranoia se remonta a una época en la que la elección de objeto homosexual no se hallaba aún bajo el peso de una prohibición del yo y en la que había, por lo tanto, una libido homosexual libre; sólo con el tiempo las exigencias culturales de un yo más evolucionado sometieron a esta última a la represión.

La libido orientada hacia la propia persona, cuyo yo quiere defenderse valido de la proyección del cuerpo propio, debe de datar,

frénica tenía la impresión de que todas sus amigas dejaban de trabajar tan pronto como ella se entregaba al trabajo; le parecía que todo el mundo se sentaba cuando ella se ponía de pie. En una palabra, que los demás siempre hacían lo contrario de lo que hacía ella. Se trataba sólo de una impresión, pues la enferma era ciega. La doctora Héléne Deutsch interpreta ese síntoma como la proyección de una de las dos tendencias conflictivas de la enferma, que siempre aparecen de manera simultánea en el curso de todas sus actividades: hacer algo y no hacerlo. Fue una interpretación confirmada en el curso de la discusión por ejemplos proporcionados por otros doctores.

En especial, Freud aportó entonces esta formulación: es la ambivalencia quien provoca el mecanismo de la proyección. Esto, una vez formulado, parece evidente. La formulación de Freud se presenta como la consecuencia natural de una segunda formulación freudiana: la ambivalencia provoca la represión, pues no se puede proyectar lo reprimido que allí donde todavía subsisten límites entre el inconsciente y el consciente. Así planteado, el problema justifica muy en especial la palabra esquizofrenia, tal como la creó Bleuler y se la encuentra en la concepción de Porzl (véase más adelante la nota 13).

El presente trabajo viene a demostrar que en esa discusión yo había adoptado el punto de vista de Freud, aunque de manera inconsciente.

por consiguiente, de una época en la que no podía estar en contradicción con las exigencias de otros objetos de amor en el sentido de ser vehículo de un interés libidinal. Ese período debe coincidir con el estadio evolutivo en el curso del cual el *hallazgo del objeto ocurría aún en el nivel del cuerpo propio, cuando a éste aún se lo consideraba como mundo exterior.*

Distingo intencionalmente entre *elección objetal* y *hallazgo del objeto*. Por elección objetal designo tan sólo la catexia *libidinal* del objeto; por hallazgo del objeto, la comprobación *intelectual* de su presencia. El intelecto encuentra un objeto; la libido lo elige. Son procesos que pueden ocurrir simultáneamente o sucederse, pero se los debe considerar como distintos para mi propósito.

La proyección del cuerpo propio, debería verse relacionada, por lo tanto, con una fase evolutiva en la que ese cuerpo materializaba el hallazgo del objeto, y éste debe de situarse en una época en la que el lactante descubre su propio cuerpo de manera fragmentada como mundo exterior y trata de tomarse las manos y los pies como si se tratara de objetos extraños a él. En este período, todo lo que le *ocurre* proviene de su propio cuerpo. Su psique es objeto de estimulaciones ejercidas por su cuerpo como si emanaran de objetos extraños. Esos *dissecta membri* se constituyen, así, en un todo bien coordinado que se halla bajo el control de una unidad psíquica a la que vienen a confluír todas las sensaciones de placer y desplacer provenientes de las partes constituyentes; se hallan, pues, reunidos en un *yo*, y esto se produce por vía de la *identificación con el cuerpo propio*. El yo así encontrado es caracterizado por la libido existente. El *narcisismo* se constituye en relación con el *psiquismo del yo*, y el *autoerotismo* en relación con los *diversos órganos en su carácter de fuentes de placer.*

Si las teorías psicoanalíticas que he empleado hasta aquí son exactas, entonces el hallazgo del objeto en el nivel de los órganos (que no se pueden considerar como trozos del mundo exterior como no sea por la vía de un mecanismo de proyección) debe ir precedido por la fase que precede en general a la proyección del hallazgo del objeto exterior, o sea, a través de la identificación con una posición libidinal

narcisista.⁸ En tal caso deberíamos admitir la existencia de dos fases sucesivas de identificación y proyección. La proyección, que participa en el hallazgo del objeto al nivel de los órganos, vendría entonces a representar la segunda parte de la fase precedente, para la cual aún debemos buscar la parte correspondiente a la identificación supuesta.

Admito como un hecho la existencia de estas dos fases sucesivas en el curso del hallazgo del objeto y de la elección objetal; quiero decir, la fase de identificación y la de proyección. No entramos en contradicción con las concepciones psicoanalíticas cuando decimos que el hombre llega al mundo como unidad orgánica en cuyo seno la libido y el yo no son aún distintos y en que toda la libido se halla ligada a la unidad orgánica, que no merece el nombre de yo (es decir, de una formación psicológica de autoprotección) más de lo que podría merecerlo una célula. En este estado, el hombre es a la vez un ser sexual (*Geschlechtswesen*) individual. Se lo puede comparar con la célula, que, al nutrirse (actividad análoga a la función del yo), efectúa al mismo tiempo su función sexual y que prosigue su nutrición hasta el momento en que se separa en dos. Es un estadio biológico hasta el estadio de la concepción, pero se lo debe considerar como psicológico a partir del momento en que, en una fase determinada de la vida fetal, ya existe un desarrollo cerebral. Desde el punto de vista de la libido, esto significa que el recién nacido es un ser íntegramente sexual. Estoy de acuerdo con la hipótesis de Freud según la cual el primer renunciamiento del hombre es el renunciamiento a la protección del cuerpo materno: le es impuesto a la *libido*, y es un renunciamiento imperfecto, al que responde el grito de angustia al nacer. No obstante, una vez superado ese primer trauma, y con tal que ningún malestar obligue al lactante a entrar nuevamente en conflicto consigo mismo y con el mundo, el recién nacido es completamente idéntico a sí mismo; tiene toda su libido para sus adentros y no sabe nada del mundo exterior, ni aun del que pronto será llevado a descubrir en él mismo.

8 Freud ya ha señalado, en su biografía de Schreber, que en el curso de la esquizofrenia la libido aún se halla más acá del autoerotismo. Rematamos en la misma conclusión por otros caminos, cosa que hago valer como argumento en favor de la exactitud de la hipótesis freudiana

Ese es el estadio de identidad en el individuo, al cual sucede la primera proyección, cuyo fin consiste en encontrar el objeto en el propio cuerpo. No es un estadio que nazca gracias a un proceso psíquico activo al que pudiéramos llamar identificación, sino que es innato. Pero su resultado es el mismo que el de una identidad establecida de manera activa: pura satisfacción de sí mismo, ausencia de mundo exterior y ausencia, también, de objetos. Llamémoslo estadio del *narcisismo innato*. A partir de él se irradia la libido, que va a cateetizar, por medio de la proyección, primeramente al cuerpo propio, para regresar de nuevo al yo por el camino del descubrimiento de sí mismo. El yo ha sufrido en el ínterin considerables modificaciones gracias a las primeras mociones psíquicas — a las que con todo derecho podemos denominar experiencias — y va desde entonces a ser recatectizado por la libido. A este narcisismo llamémoslo *narcisismo adquirido*; éste encuentra ya una gran parte de narcisismo innato, al que se **SO**breañade.

Normalmente, el estado de narcisismo permanece adherido para siempre a los órganos y sus funciones y entra en conflicto con las diversas fases posteriores del desarrollo del yo. El yo se desarrolla bajo la protección de las adquisiciones psíquicas efectuadas en el intervalo y se apoya en la angustia y el juicio. Es un conflicto que al principio se desenvuelve en torno de las funciones de excreción y de las fuentes de placer autoeróticas, porque éstas son las más difíciles de relacionar con el mundo exterior. Sin embargo, debemos recordar de una vez por todas que el desarrollo del yo permanece sometido, hasta la muerte del sujeto, a una ininterrumpida variación de la posición libidinal narcisista. En su lucha por la existencia, el hombre está permanentemente obligado a redescubrirse y reconocerse, y por fin el proceso de adquisición del narcisismo es un proceso inmanente al alma del hombre culto; sólo es concebible sobre la base del narcisismo innato, que permanece intacto que recibe su alimento y su regeneración. Esa lucha constante por él mismo se desarrolla, en diferentes grados, en el nivel de los diversos componentes pulsionales; en diferentes momentos y en grados diversos se anexa la homosexualidad, la heterosexualidad y cada uno de los componentes libidinales. De conformidad con esta diversidad psíquica, provoca diversas reacciones de evolución circunstancialmente diversa, compensaciones, superestructuras y eliminaciones. Esas reacciones psíquicas secundarias vuelven a relacionarse entre sí

y crean relaciones dinámicas inextricables de calidad, relación y modalidad. Así se explica la diversidad de los tipos caracteriales y de los síntomas mórbidos. Tanto la evolución del yo como la de la libido pueden, cada cual por sí sola y en relación con la otra, encontrarse fijadas a otros tantos puntos y crear otros tantos fines de regresión como momentos relacionales y evolutivos primarios, secundarios, terciarios, etc., existen. Todo el problema se torna aún más complejo e inaccesible debido a su situación en el tiempo y el espacio.

Admitamos, pues, que la proyección del cuerpo propio es una repetición patológica de un estadio psíquico en el curso del cual el individuo quería descubrir su cuerpo con el auxilio de la proyección. No es temerario proseguir este razonamiento comparando proyección normal y proyección patológica. La proyección en la evolución primitiva normal se produjo porque la posición libidinal narcisista innata fue abandonada en razón de la afluencia de las excitaciones exteriores; del mismo modo observamos, *la proyección patológica proviene de una acumulación de libido narcisista, análoga a la libido primitiva, pero intempestiva, regresiva o residual, libido cuyo carácter es idéntico al del narcisismo inato, es decir, que excluye al sujeto del mundo exterior. La proyección del cuerpo vendría a ser entonces una defensa contra una posición libidinal correspondiente a la del fin del desarrollo fetal y a la del comienzo del desarrollo extrauterino.* En su *Introducción al psicoanálisis*, Freud no vacila en declarar que los problemas psicológicos merecen que se los siga hasta la vida intrauterina.

Partamos de allí para intentar la explicación de los diversos síntomas esquizofrénicos. ¿No podrían la catalepsia y la flexibilidad cérea corresponder a la fase en que el hombre no siente sus órganos como suyos propios y, al no reconocerlos como de su pertenencia, parece abandonarlos, por lo tanto, al poder de una voluntad extraña? A estos síntomas corresponde, como si fuera su complementario, aquel en el que se imponen movimientos a los miembros del enfermo. Es este un síntoma que repite de una manera particularmente asombrosa la situación en que el cuerpo propio era para el enfermo un cuerpo extraño, mundo exterior, y parecía regido por poderes ajenos. ¿No será el estupor catatónico, que representa un rechazo total del mundo exterior, un regreso al seno materno? ¿No será el síntoma catatónico

el último refugio de un psiquismo que abandona las funciones del yo, aun las más primitivas, y se retira por completo a una posición fetal o de lactante, porque en la situación actual de su libido no puede utilizar siquiera las funciones más simples del yo, las que mantienen una relación con el mundo exterior? El síntoma catatónico, la rigidez negativista del esquizofrénico, no es otra cosa que un renunciamiento al mundo exterior expresado en el «lenguaje de los órganos». ¿No sucede lo mismo con el «reflejo del lactante» en la fase terminal de la parálisis general, que da testimonio de una regresión como ésa hacia los primerísimos estadios de la vida?⁹

El sentimiento de que todos los hombres conocen y poseen los pensamientos del enfermo es el equivalente psíquico de la flexibilidad cérea y del estadio en que el hombre se considera a sí mismo como una parte del mundo exterior, en que se halla privado de la conciencia de una voluntad propia y de los límites de su yo. No hay

9 Algunos enfermos son, incluso, conscientes de una regresión hacia los primeros meses de vida, aun al estadio fetal, regresión que sólo es una amenaza vinculada a la evolución mórbida. Un paciente me decía: «Siento que rejuvenezco y que *me* empequeñezco incesantemente. Ahora tengo cuatro años. Pronto volveré a estar en pañales y luego en el seno materno».

La doctora Hélène Deutsch narró, en el curso de la discusión del presente trabajo en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, el caso de una esquizofrénica de 31 años que defecaba y se orinaba en la cama y que justificaba su comportamiento con el dicho de que ase la convertía en niña».

En el curso de la misma discusión, Freud, refiriéndose especialmente al aparato de influir de Natalia A. y a la relación recíproca entre la sexualidad y la muerte, daba a observar la significación y el modo de inhumación de las *momias egipcias*. El *féretro de forma humana* en que se ha colocado a la momia corresponde a la representación más tardía del regreso del hombre a la «Madre Tierra», es decir, a un regreso al seno materno por la muerte.

Esa indicación de Freud muestra de qué manera se resarcen los hombres de la cruel muerte mediante la creencia en una vida bienaventurada en el seno materno. La fantasía del regreso al seno materno es una fantasía filogenética preformada; puede figurar como la cuarta de las «fantasías primitivas» (*Urphantasie*) admitidas por Freud. Aparece como síntoma de la esquizofrenia en su condición de realidad patológica del psiquismo en regresión. La momia regresa al seno materno por la vía de una muerte corporal; el esquizofrénico, por la de una muerte espiritual (*fantasía de seno materno*: creo que debemos esta expresión a Gustave Grüner).

aún, desde luego, pensamientos en el estadio cuya situación se repite de manera patológica, pero la formación del pensamiento está sometida, como ya lo he desarrollado, al mismo proceso; quiere decir que primero se la considera como proveniente del exterior antes de que se la atribuya al yo como función. Y quiere decir, asimismo, que primero se la debe integrar en la conciencia a la unidad del yo antes de poder actuar como función automática del yo. Esto no es posible antes de que el intelecto haya sido alcanzado por el estadio de la representación de los recuerdos. Freud nos ha enseñado que también éste es bastante tardío y que lo precede el de la alucinación de las imágenes mnémicas, o sea, un estadio en el que las representaciones surgen realmente en el mundo exterior y no se las reconoce como procesos interiores. Y el estadio de la función de representación alucinatoria, que ya representa una especie de objetivación, de hallazgo del objeto y de elección objetual, coincide asimismo con ese primer período de la vida. Claro está que la regresión no evoluciona de manera uniforme para todos los factores y en todas las relaciones psíquicas. Mientras que la posibilidad de pensar bajo la forma de representación de recuerdos persiste, la libido ya ha regresado al estadio del lactante y se pone consiguientemente en relación con el modo de pensamiento que encuentra a su disposición. Se ha perdido la conciencia de la personalidad, y esta pérdida se hace presente en el hecho de que el enfermo no sabe situar su material psicológico que ha permanecido intacto. Al decir que sus pensamientos y sentimientos están en la cabeza de todo el mundo, el enfermo expresará tan sólo, con la ayuda de palabras y conceptos – tomados de su stock de recuerdos de una fase evolutiva posterior-, que su libido se sitúa en un estadio en el que él se identificaba todavía con el mundo exterior, en el que no había aún fijado los límites de su yo con respecto al mundo exterior, y expresará, también, que ahora se siente por ello obligado a abandonar las relaciones de objeto intelectuales normales, por lo mismo que éstas dependen de una posición regresiva de la libido.

Esos sentimientos y ese modo de expresión dependen de la circunstancia de haber conservado el psiquismo la posibilidad de funcionar con la ayuda de *representación de recuerdos*. Una posibilidad que también puede regresar, y el enfermo presentará entonces alucinaciones, mientras que la libido se replegará a una posición que precede a la

fase de la identificación. El intelecto ya no encuentra salida para restablecer una relación con el mundo exterior, ni aun la de la identificación. La psique se aproxima cada vez más al seno materno. ¿No representará la apercepción de las imágenes dentro de un plano un estadio de evolución de la visión que parece anteceder al estadio alucinatorio? Los psicólogos pretenden que el hombre ve las cosas dentro de un plano, de manera bidimensional, antes de poder captarlas tridimensionalmente.

V

He dicho que el hallazgo y la elección narcisista de sí mismo se repiten en ocasión de cada nueva adquisición del yo, de manera tal que, bajo el control de la conciencia moral y el juicio, la nueva adquisición es, o bien rechazada, o bien catectizada por la libido y atribuida al yo.

A este narcisismo designémoslo *psíquico* y opongámoslo al *narcisismo orgánico*, que garantiza en el inconsciente la unidad y la posibilidad de función del organismo. Nada nuevo digo al recordar hasta qué punto la unidad física y la misma dependen de un fenómeno denominado, sencillamente, amor a la vida, y que un «corazón partido» puede por cierto acarrear la muerte

Ostwald refiere, en *Grandes hombres*, que unos profesores universitarios que hubieron de jubilarse por haber alcanzado el límite de edad murieron de allí a poco no obstante haber transcurrido su último ario lectivo en perfecto estado de salud: murieron, no en razón de lo avanzado de su edad, sino porque perdieron su amor a la vida cuando ya no pudieron vivir como les gustaba. También Freud narró, hace unos años, la notable historia de un músico célebre que murió como consecuencia de una enfermedad sin que se lo pudiera socorrer, porque había interrumpido su producción artística.

Debemos admitir que la libido recorre nuestro cuerpo íntegro, acaso como una sustancia (así lo admite Freud), y que la cohesión de nuestro organismo está condicionada por un *tonus libidinal* cuyas fluctuaciones, que dependen en gran medida de las fluctuaciones del

narcisismo y de la libido objetal,¹⁰ determinan en buena proporción la resistencia del organismo a la enfermedad y la muerte. El amor a la vida ha salvado a más de un enfermo abandonado por los médicos.

Cuando se asiste a un estancamiento de la libido orgánica en el nivel de un determinado órgano, se puede comprobar, cualquiera que sea la razón de esa posición preferencial,¹¹ una toma de conciencia de las relaciones y las funciones orgánicas que en la vida normal están condenadas a vegetar en el inconsciente. Se trata de un fenómeno análogo al que hace llegar a la conciencia los objetos libidinalmente catexizados por el narcisismo psíquico y el amor de objeto cuando la catexia libidinal alcanza cierta fuerza. Ese estancamiento libidinal atrae la atención sobre el órgano y torna consciente la alteración de éste y sus funciones; es, pues, la base de los sentimientos de alteración. Tal es el mecanismo de la *hipocondría*, descrito por Freud. Al estancamiento de la libido sucede, por tanto, la *alienación* (*Entthemdung*): el yo se aparta del órgano o de su función patológicamente so-

10 *La melancolía* es precisamente la enfermedad, cuyo mecanismo consiste en una *disgregación del narcisismo psíquico* es el abandono del amor por el yo psíquico. Demuestra en su forma más pura la dependencia del narcisismo orgánico respecto del narcisismo psíquico. La separación entre la libido y el yo psíquico —lo cual significa rechazar y condenar la justificación a existir como persona psíquica propia— entraña el rechazo de la propia persona física, la tendencia a la autodestrucción corporal. Quiere, pues, decir que asistimos consecutivamente a un desamarre de la libido de esos órganos, que garantizan el funcionamiento y el valor del individuo físico en su condición de ser específico, separación debido a la cual la función fisiológica se siente afectada y hasta suspendida. Así, el apetito, la defecación, la menstruación, la potencia genital, etc., ya no funcionan, y ello íntegramente debido a mecanismos inconscientes. Es un detenimiento que debemos atribuir a la disgregación de las diversas posiciones orgánicas de la libido, posiciones que son, en su estricto sentido, vegetativas, esto es, inconscientes. Hay que distinguirlas con todo rigor de las tendencias al suicidio, conscientes e intencionales, que se expresan en el rechazo de la alimentación o en los actos de violencia que ponen en peligro la vida.

La melancolía es una psicosis de persecución sin proyección; debe su estructura a un mecanismo de identificación especial. Mientras yo corregía las pruebas del presente artículo apareció el trabajo de Freud titulado «La aflicción y la melancolías, que a este propósito indico al lector.

11 Se trata del principio freudiano de erogeneidad de los órganos, de las zonas erógenas.

brecatectizados por la libido.¹² A esta alienación se la debe considerar como una medida de defensa del yo contra la angustia hipocondríaca

12 El doctor Otto Initzl formula una hipótesis respecto de la cual no me es ciado afirmar si representa su propia tesis o si la ha planteado al referirse a otros autores. La rigidez catatónica sería la expresión de la imposibilidad del enfermo de dosificar sus impulsos motores — de dosificarlos unos con respecto a otros — reducidos a sus componentes agonistas y antagónicas como consecuencia de la disociación de la voluntad, de manera tal que una actividad orientada hacia un fin sea nuevamente posible. (Comparemos esto con la novela breve de Meyrink titulada *La maldición del sapo*, en la que el ciempiés no puede mover uno solo de sus miembros apenas concentra su atención en cada una de sus múltiples patas.)

La concepción de Pötlz es compatible con la explicación psicoanalítica según la cual la libido narcisista regresiva se halla sometida a una distribución patológica en el momento de la catectización de las diversas funciones; psíquicas y orgánicas. Así, las componentes agonistas y antagónicas, *desde los pares de fuerza hasta los fines opuestos, son llevadas aisladamente al campo de la conciencia debido a la ruptura de equilibrio entre las cantidades de libido que les corresponde*'. De ese modo se las despoja de su posibilidad de funcionamiento automático.

Se trataría de una forma particular de la hipocondría y de la alienación, forma ajustada al par de fuerzas antagónicas, con las correspondientes consecuencias específicas. La concepción de Pötlz, sobre que no cambia en nada la situación de este caso particular dentro de la teoría de la exclusión del mundo exterior en el curso de la regresión de la libido narcisista, permite llevar adelante el estudio de la hipocondría en lo que concierne a otros puntos especiales de la estructura psicosomática del hombre. Esta teoría nos permite formular la hipótesis de una fase en la que la actividad de los pares de fuerzas antagónicas no era todavía automática, y hubo de descubrirla y conocerla arrancándola de la persona propia del sujeto cual si se tratara de un mundo externo y extraño a él. Ciertamente, es una fase que no se puede determinar con mayor precisión; acaso es sólo virtual en la vida del hombre, y en la ontogénesis sólo estaría presente como «engrama» de estadios filogenéticos que abarcan la formación de nuestros órganos motores tan complejos a partir de formas rudimentarias y convergentes. La regresión esquizofrénica se remontaría entonces a esos engramas primitivos de la especie, y la teoría debería aseverar que tales restos de funciones filogenéticas pueden conservar la posibilidad de ser reactivados. No debemos retroceder ante esta hipótesis. Ella nos permite seguir adelante con la elaboración del problema de la esquizofrenia. Tal vez esta extraña enfermedad consiste, quién sabe, en el hecho de que los vestigios funcionales filogenéticos han conservado en algunos individuos una posibilidad de reviviscencia tan extraordinaria. Con tanto mejor voluntad debería acoger el psicoanálisis una concepción como ésta cuanto que en gran número de casos ha situado ya el origen de los síntomas en la historia de la especie. A partir de ello y por medio de la

ligada a la hipocondría. La sensación de extrañeza es una protección contra la catectización libidinal del objeto; poco importa que se trate de un objeto del mundo exterior, de la propia persona o de una parte de ésta. Desde luego, la alienación no puede abolir la posición libidinal inconsciente. No es más que un desmentido. No constituye el anonadamiento de la catectización libidinal patológica. No es más que una política del avestruz del yo, política a la que con toda facilidad se puede llevar hasta el absurdo y que debe ser remplazada por otros mecanismos de defensa, diferentes o reforzados.

Cuando en el curso de la paranoia el sentimiento de extrañeza fracasa en su función protectora, la pulsión libidinal orientada hacia el objeto homosexual se proyecta en ese mismo objeto y aparece entonces en una dirección inversa, como agresión contra aquel al que ama, como persecución. Los extraños se convierten en enemigos. La *hostilidad* es una tentativa de autoprotección, nueva y reforzada, contra la libido inconsciente rechazada.

Lo mismo puede ocurrir en lo que atañe a la libido orgánica narcisista en el curso de la esquizofrenia. El órgano alienado — en el caso que nos interesa, todo el cuerpo — aparece como un enemigo exterior, como un aparato al que se recurre para dañar al enfermo.

Debemos, pues, distinguir tres fases principales dentro de la historia evolutiva del aparato de influir:

1. *El sentimiento de alteración*, provocado por el estancamiento libidinal en el nivel de un órgano (hipocondría);
2. *El sentimiento de alienación*, provocado por el rechazo opuesto por el yo al órgano enfermo. El yo niega al órgano alterado o a su fun-

ontogénesis se explicarían quizá las misteriosas corrientes eléctricas de que se quejan los enfermos. Esta parestesia debió de ser un día una sensación que acompañaba a las funciones nerviosas y musculares primitivas. Acaso constituye una reminiscencia de la sensación del recién nacido, que, al abandonar el bienestar del cuerpo materno, llega al medio aéreo inhabitual del mundo exterior, o bien al contacto de esas primeros pañales. Tal vez de ese primer lecho en el mundo exterior se acuerda cuando, ya enfermo, se siente electrizado por hilos invisibles conectados a su cama.

ción; ya no los considera como partes integrantes de las relaciones que aún reconoce entre los órganos y las funciones que han permanecido perfecta o relativamente sanos. El órgano se halla, pues, excluido.

3. *El sentimiento de persecución (paranoia somática)*, surgido de la proyección de las modificaciones patológicas en el mundo exterior: a) ora atribuyendo su origen a un poder extraño hostil; b) ora construyendo un aparato de influir para reunir en un conjunto las proyecciones hacia el exterior de todos los órganos enfermos (del cuerpo íntegro), o de ciertos órganos tan sólo. Entre éstos, los órganos genitales pueden ocupar un sitio de privilegio, como frecuente punto de partida del mecanismo de proyección.

Se debe recibir con suma seriedad la hipótesis de un estancamiento libidinal, en el sentido fisiológico del término, en el nivel de los diversos órganos. De este modo se pueden explicar las intumescencias transitorias de tal o cual órgano que se suelen observar, sobre todo, en el curso de la esquizofrenia sin que exista un proceso inflamatorio o un edema, en sentido cabal, simplemente como *equivalentes de una erección*, provocados de la misma manera que las erecciones del pene o del clítoris, es decir, por un atiborramiento humoral excesivo del órgano debido a su carga libidinal.¹³

-
13. Fauser informó en Strugart, hace algunos años, que en el curso de la demencia precoz había podido probar la existencia de una sobresaturación de la sangre en productos de secreción sexuales, gracias al procedimiento de diálisis de Aberhaldden. De ser exactos, estos hechos proporcionarían un fundamento orgánico a esta hipótesis, de origen psicológico.

De las experiencias de Steinach podemos aguardar otros importantes esclarecimientos. (Una vez terminado el presente artículo, apareció en el *Münchener med. Procherrschrift*, trilm. 6, 1918, bajo el título «Umstimmung der Homosexualität durch Austausch des Pubertitsdrüsen», un trabajo interesante y muy significativo de Steinach y Lichtenstern que satisfacía parcialmente nuestra espera.)

Además, con posterioridad a este trabajo, apareció en el *Internat. Zischr. Iür çIza. Psa.*, IV, 5, un artículo de S. Ferenczi titulado «Von Krankheitsund Pathoneuroses» en el que se aplicaba de manera especialmente fructífera la hipótesis de la catectización libidinal de órganos aislados, tal como ya la hemos explicado.

VI

No nos sorprenderá que las personas que manipulan el hostil aparato deban de presentarse al observador imparcial como objetos de amor: pretendientes, amantes, médicos. Son personas que están en relación con la sensualidad o el cuerpo y que exigen una trasferencia libidinal; normalmente, ésta se les concede. Pero la libido narcisista debe de experimentar de manera hostil, cuando está fijada con demasiada fuerza, la exigencia de esa trasferencia y sentir como enemigo al objeto que provoca ésta.

Destaquemos, no obstante, que entre los perseguidos, no entre los perseguidores, se puede contar otra categoría de objetos de amor de esos enfermos: la madre, los médicos que prodigan sus cuidados a los enfermos, algunos amigos de la familia. Están obligados a compartir la suerte de los enfermos y caen bajo la influencia del aparato. Y, a la inversa de lo que sucede en la paranoia, no son los perseguidores, sino los perseguidos, quienes se organizan en una especie de complot pasivo y sistematizado. Se podría intentar dar la siguiente explicación.

Ante todo se observa que los perseguidores sólo se reclutan entre las personas que viven alejadas del enfermo, especialmente alejadas. En cambio, los perseguidos pertenecen a un círculo de conocidos allegados y que viven cerca del enfermo. Representan una especie de familia efectiva y constantemente presente; en ella hay que incluir a los médicos, que son, por lo demás, *imago*s paternos y que con ese carácter forman ya parte de la familia. Pero ocurre, ahora bien, que los miembros de la familia, que han estado desde siempre en relación con el enfermo, son justamente los objetos de amor sometidos a la elección objetal narcisista por identificación. Con respecto a estas personas el enfermo ejerce aún hoy la misma forma de elección objetal al someterlas a su propio destino, al identificarse con ellas. Ni aun normalmente una trasferencia libidinal sobre los miembros de la familia se experimenta como una exigencia que necesite vencer una gran distancia o un gran alejamiento de sí mismo, o bien una renuncia al narcisismo. Al identificarse con estas perso-

nas, la enferma toma por un camino bien trazado, un camino que no se presenta a su narcisismo como tan peligroso que deba oponerse a la catectización libidinal de esos objetos, sentirlos como hostiles. Distinto es lo que ocurre en el caso de los pretendientes y de que la aman. Estos amenazan muy seriamente su posición narcisista con sus exigencias de una libido objetal; por tanto, se los rechaza como a enemigos. La distancia espacial de esas personas actúa como un estimulante de los sentimientos de la lejanía desde el punto de vista libidinal. La trasferencia a distancia es experimentada como si exigiera de una manera particularmente perentoria el conocimiento de una posición objetal y el desasimiento de sí mismo. Esto es igualmente cierto en la vida normal. El alejamiento en el espacio de las personas amadas pone en peligro la libido objetal, o hasta puede incitar al sujeto a revertir la libido sobre sí mismo, a abandonar el objeto. Amar a distancia es a menudo una difícil tarea; sólo a regañadientes se la soporta. Pero nuestra enferma es sencillamente incapaz de abandonar sus objetos de amor de una manera normal, pues tampoco los ha catectizado normalmente. Sólo mediante un mecanismo paranoico puede liquidar los más exigentes objetos de amor; los menos apremiantes sólo los puede liquidar merced a un mecanismo de identificación.

Apenas me resulta posible explicar por qué encontramos exclusivamente hombres entre los perseguidores que utilizan la máquina de influir; al menos según mi experiencia. Acaso se deba a errores de observación, acaso al azar del material clínico encontrado. A ello han de responder posteriores investigaciones. El hecho de que no obstante, en contra de la teoría de Freud —quien atribuía a la paranoia una génesis exclusivamente homosexual—, se pueda advertir la aparición de perseguidores heterosexuales puede explicarse sin que por ello se contradiga a nuestro autor. La máquina de influir puede corresponder a una fase psíquica regresiva en el curso de la cual lo que importa *no es la oposición entre los sexos, sino únicamente la oposición entre libido objetal y libido narcisista*: todo objeto, sea cual fuere su sexo, que exige una trasferencia es sentido por el sujeto como un objeto hostil.

VII

Tras un largo rodeo, al que no se lo ha de considerar superfluo, volvemos al problema de saber en qué basarse para afirmar que el aparato de influir puede ser, tal cual se presenta en clínica, esto es, con la forma típica de una máquina, una proyección del cuerpo de la enferma, como en el caso de Natalia A.

Creo que esto no debería presentar mayores dificultades. Si no queremos admitir que la máquina está constituida por el remplazo sucesivo de las diversas partes constituyentes de la imagen del propio cuerpo (como *Fuchs aus alopex*); si nos mantenemos firmes en la hipótesis de que la máquina representa los órganos genitales, como lo hemos sabido por el sueño de la máquina, y si sabemos aplicar esta elucidación al típico aparato de influir en su forma de máquina, entonces podemos permitirnos las siguientes reflexiones.

La regresión de *la* libido a los estadios infantiles muy precoces supone el regreso de la libido —que entretanto se hacía centrado en la genitalidad— a una posición libidinal pregenital, una posición en la que todo el cuerpo es zona libidinal, en la que *todo el cuerpo es un órgano genital*. Fantasmas como éstos se hallan asimismo en las neurosis muy infantiles desde el punto de vista sexual, neurosis recargadas de narcisismo. También yo he observado algunas. Proviene este fantasma del complejo del cuerpo materno y generalmente tiene por contenido el deseo del sujeto de reintegrarse al órgano genital del que ha salido: no puede conformarse con nada menos. El hombre íntegro es un pene. Los enfermos de sexo masculino toman igualmente, de una manera sobre determinada, la vía de la identificación con el padre (pene del padre) para la formación de este síntoma. También en el curso de la neurosis hay que concebir éste como una regresión a una fase de libido orgánica narcisista difusa; las más de las veces se vincula a una impotencia sexual. El órgano genital queda, pues, abandonado.¹⁴ El

14 El esquizofrénico de sexo masculino siente este abandono de los órganos genitales como una pérdida de virilidad, la que le ha sido «sustraída», o como una transformación directa en mujer. Esta última concepción se basa en las concepciones

hecho de que el aparato de influir de la señorita N. carezca de órganos genitales refleja la misma situación. El fantasma del seno, materno y la identificación con la madre ¹⁵ encuentran su expresión en la forma combada de la tapa, que tal vez representa al cuerpo grávido de la madre. Las baterías que allí se hallan representan, tal vez, el niño, que es la paciente misma. Que al niño se lo piensa en forma de baterías, es decir, de una máquina, es circunstancia que habla también en favor de la hipótesis de que todo el sujeto se siente como órgano genital, y ello tanto más cuanto que la falta simultánea de órganos genitales representa la fase pregenital, que en cierto sentido es una fase a genital.

La forma de máquina adquirida por el aparato de influir está, por tanto, en favor de una proyección del cuerpo propio, considerado íntegramente como órgano genital.

Si la máquina no es en el sueño nada más que una representación del órgano genital elevado a la primacía, ello no contradice en absoluto la posibilidad de que la máquina sea en el curso de la esquizofrenia una representación de todo el cuerpo con sentido de órgano genital, de que sea, pues, una representación proveniente de la fase pregenital. El enfermo no ha perdido, claro está, el material de representación adquirido con anterioridad. La imagen del órgano genital

infantiles del niño de que no existe más que una *sola* especie de órganos genitales, a saber, los que él mismo posee, y de que la mujer es el resultado de una castración, es decir, lisa y llanamente, de la pérdida de los órganos genitales. *El complejo de castración* se confunde a menudo con la identificación del esperma con la orina, identificación que data del período erótico uretral y de excreción urinaria. Yo he visto, por ejemplo, sobrevenir un paroxismo de angustia de castración en un esquizofrénico que se hallaba en retención voluntaria de orina; debí ponerle una sonda. El enfermo pretendía que yo tenía relaciones sexuales con él valido de ésta y que *le* había robado todo su esperma. De ese modo su retención de orina aparecía como una negativa a entregar su esperma, que representaba su virilidad. La concepción narcisista según la cual heces y orina son partes del propio cuerpo explica de manera evidente por qué estos enfermos juegan con sus productos excrementicios. La corofagia, en fin, no se halla inhibida, pues el enfermo se figura que los excrementos son nada menos que el cuerpo del que provienen.

15 En la «mujer sin cabeza» se encuentra la prueba de esta identificación, tomada del lenguaje simbólico (véase la nota 3).

—en su condición de representante de la sexualidad— se ha conservado en su reserva representativa (*Vortellungsvorrat*). Se lo utilizará, por consiguiente, como representación figurada (*Varstellung*), como medio de expresión, como lenguaje, un lenguaje que debe comunicar fenómenos que se producen *antes* de la existencia del medio de expresión. El órgano genital sólo es entonces símbolo de una sexualidad que, más antigua que la simbólica y que todos los medios de expresión empleados en el comercio interhumano, no dispone, luego, para comunicarse de expresión alguna que corresponda a su estadio. En el lenguaje extraído del acervo de representaciones y palabras que datan de la fase genital, la imagen no significa otra cosa que «Todo yo soy sexualidad». Pero el tenor del texto es: «Todo yo soy órgano genital». Es, pues, un texto al que hay que traducir a un lenguaje que se adapte a las relaciones libidinales efectivas.

Es posible que la forma de máquina, esa que se encuentra habitualmente en los aparatos de influir, se deba simplemente al hecho de que las fases precursoras no se hayan formado de manera sucesiva, porque el proceso patológico se precipitó con demasiada rapidez en ese dominio remoto de la vida. Y puede ser también que los estadios precursores hayan pasado inadvertidos por los observadores, o los enfermos no los hayan hecho saber, o bien no se los haya reconocido con su valor de estadios precursores. De ahí, pues, que la relación entre el aparato de influir de la señorita N. y el aparato común, el de forma de máquina, se haya podido perder para la ciencia.

Dos concepciones se oponían. Por una parte se suponía que el aparato de influir en forma de máquina habíase constituido por la disfiguración gradual del aparato de influir que representa una proyección del cuerpo; por la otra, que la máquina de influir en forma de máquina representaba, si hemos de ajustarnos al sueño, una proyección de los órganos genitales. Esta oposición parece abolida. La desfiguración del aparato de apariencia humana, cuya evolución desembocaba en la imagen de una máquina, corresponde, como proyección, a la evolución del proceso mórbido, *que a partir de un yo produce un ser sexual difuso*, o, para emplear el lenguaje que corresponde a la fase genital del hombre, un órgano genital, una máquina

independiente de las intenciones del yo y sometida, por lo tanto, a una voluntad extraña¹⁶ Así es, el órgano genital no se somete a la voluntad del yo, sino que, por el contrario, la domina. Otra reminiscencia de esta estructura psicológica la encontramos en el asombro del muchacho cuando advierte su primera erección. Y el hecho de que ésta sea rápidamente considerada como una hazaña excepcional y misteriosa habla igualmente en favor de la concepción según la cual la erección se la experimenta como algo independiente del yo e imperfectamente dominado, como algo que forma parte del mundo exterior.

16 Pues las máquinas, creadas por el espíritu ingenioso del hombre a imagen misma del cuerpo humano, son una proyección inconsciente de su propia estructura corporal. Justamente, la mente del hombre no puede abandonar su relación con el inconsciente.

RESEÑA



CUERPO, SUBJETIVIDAD Y TECNOCIENCIA: UN ABORDAJE PSICOANALÍTICO



Título: Cuerpo, subjetividad y tecnociencia:

Un abordaje psicoanalítico

ISBN: 978-958-8936-18-5

Autor: Ximena Castro Sardi

Primera edición: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Icesi, Cali, Colombia.

Noviembre de 2016. Colección Exploraciones.

El material de esta publicación puede ser reproducido sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional

Reseña

La reseña que presentaré del libro de Ximena Castro que lleva el presente título, es un resumen del prólogo que escribí para su publicación. Ximena dedica su libro a poner en escena, de una manera crítica, un debate sobre el modo como en nuestro tiempo nos representamos, concebimos y nos relacionamos con el cuerpo, argumentando por qué dicha representación ha cambiado debido a la influencia omnipresente del discurso científico, constituido en tecnociencias. Da cuenta en qué han consistido dichos cambios, cuáles han sido sus repercusiones sobre la relación mente-cuerpo y, más específicamente, sobre la subjetividad.

A lo largo del texto se sostiene “una postura ética y política” que implica un cuestionamiento de la pretensión científica de “objetivizar, cifrar y medir el sufrimiento psíquico” de los seres humanos. A partir de la enseñanza de Lacan, del análisis de casos concretos y de la evocación de producciones artísticas, nos muestra su desacuerdo con

la tendencia a suponer que el sufrimiento psíquico de los seres humanos puede reducirse a fórmulas aplicables universalmente, cuestión que trae por consecuencia “la erradicación del sujeto de la contingencia y la singularidad del deseo”.

En este libro el lector puede formarse una idea acerca de la concepción psicoanalítica del cuerpo, cómo se constituye, qué lo caracteriza como distinto al organismo y en qué consiste su relación con la subjetividad. Puntúa en qué medida el abordaje del cuerpo exige partir del hecho de que no se trata de un conjunto de órganos con funciones específicas y argumenta por qué no se define como un dato previo que sea el complemento del ser o el asiento del alma, sino una superficie constituida por bordes y orificios que adquieren valor en la medida en que sean asiento de un goce sexual. El cuerpo no solo contiene órganos y tampoco es solo una superficie unificada y que unifica, también está compuesto de zonas erógenas con bordes, en donde el límite del adentro y del afuera deja de ser tan claro como lo pretende el discurso de la ciencia.

En el libro se argumenta por qué sin el Otro del lenguaje, del inconsciente, de la ley, del código y de la tradición, la bola de carne que es el niño al nacer no logrará formarse como un ser hablante con capacidad de acceder al sentimiento de que *tiene* un cuerpo. La especificidad del cuerpo que porta un ser hablante, es el modo de satisfacción pulsional, que inicialmente es parcial y autoerótico, para luego, no sin dificultad, pasar a entrelazarse con otro cuerpo, sea del sexo contrario o del mismo sexo, de acuerdo con la elección sexual realizada por el sujeto.

Otro aspecto señalado por la autora en su libro, es la relación que en nuestro tiempo el ser humano tiende a establecer con la ciencia: se caracteriza por suponer que esta es una especie de Dios todo poderoso para el que no hay imposibles. La ciencia es la dueña de la verdad y del saber, todo sabe hacerlo, nos puede dotar de todo lo que nos falta para vernos mejor, y nada queda por fuera del campo de sus posibilidades. Hay “conversión de sexo, clonación, trasplantes de órganos, vientres de alquiler, cirugías estéticas”. El cuerpo humano se puede reparar, perfeccionar, perfilar, escanear, gestionar, reconstruir,

purificar, recodificar genéticamente, hasta desembocar en una medicalización de la vida y del lazo social.

La ciencia ha inventado “el trasplante de las células madres tomadas del embrión o del cordón umbilical de un recién nacido, y con una biotecnología que ya existe, se reconstituye el tejido orgánico de acuerdo a las necesidades y a las demandas del mercado”. La ciencia quiere fabricar un cuerpo de buena calidad “morfológica y genética”, un cuerpo con el que cada quien se sienta realizado, con el que no tenga dificultades ni desacuerdos, que sea la realización plena de su ser, sin tener en cuenta que si algo caracteriza a un ser hablante es que no se deja programar. Para el ser hablante existe la contingencia de lo real que escapa a las leyes de la programación y el automatismo promovido por la ciencia que quiere producir seres homogéneos.

Hay un imperativo de dominio sobre los seres vivos que no cesa de ponerse en escena y al que no le gustan las contingencias propias de la existencia. El discurso científico ha venido a ocupar el vacío dejado por el soberano de otra época, de ahí que quienes los representan sean elevados al lugar de los nuevos pontífices, expertos productores de certidumbres, “mensajeros de futuros mejores posibilitados por los prodigiosos descubrimientos de la genética, las neurociencias y el ciberespacio”. La cara absurda de estos sabios se evidencia, sin embargo, “en ciertas prácticas que pretenden diagnosticar enfermedades mentales a partir de las neuro-imágenes”.

La tendencia a expulsar toda consideración de la psique, por ejemplo, por parte del llamado materialismo neurofisiológico aplicado a las neurociencias, tiende a ser cada vez más fuerte, en favor de una explicación físico-química de fenómenos psíquicos como la memoria, el deseo, el amor, la fe, la ética, la violencia, etc. A toda costa se pretenden hacer equivalente lo cerebral y lo psíquico, pues sosteniendo que conforman una unidad, se mantiene la ilusión de que será posible algún día localizar cerebralmente lo que no es localizable, ni observable, ni medible.

Siguiendo la lógica que se acaba de exponer, lógica que en este libro es ampliamente desarrollada de una forma crítica, resulta común

oír hablar del fin de la clínica a los llamados científicos del comportamiento. En lugar de la palabra como instrumento de intervención de lo psíquico, hay quienes proponen, en nombre de la ciencia, que la pancea para diagnosticar con certeza en el campo de la salud mental, es la evidencia de la imagenología. Lo que no se ve no existe como hecho, así que lo visible condiciona la existencia de las cosas en nuestro mundo.

Hay que basar los diagnósticos en salud mental en métodos científicos que son provistos por las nuevas tecnologías médicas. Al respecto la autora del libro trae una cita de Eric Laurent en donde afirma que pese a los debates “entre quienes defienden aún una postura clínica basada en la observación y la anamnesis de los pacientes, y aquellos que proponen tener en cuenta principalmente los datos de los escáneres cerebrales para el diagnóstico, el modelo DSM parece estar llegando a su fin; y con él corre el riesgo de esfumarse el último reducto del abordaje clínico en psiquiatría”.

Actualmente, aquellos que en el texto la autora llama científicistas de la actualidad, consideran que nada está por fuera del cerebro. El cerebro “piensa, habla, lee, huele, alucina, se deprime, cree, ama, odia, miente”. El sujeto ha sido vuelto equivalente al cerebro y como en otros tiempos tenemos varios tipos de cerebro: deprimidos, esquizofrénicos, criminales.

Hay una fascinación alrededor del cerebro que sin duda ha crecido “proporcionalmente con los avances del conocimiento biológico y químico del organismo en el transcurso del siglo XX. Curiosa coincidencia con las facultades aparecidas en las cartografías de los frenólogos”. Según esta orientación por lo cerebral, lo único válido para hacer cuando se trata de resolver los malestares psíquicos, es valerse del aparato apropiado para localizar las regiones responsables de todo lo que sucede y puede llegar a suceder. Lo más importante es establecer dónde están los enemigos de la calidad de vida, del confort y la felicidad para enseguida proceder a un “bombardeo químico selectivo”.

En cuanto a la respuesta del psicoanálisis con respecto al tratamiento del cuerpo y de lo propio de la vida psíquica que las imágenes

diagnosticas no tienen manera de hacer ver, es muy cercana a la artística en el punto en que se ocupan, a su manera, de dos asuntos: el ascenso y la caída de los objetos en la cultura y en la extracción de lo real que la mirada omnisciente de la ciencia no logra recubrir.

El real del que se ocupa el psicoanálisis, es lo enigmático imposible de aprehender y reproducir tanto por las “pequeñas ecuaciones de la ciencia” como por los aparatos de la tecnociencia”. Lo real es eso que escapa a la imagenología médica, eso que no se deja representar y que los artistas no han dejado de abordar en cada época. Tanto desde el psicoanálisis como desde el arte, se han inventado maneras de abordar y saber hacer con eso que las imágenes médicas no dan a ver.

Desde el psicoanálisis puede sostenerse que si bien el cuerpo reducido al organismo se ha vuelto transparente en nombre de una ideología de la evaluación y la consecuente abolición del sujeto, tanto de las prácticas de la salud como de la salud mental, no sucede lo mismo con lo real del goce femenino, de la inexistencia de la relación sexual, lo propio del inconsciente real y la cuestión del deseo. De estas cuestiones opacas desechadas por la ciencia, debido a la imposibilidad de establecer certezas sobre las mismas en tanto no se dejan ver y menos hacer ver, nos ocupamos los psicoanalistas en nuestra clínica, cuestión que en este libro es mostrado con claridad, vigor y rigor.

Héctor Gallo

**Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /
para citar este artigo (APA):**

Gallo, Hector. (2017). “Cuerpo, subjetividad y tecnociencia: Un abordaje psicoanalítico (reseña)” *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 299-303. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>

GUÍA PARA AUTORES

Política Editorial

La política editorial de la revista consiste en la difusión de artículos académicos sobre temas concernientes al campo teórico-clínico propio del psicoanálisis, y a su diálogo con otras disciplinas, que contribuyan a su permanente y necesaria transformación, gracias a la articulación entre su práctica y los problemas propios de cada época.

Originalidad

Los artículos que sean presentados para publicación deberán ser producciones *originales*, esto es, que no hayan sido publicados en otros medios. Si ellos son el resultado de un proceso investigativo o tesis, se deben mencionar los datos relativos al proyecto de investigación o tesis, el periodo de tiempo e institución en que fue realizada. Se recomienda que aquellos artículos que sean resultados de investigación terminada incluyan datos relativos a planteamiento del problema, objetivos de la investigación, metodología y conclusiones.

Idioma

Como parte de la política de nuestra publicación, y con el ánimo de difundir la Revista *Affectio Societatis* a otras latitudes, los artículos candidatos a publicación pueden ser enviados igualmente en inglés, francés o portugués. Todos los artículos que se publiquen aparecerán con su resumen tanto en español, como en francés e inglés; esta traducción debe ser enviada por el autor junto con el artículo.

Evaluación de los artículos

Los artículos presentados para su publicación son sometidos al Comité Editorial de *Affectio Societatis*, quien decide en un plazo no superior a un mes cuáles de ellos cumplen los requisitos para ser sometidos a evaluación y posterior publicación. Los artículos que no cumplan es-

tos criterios mínimos son devueltos a los autores. Los artículos que pasan la primera revisión son dispuestos para un proceso de evaluación académica por parte de árbitros idóneos en la materia y el tema específicos, y pertenecientes a universidades e instituciones tanto del ámbito nacional como internacional, bajo el sistema *doble ciego*: consistente en ocultar los datos del autor al evaluador, así como al autor la identidad del o los encargados de evaluar su artículo. Los textos son evaluados teniendo en cuenta: su valor académico, su fundamentación científica, la presentación de la información, el manejo de las fuentes, entre otras. Para esta parte del proceso los evaluadores cuentan con un mes para emitir su concepto. El autor conocerá de parte de *Affectio Societatis* el resultado del arbitraje de su artículo, bien sea su aprobación con o sin modificaciones, o su desaprobación, así como los aspectos más relevantes de dicha evaluación. Por último, los artículos ya evaluados y revisados por los autores pasan por una evaluación editorial consistente en la corrección de estilo y revisión del cumplimiento de los criterios editoriales de la Revista; esta corrección es igualmente puesta en conocimiento del autor y acordada con éste. En todos los casos, el Comité editorial tendrá la discrecionalidad para publicar cualquier artículo.

Si bien la Revista convoca para la recepción de artículos con el tiempo necesario para cada número; merced a contratiempos insalvables, en ocasiones no es posible completar el proceso de evaluación de un artículo dentro del tiempo previsto; en estos casos la Revista aplazará la evaluación del artículo teniendo en cuenta el calendario para el número siguiente. En todos los casos se avisará a los autores acerca de estas modificaciones.

Criterios editoriales

Los artículos no deberán exceder las 20 páginas tamaño carta, a espacio y medio con fuente en 12 puntos (times new roman) y en procesador compatible con Word de Microsoft. Lo cual corresponde aproximadamente a unos 35.000 caracteres.

- El autor deberá cuidar que al interior del artículo no aparezcan de manera explícita datos sobre la autoría del texto o la institu-

ción, ello para garantizar la revisión por pares mediante el procedimiento *doblo ciego*.

- En un archivo aparte deberá enviarse la siguiente información:
- Un resumen no superior a 8 líneas, en el que se sintetice el contenido del artículo, y se especifique si el mismo es el resultado o el avance de un trabajo de investigación. Dicho resumen debe ir acompañado de su debida traducción al inglés y al francés, y al español en caso de que el original esté en otro idioma.
- Palabras clave del artículo en español, inglés y francés.
- Datos del autor: nombre, domicilio, teléfono, número de fax, dirección electrónica, nombre de la institución donde labora, cargo actual y un breve currículum, incluyendo, por supuesto, estudios realizados y otras publicaciones, para reconocimiento de los créditos respectivos y la inclusión de dicha información en la base de datos de autores. Se aclara que estará al alcance de los navegantes sólo el nombre, el e-mail, la información sobre estudios realizados, el cargo(s) actual(es) y la filiación institucional.
- “Formato de autorización” diligenciado, el cual se descarga desde el sitio web de la revista, y en el que consta de manera explícita la autorización para publicar el artículo y su inclusión en bases de datos bibliográficas.

Los artículos deberán tener la debida corrección ortográfica y observar las normas APA en lo concerniente al uso de citas y notas, como se muestra más abajo. Si contienen diagramas o escrituras especiales (como es el caso de los grafos o de algunos “símbolos” en la teoría psicoanalítica), estos deben estar correctamente indicados en el texto.

Nota de copyright

Los artículos enviados a *Affectio Societatis* deberán ser inéditos y no estar sometidos paralelamente a procesos de arbitraje en otras revistas. Tampoco pueden estar ya publicados en un sitio web. Los autores autorizan a la revista a publicar sus artículos no sólo en la página web de la misma sino también en cualquier otro medio escrito, así como su inclusión en las bases de datos a las cuales pertenezca *Affectio Societatis*. La Revista reconoce que los derechos morales y la decisión de publicar sus trabajos posteriormente en otros medios compete exclu-

sivamente a los autores, y éstos deben hacer expreso reconocimiento de los créditos debidos a *Affectio Societatis*.

Referencias bibliográficas y pautas de citación

La Revista ha acogido los parámetros de las normas APA, por lo cual la *citación dentro del texto* debe ser indicada correctamente. Las notas al pie se utilizan sólo para hacer aclaraciones o aportar datos adicionales, las referencias bibliográficas se harán en el cuerpo del texto según las siguientes indicaciones.

Donde se hace referencia a un autor o a una obra, o donde se trae una cita textual, debe aparecer entre paréntesis el apellido del autor y, seguido de coma, el año de edición del texto, luego, seguido de dos puntos, el número de página o el rango de las mismas. Por ejemplo:

«El “relato marco” es el soporte del cuento y son tres los embragues que tiene este cuento con respecto a la realidad del lector, es decir, el lugar donde el cuento encuentra un oyente o lector específico: el inicio, el final y la secuencia de los envidiosos (Betancur, 1995: 105-106), lo que nosotros hemos llamado la moraleja.»

De igual modo deben referenciarse las citas textuales, bien sea aquellas que van entre comillas (cuya extensión es menor a 5 líneas) o las que van en texto aparte con sangría (mayores a 5 líneas).

Es menester señalar que, al menos en el área del psicoanálisis, es importante tener en cuenta la fecha de publicación original de los textos freudianos y lacanianos, especialmente.

La bibliografía debe presentarse en la forma siguiente:

Libro: El o los autores se identifican con su apellido y sus iniciales, si son más de dos se indica lo anterior con el símbolo “&”. A continuación se escribe el año de publicación, que va entre paréntesis. Luego el título se escribe en letra cursiva. Si el libro tiene más de una edición, ésta se incluye entre paréntesis con el número ordinal acompañado

de la abreviación “Ed.” a continuación del título. Posteriormente deben aparecer la ciudad y el país seguidos por la entidad editora o la editorial.

Ejemplo: Andreas-Salomé, L. & Pfeiffer, E. (2001) *Aprendiendo con Freud: diario de un año, 1912- 1913*. Barcelona, España: Laertes.

Capítulo de libro: Luego del autor y la fecha se coloca el nombre del capítulo, el cual va sin cursiva ni comillas, seguido de la palabra “En” y las iniciales y apellidos de los editores o compiladores, seguidos de la abreviatura “Ed.” ó “Comp.” que los identifica como tales. El título del libro donde se encuentra el capítulo se escribe en cursiva, luego se anotan entre paréntesis los números de página, antecedidos por la abreviatura “pp.”, del capítulo consultado. Por último, se anotan los datos de publicación del libro, tal como se mostró en la anterior referencia.

Ejemplo: Sanmiguel, P. (2009). Ricercando. En J, Hoyos (Comp.). *Perspectivas de la investigación psicoanalítica en Colombia* (pp. 21-28). Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia.

Si se trata de un libro clásico que ha sido traducido, luego del autor y fecha de publicación debe incluirse la inicial y apellido de traductor acompañados de la abreviatura “Trad.”. Si el libro ha sido traducido y editado debe especificarse en la referencia quién fue el editor y quién el traductor. Si quien editó el libro es el mismo que lo tradujo se escribe entre paréntesis (Ed. y Trad.). Finalmente, luego de los datos de publicación del libro se coloca entre paréntesis la fecha original de publicación antecedida de la frase “Trabajo original publicado en...”.

Ejemplo 1: Platón. (1983) *Cratilo*. (J. Zaranka, Trad.). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Ejemplo 2: Freud, S. (1993). El olvido de los nombres propios. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. VI, pp. 9 – 22). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1901).

Revista: Si es una publicación diaria, semanal o mensual, es necesario incluir el mes y el día utilizando el siguiente esquema: (2002, 24 de enero). El autor debe ser citado tal como se ha mostrado en las referencias anteriores; posteriormente, en letra cursiva, van el título, el volumen -sin necesidad de incluir una abreviatura- y el número de entrega entre paréntesis sin abreviatura. La paginación se anota con números arábigos, después del número de entrega, separada de éste por una coma. Las páginas discontinuas se dividen con una coma.

Ejemplo de revista especializada: Sanmiguel, P. (2007). Requiem por una nueva pulsión. *Desde el jardín de Freud: Revista de Psicoanálisis*, 7 (Diciembre 2007), 111 - 118.

Ejemplo de artículo de diario: Medina, C. (2002, 8 de febrero). Montoya cambiará de canal. *El Tiempo*, pp. 2, 9.

Fuentes de internet: Además de tener en cuenta lo anterior respecto de la citación de revistas, para un artículo recuperado de una base de datos electrónica debe tenerse en cuenta la dirección URL de la página o la base de datos donde se obtuvo el artículo.

Ejemplo: Eidelsztein, A. (2009). Psicoanálisis y lógica. La operación omega. *Revista Affectio Societatis*, 6, (10). Recuperado de la base de datos Directory of open access journals (DOAJ): <http://www.doaj.org/doaj?func=openurl&issn=01238884&genre=journal&uiLanguage=en>

Artículos de revistas que se publican sólo en internet:

Ejemplo: García, A. (s.f.) Literatura y psicoanálisis. *Acheronta*, 21. Recuperado en <http://www.acheronta.org/>

Tesis no publicada:

Ejemplo: Parra, C.M. (2001). *Ingeniería social en una comunidad vulnerable*. Tesis de maestría no publicada. Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia.

Si está en fuente electrónica sin publicar:

Ejemplo: Cendales, L.A. (2005). *Incidencia del programa de comunidad justa en el desarrollo moral del Instituto Técnico José Ignacio de Márquez*.

Tesis de maestría no publicada. Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Recuperado en: [http://biblioteca.uniandes.edu.co/Tesis_2005_segundo_semestre/00004954.pdf?](http://biblioteca.uniandes.edu.co/Tesis_2005_segundo_semestre/00004954.pdf)

Envío de artículos

Los artículos y la información correspondiente al autor o autores, así como el «Formato de autorización», deberán ser enviados a través de la plataforma OJS creando un usuario o bien, usando el que ya se tenga si ha sido autor en números anteriores. Desde esta plataforma se confirmará automáticamente el recibo de los mismos. Posteriormente el editor de la revista o su auxiliar se pondrá en contacto con el autor. Para mayor información puede descargar la guía del OJS en la sección *PARA AUTORES*.



Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co